

## NOTAS NECESARIAS

\*\*\*\*\*

Este TOMO TERCERO, que trata sobre los detalles del ASESINATO del MARISCAL DE AYACUCHO ANTONIO JOSE DE SUCRE, verificado en Berruecos, tiene relación, con los dos TOMOS anteriores que reposan en mi biblioteca, y que titulan "EL CRIMINAL DE BERRUECOS" obra escrita por J.L.R. y el BOLETIN DE ESTUDIOS HISTORICOS DE PASTO" escrito por el Dr Leopoldo López Alvaroz cuyas obras se hallan rotuladas con los números 1 y 2 como Tomos anteriores al presente.

En las Obras mencionadas, se encuentran varios detalles sobre el asesinato del indicado Mariscal, en las publicaciones ora nacionales de esta ciudad de Quito, como fuera de ella, artículos históricos que prueban los móviles y autores del asesinato referido.

Las publicaciones indicadas han tenido lugar de serlas debido a que se celebró el Centenario del asesinato de Sucre, con mucha pompa y solemnidad religiosa de pesar en nuestra Capital de Quito, como puede verse de las relaciones, que en el TOMO QUINTO del Libro de "RECORTES", se encuentran colecciones.

Además, en las Obras arriba determinadas, constan algunos otros pasajes relacionados con el asesinato del Mariscal Sucre, descritos por autores extranjeros; pasajes, que confirman una vez, por todas, que el verdadero asesino de Sucre, fué el General colombiano JOSE MARIA OBANDO.

Puntos históricos de gran apreciación aparecen en todos TRES TOMOS, de la presente colección, y aún, se viene en conocimiento, por lo publicado, que el General Flores, de triste memoria, para el Ecuador, fué coarticipante del horrendo asesinato de Sucre, que fué el hombre de las delicias de todo Ecuatoriano, hasta estos días.

Quito, Febrero 27  
de 1931

M. N. Ccaña

\*\*\*\*\*

TOMO TERCERO






**JUAN DE DIOS NAVAS E., Pbro.**

De la Academia Nacional de la Historia; Miembro Correspondiente de las RR. AA. de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

---

*a mi apreciado y distinguido amigo Sr. D.  
Manuel María Ocaña,  
con singular dedicación*  
Quito, a 21 de Noviembre de 1930.

**EL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO** 

# ANTONIO JOSE DE SUORE

---

SU VIDA Y SU MUERTE  
1795 - 1830

---

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

---



QUITO — ECUADOR

ESCUOLA TIPOGRAFICA SALESIANA

1930

Primer Centenario de la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho.  
1830 - 1930



El claro y dilecto Mariscal de Ayacucho, ANTONIO JOSE DE SUCRE.  
(Oleo antiguo por D. Antonio Salas. — Quito 1822. — Museo del Sr. D. J. Jijón y Caamaño.)

EL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO  
**ANTONIO JOSE DE SUCRE**

SU VIDA Y SU MUERTE

---

1795 - 1830

---

DISCURSO LEÍDO POR EL ACADÉMICO SR. PBRO. DR. DN. JUAN DE DIOS NAVAS E., EL DÍA MIÉRCOLES 4 DE JUNIO DE 1930, EN LA SESIÓN SOLEMNE CON QUE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA CONMEMORÓ, EN LA GRAN SALA CAPITULAR DE SAN AGUSTÍN DE QUITO, EL PRIMER CENTENARIO DEL ASESINATO DEL ILUSTRE MARISCAL SUCRE.

---

*Excmo. Sr. Presidente de la República e*  
*Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito;*  
*Excmos. Señores Embajadores,*  
*Ministros de Estado y Ministros Diplomáticos;*  
*Ilustres Misiones Militares y*  
*Académicos de la Nacional de Historia;*  
*Venerables Señores Sacerdotes,*  
*Señores:*

Nunca he sentido circular por las fibras de mi sér tan intensa emoción, como ahora, al presentarme ante un auditorio que es luz y prez de la República; y en esta sala Capitular Agustiniiana, preciada joya del arte colonial y mudo testigo de pasada historia, ya que, a la angusta sombra de este mismo Calvario, que vela el sueño de los mártires del 2 de agosto de 1810, congregados nuestros padres en Junta Soberana, juraron sacrificarse por la Fe, la Patria y por su Rey. Ni nunca como hoy día, quisiera para mí de la elocuencia el don preciado: cuando al cabo de un siglo, en Asamblea de nunca

desmentida lealtad y cariño, al inolito Vencedor en Pichincha y Ayacucho, viene la Patria Ecuatoriana a oficiar en aras del recuerdo, y a quemar, en el incensario de su ardiente y noble corazón, la mirra aromática de su dolor, por el cruel martirio del más ilustre General de Colombia, del inocente Abel Americano.

Y cómo quisiera también para mi verbo hoy día, el mágico poder de describir y conmover, a fin de trasladaros, en alas de la Historia y después del recuento de glorias y virtudes, al lúgubre escenario de hace de siglo; y al compás del pausado y triste planir de las campanas, con que en la moribunda Colombia se están tocando a muerto, mostraros el cadáver del Héroe sobre el fango de agreste desfilaro, entre árboles gigantes, y al abrigo de crespones y cortinajes, de plantas, llanas y vejucos, que dejan pasar apenas filtrada y tenue la luz del sol. Y luego, cuando la noche recorrió su negro manto de sombras y de luto, velándose en «La Capilla» sobre verde gramínea alfombra, bajo el dosel inmenso de la comba azul del firmamento, donde titilan y lloran innúmeras estrellas; hasta el angustioso momento en que la fidelidad y el cariño, excavada una fosa, sepultaron tímidos y presurosos al más grande y virtuoso Capitán de Colombia. Y plantada agreste Cruz, símbolo entonces y más que nunca de inmortalidad y de protesta, lo abandonaron pesarosos, «sin inscripción ni piedra funeraria, y sólo acompañado por su gloria».

\* \* \*

Comisionado oficial de la Academia Nacional de la Historia para dirigiros la palabra en fecha de tanto recuerdo y trascendencia, me parece que en mi voz se encarna y palpita también la voz de la Patria Ecuatoriana, oficialmente y en justa internacional condecorada con el procerato de afecto y lealtad, porque nunca olvidó ni traicionó a sus Libertadores. Y al cumplir con tan honroso y árduo cometido, si bien en circunstancias delicadas de salud, que me restan energías para hacerlo cual cumple a la ilustre Academia y a la Patria, deseo entretejer, con mirto, laurel y siemprevivas, modesta guirnalda para las fúlgidas sienes del denodado General Oumanés, que en vida consagró su corazón a la ciudad de Quito, y después de su muerte nos entregó para siempre, con su ilustre nombre, sus cenizas.

Y no he de iniciar mi cometido, señores, sin antes poner de relieve una circunstancia digna de cita y ponderación: las Naciones amigas y hermanas han acreditado Embajadas y Delegaciones Militares para el Contenario que estamos conmemorando; y Venezuela en especial, con acierto y fina delicadeza, nos lo ha enviado al Excmo. Sr. Dr. Dn. Luis Alcalá y Sucre, ligado al Héroe de Pichincha con doble parentesco, ya que el malagueño, Capitán Dn. Juan de Alcalá, casó en la iglesia de Santa Inés de Oumaná con Dña. Isabel Márquez de

Valenzuela, el 13 de febrero de 1669; y Dn. Vicente de Sucre Urbaneja, en primeras nupcias, con Dña. María Manuela de Alcalá y Sánchez, el año de 1782; y en segundas, con Dña. Narcisa Márquez Alcalá, en 1803.

\* \* \*

Personajes hay en el dilatado campo de la Historia, que se destacan airosos cual las palmeras en la inmensidad del desierto; y cuyos nombres se abrillantan y resplandecen, cuanto más veloces van corriendo los años, en el ciclo de los tiempos. Ilustres por el oro aquilatado de virtudes, que en su alma atesoraron; distinguidos, por las joyas de producciones literarias o artísticas; esforzados y valientes, en las lides del deber y la justicia; y casi siempre, cual merecido y consagrado premio, coronados con la aureola de la persecución o del martirio: su recuerdo, al par de sus obras, ejemplos y virtudes, perdura, crece y se agiganta, a través del tiempo y del espacio, para lustre y enseñanza de la humanidad entera.

Tal el segundo de los Capitanes de la Magna Epopeya, el Mariscal Antonio José de Sucre: ciudadano ejemplar y virtuoso; militar y guerrero distinguido; político sin tacha; víctima inocente; el más simpático, modesto y virtuoso de los héroes de la Emancipación Americana.

Y a la verdad, señores, dentro del marco de humana flaqueza y doquiera se lo estudie, ya en el hogar de Oumaná o de Quito; ya en el cuartel o en los campos de batalla; ora en asambleas, congresos y misiones diplomáticas; ya en la Intendencia de esta ciudad o en el sillón presidencial de Chuquisaca, sorprende, admira y entusiasma dar con un varón, joven de años y anciano de virtudes: culto, noble, modesto, magnánimo y cristiano. ¿Y en qué tiempos y entre qué hombres, señores?; cuando, en frase de un distinguido escritor: «Arrebatados por el ímpetu heroico, todos ellos van, descompuestos y fieros, oponiendo reacciones violentas a las bruscas embestidas de los sucesos y a las fatales exigencias de la lucha, envueltos en el torbellino de aquella realidad social e histórica, toda convulsa y trastornada, rompiendo todo freno, ahogando todo escrúpulo, rebasando toda medida». (1)

¡Y fué, quién lo dijera, el lustre de tanto mérito el que excitó a las adormecidas sierpes de envidia, odio, venganza y anarquía —las mismas del 25 de setiembre—, para que, convulsas y furiosas, tras la inmundicia del insulto y la calumnia, hincaran sus colmillos emponzoñados en la enrocijada de Berruecos, sobre víctima indefensa e inocente!

---

(1) José Rafael Bustamante.—Sucre.

«Unámonos, escribía «El Demócrata» de Bogotá, cuatro días antes del asesinato, unámonos para perseguir a todo el que, armado o de cualquier otro modo pernicioso, quiera sostener, llenándose de execración, las consabidas perfidias de Bolívar o de Sucre, su inmediato sucesor. . . . » Y luego, hablando de quien escribiera, «Sucre no pasará de aquí»; y después de perpetrado el crimen, «cuanto se quiera decir contra mí se va a decir», añadía: «puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar».

De entonces acá ha transcurrido un siglo, y gracias a la justicia de la Historia, no han sido el recuerdo y cariño para el más simpático y modesto de los héroes de Colombia, aurora boreal, que apenas resplandece al declinar la vida tras la fría losa del sepulcro, sino fúlgido sol en día espléndido y sereno!

En todo lo dicho he ido delineando, señores, el plan de este discurso, que sólo ha de buscar aquellas galas oratorias que sirven de atavío a la veracidad histórica. Y para comenzar, debiera únicamente solicitar vuestra culta y benévola atención, si no supiera que ya la tiene conquistada íntegra para sí, el claro y dilecto MARISCAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

## I

En el indefectible reloj de la Providencia, había sonado ya para Iberoamérica la hora de su emancipación de la magna España; de aquella España que generosa derramara en estas fértiles regiones toda cuanta semilla de cultura y civilización tenía, y en cuyos vastos dominios el sol de la grandeza material no conocía ocaso, ni lo conoce todavía, aunada con sus hijas, el más espléndido sol de cultura y poderío espiritual.

Tras el fracaso del General Dn. Francisco de Miranda, el 13 de agosto de 1806, y después de proclamada la Independencia, en Quito, el año de 1809, el Congreso de Venezuela decretó su emancipación, el 5 de julio de 1811, a instancias de Yáñez, Peña, Coto Paúl, Nicolás Briceño, Muñoz Tébar y del ya entonces Coronel Simón Bolívar, que clamaba porque se pusiese «sin temor la piedra fundamental de la libertad Sur - Americana».

La lucha, paralizada en el Occidente Venezolano, se enardeció en las riberas del Orinoco, merced al oportuno auxilio traído de España por el Brigadier D. Juan Manuel Cajigal y por el Capitán de fragata D. Domingo de Monteverde, quien, el funesto año de 1812 se apoderaba de Barquisimeto y San Carlos, amagando a la abatida y desolada Caracas.

El Congreso reunido en Valencia y ansioso de salvación, creyó encontrarla en la dictadura del Generalísimo Miranda, quien, tras numerosos combates, ya prósperos ya adversos, desconcertado por la anarquía, hija de rivalidades y desconfianzas, se replegó el 18 de

junio a la Victoria; y a la postre, abatido y desconfiado de sí mismo, firmó el 12 de julio de 1812, desgraciada e inexplicable capitulación, mientras Bolívar a su vez abandonaba la fortaleza de Puerto Cabello.

*¡Vae victis!*, exclama Monteverde. Huyen por doquiera los patriotas, mientras otros gimen y sufren en las prisiones; y el desventurado Precursor Miranda, tras doloroso cautiverio, sucumbe en el arsenal de la Oarraca.

Simón Bolívar, entre tanto, «reempladas sus armas en las aguas del río Magdalena», preséntase amenazante en los Andes Venezolanos; mientras, por los campos orientales, aoman, acaudillados por el General Santiago Mariño, Piar, Bermúdez, Sucre y otros ciento, quienes, después de apoderarse de Maturín, obligan a Monteverde «a estrellarse contra la atrincherada Villa defendida por Piar».

«Surgen Boves el terrible, y el fiero Morales. Los habitantes de nuestras llanuras añilianse en las banderas reales. Acrece la exaltación de las pasiones. Guerra a muerte se hacen los contrapuestos bandos; la sangre corre en todas partes. Caracas inmola en la contienda casi todos sus hijos, y perdura la lucha cada vez más violenta y encarnizada.

Los triunfos y los reveses se suceden en los diarios combates. Expira el año de 1813 entre vítores, lamentos y descargas; y asoma el año aciago de 1814 preñado de amenazas para la combatida República». (1)

Os he nombrado a Sucre, señores, entre el puñado de patriotas del Oriente Venezolano: era el futuro Gran Mariscal de Ayacucho, cuya cuna se mecía a orillas del plácido Manzanares, el 3 de febrero de 1795, entre el susurro de caricias y baladas de D. Vicente de Sore Urbaneja y Dña. María Manuela de Alcalá y Sánchez. Subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros de Cumaná, con el brío y juventud de los quince años, alistose en los tercios libertadores: en el Estado Mayor del Generalísimo Miranda se adiestró en la milicia, hasta la capitulación de la Victoria; y luego, a órdenes del General Mariño, alcanzó el grado de Comandante, el año de 1814. A esta época se refería Bolívar cuando escribió de Sucre: «Era el alma del ejército; todo lo atendía y metodizaba, pero con aquella modestia de la que no pudo desprenderse jamás, y sin dejar de ser nunca el amigo de sus amigos».

Prófugo en la isla Trinidad, y naufrago en el agitado y borrascoso mar de las Antillas, salvó su vida merced al acierto y valor de bogar en frágil baúl toda la noche. A órdenes de Mariño, comandó al batallón Colombia, en los desiertos de Maturín, y ascendido a Coronel por Bolívar el año de 1817, buscó recursos en Jamaica para las tropas libertadoras. Jefe de Estado Mayor, cooperó en la campaña del ejército del General Bermúdez; Ministro de la Guerra el año de 1819, fue ascendido a General de Brigada, suscribiendo en Tru-

---

(1) Eduardo Blanco.—Venezuela heróica.

jillo el año de 1820, en unión de Briceno Múndez y José Gabriel Pérez, y con los comisionados del General Pablo Morillo, el « Tratado de regularización de la Guerra ». El 11 de enero de 1821 Bolívar le nombró Jefe del Ejército del Sur de Colombia, y entonces se inició la más gloriosa faz de la vida militar del General Sucre.

El 24 de mayo de 1822 se coronó de gloria en reñida batalla contra el Mariscal D. Melchor de Aymerich, mereciendo el ascenso a General de División y el nombramiento de Comandante General del Departamento de Quito. Nombrado Jefe del Ejército del Perú, triunfó con el Libertador en Junín, y el 9 de diciembre de 1824 en los gloriosos campos de Ayacucho, sellando con su invicta espada la titánica lucha de veinte años, por la libertad de un Continente.

Merecido premio a tanto mérito y labor fué el nombramiento de General en Jefe, y el glorioso título de Gran Mariscal de Ayacucho: causa y principio del Calvario del General Sucre, cuya cima está en la negra montaña de Berruecos.

Arbitro del Alto Perú desde el año de 1825, « siempre discreto y bueno, cediendo al reclamo de sus grandes ideales, creó un Estado libre y le dió soberanía y leyes; mas, un oleaje de ingratitud fué la única correspondencia que recibió en premio ». Roto el brazo, creado por Dios para el Bien y la Victoria; decepcionado y abatido, corrió a Quito en busca de bálsamo y descanso, al dulce son de epitalámico laúd; y desde allí, al oír la voz de Colombia que le pedía defender los patrios lares, voló a librar el último combate en las breñas del Portete de Tarqui, el año de 1829.

¡Llegó el año de 1830, con sus funestas fechas de 4 de junio y 17 de diciembre.....!

¡Doquiera se aprestan los funerales de la Gran Colombia.....! Sucre preside en el Congreso de Admirables; y, cuando todo está perdido y ha sonado la hora de partir, los dos grandes Capitanes—que después de Ayacucho, en el pináculo de la gloria, se habían abrazado en las alturas del Desaguadero—en la cima de la desgracia, en Bogotá, tornaron acongujados a estrecharse. ¡Es el adiós supremo: el Libertador, en busca de paz y salud en extranjeras playas, reclina su luminosa frente en las costas de Santa Marta; y el Gran Mariscal de Ayacucho, anheloso de su hogar en la adorada Quito, muere destrozado el corazón y la gloriosa frente, en la oscura selva de Berruecos!

He ahí la síntesis de una vida fructífera y virtuosa, en la que vamos a detenernos espigando, para ejemplo y enseñanza, no pocas dotes y virtudes del militar, estadista, diplomático y patriota.



## II

Al hojear la historia de la Independencia Americana, surge de improviso, entre los varios Precursores y Capitanes distinguidos por sus virtudes y talentos, la luminosa figura del Gran Mariscal de Ayacucho, a punto de exclamar un escritor en patriótico arrebató: «Si en verdad la virtud es el fundamento de la República, ninguna como la de Colombia, tuvo entre los suyos fundador más digno, más dueño de asentar con su ejemplo esa primera base.—Desde la aparición de Sucre para Colombia ya no hay duda de que el Dios de los Ejércitos enviaba ángeles a combatir por su pueblo».

Y a la verdad: Méjico escribe complacida en sus dipticas de gloria los nombres de los Pbro. D. Miguel Hidalgo y Oostilla (1753-1811), el intrépido Oura de Dolores, y D. José María Morelos y Pavón (1765 - 1815). La Argentina se gloria con los Generales José de San Martín (1778 - 1850), Manuel Belgrano (1770 - 1820) y Mariano Moreno (1778 - 1811), Padre de la Patria y defensor de su pueblo le proclama el Uruguay a D. José Gervasio Artigas (1764 - 1850); y el Tucumán al dominico Fr. Justo Santa María de Oro, patriota virtuoso y noble. Chile se enorgullece con justicia del General D. Bernardo O'Higgins (1778 - 1842), y de los austeros juriconsultos Juan Martínez de Rosas (1759 - 1812) y Juan Egaña. El Perú venera la memoria del Arzobispo D. Francisco Javier Luna Pizarro, Bolivia la de los Coroneles Ocampo y Balcarce; y nuestra Patria se ufana y se gloria con el docto Precursor D. Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo, y con próceres como el Ilmo. Sr. José de Otero y Cayzedo, y D. Carlos Montúfar y Larrea. Precursores distinguidos de la Independencia de Venezuela y Santa Fé son el General D. Francisco de Miranda y D. Antonio Nariño. Empero, sobre todos resplandecen como soles en el cielo de la Gran Colombia, por su genio Simón Bolívar, el Libertador; por sus virtudes el Mariscal Antonio José de Sucre, glorias preciadas y exponentes de la Raza, dignos émulos del Oid y de Peñayo, de Palafox y de Castaños.

## III

Vida y alma de los pueblos es la Historia: sin ella, esfumado el recuerdo de hombres y hechos notables de los pasados tiempos, se paralizan las palpitaciones de actividad y vida en el presente; y sin la savia vivificante de sus ejemplos y enseñanzas, hasta se agosta y muere la esperanza de flor y fruto para lo porvenir.

Empero, la Historia, testigo fiel y trasunto exacto de los tiempos idos; resplandor de la verdad; maestra de la vida, y por ende

de moral social, para cumplir con tan elevada misión, desde el sitial de Astrea y de Minerva debe ir presentando, como en viviente cuadro de luces y de sombras, los acaecimientos notables de la humanidad: lo bueno, para ejemplo y enseñanza; lo malo, para fuga y escarmiento.

Así en la vida y muerte del Mariscal Antonio José de Sucre. Sus virtudes militares, políticas y cristianas nos invitan a seguir por el mismo sendero, que es el de la Gloria; su cruel martirio, en la oscura selva de Berruecos, nos enseña a donde conduce el desenfreno de las pasiones, y nos predica que huyamos del crimen, que, a más de la sanción eterna, y gracias al veredicto de la Historia, marca a los criminales con negro e indeleble estigma.

Por esto el ministerio del historiador, señores, es sacerdocio de árduo sacrificio, ya por el trabajo de investigación y estudio, ya por la entereza moral que exige la enunciación de la verdad: cumplir debidamente con este elevado oficio hoy día, seguirá siendo mi recto y único objetivo.

\* \* \*

Al entrar Bolívar en Oúenta, el año de 1820, de regreso de Oar-tajena, pregúntole su edecán O'Leary, ¿quién era aquel mal jinete que se acercaba a recibirlos? «Es, contestó el Libertador con genial penetración, uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublotte, el bondadoso carácter de Bricceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz persuadido de que algún día me rivalizará».

En efecto, nombrado Jefe del Ejército del Sur, el 11 de enero de 1821, Sucre, espíritu de veras selecto por sus cualidades y virtudes; valeroso, reposado, organizador y de carácter diamantino, con su relevante ingenio e invicta espada, erigió en Pichincha y Ayacucho el pedestal de su gloria militar, ratificando el pronóstico de Bolívar, que exclamó en 1824 con generoso y noble entusiasmo: «La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y habilmente mandado.—El general Sucre es padre de Ayacucho; es el redentor de los hijos del sol.... La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac, contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada».

Doquiera y siempre, en la campaña del Sur, reveló Sucre ingenio militar y pleno conocimiento del arte de la guerra.

Tras el descalabro de Huachi, de 12 de setiembre de 1821, fruto de las exigencias del General Mires, sujetóse Sucre invariable y

avisado a las reglas del arte y a su estratégico plan, cuyo objetivo era la ciudad de Quito! «Un ejército no debe tener más que una sola línea de operaciones, y ésta ha de ser conservada con cuidado», reza la Cartilla militar; y en otra parte, «no hay que hacer aquello que desea el enemigo.» Por esto el General Sucre condujo siempre su ejército por el camino que va de Cuenca a Quito; rehuyó, en el combate de Riobamba, atacar las posiciones fortificadas de la quebrada de San Luis y la Colina de Santa Ornz; evitó los provocados combates de Jalupana y la Viudita; y si bien al ascender por los desfiladeros del Pichincha, talvez no quiso medir allí sus fuerzas con las de los realistas, sino burlar al enemigo y llegar al norte de la ciudad, para aliviar a Bolívar detenido después de la victoria de Bomboná en el insalubre valle del Patía, prudente y previsivo ordenó la marcha de los cuerpos del Ejército en el orden de una posible batalla; y al verse obligado a ella, cuidó de sus flancos no defendidos por el terreno, mientras el intrépido Córdova, a paso de vencedores, envolvía y desbarataba el flanco izquierdo del enemigo.

¡Los Alpes, cuando los traspuso Aníbal; y en América los Andes, cuando los pasó San Martín, y también después de la batalla de Pichincha, ya no habían de gloriarse con el título de barreras infranqueables!

Y vedlo entrar en la alborozada ciudad al vencedor en Pichincha el 25 de mayo, después de revelar toda la clemencia de su alma en la Capitulación suscrita: sencillamente vestido con «pantalón de dril blanco, levita y capa de paño oscuro, maltratada por la lluvia y la nieve; gorra militar del mismo color, guarnecida con un cordón de oro; y al cinto la espada de la victoria.»

El Libertador escribió de Sucre entonces: «La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor.» Y Sucre contestóle con su acostumbrada modestia: «La división del Sur ha dedicado sus trofeos y laureles al Libertador de Colombia.»



Consumado General se reveló también, el 9 de diciembre de 1824, en la batalla de Ayacucho: la más importante y decisiva de la Independencia, y en la que se aplicaron con esmero las reglas del arte de la guerra, y hubo derroche de heroísmo y bizarría en los diez mil soldados realistas, y en los cinco mil setecientos adalides de la libertad.

En ella midieron sus armas, entre otros, el Virrey La Serna y los Generales Canterac, Carratalá, Valdéz y Villalobos; contra las de los Generales Sucre, Oórdova, La Mar, Lara, Gamarra y Miller; y se la libró cuando el vencedor en Pichincha, al ver que su ejército iba diezmándose sin combatir, hubo elegido la llanura de Ayacucho, en la que, defendidos sus flancos, podía emplear todas las armas con

ventaja; en tanto que las del Virrey, sobre todo sus mil quinientos jinetes, apenas podían maniobrar por las escarpadas y deleznales pendientes del Oundurounqui.

Y cuánta nobleza y generosidad con los vencidos, a quienes Suore permitió quedarse libremente en el Perú y llevar sus uniformes y espadas, y ofreció costearles el viaje, si preferían retornar a España; y cuánta modestia al propio tiempo, en quien, ora decía antes de la batalla: «Soldados, del esfuerzo de hoy pende la suerte de la América del Sur»; ora después de la victoria: «El Libertador no estuvo en Ayacucho, pero sí estaba en el corazón de los que allí combatíamos; y cuando la victoria parecía huír de nuestras filas invocamos su nombre y ella coronó nuestros esfuerzos»; ora en fin, al ser condecorado con el alto y merecido título de General en Jefe, por Colombia, y de Gran Mariscal de Ayacucho, por el Perú: «Me he visto humillado por la excesiva generosidad de S. E. el Libertador en prodigarme honores que son debidos a él, el genio de América, que me dió un ejército de héroes que fijaron en un día los destinos del Nuevo Mundo!»

¡Sí, en verdad, así como Ayacucho, semejante al Ohimborazo, está sobre todas las batallas de la Guerra Magna; así el Gran Mariscal Sucre se levanta después de Bolívar, sobre todos los héroes de la Independencia Americana!

#### IV

Aplaudimos y admiramos a Sucre en sus triunfos y glorias militares, no tan sólo porque la guerra de la Independencia, al reclamar el legítimo derecho de todo hijo mayor para constituir hogar aparte, fué justa; sino sobre todo, porque este virtuosísimo guerrero, ya en la vida privada, ya en la vida pública, sea como diplomático, sea como político, jamás abusó de su espada triunfadora. Por esto se ha escrito de él, con verdad: «En esta vida tan por completo consagrada a una causa y un culto—la patria y la libertad—brilla especialmente la compasión, el amor sincero por la humanidad, el porte caballeresco a lo Bayardo, confundidos en íntimo consorcio con la ciencia del político y diplomático; prueba de que si la espada sirve para destruir, es apta también cuando hidalga generosidad la maneja, para, despojado el campo social de hirientes cardos, hacerlo fecundo para el florecimiento de la paz.» (1)

Nunca la guerra, señores, en sí misma considerada, puede ser un bien; y la de la Independencia, por desgracia degeneró, desde el 19 de abril de 1810, en sangrienta, encarnizada y cruel. Por la patria y la libertad combatían los llamados insurgentes; por su rey y

---

(1) El Washington del Sur.

la autoridad establecida, los realistas; y únos y ótros con la tenacidad y el heroísmo, hijos del íntimo convencimiento de la Justicia y el Derecho. Mas, a poco se desató en tal forma la fiera humana, y fueron tales las violencias y represalias, que, entenebrecidos los nobles ideales con el vaho del hervor de las pasiones, se luchaba por el ansia y la sed de sangre humana, a impulsos del demonio de la destrucción y la muerte.

El segundo Triunvirato de Venezuela, a cuya cabeza estaba el Dr. Francisco Espejo, dictó la Ley Marcial de 16 de abril de 1812, y entonces: «Reinó el fuego de los incendios, se puso en ejercicio la cuchilla de los verdugos, no se respetó ni al prisionero, ni al enfermo, ni al anciano, ni a la niña, y en la tierra corrieron ríos de sangre patriota y realista, llenando los espacios de un confin a otro del Continente los ayes de las víctimas inocentes de ambos partidos beligerantes.»

Sabedor Bolívar, el 8 de junio de 1813, de que en Barinas se le había fusilado a D. Juan José Briceño; y a su amigo y compañero D. Antonio Nicolás Briceño, se le había puesto en capilla, escribió indignado: «Estas víctimas serán vengadas, estos verdugos serán exterminados. Nuestra vindicta será igual a la ferocidad española. Nuestra bondad se agotó ya, y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infectan. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte.»

«¡Españoles y canarios: contad con la muerte aún siendo indiferentes!»; clama Bolívar; y Monteverde, Zuazola, Bobes, Morillo y Sámano le replican: «¡No hay cuartel para el insurgente, el americano que no cante su esclavitud será muerto!» Y los españoles irritados, sedientos de venganza y enfurecidos a la vista de tantas monstruosidades. . . . , lanzáronse también en el camino del incendio, del pillaje y del asesinato, igualando y superando en veces los episodios de guerra a muerte a que habían sido provocados.»

La historia es historia, señores; y si he traído a colación tan tristes episodios, después de perdonados ya los mutuos agravios, y del efusivo abrazo de las hijas con la querida madre España, ha sido solamente para poner de relieve la diplomacia y virtud del esclarecido mártir de Berruecos.

Quando la guerra a muerte, el alma delicada del Teniente Sucre se estremeció de horror a la vista de tanto episodio sangriento; y sin ninguna venganza por el fusilamiento y martirio de esos pedazos de su corazón, Pedro y Magdalena Sucre, suplicaba a sus jefes, recomendaba a sus amigos e inferiores que se aplacara tan cruel carnicería. ¡Ah, es que las almas nobles y cristianas, son las únicas capacitadas para el entendimiento y la reconciliación!

Elevado a los cargos de Jefe de Estado Mayor, Ministro de la Guerra y General, a impulsos de la magnanimidad y clemencia de su corazón, le habló instantemente al Libertador sobre la necesidad de refrenar el inhumano y sanguinario huracán. Y la razón y la cle-

mencia triunfaron el 26 de noviembre de 1820, cuando congregados en Santa Ana de Trujillo el General Antonio José de Sucre, y los Coroneles Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, de parte de Bolívar; y de Morillo, el Brigadier Ramón Correa, D. Juan Rodríguez de Toro y D. Francisco González de Linares, suscribieron de noche el «Tratado de la regularización de la guerra», cuyo art. 1.º dice: «La guerra entre España y Colombia se hará como lo hacen los pueblos civilizados. . . .»

¡Efluvios de felicidad irradió el alma de Sucre; y desde entonces se volvió expansivo, más valiente y grande todavía!

«Este tratado, escribía años después el Libertador, es digno del alma del General Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia los dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho!»

\* \* \*

Diplomático, y exento de las concupiscencias de poder y mando, se manifiesta también el General Sucre, sobre todo en la célebre conferencia de Táchira.

Apenas instalado el Congreso Admirable, el 20 de enero de 1830, Oumaná retiró los poderes al General Sucre; porque Venezuela, rompiendo el pacto que le unía con Nueva Granada, había convocado la Constituyente en Valencia. El Congreso, no obstante, con la esperanza de conservar aún la integridad nacional, y a pesar de que Bolívar hasta había aconsejado la pacífica disolución de la Gran Colombia, nombró en comisión de paz y unión al Mariscal Sucre, al Ilmo. Sr. José María Estévez, Obispo de Santa Marta, y al Diputado D. García del Río, a quien por excusa lo reemplazó Aranda.

El General Sucre anunció al Congreso, «que no esperaba resultado alguno favorable.» Con todo, convencido de que la revolución militar venezolana era fruto de la concupiscencia de mando y de poder del General Páez y otros militares, y a fin de vindicar al Libertador, que en días anteriores había escrito: «Venezuela ha pretextado, para efectuar su separación, miras de ambición de mi parte», y también comprobar la sinceridad de lo que él escribiera a Bolívar: «Quiero también excusarme de todo lance, en que pretenda reducirse a aceptar puestos que mi corazón repugna, porque él sólo apecece la vida privada», presentó a los comisionados de Venezuela General Mariño, D. Martín Tobar Ponte, y D. Ignacio Fernández Peña, la siguiente proposición: «Habiéndose hecho azarosos algunos militares que, abusando de su poder o de su influencia, han hollado los unos las leyes y acusádose a otros por sospechas de intentar un cambio en las formas de gobierno, se prohíbe que durante un período, que no será menos de cuatro años, no pueda ninguno de los generales

en Jefe, ni de los otros generales que han obtenido los altos empleos de la República en los años desde el 20 al 30, ser Presidente o Vicepresidente de Colombia, ni Presidente o Vicepresidente de los Estados, si se establece la confederación de los tres grandes distritos, entendiéndose por altos empleos el de Presidente o Vicepresidente, de Ministros de Estado y Jefes Superiores.»

Esa valiente y habilísima defensa del calumniado Libertador, al par que enérgica condenación del General Páez y del militarismo ambicioso y abusivo, que en la moribunda Colombia había sembrado alarmas y desconfianzas, fué implícitamente aceptada por el gobierno revolucionario de Venezuela, desde que se negaba la comisión, presidida por el General Santiago Mariño, a firmar lo que acaso hubiese sido, en el caos reinante, garantía de paz y de concordia.

Y valga la oportunidad, señores, para manifestaros cómo la Providencia Divina, en los postreros días de vida mortal del General Sucre, le facilitó a esta alma tan creyente como virtuosa, algo así como una preparación a la eternidad que presentía, ora mediante el afectuoso e íntimo trato con aquel mismo Obispo, que a poco había de encaminar al Oielo a Bolívar, y enjugar con afecto sus postreras lágrimas: «En sus pláticas con el Obispo, escribe al respecto hermosamente Villanueva, (1) interpelaba, a cada paso, los intereses de la patria con los candorosos deleites de su corazón, le hablaba de sus campañas, victorias y labores cívicas, de la suerte de Colombia, de sus campos cultivados por él mismo, de su hija y de su adorable compañera. El Obispo pasaba las veladas con él en aquellos coloquios, como un santo que oyera a un ángel. La bondad de Sucre, su dulzura e inocencia, la cultura de sus modales, los encantos de su palabra y su radiante aureola de gloria, le imprimían los rasgos ideales con que Homero transfiguraba en dioses a los héroes»; ora también, cuatro días antes del sacrificio, cuando el clarear de la eternidad inundaba ya con sus fulgores el alma del Gran Mariscal, mediante el familiar e íntimo consorcio con el futuro Arzobispo de Bogotá y entonces canónigo de Popayán, Dr. Dn. Manuel José Mosquera, por cuyas manos, sin él saberlo entonces, pasó la orden escrita, y remitida de Bogotá para Obando, de asesinar al General Sucre.

## V

Dotes de adiestrado político reveló y lució también el General Sucre, durante su breve gobierno en Bolivia; y con tal maestría, que al decir de Pérez y Soto, «la acción de este personaje en aquel país, fué de un civismo republicano y de general pulcritud en todo; lo incomparable; lo más glorioso de su vida política....» (2) Y el

(1) Laureano Villanueva.—Vida de D. Antonio José de Sucre.

(2) El Criminal de Berruecos, vol. I. pág. 22.

Padre Proaño: «Sucre en el gobierno de Bolivia fué la misma justicia sentada majestuosamente bajo el solio. Grabadas tenía profundamente en su corazón las más sabias máximas relativas a esta magnífica virtud; persuadido estaba de que la justicia de los gobernantes es la salvación y verdadera libertad de los pueblos; de que sin justicia la sociedad es imposible. . . . Respetó como sagrados los derechos individuales; a nadie irrogó la más leve injuria; jamás clavó el diente de la difamación y maledicencia en honra ajena; extendió su protección a los menesterosos; remuneró con gran liberalidad los beneficios recibidos; socorrió a los huérfanos y viudas; amó con indecible ternura a los soldados; perdonó hasta el heroísmo a sus gratuitos enemigos. . . . En materia de justicia sólo una falta observo en Sucre: cuál es ella?—La sobra de generosidad y de clemencia.»

Conozcámosle pues al estadista; comprobemos sus dotes y virtudes.

En febrero de 1825 quedó concluida la Independencia de las cuatro provincias del Alto Perú, y se le encargó el mando supremo al General Sucre, hasta mayo de 1826, en que reunida la Asamblea, su Presidente el Sr. Casimiro Olañeta hizo del Mariscal el siguiente elogio: «La fiel historia os pintará en la posteridad como al guerrero que con su espada salvó a un mundo del cautiverio, y como al filósofo que con su pluma creó una nación dándole instituciones liberales. . . . Es acaso la primera vez que un gran capitán, cubierto de laureles, pisando trofeos militares, lleno de glorias y con un poder inmenso, ha respetado los principios de legitimidad conduciendo el pueblo hacia el goce de una libertad racional. . . . Vuestra administración franca, pura e infatigable, la justicia en vuestras providencias y un conjunto admirable de virtudes, es la lección más importante para nuestros magistrados.»

«No extrañaremos, escribe también el Ilmo. Sr. Pólit (1), el que, puesto en el caso de arreglar todos los asuntos de un país trastornado, en el cual debía reorganizarse todo, corrigiéndose los yerros de la colonia y los desafueros de la guerra, aún en el orden religioso, Sucre de buena fe, imbuído en las ideas regalistas entonces en auge, sin poder comunicarse con la Santa Sede, usase y abusase del patronato real, y sin mayor escándalo pusiese la mano en las cosas eclesiásticas.» Hacemos notar, sin embargo, que guiado tanto de su honradez política, cuanto de su fe de católico, tan luego como pudo escribió a Su Santidad León XII, a quien explicó las razones de las reformas por él llevadas a cabo, obteniendo su aprobación y bendición apostólicas.

Su desinterés y repugnancia por el mando eran tales, que cuando Bolívar pensó en la *Grande Confederación de Colombia, Perú y Bolivia* y ofreció a Sucre la Vicepresidencia, éste la rechazó. Hizo más: en la Constitución Boliviana suprimió lo relativo a la Presidencia vitalicia, y sólo aceptó el Mando Supremo hasta la reunión del Con-

(1) Ilmo. Sr. Manuel María Pólit L.—Los sentimientos religiosos de Sucre.



greso, el año de 1828. «Mi General, le escribía al Libertador, tengo suma repugnancia al mando: no aspiro sino a la vida privada; quiero volver al seno de mi familia, a Quito; se exageran mis aptitudes que son bien escasas; en los campos de batalla le ofrezco mi sangre; mas se me hace a par de muerte sacrificar la tranquilidad de mi espíritu bajo el solio presidencial.»

Y esto no obstante, día hubo en que el puñal asesino del Comandante Valentín Morales Matos se levantó para desgarrar ese noble corazón; y se hubiera perpetrado el infamante crimen, si el Mariscal y su asistente José Laya no hubiesen desviado la mano del asesino.

¡Perdonar y amar a los enemigos; hacer el bien a los que nos odian, y orar por los que nos persiguen y calumnian, heroica virtud cristiana es, practicada y enseñada por Jesucristo!

Condenado el Comandante Matos a la pena capital por un Consejo de Guerra, acudió la madre a implorar gracia para su hijo: «Alce Ud., señora, le dijo el generoso Mariscal, y enjugue su llanto. El delito de su hijo ha sido únicamente contra mi persona, y esta circunstancia mitigará el rigor de la ley que lo castigue. Espero la ley que he pedido al Congreso designando mis atribuciones, y en ella se hallará la de conmutar la pena de muerte, y será Ud. servida». Como en efecto: el 25 de mayo de 1827, aniversario de la emancipación de Bolivia, conmutó la pena al criminal; y, ¡oh ejemplo de heroica y cristiana virtud!, Matos, camino del destierro, que aún le fué perdonado, dió con doscientos pesos, sigilosamente colocados en su maleta de viaje por la mano noble y generosa del General Sucre.

Y fué en premio de tanto mérito y virtud, que el complot del 18 de abril de 1828, capitaneado por el mismísimo Dr. Olañeta, hirió la frente que en Pichincha coronó la Victoria, y destrozó el brazo que en Ayacucho selló para siempre la libertad de Hispanoamérica. Y en desquite, el alma noble y magnánima de Sucre, al dar al culpable mil pesos, a fin de que se pudiese en salvo, así se expresaba: «Si piden que yo muera, y esto pudiera salvar a Bolivia de los males que se le preparan, no excusaría el sacrificio. Si no solicitan ésto, dígalos Ud. que todo quedará perdonado, que olvidaré los balazos, y sufriré en silencio mis dolores, con tal que se restituya el orden, y no se dé tal escándalo a la América.» Y a la esposa del Dr. Olañeta: «¡Qué ha de ser, qué ha de ser!, una consecuencia de las travesuras de mi amigo, marido de Ud.: pero Ud. no se afija, porque la herida no es mortal.»

Esfuerzo y valor morales exige del hombre la práctica del bien y el ejercicio de la virtud. «Para ser virtuoso, enseñaba Epicteto, sufre y abstente.» Y Aristóteles: «Para la virtud es necesario refrenar y moderar.» Por esto, señores, el bueno y virtuoso es de todo en todo superior al guerrero; porque el esfuerzo y el heroísmo indispensables para sojuzgar las pasiones, son mayores que los exigidos para el vencimiento de los enemigos. Ahora bien, a la luz de la ciencia teológica, no es posible explicar tanta y tan arraigada virtud en este nuestro héroe cristiano, sin raíz y savia sobrenaturales; tanto

que el erudito escritor antes citado, así discurre: «Tal conjunto de prendas morales en un hombre no se explicaría, si no se hallase en él arraigada la virtud de religión, que le une a la Divinidad, y de ella recibe la norma de su vida. Porque es moralmente imposible, que de modo ordinario y continuo se cultiven las virtudes que enardecen al hombre, y le hacen triunfar de sus pasiones, si él no recibe la ley del Sér Supremo, de quien se reconoce depender y a quien debe dar cuenta de sus acciones.» (1)

Permitidme citar unos pasajes más, acerca del eximio y virtuoso estadista.

Después de su entrada triunfal en la Paz, reunió una Junta de patriotas pudientes, a fin de arbitrar fondos para el Ejército: «Fusilar a algunos españoles acandalados,» aconsejó el General Louiza. «Ha creído Ud., señor General, le replicó Suore, que el Ejército Libertador ha venido para ser verdugo de los pueblos? Ud. ofende la causa de la Libertad, desconoce mi carácter y agravia lastimosamente los nobles sentimientos de sus ilustres paisanos. Jamás, en ningún caso, podría aceptar la temeraria propuesta de Ud.»

Y cuando se le comunicó que el General Pedro Antonio Olañeta había puesto a precio su vida, en la suma de diez y seis mil pesos, le escribió de Oruro, el 18 de marzo de 1825: «Apenas puedo persuadirme que un hombre como Ud. que se jacta de principios morales y cristianos, pueda pensar en un atentado tan horrible, que no está contado ni entre los horrores de los españoles en la revolución de América.» Y luego, al tener noticia de la muerte de Olañeta en leal combate, exclamó entristecido: «Óómo siento que haya muerto ese jefe!, porque mi interés era tomarle vivo para mostrarle cuánto somos generosos!»

Empero, el alma delicada, noble y virtuosa del Gran Mariscal no estaba creada para los dobleces y miserias de la política: «No tengo ya deseo, sino desesperación, escribía, de que llegue el 8 de agosto», fecha hasta la cual, por amistad a Bolívar, había aceptado esa «molesta presidencia.» «Ansío ese día más que el de Ayacucho, para dejarme de compromisos que siempre son amargos.»

Antes de alejarse de Bolivia, para asentar de fijo su tienda de campaña en su querida segunda Oumaná, donde había hallado y unídose por poder a la mitad de su alma, el 20 de abril de 1828, el invicto general envió al Congreso de Bolivia su primer Mensaje: magistral documento, de los más hermosos que se han redactado de cien años acá, y cuya sola lectura y comentario en esta fecha fuera el mayor monumento al estadista y gobernante modelo. Óómo no transcribir, pues, algún breve pasaje:

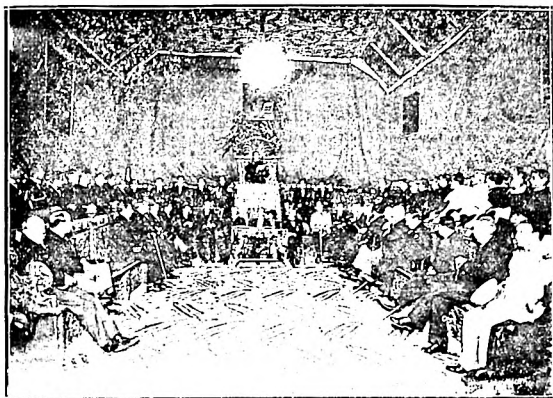
«Siguiendo los principios de un hombre recto, he observado el de que en política no hay ni amistad, ni odio, ni otros deberes que llenar, sino la dicha del pueblo que se gobierna..... La Constitu-

---

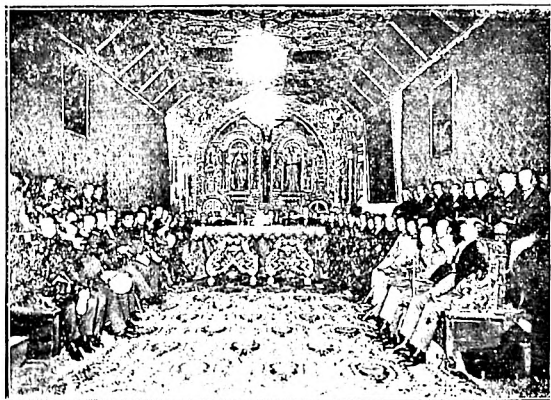
(1), Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel María Pólit L.

# Primer Centenario de la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho.

1830 — 1930



*Sala Capitular de San Agustín: el Académico Dr. Dn. Juan de Dios Navas E. leyendo su Conferencia en la Sesión Solemne del Cuatro de Junio.*



*El Sr. Presidente de la República y el Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito, presidiendo la Sesión Solemne celebrada en la Sala Capitular de San Agustín por la Academia Nacional de Historia.*

ción me hace inviolable: ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego, pues, se me destituya de esta prerrogativa, y que se examine escrupulosamente toda mi conducta, . . . . Exigo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que en mi administración yo he gobernado; el bien o el mal yo lo he hecho. . . . »

El General Sucre, señores, gobernante de conciencia, cumplidor de su deber, nunca rehuyó el veredicto público; como en Bolivia, en esta ciudad se expresó así el 1.º de diciembre de 1822: « Como yo sea un ciudadano tan amante de Quito como cualquiera de los que vieron en él la luz, soy el primero en pedir a la Municipalidad que, desechando consideraciones ajenas de su deber y que en nada tienden al bien público, manifiesten a S. E. los males causados al país por defecto de mi mando. »

El Mensaje de Bolivia lo concluyó Sucre con estas áureas frases, dignas de la honradez política del más virtuoso de los Capitanes de Hispanoamérica: « De resto, señores, es suficiente remuneración de mis servicios regresar a la tierra patria, después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria a los amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas, lleve roto este brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la Independencia americana, que destruyó las cadenas del Perú y dió sér a Bolivia, me conformo, cuando en medio de difíciles circunstancias, tengo mi conciencia libre de todo orimen. Al pasar el Desaguadero encontré una porción de hombres divididos entre asesinos y víctimas; entre esclavos y tiranos; devorados por los enconos y sedientos de venganza. Concilié los ánimos; he formado un pueblo que tiene leyes propias; que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales; que está reconocido de sus vecinos; que está exento de deudas exteriores; que sólo tiene una deuda interior pequeña y en su propio provecho; y que dirigido por un gobierno prudente, será feliz. Al ser llamado por la Asamblea General para encargarme de Bolivia, se me declaró que la Independencia y la organización del Estado, se apoyaban sobre mis trabajos. Para alcanzar aquellos bienes en medio de los partidos que se agitaron quince años, y de la desolación del país, no he hecho gemir a ningún Boliviano: ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa: he levantado del suplicio porción de víctimas, condenadas por la ley; y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Acaso se me culpe que esta condescendencia es el origen de mis mismas heridas; pero esto y contento de ellas, si mis sucesores con igual lenidad, acostumbren al pueblo boliviano a conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el estrépito de las bayonetas esté porennemente amenazando la vida del hombre y amenazando la libertad. En el retiro de mi vida veré mis cicatrices; y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar a Bolivia, preferí el imperio de las leyes, a ser el tirano o verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.

REPRESENTANTES DEL PUEBLO: hijos de Bolívar; que los desti- nos os protejan. Desde mi patria, desde el seno de mi familia, mis votos constantes serán por la prosperidad de Bolivia.

Obuquisaca, a 2 de agosto de 1828.—Antonio José de Sucre.»

Digno remate a este desaliñado estudio del virtuoso guerrero, diplomático y estadista Oumaués, sea el siguiente juicio de un filósofo y literato quiteño: «Si Sucre, juzgado en el tribunal más severo de la moralidad absoluta, es algo menos que santo; Sucre, en ese mismo tribunal, aparece muy superior a los héroes de improvisada fama; y el sorprendente conjunto de sus virtudes naturales, jamás desmentidas, y muchas de ellas practicadas en grado heroico, dejan entrever un principio más alto, que no se desarrolla sino en las encumbradas esferas del orden sobrenatural.» (1)

## VI

He llegado, señores, a la parte más ardua de este discurso, al asesinato del Mariscal de Ayacucho, cuyo estudio lo he llevado a cima con honrada y recta intención, libre de compromisos, anheloso de la verdad, tras largo cotejo y examen de cuanto haber pude sobre tan compleja materia, incluidas las publicaciones del General Buena-ventura Reinales, Nicolás Augusto González, la magistral y concien- zuda obra del Dr. D. Juan B. Pérez y Soto, y las Memorias del General Joaquín Posada Gutiérrez.

A nombre pues de la Historia y de la inocente víctima de hace un siglo, favorecedme aún, señores, con vuestra culta atención.

\* \* \*

Era el año de 1828, y apenas habían cesado las deanas en Ayacucho, anunciadoras de la libertad americana, cuando la asoladora tea de la discordia, con su séquito de ingratitudes, calumnias, odios y traiciones, comenzó su triunfal paseo por los pueblos todos de la Gran Colombia, fuertes y unidos hasta entonces frente al peligro común.

¡Cuán cierto es, señores, que cuando se apaga la luminosa antorcha de la Razón y Religión, ciegas y furiosas las pasiones se desatan; y, «refrenar las pasiones de los hombres cuando llegan al extravío de la razón, escribió alguien, es empresa más ardua que paralizar el oleaje del mar!»

Y así tenía que acontecer, desde que el *Padre de las Leyes*, divulgó en Colombia las perniciosas doctrinas del utilitarismo y la

---

(1) Manuel José Proaño. S. J.—Oración fúnebre.

eliminación, al imponer como texto de enseñanza, en los colegios, las obras de Jeremías Bentham, que condenara luego el Libertador. Con justicia escribió, en 1892, el ilustre literato y Vicepresidente de Colombia, Don Miguel Antonio Caro, lo que sigue: «El asesinato de Sucre fue secretamente fulminado en Bogotá: de este hecho no cabe duda. La muerte de Sucre como la de Arboleda, no son, por desgracia, casos únicos y aislados en nuestro martirologio político, sino aplicaciones prácticas del sistema utilitario de eliminación, de que fue el primer ensayo el que con mal suceso e inextinguible escándalo, se intentó contra la vida del Libertador la nefanda noche del 25 de setiembre.» Y el lapidario Fr. Vicente Solano: «Bolívar nunca se hizo César: pero Santander se presentó como Bruto, partidario y faccioso.»

¡Y el puñal doctrinario de la eliminación siguió segando vidas!

Después de Bolívar y Sucre, díganlo si no, los Generales Lucas Carvajal y Segovia, en Casanare; el Coronel Francisco de Miranda, hijo del Precursor, en Cerinza; el General Sardá y el Coronel Mariano Paris, en Bogotá; el Coronel Alzuro y el General Luis Urdaneta, en Panamá; el Capitán Guillermo Gaián y el Dr. Ramón Revollo, en Japio, para no citar otros más.

¡Convulsa y ciega la fiera *Demagogia*, encarnada en los nefastos septembristas, había jurado destruir el suntuoso templo de la Gran Colombia; y para lograr su intento, qual otro Sansón, no trepidó en conmovier y echar al suelo las dos robustas, firmísimas columnas que lo sustentaban, Bolívar y Sucre.

Fallido el golpe del 25 de setiembre de 1828, desalmada y traidora, no desmayó ni retrocedió en su labor de eliminar todo cuanto se opusiera a su obra; y así, por medio de sus agentes, los Jefes del Cauca y del Patía, llamó a la invasión extranjera, transformando a Neiva y Popayán en baluartes que impidiesen a Bolívar acudir en defensa del Sur, y cerrasen luego el paso, en oscura montaña, al último salvador de Colombia.

Bolívar, qual águila caudal de intrépido corazón y mirar de fuego, oteaba de Norte a Sur el entenebrecido horizonte, indagando en cuál punto era mayor el estampido del rayo y el rugir de la tormenta; hasta que la voz leal y acertada del General Rafael Urdaneta le arrancó de la indecisión: «La situación es tal, le escribe, que si continúa Ud. su viaje al Sur se pierde Venezuela, y acaba Colombia; y si Ud. prefiere ir primero a Venezuela, se salva ésta, y entonces se pierde el Sur; pero como lo del Sur es un peligro internacional, con invasión de tropas peruanas en son de conquista, y si éstas vencieran sería la mayor afrenta de la Patria, no hay que vacilar entre el peligro externo y el interno. Atiéndase a lo primero, a la invasión del Sur, que amenaza la integridad de la Nación y el honor de Colombia; que para lo que pueda ocurrir de más grave en el interior, aquí lucharemos dentro de casa cuanto se pueda y hasta donde se pueda.»

Por dicha, el clarín de la victoria y las deanas del Portete de Tarqui, cuyo glorioso remate fueron el Tratado de Guayaquil y el indulto de Pasto, al par que anonadaron a los traidores, cubrieron de gloria y de mayor prestigio a Bolívar y Sucre: era el 22 de setiembre de 1829. (1)

Bolívar para entonces, con su profunda y genial visión política, había llegado ya al pleno convencimiento de que su obra, su querido ideal y dorado ensueño, no había de subsistir por mucho tiempo; y de que él mismo, abatido y enfermo, debía separarse del mando. Así lo reconoció y afirmó, en ese profundo documento, que lo apellidaré testamento político del Libertador, datado en la Perla del Pacífico, el 13 de setiembre de 1828: «Considérese, escribe, la vida de un hombre que ha servido veinte años, después de haber pasado la mayor parte de su juventud.... y se verá que poco o nada le queda que ofrecer en el orden natural de las cosas....» Y luego, hablando de Colombia: «Mejor, pues, me parece preparar con anticipación esta catástrofe, que no se puede evitar aunque se hicieran esfuerzos sobrenaturales.... Mientras teníamos que continuar la guerra, parecía, y casi se puede decir que fué conveniente la creación de Colombia. Habiéndose sucedido la paz doméstica, y con ella nuevas relaciones, nos hemos desengañado que este laudable proyecto, o más bien este ensayo, no prometa las esperanzas que nos habíamos figurado. Los hombres y las cosas gritan por la separación, porque la desazón de cada componente muestra la inquietud general....»

El Libertador, el enfermo y amargado Libertador, convencido de que «cuando un hombre ve que su patria no quiere sus servicios, debe tener el buen juicio de no imponérselos,» (2) ansiaba la pronta reunión de la Constituyente, que al propio tiempo que diera una Constitución a Colombia, en vez de la desaparecida de Oúenta, le permitiera a él alejarse definitivamente del poder, legando a Colombia su invicta espada y las glorias de su nombre. Mas, las huestes santanderinas, agitando el pendón de Padilla, Zulaibar, Azuero, Hinos-trosa, Horment y otros; y tildando a Bolívar de tirano y asesino de la Patria, en quien debían «vengar los ultrajes de la madre adorada,» (3) precipitaban, en la vorágine de la anarquía, al valiente y gallardo General José María Córdova, al de las victorias con «armas a discreción y paso de vencedores!»; quien, oh desgracia, cayó sin la gloria que su valor y dotes militares merecían, en el Santuario, después de capitanear la insurrección de Antioquia, el 8 de setiembre de 1829. «Santo Dios!, exclamó el Libertador, al apurar hasta las heces el cáliz del dolor y el desengaño, si no se me dejará retirar en paz, y ha de ser mi vida sofocar insurrecciones.»

(1) «El Coronel Obando había preparado todo para su levantamiento de acuerdo con López y con los Pernanos.... El mismo Obando repitió complacido, que «el Perú triunfante de Bolivia o de Colombia marchaba a proteger su alzamiento.» (J. M. Restrepo, vol. IV, pág. 140.)

(2) Laureano Villanueva.

(3) «El Demócrata» N.º 10.

Al fin, entre tanto desconcierto y frenesí de las pasiones, se reunió, el 20 de enero de 1830, el Congreso en que había de presidir el Mariscal de Ayacucho, entre próceres como Castillo Rada, Félix Restrepo, José María Estévez, Vicente Borrero, Agustín Gutiérrez Moreno, José Modesto Larrea, Estanislao Vergara, Salvador Camacho, Pedro Antonio Torres, y los Generales Rafael Urdaneta, Carreño, Briceño, Méndez, Silva, Ortega, Carillo, etc.; y en cuyo admirable senado, habían de resonar, en son de queja y de protesta, estas frases del Libertador: «Legisladores! me ruborizo al decirlo, la independencia es el único bien que hemos conquistado, a costa de los demás. . . .» «Compatriotas! Escuchad mi última voz, al terminar mi carrera política; a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.»



Dividido el mundo en dos vastos e inconfundibles estadios, del bien y del mal, el martirio, a más de ser propio de quienes lucen en su alma las condecoraciones de la virtud y el talento, es siempre gaje y aureola de legítima grandeza. ¡Y es en el mundo antiguo, Sócrates, enseñando imperturbable a sus discípulos doctrinas sobre la inmortalidad del alma, antes de apurar en castigo la copa de cicuta, aureole y gloria de la sabiduría! ¡Y es en la era cristiana, el Divino Crucificado, expirando en la cima del Gólgota por ser el maestro de toda ciencia y santidad!

Bolívar, providencialmente salvado en Jamaica, los Toros y sobre todo en la tétrica noche del 25 de setiembre, había de morir en Santa Marta, despedazada el alma por quienes, de los despojos de Colombia deseaban sacar con vida a Venezuela y Nueva Granada. Y el Mariscal Sucre, amparado del fratricida puñal de la Paz y de Tarqui, y del que le destrozara el brazo en Ohuquisaca, había de caer en la encrucijada de Berruecos, víctima de quienes tenían por meta, «disolver a Colombia, secundando el movimiento separatista de Venezuela, y constituirse solos, con su libertad en Nueva Granada» (1)

Lo que me acabáis de oír, señores, síntesis de cuanto con serio e imparcial criterio se ha escrito, de 1830 a esta fecha, es tan cierto y claro, que cuando el General José Hilario López se apoderó por asalto del solio presidencial de Nueva Granada, el antiguo edecán de Obando, Coronel D. Francisco de Paula Diago, exclamó: «Estamos expiando el parricidio que nos dió esta independencia.»

(1) J. B. Pérez y Soto.



Encendida la lámpara de cariñoso recuerdo, y guiados por el astro esplendoroso de la Historia, acompañémosle en sus postreros días al Gran Mariscal de Ayacucho.

El 5 de mayo de 1830 el General Sucre volvió a Bogotá, sin traer la oliva de paz que le encargara buscar en Venezuela el Congreso Admirable, del cual se despidió en marzo con estas memorables palabras: «no olvidaré jamás lo que debo a la confianza del congreso, y lo que debo a esta cara Colombia, digna siempre de nuestros sacrificios, de nuestras privaciones, y de que la consagremos nuestra sangre misma.»

«La última entrevista de Sucre con el Libertador, escribe el General Joaquín Posada Gutiérrez en sus Memorias, fué tierna y congojosa: estrechamente abrazados derramaron lágrimas uno y otro. Ambos veían que sus sacrificios eran perdidos. . . .» — ¡Cuadro desgarrador aquél! . . . . El que escribiera: «Si la Providencia nos hubiese concedido el derecho de elegir padres, yo elegiría por padre a D. José María Mosquera, y por hijo al General Sucre», reclinaba la arrugada frente y apesadumbrada cabeza sobre el adolorido y fiel corazón de aquel de quien decía el General Miller: «su estatura es morosa que regular, su semblante es vivo y animado, aunque no hermoso, y sus maneras finas y agradables.»

En aquel efusivo abrazo, el padre, maldecido de Nueva Granada, y de Venezuela repudiado; y el hijo, por afectuoso y fiel padeciendo idénticos infortunios, se despidieron hasta la eternidad; pues, présago el corazón dejábales entrever, de Bogotá al Norte y entre la bruma del mar azul, a San Pedro Alejandrino; y al Sur, entre abruptos y terroríficos abismos, la oscura y tétrica selva de Berruecos; y entre tanta soledad y negras sombras, brillar, cual la dulce esperanza, las fúlgidas cumbres del Ohimborazo y el Pichincha!

El 8 de mayo, Sucre se despidió, por carta, de Bolívar: «Quando he ido a la casa de Ud. para acompañarlo, ya se había marchado. . . . Adiós, mi General; reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hacen verter la ausencia de Ud. Sea feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apreciado amigo.»

¡Que acabada similitud la de estos dos excelsos Capitanes, con aquellos otros ínclitos defensores de la independencia de Israel contra los tenaces filisteos, David y Jonatás! Unidos siempre con indestructible lazo de fiel amistad, cierta vez, en estos términos se despidió el hijo de Saúl del vencedor de Goliat: «Vete en paz, y dure siempre la amistad que nos hemos jurado en el nombre del Señor.» Y cuando Jonatás sucumbió como valiente en los montes de Gelboé, así le lloraba David: «Duélome sobre tí, hermano mío Jonatás, como una madre ama a su único hijo, así te amaba yo.»

Destrozado el pecho por las garras de intenso dolor, y anublados los ojos por abundantes lágrimas, éstos fueron los trenos del Libertador por su predilecto Capitán: «Ay Dios! . . . . han derramado la sangre inocente de Abel. . . . La bala cruel que te hirió en el corazón mató a Colombia y me quitó la vida. Como soldado fuiste la Victoria; como Magistrado, la Justicia; como ciudadano, el Patriotismo; como Vencedor, la Olemencia; y como amigo, la lealtad. . . . Para tu gloria, lo tienes todo ya, lo que falta, sólo a Dios corresponde darlo. . . .»

Sí, el Señor le habrá concedido también la inmortalidad del cielo, porque el Mariscal, advertido durante el viaje de un posible asesinato, se convenció de ello el 3 de junio: y alistó sus armas para la defensa, al propio tiempo que habrá preparado su alma para el trance supremo de la muerte. Además, lo dice el Ilmo. Sr. Pólit: «Sucre jamás se había avergonzado de ser católico y discípulo de Jesucristo; siempre había sido justo, bueno, olemente, magnánimo; perdonando a sus propios enemigos y volviéndoles el bien por el mal, había merecido el perdón divino de sus propias culpas; y en el instante preciso de su infausta muerte, el Supremo Juez de vivos y muertos le manifestaría que no en vano estaba escrito en su Evangelio esta ley fundamental con que a él le juzgaba: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia: *Beati misericordes quam ipsi misericordiam consequentur* (Mat. cap. V, v. 7).

#### PROSIGAMOS, SEÑORES:

Históricamente está comprobado que en Bogotá, no en otra parte, se fulminó y rubricó la sentencia de muerte contra el Gran Mariscal de Ayacucho; las más ilustradas plumas neogranadinas así lo han reconocido siempre. Oigámosle si no al austero General D. Joaquín Posada Gutiérrez: «Ya tengo el espectro del Mariscal de Ayacucho ante mis ojos, horriblemente desfigurado por el lodo y la sangre. Ya las sombras del General Obando, de Sarria, de Erazo, del Coronel Morillo, del Comandante Alvarez, de Fidel Torres, unas acusando, otras negando, acuden citadas ante el Tribunal angusto de la Historia. . . . No he hecho uso de cosas vagas, ni de las noticias verbales que yo pude adquirir; he compilado, examinado y analizado documentos públicos que son propiedad de la Historia. . . . digo terminantemente, que los ejecutores del hecho no pudieron venir del Ecuador a Berruecos y desaparecer como por encanto, porque basta conocer el terreno para ver que esto es imposible. . . .» (1)

Si en los mismos días del Congreso Admirable era esta verdad histórica, convicción de muchos Diputados! «Coronel Posada, le dijo el General Caicedo, no hay que alucinarnos: el puñal del 25 de setiembre puede aflarse otra vez, y es menester salvar a nuestra

(1) Memorias Histórico—Políticas.

patria de la responsabilidad de un gran crimen. . . .; Yo temo hasta por el General Sucre. . . . El Libertador conocerá pronto, si no ha caído ya en cuenta, que nosotros, alejándolo, somos sus verdaderos amigos. Por otra parte, la conservación de Colombia es una causa perdida, y somos Granadinos.» — Y el ático escritor y Vicepresidente de Colombia, D. Miguel Antonio Caro, se expresa así: «*El asesinato de Sucre fué secretamente fulminado desde Bogotá: de este hecho no cabe duda.*»

Aún hay más: esta tesis, formulada ya en Nueva Granada el mismo 4 de junio de 1830; enunciada y sostenida posteriormente por muchos escritores de fuste, incluso el mismísimo Sr. D. Nicolás Augusto González, que en noble retractación escribió el año de 1914: «El asesinato de Sucre fué meditado y decretado en Bogotá, por el partido enemigo de la Dictadura de Bolívar. Tal es mi convicción íntima y sincera al cabo de los años que he vivido estudiando este asunto»; esta tesis, lo repito, ha quedado plenamente comprobada, desde el año de 1924, en la monumental y abrumadora obra del benemérito neogradino Dr. D. Juan Bautista Pérez y Soto, que consagrara su vida toda al esclarecimiento del crimen de Berruecos.

Es pues una verdad, señores, que sobre todo esclarecidas péñolas neogranadinas han divulgado y probado: que desde el año de 1827 se fundó en Bogotá un Club, que sesionaba las noches frente al atrio de la Catedral, en casa de los señores Arrublas —esquina de la plaza Bolívar y la calle Real—; estableciendo además otros centros auxiliares y agentes, en diversos puntos de la República, con el siniestro fin de luchar contra la Dictadura, asesinar al Libertador y editar los periódicos «El Demócrata» y «La Aurora.»

Al respecto oíd, señores, el siguiente párrafo del Dr. Pérez y Soto: «De toda evidencia es que se reunió tal Junta y que de ésta salió la orden para el asesinato de Sucre, pero cuántos y cuáles fueron estos satánicos congregados, es lo difícil de señalar, a ménos que aparezca por ahí aquella lista que sabemos fué puesta en manos del Señor Arzobispo Mosquera. Se han citado varios nombres, y aun alguno se ha denunciado a sí mismo, como Don Genaro Santamaría; que pasaban de treinta aquellos frenéticos, dice el Doctor Samper; hasta se ha señalado con persistencia la casa en donde se reunió la tal Junta, y hay unanimidad en decir que fué la bien conocida casa de la plaza de Bolívar y esquina de la Calle Real, que entonces pertenecía a Don Francisco Montoya. En el relato del Doctor Quijano Wallis, con referencia al Presidente Zaldúa, se da la propiedad de esta casa a los Señores Arrubla; para conciliar esta discrepancia, cabe decir, que si Montoya era el dueño del edificio, lo estaba ocupando con su familia Don Manuel Antonio Arrubla. Sobre la circunstancia de ser este Señor Arrubla el *dueño de casa*, es decir el ocupante que daba asilo a la Junta, es muy preciso el General Mosquera, en sus *Memorias*; como igualmente se pasa de preciso en la cita que hace de Don Luis Montoya, a quien le asigna papel de relieve.»

Y este ótro, escrito por el Dr. José María Samper el año de

1854: «En Bogotá, en una casa que hoy pertenece a una notabilidad monetaria, se reunía una Junta algo numerosa para concertar los medios de reducir a la impotencia a Sucre, de quien se temía con fundamento una reacción favorable a Bolívar, apoyada en el ejército del Ecuador; y a esa Junta concurrían, y de sus fines tenían conocimiento, personas altamente caracterizadas, y que después han figurado bajo distintas banderas políticas. *Este es un hecho incontrovertible, probado ya con evidencia.*»

\* \* \*

¡Caldeada y malsana estaba la atmósfera política y social de año de 1830!

Tildado Bolívar de aspirar a la tiranía y alejado del poder, los del Club se agitaban febriles, para concluir la obra de disolución y acabar con quienes se opusieran a ella. «Bolívar es hoy un Vesubio apagado, clamaba «El Demócrata», pronto a romper su cráter vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza. Su explosión es temible; y puede lanzar al gobierno republicano y a la libertad al caos del olvido. Sucre, Carreño, Luque, Portocarrero y otros pérfidos mariscales, son bocas que verterán la sangre, terror y espanto de que está hirviendo el fondo de aquel volcán.»

Antes del 15 de mayo, fecha en la que salió para Quito el Mariscal Sucre, se congregaron en casa de D. Pancho Montoya: D. Genaro Santamaría, D. Manuel Antonio Arrublas, Dr. Cipriano Domingo Oñena, D. Angel María Flores, Dr. Vicente Azuero, D. Luis Montoya, Dr. Juan Nepomuceno Vargas, editor de «El Demócrata» y «La Aurora», y otros más; y, tras acalorado debate, resolvieron por unanimidad, «que era necesario *suprimir al General Sucre, el único que por sus talentos militares y su prestigio podía conservar el predominio del Libertador en la Gran Colombia.*»

Que esta sea la verdad, nos lo dice así mismo el Diputado Sr. García del Río, quien a poco escribió: «Grande era a la sazón la exaltación de los espíritus y el encono de las pasiones en Nueva Granada; y como el General Sucre se hubiese manifestado en un principio sostenedor de la integridad de la República, y era, después del General Bolívar, el jefe que más cuidado daba a los exaltados del partido liberal, así por la firmeza de su carácter y por sus talentos, como por el prestigio que le granjearan en la nación y en el ejército sus esclarecidos hechos, era odiado de muerte por los demagogos de la Nueva Granada, mortales enemigos de todo venezolano. Tan conocido era de los amigos del héroe de Ayacucho, que el Libertador y todos nosotros le instamos, hasta el último momento, por que bajase en nuestra compañía el Magdalena, y por el istmo de Panamá se trasladase a Guayaquil, en vez de emprender la marcha

por tierra hasta Quito, atravesando por Neiva, Popayán, Patía y Pasto, provincias en donde temíamos que pudiese correr gran riesgo su preciosa existencia. Mas en balde fueron nuestras reflexiones y todos nuestros ruegos: el destino arrastraba al sacrificio a aquella ilustre víctima de la intolerancia política.»

¡Pero qué!, tan prevista y asegurada estaba la consumación del crimen, que, por doquiera se encaminase el General Sucre a fin de llegar onanto antes a Quito y celebrar con los suyos la fiesta de San Antonio, había de hallar aquel mismo u otro parecido desfiladero de Berruecos: si por Panamá, allí estaba el General Tomás Herrera; si por la Buenaventura, ¡alto! le había de gritar —¿quién?— se dijo que el General Pedro José Murgueitio; (1) si por Neiva y Popayán, escogida estaba la estrecha vereda de Barandillas, desde donde había de arrojarse el cadáver del Mariscal en las turbias ondas del Magdalena; y aún más, el General José Hilario López pedido había a Carlos Bonilla, que estuviere listo para volcar la canoa en el punto denominado Domingo Arias, a lo que se negó con entereza el noble boga; si con vida salía de Popayán, el General José María Obando había prometido que Sucre no pasaría de Pasto. ¡Sí, el crimen había apostado doquiera anticipadamente: a la virtud no le quedaba ningún sendero para transitar segura y con vida!

#### VOLVAMOS AÚN A BOGOTÁ.

Escritas y firmadas las respectivas comunicaciones, e inmediatamente enviadas a los Gobernadores de Neiva y Popayán por D. Luis Montoya —que las entregó a José Manuel Elizalde sirviente suyo—, los conjurados de la plaza Bolívar comenzaron a dispersarse. A poco, Genaro Santamaría que saliera el primero, volvió turbado a donde sus compañeros: había visto al Gran Mariscal, solo, pensativo y triste paseando por el atrio de la Catedral, cuando las sombras de la noche, densas y negras cual las conciencias de los criminales, comenzaban a descender y envolver entre sus pliegues a la silenciosa ciudad!

Antes de ausentarse de la capital de la Nueva Granada, el Mariscal Sucre conferenció con el Vicepresidente, General D. Vicente Caicedo. ¿De qué hablaron entonces esos dos convencidos de la disolución de la Gran Colombia? Días antes el Vicepresidente había dicho al entonces Coronel Posada: «La conservación de Colombia es una causa perdida, y somos Granadinos.» ¿De qué, si el desinteresado Mariscal, ambicioso solamente, cual otro Oincinato, de abandonar la toga y desceñirse la invicta espada, para seguir la senda de los pocos sabios que en el mundo han sido, escribíale a su esposa el 5 de abril: «No aceptaré nada, sean cuales fueran las circunstancias, las causas

---

(1) En carta de Obando, fechada en Popayán el 18 de mayo de 1830, se lee: «Tenga Ud. mucho cuidado con ese Señor, si viene por ahí, y haga que venga por esta plaza. (Pérez y Soto Vol. I, pág. 96).»

y las cosas. . . . Sólo quiero vivir contigo en el sosiego. . . . » Y el 15, al Libertador: «Quiero también excusarme de todo lance que pretenda reducirseme a aceptar puestos que el corazón repugna, por que sólo apetece la vida privada. . . . y por nada quiero que se me confunda entre los pretendientes al Gobierno, o mejor dicho, entre los que pretenden hacer de la República su despojo. . . . El incendio revolucionario lo abrazará todo. Veo delante de nosotros todos los peligros y todos los males de las pasiones exaltadas, y que la ambición y las venganzas van a desplegarse con todas sus fuerzas. Parece que en el Sur hay tranquilidad, aunque hay temores muchos.»

¿Trataron acaso de la federación?; o, porque es la esperanza la postrera luz del corazón humano, ¿creían aún posible un imposible avenimiento?

Escribe el historiador Restrepo: «Tan pronto como fueron elegidos el Presidente y Vicepresidente de la República, conferenció con ellos sobre las condiciones en que se encontraba el Sur; y sin comprometerse a nada, y sin pensar más que en la triste, inevitable suerte de Colombia y su Libertador, marchó de Bogotá a la montaña de Berruecos, situada a 13 leguas al N. de la ciudad de Pasto. — Y con mayor claridad el General Posada: «El Sr. Oicedo quería que el General Sucre influyese en mantener la unión de los Departamentos del Sur, con los del Centro, en una República centro-federal: es decir, quería que se conservase la unión de la Nueva Granada. — Sucre le ofrecía procurarlo, aunque temía que antes de su llegada a Quito hubieran ocurrido algunos trastornos por allá, en cuyo caso serían infructuosos sus esfuerzos. — De todos modos, yo tengo confianza en que Ud. llegando a Quito, en tiempo, podría hacer mucho en este sentido; pero haga Ud. su viaje por el Valle del Cauca al Puerto de la Buenaventura, mejor que por Neiva y Popayán.»

Llegado que hubo a la ciudad de Popayán, supo el General Sucre la separación del Sur; y el 28, víspera de su salida para Quito, escribióle al General Rafael Urdaneta: «Entiendo que el Gobierno esperaba ya esta novedad, y supongo que se haya meditado el fin que se dé a los negocios del Sur, para que redunden al fin en provecho público.» Y al General D. Vicente Aguirre: «Hoy he recibido la carta de Ud. de 13 del corriente, que me instruye de lo que ocurría en Quito en ese día. — Lo que se ha hecho, no ha sido en tiempo, porque yo creo que debió esperarse el término de las sesiones del Congreso; mas era cosa calculada por todos que debía suceder una novedad en el Sur. . . . Opino, pues, añadía, que si hay moderación y buen juicio, y si se lleva por guía mejorar la administración interior del país, bajo principios fijos y de provecho público, ese acontecimiento será provechoso. Repito que por todo esto se necesita de buen sentido, y de unión y patriotismo; y llamo unión, la más estrecha y buena inteligencia entre los tres Departamentos del Sur. . . . Yo llegaré pronto y les diré todo lo que he visto y todo lo que sé para que Uds. vean lo mejor, y también todo lo que el Libertador me dijo a su despedida, para que de cualquier modo se

consérvese esta Colombia, y sus glorias, y su brillo, y su nombre. Puede Ud. entre tanto enseñar esta carta al General Flores, a quien no tengo tiempo de escribir, porque estoy ocupado de mis cosas de viaje. Recomendando siempre moderación y prudencia para que todos los colombianos se entiendan con calma y sin el ruido de guerras civiles.»

¿Que aconteció entonces en Popayán? Que nos lo relaten, señores, testigos fidedignos y oculares como el General y Presidente de Colombia D. Tomás O. de Mosquera, y su hermano Manuel, Arzobispo de Bogotá: «Pocos días después de la marcha de Obando, llegó un posta de Neiva, trayendo comunicaciones de esa ciudad y de la de Bogotá, y yo recibí una carta en la que se me encargaba poner en mano propia de Obando la inclusa. El Teniente Coronel José del Carmen López, Jefe de Estado Mayor, me comunicó que había llegado un extraordinario para el General Obando, y me lo iba a remitir a Pasto; y le supliqué — me dijo — que le hiciese el favor de incluirle una carta que acababa de recibir de Bogotá; y al ponerle otras incluyéndole la que había recibido, llegó el Sargento Caicedo, anunciándome que venía de parte del General Sucre, que ese día llegaría a nuestra casa; pues a ella llegaba siempre al pasar por Popayán.»

«Mi hermano le escribió (a Obando), según su relato, una esquela, en que le decía: «Te incluyo la adjunta carta que he recibido para tí; no puedo ser más largo, porque voy a recibir a Sucre, que debe alojarse en mi casa.» Obando contestó a mi hermano: «He recibido tu carta, te la aprecio. SUCRE NO PASARÁ DE AQUÍ...» Con tono consternado me agregó mi hermano: «Desde ese momento no tuve tranquilidad.»

«Las caballerías que había contratado Sucre para marchar, le fueron embargadas, y el dueño de ellas, señor Luciano Valdez, dió aviso al General Sucre, que no podía seguir al día siguiente, por esta razón, y que le proporcionaría otras caballerías. Mi mujer, Señora Mariana Arboleda, le manifestó al General Sucre que no debía seguir por Pasto; que ese embargo de las caballerías a un hombre de su categoría, algo significaba. El General Sucre no creía en nada desfavorable hacia él, y se empeñó en seguir, como lo verificó.»

Hasta tanto, los redactores de «El Demócrata», Cipriano Domingo Ouenca, Angel María Flores, Juan N. Vargas, Florentino González, Juan Nepomuceno Gómez, etc., en el N.º 3 correspondiente al 1.º de junio de 1830, con insultos y calumnias desprestigiaban a la víctima, pues «daban por muerto a Sucre, y lo sepultaban a prisa entre ignominias y desprecios.» (1)

«Antes de salir del departamento de Cundinamarca, escribían, empieza a manchar su huella con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disolución.... Bien conocíamos su desenfrenada ambición después de haberlo visto gobernando a Bolivia con poder

---

(1) Pérez y Soto.

inviolable.... Va haciendo alarde de su profundo saber....»  
No prosigamos con la única diatriba que se ha escrito hasta ahora  
contra el immaculado Mariscal de Ayacucho.

→ El miércoles 2 de junio llegó el General Sucre a casa del Comandante José Erazo, en el Salto de Mayo, de donde salió el día 3 por la mañana, en compañía del Diputado por Ouenca, Dr. D. Andrés García Trélez, del Sargento Francisco Colmenares, los asistentes Lorenzo Oaicedo, Francisco, y dos arrieros. — A poco llegó al Salto de Mayo el Coronel Apolinar Morillo, portador de una carta que le diera para Erazo el Comandante Antonio Mariano Alvarez. A Morillo habíale dicho en Pasto el General Obando: «La patria se halla en el mayor peligro de ser sucumbida por los tiranos, y el único medio de salvarla es quitar al General Sucre, quien viene de Bogotá a levantar al Ecuador, para apoyar el proyecto de coronarse el Libertador; y es preciso que hoy mismo marche Ud. con una comisión a la (casa) de José Erazo en el Salto de Mayo.» Y a Sarria, según lo dijo éste en Popayán: «que a Sucre se lo debía matar como al más monarquista, amigo de Bolívar, y que trataba como último recurso de vender a los peruanos el territorio desde Pasto hasta el Azuay.»

A eso de las diez de la mañana llegó el Mariscal y su comitiva a la Venta; y a la una de la tarde, procedente de Pasto, el Coronel Juan Gregorio Sarria, a quien se le había adjuntado en Berruecos D. Manuel de Jesús Patiño. Vino asimismo del Salto de Mayo José Erazo, circunstancia que inquietó al General Sucre, ya que en el Salto se había quedado Erazo para despachar el parque del Batallón Vargas. Al atardecer, el Mariscal invitó a Sarria y Erazo a pernoctar con él en la Venta, a lo que se excusaron, alegando el primero que debía continuar su viaje a Popayán. Sarria se despidió de Sucre, diciéndole: «que empeñase todo su influjo y valimiento, a fin de conservar la paz que era lo que deseaba él y todo el departamento.»

Del proceso iniciado para el esclarecimiento del crimen se deduce que Morillo había solicitado de Erazo, para la perpetración del asesinato, algunos soldados del Vargas; y como no los hubiese conseguido, comprometió en los contornos del Salto de Mayo a los soldados retirados Andrés Rodríguez y Juan Ouzco, y a un indio de Alpujarrá llamado José Gregorio Rodríguez.

Largamente conferenciaron aquella noche Morillo, Sarria y Erazo; mientras en la Venta el General Sucre, convencido ya de que los chacales acechaban sus pasos, hablábales a sus compañeros de un posible asalto y de la necesidad de preparar las armas y mantenerse en vela. — Morillo sostenía que debía asesinarle arteramente, desde las encrucijadas por él y Fidel Torres elegidas en Berruecos; Sarria, por el contrario, que se le asaltase en la Venta, y en todo caso a cara descubierta, tanto más cuanto *que era orden superior*.

¡Oh sí, presentáos de frente, viles asesinos, que así talvez no mancharíais vuestras manos con la sangre de víctima inocente y



noble! Hacedlo, que el héroe de Pichincha y Ayacucho, os desarmará y rendirá; no como Mario con su aire aterrador, mirar de fuego e hiriente frase: «anda y dí a tu amo que has visto a Mario sentado sobre las ruinas de Cartago;» sino con su continente digno y modesto, y su semblante cariñoso. ¡Decid a vuestros mandantes, os dijera, que se constituyan solos en Nueva Granada, y se levanten con el Quarto Estado del Cauca, si lo quieren; que yo, limpio de las bajas concupiscencias de oro y de poder, sólo ambiciono llegar a mi adorada Quito, y allí, en el grato retiro y soledad, junto a la montaña do nací a la Gloria, y en el dulce nido de mi hogar, vivir y morir tranquilo. Y en cuanto a vosotros, a quienes desde ahora perdono de corazón y ofrezco no delataros, huíd, escondéos, tomad dinero para vuestra fuga si lo deseáis, con tal que no déis tan in-moral escándalo a la América, ni manchéis para siempre con mi sangre la noble causa de la Libertad y de Colombia....!

¡Vana ilusión, que todo estaba dispuesto en la Angostura de la Jacoba, desde antes que amaneciera el viernes 4 de junio de 1830!

Sarria cargó los tres fusiles de los asesinos con balas y cortados de plomo, y dijole a Erazo: «Ud tiene conocimiento de la montaña, coloque estos hombres.» Y refiere el victimario Andrés Rodríguez: «que al principio los puso Morillo en el punto señalado, a los tres de una parte, y que Morillo se había colocado en la otra, porque decía que lo conocía bien y podía asegurarle el tiro; que después dispuso poner dos a cada lado del camino, de modo que no se ofendiesen recíprocamente, situándolos a los nnos de suerte que los tiros se dirigiesen al pecho, los otros al costado izquierdo, y que hicieron uso para este acto de un fusil y dos pistolas y de otro fusil de su asistente.»

¡Envuelta en blancos tules despertó la aurora del viernes 4 de junio de 1830: la aurora del postrero día, aquí en la tierra, para el Gran Mariscal de Ayacucho; la aurora del perenne e indefectible sol de la eternidad, para el inocente mártir de Berruecos!

Antes de las siete de la mañana, el General Sucre y los suyos dijéron ¡adiós! en la hacienda de la Venta; y principiaron luego a ascender e internarse uno tras otro, silenciosos y meditabundos, por la sombría, y de entonces para siempre negrísima montañuela de Berruecos!

La montaña de Berruecos, según el General Posada, es un sendero angosto y difícil, de subidas y bajadas, entre un bosque espeso que de un lado y otro se prolonga, sin que se pueda entrar ni salir de ella sino por sus dos bocas. Del lado de Pasto un caserío considerable llamado Berruecos, que da su nombre a la montaña, se encuentra a su salida; del lado de Popayán, otro menor, que es la Venta, se encuentra a corta distancia a su entrada.

Desde Berruecos a Pasto, al pasar el Juanambú, hay dos caminos, en los que abundan casitas aisladas, y son traficadas continuamente por gentes de las haciendas y de los caseríos, que están en el uno, y el pueblo de Buesaco, que está en el otro, y por pasajeros de

# Primer Centenario de la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho.

1830 — 1930



*Bajo el dosel inmenso de la comba azul del firmamento,  
donde titilan y lloran innumerables estrellas.*



*Sus despojos mortales, cuidados por la Providencia Divina y siempre a la sombra de la Cruz,  
con nosotros están y se quedarán.*

Pasto a Popayán o viceversa. En la Venta había un piquete de tropa, y Erazo llamado por Beltrán vino del Salto a dicho puesto con ocho hombres; de Pasto mandó el General Obando al Comandante Mariano Alvarez con dos compañías del Vargas, con el objeto, dijo, de perseguir los asesinos, y en ninguna parte, ni antes ni después, ni nunca se encontraron los tales soldados ecuatorianos, ¿qué se hicieron pues? ¿se lo tragó la tierra? De solo la frontera del Ecuador al lugar donde se ejecutó el asesinato hay cuarenta leguas, pasando por pueblos considerables, haciendas y caseríos, y el río Juanambú por pasos precisos, los más de *tarabita*, en los que hay casas habitadas. ¿Cómo podían pues venir cuatro soldados a caballo sin llamar la atención en tan larga distancia, a dar semejante golpe de mano, a hora fija, en el paraje más a propósito para darlo, desapareciendo en el acto de ejecutarlo sin dejar el menor rastro? Los que conozcan este terreno, saben a qué atenerse en el particular. Es físicamente imposible, es de toda imposibilidad que tal cosa pudiera suceder, y nunca me he acertado a explicar cómo pudo inventarse y sostenerse semejante absurda suposición, por un hombre tan avisado como el General Obando.» (1)

#### PROSIGAMOS.

El sol en su triunfal carrera había traspasado el círculo horario de las ocho, cuando el eco desgarrador y lúgubre de cuatro disparos, repercutió en la montaña, y el General Sucre se desplomaba sobre el fango del estrecho sendero, atravesado el corazón y herido en la cabeza.....

Todos habían huído sobrecogidos de terror; y allí, en la fría soledad y el más profundo silencio, solamente oíase una voz: «*Cain, Cain que has hecho de tu hermano; la sangre del inocente Abel está clamando al Cielo venganza!*»

Entretanto, a eso de las diez de la mañana, congregados los asesinos en la Venta, tintas las manos en sangre, repartíase la vil soldada: sacó Morillo los cuarenta pesos que le diera Obando y los repartió entre Erazo y los tres asesinos, pues Sarria guardado había de antemano ocho onzas para sí. Luego escribió Morillo a Obando, para que llevase la carta el Comandante Alvarez que había de venir en persecución de los criminales, y le escribió con la frase previamente convenida: «*La mula de su encargo ya está cogida.*» Hecho lo cual Morillo se encaminó a Popayán, a comunicar lo acontecido al General López, que era el «*lazo de unión espiritual entre Bogotá y Pasto.....*» o sea entre «*El Demócrata*» y Obando; entre el cerebro y el brazo.»

1) General Joaquín Posada Gutiérrez. — Memorias Histórico-Políticas.

Mientras la noche iba descorriendo por los declives de la montaña los inmortorios cortinajes de las sombras, y el viento entonaba en las altas copas de los árboles, lento y quejumbroso el *De profundis* de la Salmódia cristiana; a la tenue luz de lejanas estrellas y lucíferos insectos, el fúnebre cortejo de Lorenzo Caicedo, Manuel de Jesús Patiño, Domingo Martínez y José María Beltrán, agobiado por inmenso y agudo dolor, iba conduciendo el cadáver de quien, a una con Bolívar, paseado había en gira triunfal el Pendón de la Libertad, desde las riberas del adormido Manzanares hasta las abruptas cumbres del Oanduroanqui.

Lo depositaron en La Capilla bajo rústico cobertizo y sobre el catafalco de la verde grama, que al sumarse en singular contraste con la purpúrea sangre que teñía el blanco y azul ropaje de la víctima, semejaba y simbolizaba el Iris de Colombia; y lo velaron con piedad y cariño, musitando, entre sollozos y lágrimas, aquellas sencillas plegarias que brotaban espontáneas y fervientes de su corazón adolorido y cristiano.

Y cuando comenzó a florar, entre tímida y llorosa, el alba del nuevo día, los cuatro del cortejo excavaron una fosa en el duro suelo; extendieron con delicado esmero los ensangrentados despojos de la víctima; los rociaron por vez postrera con el agua lustrar de afectuosas lágrimas; plantaron tosca Cruz, símbolo y esperanza de resurrección y vida, protectora y guardiana en tan triste soledad de quien creyera y esperara en ella, y fueron lentamente descendiendo hasta perder de vista esa elocuente y simbólica Cruz del Calvario de Berruecos!

Antes de finalizar tan tristes episodios, permitidme exclamar como un acto de justicia en este día: loor y reconocimiento a D. Lorenzo de Caicedo, noble y fiel asistente del General Sucre!

El domingo 8 de junio, mientras Caicedo, portador de algunas prendas de vestir del Mariscal incluso el reloj que le entregara D. Elías Medina, se encaminaba a Quito, llegó a la Capilla de Berruecos una comisión enviada por el General Obando, compuesta de dos compañías del Batallón Vargas, del Teniente Coronel Antonio Mariano Alvarez, de Fidel Torres y del cirujano Alejandro Floot: descubrió la fosa y, previo reconocimiento, informó a Obando que en verdad el Gran Mariscal de Ayacucho había sido asesinado....!!

## VII

¿Hubo algunos cómplices más en la «trama infernal» de Bermeos, como la apellida Pérez y Soto?

El incorruptible Tribunal de la Historia, señores, fundamenta sus fallos, nó en rumores infundados o en inculpaciones injustas, muy menos en diatribas y calumnias, sino en pruebas plenas que fluyan de documentos fehacientes, estudiados a la luz de sano, recto e imparcial criterio.

Así pues, tras prolongado estudio de cuanto se ha escrito en pro y en contra, de un siglo a esta parte, y que me ha sido dado consultar, formulo mi opinión franca y sincera diciendo que: atentos el estado y desarrollo de la Historia hasta este momento, con su abundante documentación y bibliografía, no se puede dar con ningún otro actor o cómplice en el execrable asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre.

Todos vosotros sabéis, señores, que, desde cuando el General Obando tendió lazo insidioso al General Flores, al escribirle en marzo de 1830 diciéndole: «pongámos de acuerdo D. Juan: dígame si quiere que detenga en Pasto al General Sucre, o lo que debo hacer con él; hábleme con franqueza y cuente con su amigo»; y asimismo el 19 de junio, quince días después del crimen, al General López: «Es preciso que me escribas lo reservado separadamente, como lo hago yo. . . . Te lo recomiendo al pobre Comandante Morillo. . . . te lo recomiendo mucho, mucho, y debes tratarlo bien como a un pobre Oficial que ha servido, mucho, y mucho», no ha cesado la activa y apasionada campaña por imponer la negra mancha de complicidad en el crimen sobre la frente del General Venezolano y primer Presidente del Ecuador, Sr. D. Juan José Flores.

Empero, la Historia, la verídica e imparcial, —aquella que en frase de Posada Gutiérrez, «no puede ni debe acoger sin pruebas incontestables alusiones que acaso no sean más que la explosión de un encono reconcentrado que estalla vengador»—, antes de las pruebas y procesos posteriores al año de 1840, hubiera fallado como el íntegro General Posada. Oigámosle:

«Puede ser que el General Flores fuera cómplice de aquel delito, pero en este caso no podía serlo sino en mancomunidad con el General Obando, único que en aquellas circunstancias y aquel paraje, podía ejecutarlo a golpe seguro, no siendo ladrones los asesinos; pero del modo, o mejor dicho, de los diferentes modos con que el General Obando ha pretendido demostrar que Flores y no él lo perpetró, repito que es imposible, absolutamente imposible. . . .

Yo, por mi parte, nada afirmo ni nada niego; no me constituyo acusador ni defensor en una causa tan complicada. Quando lleguemos a los acontecimientos de 1840 y 1841; acaso se descorrerá la cortina que cubre este sombrío cuadro. Esperemos.»

Y esa misma Historia, recorrida la cortina gracias a los acontecimientos de 1840 y 1841; digo más, la Historia verídica e imparcial, después del cúmulo de acusaciones y defensas, réplicas y contraréplicas de 1830 a 1930, ha de fallar en conformidad con declaraciones como las del Coronel Manuel José de la Barrera; confesiones como las del desgraciado Morillo; y veredictos, sobre todo, como los del integérrimo General D. Pedro Alcántara Herrán, documentos todos que me habéis de permitir citarlos.

El Coronel D. Manuel José de la Barrera, Comandante de armas de la provincia de Pasto el año de 1830, después de manifestar que no quería servir a órdenes de jefes y gobierno colombianos, añadía: «en cuyo concepto el que declara e igualmente el señor Coronel Withlio se pusieron bajo el amparo del gobierno del Ecuador por las ventajas conocidas que ofrecían sus cultas instituciones, y para que nunca pudiera tachárseles, antiguos servidores de la Patria, de haber permanecido a órdenes de jefes condenados por la opinión pública como autores de este asesinato.»

En cuanto a las declaraciones de los mismos asesinos, deseo que fijéis vuestra benévola atención solamente en las siguientes frases del Coronel Apolinar Morillo: «Cometí, es verdad, un delito, pero mi corazón no participó de él; mi acción fué criminal pero mis sentimientos jamás lo fueron. . . . Un destino funesto quiso que el ex - General José María Obando, que tenía meditado el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, de acuerdo con otros señores, cuyos nombres no debo expresar en estos momentos, mas cuando la opinión pública los señala con el dedo, me escogió como instrumento para entender en aquel crimen perpetrado en un hombre justo a quien yo respetaba. . . . Yo perdono al ex - General José María Obando el haberme arrastrado al abismo donde me encuentro. . . . »

Y también en lo confiado por el mismo Morillo al futuro Arzobispo de Bogotá, Dr. D. Antonio Herrán, y consignado por éste en carta al Coronel Anselmo Pineda, de fecha 5 de diciembre de 1842: «No fue en el momento de salir al patíbulo que el Coronel Apolinar Morillo me entregó una carta para Ud. sino la víspera, suplicándome dijese a Ud. que el contenido de ella era la verdad pura que manifestaba cuando iba ya a comparecer ante el Juez Eterno, a quien no se puede engañar. Me suplicó también manifestara a todo el mundo, que el General Flores no tenía parte la más pequeña en la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, y me recomendó que yo mismo escribiera al mismo General Flores, que jamás, jamás lo había complicado en aquel crimen de que estaba persuadido se encontraba inocente. Es lo que puedo decir a Ud. en obsequio de la verdad, y en cumplimiento de una recomendación sagrada para mí, hecha en los momentos solemnes en que Morillo desprendido enteramente de la tierra, sólo pensaba en salvar su alma.»

Finalmente, el fallo del integérrimo Presidente de Colombia, General D. Pedro Alcántara Herrán, quien, con la entereza propia del que habla la verdad, escribió al General Flores, el 6 de diciembre de 1842, la siguiente carta que vale por un libro: «Como amigo sincero de Ud. no debo ocultarle la interpretación que se ha dado por muchas personas a ciertas circunstancias ocurridas entre Ud. y Obando para atribuir a Ud. ya que no podían la exclusiva o principal culpa del asesinato de Sucre, a lo menos complicidad o connivencia. Dicen que a Obando no resultaba ventaja alguna de la muerte de Sucre y si a Ud. que tenía miras de apoderarse del Ecuador. Que después de haberse hostilizado y desacreditado mutuamente, Obando y Ud. se dieron mil abrazos de amistad luego que se vieron en Túquerres en el año de 1832 y entraron en arreglos misteriosos que alarmaron a la Nueva Granada en aquella época. Que después del triunfo que obtuvo Obando en García, estuvo Ud. pronto para entrar en negociaciones con él, y que se dieron pasos para iniciarlas. Que la mujer de Obando en fin, fué favorecida y honrada en el Ecuador como la mujer de un personaje ilustre y desgraciado. Estos son los principales fundamentos en que pretendían apoyar la atroz calumnia con que denigraban a Ud. todos los amigos de Obando; pero por fortuna no tiene ya Ud. que decir una sola palabra, porque Morillo lo ha justificado completamente; y en verdad que para desvanecer tan atroz calumnia era necesario que se presentara una prueba de evidencia extraordinaria, clara e irresistible como la que ha suministrado Morillo. La reputación de Ud. es sagrada para mí, no la he perdido de vista ni un momento, y ahora me felicito de que hayan desaparecido las nubes con que querían oscurecerla y que se presente clara e inmaculada. No se irá ahora Obando, pero es seguro que blasfemaré y vomitaré nuevas calumnias.»

¿Nos reservará la Historia alguna sorpresa para lo porvenir? Después de un siglo de febril investigación histórica, lo juzgo difícil, señores, si bien no es imposible.

## VIII

Tiempo es ya, señores, de agradecer vuestra benévola atención y poner punto final a este discurso, que si extenso por culpa de mi férvida admiración a la múltiple grandeza del eximio Libertador de Quito, ha sido no obstante escuchado con creciente entusiasmo, probatorio una vez más del encendido afecto y admiración de los ecuatorianos al Héroe de Pichincha.

Sinceros y recíprocos fueron, desde el año de 1822, el cariño y la admiración entre el virtuoso General Antonio José de Sucre y la ciudad de Quito, la bella Sultana de los Andes; y al cabo de cien años, vivos e indeficientes se mantienen, en el cenit sin ocaso

del noble corazón del Pueblo Ecuatoriano, como lo estamos comprobando, señores, con actos de tan emocionante sinceridad, esplendor y elocuencia.

Y si he de cimentar mi aserto, como suelo, en hechos o documentos comprobados, recordad cómo, apenas transcurridos cuatro meses de la batalla de Pichincha, se le quiso separar de Quito, al Intendente General, por habérselo elegido Senador por el Departamento del Orinoco. Entonces el Gobernador Eclesiástico, Dr. Calixto Miranda y Suárez, intérprete del sentir general de los Quiteños, escribió al Supremo Congreso la siguiente carta, fechada el 6 de octubre de 1822.

« Excmo. Señor. — Las múltiples relaciones que tiene la Intendencia con el Gobierno del Obispado que está a mi cargo, me han dado un pleno conocimiento del Intendente de este Departamento, el General Antonio José de Sucre. *Su infatigable aplicación al despacho; su vivísimo celo por la extinción del Sistema Español, y por el engrandecimiento del Poder de Colombia, su propensión a las obras públicas, su interés que casi toca en nimiedad, su sencillez y naturalidad en el trato, su exquisita bondad de corazón, y sobre todo su piedad y esmero con que procura el verdadero culto de Dios y la magnificencia con que hace que se le tribute en los Templos. Tan excelentes cualidades de este Jefe le han hecho de tal modo amable, que se le puede llamar como a Tito: Las delicias del Pueblo Quiteño.* Así ya puede V. E. considerar si este pueblo dejará de considerar como un agravio que se le quite a este Jefe, porque vaya a ocupar la plaza de Senador para la cual lo ha escogido el Departamento del Orinoco. Rotundamente digo a V. E. que este procedimiento es muy arriesgado en las presentes circunstancias, y que acaso arruinaría lo que hasta aquí se ha adelantado. Por otra parte, la equidad dicta que se conserve a un hombre que exponiendo su vida con trabajos, inmenso gasto a Quito, y no se le saque a los cuatro meses de su victoria a ocupar un empleo inferior, comprendiendo nuevas fatigas en un camino tan dilatado. Todo lo que pongo a la alta consideración de V. E. por el bien de este pueblo y de esta iglesia de Quito »

A su vez el General Sucre, agradeciendo desde Potosí a la Municipalidad de Quito las felicitaciones que le enviara por sus triunfos, escribió: « Las felicitaciones que V. S. M. Ilustre se sirve hacerme por este suceso, me son tanto más apreciables cuanto que vienen a nombre del pueblo más querido de mi corazón. *Dígnese V. S. M. I. mostrarle que este sentimiento de amor por los Quiteños durará en mi alma hasta los últimos días de mi vida; y que siempre recordaré con ternura y gratitud los servicios que ellos han prestado generosamente por la Campaña del Perú.* »

Con sobrada justicia pues, se nos condecoró por Venezuela con el procerato de lealtad a los Libertadores; y el mismísimo Pbro. Dr. D. Antonio José de Sucre, convencido hasta la evidencia del cariño del pueblo Quiteño para con su tío, el Gran Mariscal de Ayacucho, escribió a Venezuela el año de 1805, estas frases dig-



nas de grabarse en el sarcófago que guarda las cenizas del Vencedor en Pichincha: «REGRESARÉ POR ESO A LA PATRIA CON EL DOLOR INCONSOLABLE DE NO VOLVER AL SUELO NATAL LAS RELIQUIAS TAN ARDIENTEMENTE ANSIADAS; PERO, POR VÍA DE DESQUITE, LLEGARÉ ALLÁ CON EL ALMA HENCHIDA DE RECONOCIMIENTO Y ADMIRACIÓN HACIA ESTE PUEBLO, TAN BENEMÉRITO Y DIGNO DE LA PATERNAL PREDILECCIÓN CON QUE LO FAVORECIÓ SU INMEDIATO LIBERTADOR. BIEN SUPO ÉSTE LO QUE HIZO AL ESCOGER ESTA SECCIÓN COLOMBIANA POR LUGAR DE SU REPOSO.»

Sí, en verdad, voluntad decidida e irrevocable del eximio Caudillo fué la de quedarse con nosotros. Por esto sus despojos mortales, cuidados por la Providencia Divina y siempre a la sombra de la Cruz, con nosotros están y se quedarán, escoltados por el cariño y la gratitud del Pueblo Ecuatoriano, predicándonos unión, justicia, patriotismo y otras virtudes cívicas y morales.

«Muy loable es el anhelo con que la República de Venezuela busca las cenizas del Campeón sin mancilla, del inmortal Sucre, escribía en 1894 nuestro distinguido literato D. Quintiliano Sánchez, siempre los pueblos agradecidos han guardado, con respetuosa veneración, los restos de los Capitanes insignes, libertadores y mártires como el hasta hoy lamentado Mariscal de Ayacucho.

Si nos fuera dable acudir a su tumba, en los días aniversarios de la gloria del Adalid, le llevaríamos coronas de ciprés y siempreviva, en señal de tristeza y gratitud perdurable. Si conociéramos donde está su sepulcro, iríamos a postrarnos delante de él y a elevar nuestras plegarias por el descanso eterno del Héroe; porque si su nombre ha quedado inmortal en la tierra, debemos creer piadosamente que también su alma es inmortal en el cielo.....»

Por suerte, desde el año de 1900, aquel justísimo anhelo es auténtica e incontrovertible realidad; y las cenizas del preclaro y virtuoso Adalid, año tras año y día tras día, recibiendo están áureo tributo de cariño y de plegarias, bajo las augustas naves de la Iglesia Catedral. Y en este Centenario, sobre todo, selectas Embajadas y Delegaciones Militares de Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia, como también de Panamá, Chile y la Argentina, en espectáculo sublime de confraternidad Americana, se han dado cita en Quito Luz de América, para en ella —junto al glorioso sarcófago del Héroe, en estrecho abrazo y simbólica corona, y en el rogado siempre maternal de la Iglesia—, inclinar sus frentes sobre los despojos del mártir de Berrueros y depositar sus gloriosos Pabellones, que aún conservan y reflejan en sus pliegues los fúlgidos colores del Iris de la Gran Colombial

Homenaje mayor, empero, demanda de nosotros los Ecuatorianos, el General Antonio José de Sucre. Nos pide y reclama un monumento de mayor arte, valía y enseñanza que el de granito y bronce: cincelado por el patriotismo y de piedras vivas, que somos nosotros los hijos de este querido Ecuador, desea que sus restos descansen sobre el sólido basamento de la paz, unión y la concordia, a fin de

que el Pabellón Ecuatoriano, cobijándonos a todos, flamee en los ámbitos de una patria respetable y grande!

*¡Unión!*, mediante el reconocimiento y ejercicio de mutuos deberes y derechos, nos está clamando la sangre inocente derramada en la montaña de Berrnecos. *¡Paz y Concordia!*, en el ejercicio de la virtud y el reinado de la libertad y la justicia, nos piden a diario los despojos del Gran Mariscal de Ayacucho: así el heroísmo y sacrificio de nuestros Próceres y Libertadores no serán infecundos; y cesarán el dolor y la desilución de Bolívar, que exclamaba: *« todos los bienes hemos perdido a trueque de la Libertad »,* y de Sucre, que decía: *« todos los americanos hemos construído nuestros edificios políticos sobre arena! »*

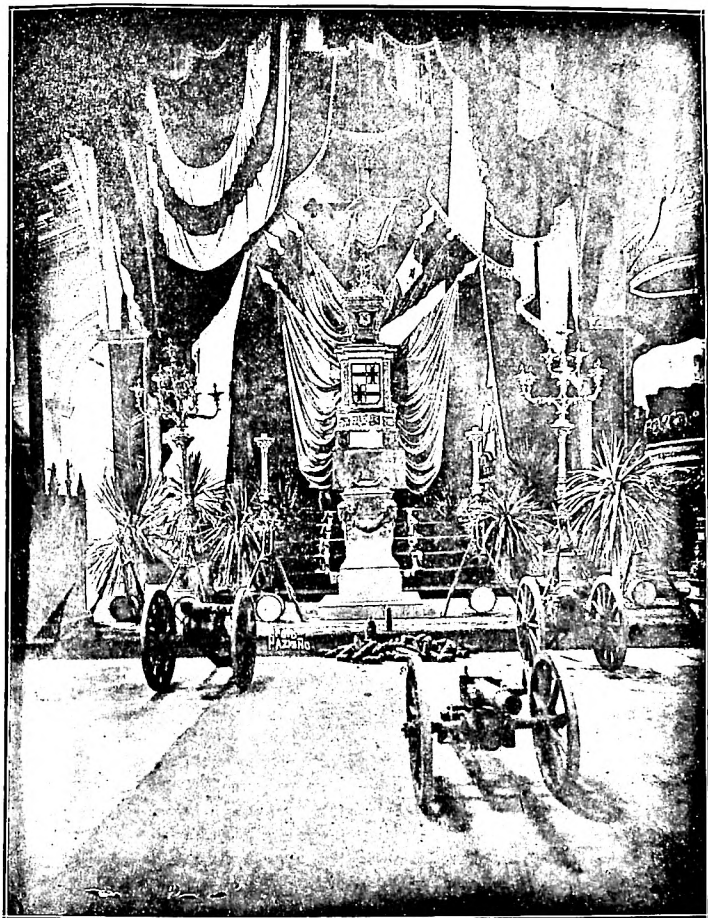
#### CONCLUSIVO, SEÑORES:

Ardiente y firme voluntad de nuestro dilecto Mariscal fué la de vivir y quedarse siempre en la ciudad de Quito, en esta noble y hospitalaria ciudad, que se gloria de haber escrito al Libertador en las horas de mayor congoja y abandono: *« Venga V. E. a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia y a donde ningún mortal sino Bolívar puede reposar con una gloria inefable. »* ¿Que nó? Os citaré tan sólo unos pocos pasajes al respecto: *« Seré un simple ciudadano en Quito, le escribe al Libertador, viviendo en el retiro y perteneciendo a mi familia. »* Y en otra carta: *« Estoy cansado de tanta calumnia que viene de fuera; entregaré la República al Congreso y me iré a Quito a vivir fuera de todo bullicio y carrera pública. . . . »* Y el 20 de diciembre de 1827: *« y estos viajes atrasan mucho los negocios del Gobierno en circunstancias que debo arreglar todo lo mejor para entregar la República al Congreso e irme con Dios a vivir tranquilo en Quito. . . . »* Voluntad firme y ardiente, que por vez postrera la condensó en esta frase, escrita a su esposa el 5 de abril de 1830: *Sólo quiero vivir contigo en el retiro y en el sosiego. »*

En el histórico Panteón de Caracas, tallado en mármol y a la derecha de la tumba del Libertador, está el vacío sarcófago para las cenizas del General Antonio José de Sucre: de pie el Héroe de Pichincha y Ayacucho tremola el Iris de Colombia; mientras un Angel, mirando pesaroso por entre la removida piedra sepulcral, parece decirle al visitante: *¿ buscáis los despojos mortales del invicto Mariscal? ; no están aquí: celosamente escoltados por la gratitud y el cariño del Pueblo Ecuatoriano, descansan en la ciudad que tanto amó y escogió por su morada, junto a la histórica montaña, una de su Gloria!*

DISE.

# Primer Centenario de la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho. 1830 - 1930



Las conizas del virtuoso y preclaro Adalid, año tras año y día tras día, recibiendo están áureo tributo de cariño y de plegarias, bajo las augustas naves de la Iglesia Catedral.

PARA LAS BIOGRAFIAS DEL

## General D. José María Obando

Y DEL

Ilmo. Sr. Dr. D. Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla

---

«Popayán y Junio 5 de 1829.

*Al señor Gobernador del Obispado de Quito.*

*Habiendo llegado a entender que el Sr. Coronel José María Obando para disminuir o justificar su criminal conducta en su descabellado proyecto de oponerse a fuerza armada a la declaración que hicieron todos los pueblos de Colombia en su Excelencia el Libertador Presidente para su Jefe Supremo, y a cuya elección acertada concurrí yo en esa Capital de Quito con el mayor esfuerzo, como a V. S. le consta; ha pretendido inculparme como a uno de los que apoyaban sus detestables planes, procurando desconceptuarme con su Excelencia por unos medios los más arteros y reprobados. Me veo en la precisión de ocurrir a V. S., sin otro objeto que el de vindicar mi conducta, para que se sirva mandar que su Vicario Eclesiástico de la ciudad de Pasto haga comparecer ante sí al Pbro. Francisco Bucheli, y bajo la religión del juramento declare:*

*1.º — Si es cierto que cuando el Sr. Obando entró en esta ciudad y determinó que fuesen diputados a la ciudad de Pasto, entre los cuales, uno de los asociados a la diputación lo fué el citado Bucheli, lo llamé a éste a mi casa, y después de haberle manifestado el estado de opresión en que me hallaba por los facciosos, le entregué el borrador de la carta que le había escrito al Sr. Obando a la Ladera, para persuadirlo a que desistiese de su temeraria empresa; y le supliqué se*

lo enseñase al M. R. P.<sup>e</sup> Fr. Antonio Burbano y al Coronel Dr. Manuel Pasos, para que se enterasen de mi recto modo de pensar, y les dijese que aquellas eran mis ideas y no otras; y por consiguiente, que por mí en nada se metiesen, ni hiciesen caso de nada de cuanto yo impelido por la fuerza les pudiese escribir en contrario.

2.<sup>o</sup> — Si es cierto que habiendo ido el Sr. Dignidad de Maestrescuela de esta Sta. Iglesia, Dr. Manuel Mariano Urrutia, en calidad de Diputado con el Sr. Dr. José María Gruesso, Provisor de este Obispado, al sitio de la Venta a tratar con los fuciosos, y manifestando el primero (a consecuencia de haberle yo dicho mucho antes al Sr. Urrutia, lo que había hecho por medio del Pbro. Bucheli para que los Pastusos no se comprometiesen con el Sr. Obando) al R. P.<sup>e</sup> Burbano y al Dr. Pasos por qué no habían seguido mi modo de pensar, consignado en el borrador de mi letra, que les había entregado el Pbro. Bucheli por orden mía, contestaron los dos: que no lo habían recibido. Y habiendo hecho comparecer al Pbro. Bucheli que se hallaba allí, y reconvenido que por qué no había entregado mi borrador, contestó: que porque no había tenido ocasión. Lo que no pudo ser sino por temor, pues el Padre Bucheli se adelantó a los diputados del Sr. Obando, y entró antes que ellos en Pasto, y aun, cuando todavía no se habían declarado en favor del dicho Sr. Obando.

Y yo espero del favor de V. S. que evacuada esta diligencia se sirva remitírmela, para los efectos que más me convengan; bajo el supuesto que si el Pbro. Bucheli negase alguno de los datos que quedan expuestos (lo que no creo) procederé a probarlos en esta ciudad, pues tengo otros testigos sabedores del hecho con que puedo hacerlo.

Dios guarde a V. S. muchos años.

SALVADOR,  
Obispo de Popayán (r).<sup>a</sup>

Recibido el anterior oficio el día 19 de junio de 1829, el Gobernador del Obispado, Sr. Dr. D. Nicolás Joaquín de Arteta y Oalisto, dictó el siguiente decreto para el Vicario de Pasto, que debe haberlo sido entonces el Pbro. Dr. D. Toribio Rosero de Zúñiga:

«Recibido en la fecha: púese el correspondiente oficio a nuestro Vicario de Pasto, con los puntos que contiene esta solicitud, para que, con arreglo a ellos, tome la declaración que se solicita del Pbro. Francisco Bucheli, y hecha la remita original, para devolverla al Ilmo. Sr. Obispo de Popayán. — El Gobernador (r). — Ante mí, Sánchez (r).»

Según esto, ¿qué había acontecido entre el entonces Coronel Obando y el Ilmo. Sr. Dr. D. Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, Obispo de Popayán? Recordemos brevemente los acontecimientos.

El embravecido mar de odios y venganzas contra el Libertador, continuó agitado, aun después del 25 de setiembre de 1828; tanto que los Coroneles José Hilario López y José María Obando, Gobernadores de Neiva y del Cauca, motejando a Bolívar de usurpador y tirano, y acariciando «en sus mentes estos Próceres crearse una soberanía particular en aquel Departamento; desmembrando a la Patria en su provecho, y a la misma Nueva Granada clavándole un puñal en el corazón», se levantaron en armas el 12 de octubre de 1828, iniciando la guerra civil, y también, de mutuo acuerdo con el Gobierno del Perú, la guerra internacional.

Obando y López se apoderaron de Popayán; fracasaron en la seducción a los habitantes del valle del Cauca; y en el loco y traidor empeño de «arrancar a Bolívar la autoridad que le habían conferido los pueblos», Obando insurreccionó a los Pastusos contra el gobierno de Colombia, prometiéndoles, según se dijo entonces, jurar obediencia al rey de España.

Mas, mientras al decir de D. Joaquín Mosquera, en carta de 7 de febrero de 1829, «Obando y López se hallan reducidos al Cantón de Pasto, y hasta sin pólvora para defenderse»; las huestes invasoras del Sur venían a estrellarse contra las rocas firmísimas e infraqueables del Portete de Tarqui.

Fué en estas circunstancias cuando el Ilmo. Sr. Jiménez, después de haber trabajado en Quito por la Jefatura Suprema de Bolívar, de regreso a Popayán se opuso al descabellado proyecto de Obando y López de rebelarse, como lo hicieron, contra el Libertador.

Al respecto, escribe D. Octavio Oastro Saborío, en su aplaudido libro «Páginas sobre Bolívar», lo que transcribimos a continuación:

«Con estos sentimientos de gratitud y de respeto fué que escribió aquel dignísimo Obispo de Popayán, Monseñor Jiménez, su célebre carta de fecha 9 de noviembre de 1828, dirigida al General Obando, quien, en su odio al Libertador, no reparaba medios para obstaculizar su gestión administrativa, complaciéndose con fines de mezquina y cobarde política en calumniar y escarnecer la figura del Héroe, y así, con ese ánimo de perversidad y de pasión, es que Obando se dirige al noble Prelado; pero éste, que sí sabe comprender los altísimos merecimientos de Bolívar y los inmensos beneficios de su sabio Gobierno, le contesta en la citada carta: «No sé quién haya llamado al General Bolívar el Apóstol de la Religión; yo al-

guna vez he dicho que él la protege y para ello tengo algunos fundamentos, aun en mí mismo.»

«Ud. sabe que en Pascua, sin embargo de haberle hecho yo la mayor guerra en el modo que mi estado me lo permitía, olvidando todos sus resentimientos conmigo, hizo los mayores esfuerzos para que me quedara en Colombia, aun después de haberle pedido por dos veces mi pasaje para retirarme a España y que, para que accediese yo a quedarme me manifestó varios motivos, todos de religión.»

«Ahora bien, un hombre que hace poco aprecio de ésta, no se somete a rogar a un vencido y enemigo que le había sido declarado de sus principios, para que no abandonase su grey, como lo hizo conmigo, no habiendo tenido que quejarme por mal trato que hubiese dado.»

«Podiera alegarle a usted otras pruebas; pero oreo que será suficiente la que puede ver en la copia del decreto que ha dado últimamente, y en copia le acompaño, por la que, en mi concepto, se le puede llamar con justicia el arca de la salvación de la República y el sujeto de las circunstancias para la futura felicidad de Colombia.»

«Si usted me dice que ésta es hipocresía y que después volverá la medalla, yo le contestaré que entonces tampoco merecerá mi aprecio, ni el de los buenos colombianos; pero mientras proceda como ahora lo veo proceder, yo le viviré eternamente reconocido como ministro de la religión y rogaré a Dios para que lo mantenga en sus buenas ideas, lo que espero que el Señor haga en beneficio de su Iglesia, pues aun cuando fuese tan malo como usted me lo pinta, también sé que San Pablo fué perseguidor de la Iglesia y un Agustino un hereje, y sin embargo, del primero hizo Dios un vaso de elección y del segundo, un muro de defensa de la Iglesia. Al hombre no se le puede graduar por bueno o malo, hasta no ver el fin de su carrera.»

\* \* \*

El Ilmo. Sr. Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, español de nacimiento y corazón; sucesor del Ilmo. Sr. Angel Velarde y Bustamante, desde el 8 de marzo de 1816, y vigésimo noveno en la serie cronológica de los Obispos de Popayán, fué, en aquellos días de tanta vehemencia y apasionamiento, el más ardiente defensor del Gobierno de España en las Colonias, como era natural y lógico.

Quando después de la batalla de Boyacá las tropas republicanas se dirigieron a Popayán — octubre 9 de 1819 —, el Ilmo. Sr. Jiménez abandonó su sede episcopal y se encaminó a Pasto, después de esgrimir el arma terrible de las censuras eclesiásticas. Con toda exactitud histórica escribe a este respecto el Sr. Nemesiano Rincón lo que sigue:

«Una fuerza moral de gran valía con qué contó en esa época el realismo del Sur, fue el Obispo de Popayán doctor don Salvador Jiménez de Enciso. Desde antes de llegar el Coronel Joaquín París a esa ciudad, el doctor Jiménez de Enciso salió para Pasto con Calzada y numerosa emigración. Oerró la Catedral, fulminó excomunión contra todos los que aguardaban allí a las tropas republicanas que estaban por llegar, o que les prestasen auxilio, declaró a Popayán en entredicho general y anenazó con la suspensión a los eclesiásticos que no emigraran con él. En tan graves conflictos puso a la población y a los eclesiásticos con esos anatemas, que se hicieron reclamaciones al Provisor del Arzobispado de Bogotá, quien en respuesta a ellas, comunicó al Vicepresidente Santander que tales excomuniones eran injustas, verdaderos atentados y que no tenían valor y efecto. Y aunque supo oportunamente el doctor Jiménez de Enciso la resolución del señor Provisor que le comunicara el Vicepresidente Santander, al año le contestó en estos términos: «He visto con indignación la pastoral que ha circulado el discreto Provisor como usted lo llama, y en quien no reconozco sino un hijo del diablo separado del rebaño de Jesucristo; indigno del sacerdocio y anatematizado por la Iglesia con los más terribles anatemas, y por lo tanto sin jurisdicción alguna sobre los fieles a quienes temerariamente llama su grey.»

¡Y fué, sin embargo, a todo un Sr. Jiménez de Enciso a quien habían de conquistar para la causa de la República la sagacidad y cultura del General Sucre y del Libertador Bolívar! ¡Y fué el Obispo de Popayán quien había de estar por la Jefatura Suprema del Libertador, y oponerse a la revolución del General Oando, y defender al Padre de la Patria de los ataques e insultos del Comandante de armas del Cauca! Veámoslo.

\* \* \*



«Ilustrísimo Señor, le escribió el General Sucre el 15 de febrero de 1821, al dirigir mis letras a un Ministro de Jesús, a un padre de la Iglesia, mi alma se conmueve con la satisfacción de hablar al mejor sacerdote de la paz.

Anegada la América en lágrimas y sangre; inundada por torrentes de crímenes y horrores en la más destructora guerra, pedía al Dios de la Justicia un término a sus males. La humanidad unió sus quejas, y los amantes del bien y de la razón no fueron insensibles. El genio de la concordia viene de mediador: la España, que había juzgado rebeldes a sus hijos emancipados, conoce que son hombres; y los hijos de la Iberia y los hijos de Oolombia se abrazan como amigos.

Venciendo este gran paso la distancia que nos separa, ningún placer es más lisonjero que felicitarlos en el día de la conciliación.



Saludando a Su Señoría Ilustrísima, me anticipo a presentarle este sentimiento sincero y la efusión franca de mi corazón, como el mejor garante y el más seguro testimonio de mi anhelo por la paz. *El Gobierno de Colombia ve en los padres de la Religión los principales agentes de la tranquilidad de un pueblo católico. Sometido a las doctrinas del Evangelio, el pueblo de Colombia abre a sus pastores, en la situación presente, el más inmenso campo para ejercer su misión de paz y hacer la felicidad de la patria. . . .*

Con tan hermosa carta el Sr. Jiménez se convenció de que los Jefes de la Independencia ni eran descreídos ni mucho menos perseguidores de la Religión, — ni cómo habían de serlo esos varones de veras grandes —, y comenzó a ceder en su tenaz aversión a los libertadores; tanto que, después de la cruenta victoria de Bomboná o Oariaco, y cuando Bolívar se acercaba a Pasto, enviéles al encuentro del Vencedor a su Previsor, el Dr. D. José María Grueso, y a su Secretario, el Pbro. Dr. D. Félix Liñan y Haro, con un oficio, en que decía al Libertador, entre otras cosas:

«Excelentísimo señor:

Por medio de mi Provisor el Doctor don José María Grueso, y de mi Secretario don Félix Liñan y Haro, me apresuro a rendirle a V. E. mis respetos, sumisión y obediencia.

Confiado en la bondad y generosidad de V. E., y para aquietar algunos mozos indóciles de este pueblo, que sin conocer sus verdaderos intereses pudieran perturbar la tranquilidad pública, atrayendo sobre sus conciudadanos pacíficos todos los horrores de la guerra, he permanecido en esta ciudad sin querer tomar ningún otro partido, lisonjeándome de que V. E. no dejará de dispensarme la protección que tiene ofrecida. He sido inalterable en mis principios de fidelidad para con la nación de quien dependo, y este carácter honrado y consecuente, oreo me debe hacer más recomendable ante los ojos de un verdadero guerrero y pacífico conquistador, como lo es Vuestra Excelencia. . . .

Por motivos poderosos que me asisten de conciencia y políticos, sólo deseo que V. E., usando de su generosidad, me conceda la gracia de darme mi pasaporte para regresarme a mi país, en donde sólo apetezco vivir retirado en el rincón de un claustro, para concluir mis días con tranquilidad y reposo. . . .

Si V. E. me concede, como espero, el pasaporte, y yo pudiera ser útil tanto en la corte de España, como en la de Roma, para procurar los intereses de la República de Colombia, yo me honraré con la confianza que V. E. hiciere de mí, bajo la segura confianza de que soy hombre de honor y de carácter para no faltarle a mis promesas, y hacer cuanto pueda en favor de estos pueblos a quienes he amado desde mi juventud y los estimaré hasta mi muerte. . . .»

¿Qué hará, cómo responderá el que venía de triunfar en Boyacá y Bomboná, aparte de otras cien victorias?

En aquellos tiempos, especialmente, el prestigio y ascendiente moral del Olero y de los Obispos sobre los pueblos era incontrastable. ¿Qué hubiera sido de la Independencia sin el amplio y elevado apoyo del Olero? ¿Qué, si la totalidad o siquiera la mayoría de los Sacerdotes hubiera sido en este punto lo que hasta 1822 el Ilmo. Sr. Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, y hasta su muerte el Ilmo. Sr. Andrés Quintián y Laporte, para no citar otros nombres?

Antes del crepúsculo vespertino del 8 de junio de 1822 entró Bolívar triunfalmente en la ciudad de Pasto; sin demora se encaminó a la Iglesia Matriz, donde le esperaban el Obispo de Popayán y Olero de la ciudad, y bajo palio subió al Presbiterio, para, hincado de rodillas, dar gracias al Todopoderoso, entonando con el Ejército y el Pueblo el *Te Deum laudamus: te Dominum confitemur*.

¿Cuál será la conducta del Libertador con el Ilmo. Sr. Obispo de Popayán?

El 9 le dijo Bolívar a Santander: «Al Obispo pienso instar para que se quede en el país, porque un Obispo es personaje útil entre nosotros.» Y en verdad, el día 10 tomó la pluma y, entre sagaz y severo, culto y piadoso, redactó el siguiente oficio, en que campean con la habilidad política, toda la religiosidad y grandeza de alma del Libertador Simón Bolívar:

«Ilustrísimo señor:

Tengo la honra de contestar la muy favorecida carta de Vuestra Señoría Ilustrísima que, poco antes de entrar en esta ciudad antea-  
yer, tuvo la bondad de poner en mis manos el señor Secretario del Obispado don Félix Liñan y Haro.

Es ciertamente con la más grande complacencia que he visto expresar a Vuestra Señoría Ilustrísima los sentimientos de consideración y aprecio hacia mi persona, y las protestas francas y generosas con que descubre el fondo de su corazón, y el estado en que se halla su conciencia religiosa y política. No son los franceses solos los que han estimado y aun admirado a los enemigos constantes, leales y heroicos. La historia, que enseña todas las cosas, ofrece maravillosos ejemplos de la grande veneración que han inspirado en todos los tiempos los varones fuertes, que sobreponiéndose a todos los riesgos, han mantenido la dignidad de su carácter delante de los más fieros conquistadores, y aun pisando los umbrales del templo de la muerte. Yo soy el primero, Ilustrísimo señor, en tributar mi entusiasmo a todos los personajes célebres que han llenado así su carrera hasta el término que les ha señalado la Providencia. Pero yo no sé si todos los hombres pueden entrar en la misma línea de conducta sobre una base diferente. El mundo es uno, la religión es otra. El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la

religión. Un guerrero generoso, atrevido y temerario es el contraste más elocuente con un pastor de almas. Catón y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión. Por tanto, Ilustrísimo Señor, yo me atrevo a pensar que Vuestra Señoría Ilustrísima, lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ellos abandonando la iglesia que el cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la viña del Señor.

Por otra parte, Ilustrísimo Señor, yo quiero suponer que Vuestra Señoría Ilustrísima está apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos a sus mansos corderos de Popayán; mas no creo que Vuestra Señoría Ilustrísima pueda hacerse sordo al válido de aquellas ovejas afligidas, y a la voz del Gobierno de Colombia que suplica a Vuestra Señoría Ilustrísima que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo. Vuestra Señoría Ilustrísima debe pensar cuántos fieles cristianos y tiernos e inocentes van a dejar de recibir el Sacramento de la confirmación por falta de Vuestra Señoría Ilustrísima, cuántos jóvenes alumnos de la Santidad van a dejar el angusto carácter de Ministros del Oriador, porque Vuestra Señoría Ilustrísima no consagra su vocación al altar y a la profesión de la sagrada verdad. Vuestra Señoría Ilustrísima sabe que los pueblos de Colombia necesitan de curadores y que la guerra les ha privado de estos divinos auxilios por la escasez de sacerdotes. Mientras Su Santidad no reconozca la existencia política y religiosa de la Nación colombiana, nuestra iglesia ha menester de los Ilustrísimos Obispos que ahora la consuelan de esta orfandad, para que llenen en parte esta mortal carencia.

Sepa Vuestra Señoría Ilustrísima que una separación tan violenta en este hemisferio, no puede sino disminuir la universalidad de la Iglesia Romana, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que, pudiendo mantener la unidad de la Iglesia de Roma, hayan contribuido por su conducta negativa a acelerar el mayor de los males que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad.

Yo me lisonjeo que Vuestra Señoría Ilustrísima considerando lo que llevo expuesto, se servirá condescender con mi ardiente solicitud, y que tendrá la bondad de aceptar los cordiales sentimientos que le profesa su atento obediente servidor

“BOLÍVAR.

Quartel General en Pasto, a 10 de junio de 1822.»

Desde entonces retornó a Popayán el Ilmo. Sr. Jiménez de Enciso, y, ferviente amigo y admirador de Bolívar, trabajó hasta el año de 1840 en bien de las almas y en favor de la consolidación de Colombia, como lo anunciara el Libertador con estas palabras: «El

Obispo de Popayán nos será muy útil, porque es hombre susceptible de todo lo que se puede desear en favor de Colombia: es hombre entusiasta y capaz de predicar nuestra causa con el mismo fervor que lo hizo en favor de Fernando VII, apoyando sus opiniones con principios de derecho público de mucha fuerza. En fin, nuestro Obispo es un Colombiano ya.»

\* \* \*

La ciudad de San Juan Bautista de Pasto, que fundara el Capitán D. Lorenzo de Aldana, el año de 1539, formó parte integrante con todo su distrito, de la Presidencia y del Obispado de Quito; tanto que, cuando alguno de los Obispos de Popayán venía a Pasto, solicitaba del Obispo de Quito la jurisdicción respectiva, hasta el año de 1819 en que se erigió el Obispado de Pasto con territorios de las iglesias de Quito y Popayán a la vez. Ocasión tendremos de esclarecer ampliamente esta cuestión.

Desde fines del año de 1819 a 1822 estuvo refugiado el Ilmo. Sr. Obispo de Popayán en la ciudad de San Juan de Pasto, precisamente cuando el Ilmo. Sr. Santander y Villavicencio preparaba viaje a dicha ciudad, para visitar el monasterio de la Concepción y remediar no pocas necesidades. El Obispo de Quito comisionó entonces al Ilmo. Sr. Jiménez para la visita del Monasterio, dándole amplios poderes y jurisdicción; y el Obispo de Popayán, en el informe al Sr. Santander, habló en bien de las Religiosas, cuya Abadesa era la Madre María Teresa de Santa Rita, y se mostró severo tanto con el Vicario Dr. D. Aurelio Rosero y Vallejo, cuanto con el Cura de la Matriz, Pbro. Dr. D. Pedro José Sañudo, en quien todo era malo, «excepto lo Realista», en expresión del Ilmo. Sr. Salvador Jiménez.

El año de 1828, de tránsito para Quito y luego de regreso a Popayán el Ilmo. Sr. Jiménez de Enciso permaneció en Pasto; y durante la prolongada vacante de la silla episcopal de Quito, o sea desde el mes de setiembre de 1822 en que el Ilmo. Sr. Leonardo Santander y Villavicencio salió de Quito, hasta el día lunes 7 de diciembre de 1829 en que el Ilmo. Sr. Rafael Laso de la Vega entró en esta ciudad, el Sr. Obispo de Popayán prestó no pocos servicios, especialmente confiriendo las Ordenes sagradas. Entre sus escritos dignos de especial cita constan la refutación al diputado de Lima Sr. D. Manuel Vidaurre, que escribiera contra el Primado y las prerrogativas del Papa, así como la Carta Pastoral sobre esta misma materia, fechada en Popayán el 1º de setiembre de 1835.

Concluiremos estas breves apuntaciones acerca del Ilmo. Sr. Jiménez de Enciso y del General Obando, citando unas frases del Dr. D. José María Samper, acerca de aquel a quien por antonomasia



lo llama «mezcla de Prometeo, Tántalo y Edipo de nuestra turbulenta democracia.»

«Hombre sin iniciativa política y sin los talentos y conocimientos necesarios para dirigir un partido, escribe el Dr. Samper, figuró, sin embargo, durante muchos años como el segundo y después como el primer personaje del partido liberal de Nueva Granada; hombre de corazón humano y generoso, vivió durante treinta años bajo el peso de una terrible acusación por asesinato — el más odioso de cuantos crímenes políticos registra nuestra historia —; hombre religioso hasta la superstición, fué odiado por casi todo el clero de su patria, y sus adversarios le dieron la inmerecida fama de enemigo de Dios y de la Religión; hombre, en fin, de trato benévolo e impropio para la venganza, anduvo en efigie, exhibido en las paredes en figura de tigre.....»

Nadie fué más popular ni más profundamente detestado que él..... El contraste del individuo particular con el personaje político no podía ser más extraño.....»

¿Cómo explicar, pues, tan singular contraste entre la conducta del individuo particular y la del personaje político?

Nada hay tan violento y difícil de refrenar como las pasiones políticas; y cuando éstas se enseñorean de un individuo, lo enardecen, obcecán y precipitan en el abismo de todos los crímenes.

JUAN DE DIOS NAVAS E.

PRESBITERO.

A N E C X O S

\*\*\*\*\*



N O T A

---

Se ha agregado, a la Sección "ANEKOS"; la publicación de un artículo del "COMERCIO", con motivo de la edición hecha del discurso del Pbre Dr Juan de Dios Navas E. que lo pronunció éste sacerdote, el 4 de Junio del año en curso, con motivo del Centenario del asesinato del GRAN MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE, en el territorio Colombiano, por Obando y otros Colombianos asesinos del Mariscal, el cual ha sido y será el ídolo de todo pecho ecuatoriano, que siempre ha llorado y lamentado, tan vil e infame asesinato; desde el instante fatal del crimen, hasta nuestros días.

También ha agregado el suscrito, la targeta de invitación, que el distinguido sacerdote Navas, remitió al infrascrito, para la entrada al lugar que se iba a pronunciar dicho discurso. El Dr Navas, virtuoso sacerdote, suele dispensar al que estas líneas escribe, una culta atención de amigo verdadero, como se demuestra en sus actos personales y en el envío de sus producciones literarias, con delicadas dedicatorias.

Quito, Nobre  
21 de 1930

M.H. Ocaña

\*\*\*\*\*







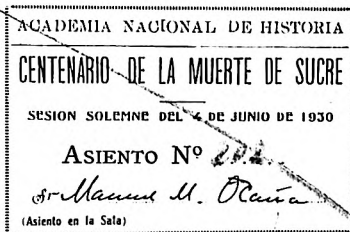
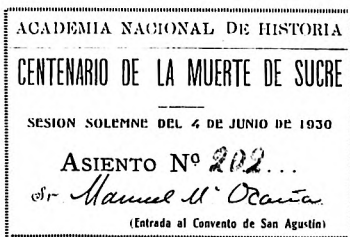
La Academia Nacional de Historia celebrará sesión solemne, en conmemoración del primer centenario de la muerte del Ilustre GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, el día 4 de Junio próximo, a las tres de la tarde, en la Gran Sala Capitular de San Agustín, Pronunciará el discurso de Orden el Académico Sr. Pbro. Dr. Dn. Juan de D. Navas.

ACADEMIA NACIONAL  
DE HISTORIA  
—  
ECUADOR

La Corporación, por mi órgano, tiene el honor de invitar a Ud. a este acto. Al efecto, le envío la adjunta entrada intransferible, rogándole que, si no le fuere posible asistir, se sirva devolverla a esta Secretaría (Biblioteca Nacional) hasta el día 2, en la tarde.

Joy de Ud. atento servidor,

C. DE GANGOTENA Y JIJON, Secretario.



# EL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

El doctor Juan de Dios Navas E., ha publicado, en un folleto el discurso que leyó el 4 de Junio último en la sesión conmemorativa que, con motivo del primer centenario del asesinato del Mariscal de Ayacucho, celebró en la Sala Capitular. Precede la publicación el retrato del héroe "claro y dilecto", tomado de un óleo antiguo del insigne pintor quiteño don Antonio Salas, que se conserva en el museo del señor don Jacinto Jijón y Caamaño.

Comienza el autor manifestando que nunca "he sentido circular por las fibras de mi ser tan intensa emoción" como en dicho solemne acto. Antes de relatar la vida y muerte de Sucre dice que "personajes hay en el dilatado campo de la Historia, que se destacan airados, cual las palmeras en la inmensidad del desierto; y cuyos nombres se abrilantan y resplandecen, cuanto más veloces van corriendo los años en el ciclo de los tiempos".

Ponderando el valor de la historia, escribe: "Vida y alma de los pueblos es la Historia: sin ella, esfumado el recuerdo de hombres y hechos notables de los pasados tiempos, se paralizan las palpitaciones de actividad y vida en el presente; y sin la savia vivificante de sus ejemplos y enseñanzas, hasta se agosta y muere la esperanza de flor y fruto para lo porvenir. Empero, la Historia, testigo fiel y trasunto exacto de los tiempos; maestra de la vida, y por ende de moral social, para cumplir con tan elevada misión, desde el sitial de Astrea y de Minerva debe ir presentando, como en

sombras, los acaecimientos notables de la humanidad: lo bueno, para ejemplo y enseñanza; lo malo, para fuga y escarmiento".

El célebre crítico Max Nordau, al diferenciar a los historiadores de los historiógrafos, se muestra desconsolado de la verdad histórica. Ni los sucesos de nuestros días, vistos por un conjunto de testigos presenciales, son narrados con la misma fidelidad de fondo. Hasta en lo más sencillo discrepan sustancialmente.

¡Y pensar que lo que la sombra de los años oscureció y alejó de nosotros pudiera tener todos los visos de certeza! Abundan los misterios y lagunas históricas, cual acontece con la averiguación de todos los asesinatos del Abel Americano. Después del cuadro pavoroso, formula el doctor Navas esta pregunta: "¿Nos reservará la Historia alguna sorpresa para lo porvenir? Después de un siglo de febril investigación histórica, lo juzgo difícil, señores, si bien no es imposible".

Si ni las categóricas afirmaciones no son creídas en lo absoluto por la posteridad, como sucede con Cristóbal Colón que declaró ser genovés y que después de siglos, no se le quiere hacer el honor de creerle y cada día se sacan extrañas teorías acerca de la patria del Almirante, el ánimo se contrista ante los formidables interrogantes que inquieren ciertos hechos, que la historia es impotente para desentrañarlos, como, después de una centuria se palpa con el drama de Berruecos, al señalar a sus hechores.

Agradecemos al doctor Navas la atención y amabilidad de su obsequio.

## PUBLICACION

De "EL COMERCIO", periódico que se edita en esta Capital, de Quito, sobre la edición del discurso del Dr Navas E.; esta publicación, del rotativo en referencia, la hicieron en el día jueves 20 de Noviembre de 1930

\*\*\*\*\*



*Alf. de Sureda.*

Academia de la Historia de Cuba

---

# ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

---

DISCURSO

LEÍDO POR EL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

SR. ROBERTO ANDRADE

EN LA SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA EL 4 DE JUNIO DE 1930 EN  
CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE LA MUERTE  
DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO.



LA HABANA  
IMPRESA «EL SIGLO XX»  
REPÚBLICA DEL BRASIL, 27  
MCMXXX

*“En los trabajos que la Academia acepte y publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones”.—Art. 68 del Reglamento.*



*Sr. Presidente:*

*Señores Académicos:*

**R**ECORDAR es renovar la vida, prolongarla, trasladarnos a vivir otra vida, la que tiene que ser de las insignes, porque sólo lo insigne se recuerda, en solemnidades augustas como ésta, promovidas por conspícuos ciudadanos. Yo no soy sino un humilde extranjero, señores, a quien ha levantado a este sitio la esclarecida Academia de la Historia de Cuba, en razón de que amo a Cuba, pues amo la libertad, que es alma de ella, y en razón de que soy individuo de una nación emancipada por el hombre cuya historia voy a recordar, Antonio José de Sucre, el segundo de los prohombres que emanciparon nuestra América. (1) Mi encargo es conmemorar el centenario del sacrificio de Sucre, sacrificio deplorado en ciertos años por el mundo, como se deplora cuanto es desdicha para el hombre. ¡4 de junio de 1930! El 4 de junio de 1830 murió Sucre... Honra y gloria es para Cuba la promoción de este solemne concurso, porque prueba fraternidad en lo grande, culto a inmarcesibles glorias, atención a lo que es alto, elevación en el predicamento, pues puede ver a su nivel a cualquier héroe. El espíritu de Sucre alumbró a Cuba, ya que lo formó la libertad, antes de que esta diosa

---

(1) El Sr. Roberto Andrade, autor de este trabajo, nació en el Ecuador.—(La Comisión de Publicaciones.)

iluminase estas comarcas. Cuba también engendró héroes, luego que la libertad radió en su suelo. Lo que Cuba está manifestando en este día, es una faz inapreciable del progreso: la de que los héroes de otras partes son conciudadanos de los héroes de Cuba, la de que el patriotismo es uno sólo, y la patria del género humano es la tierra. ¡Qué incomparable será el día en que desaparezca la guerra entre naciones!

Alguna conexión debe existir entre Cuba y Sucre, dos entidades amadas en la parte de nuestro continente donde habita nuestra raza.

Cuba es una Isla atractiva por su suelo, su clima, sus costumbres, su progreso y su historia de heroicos sacrificios; Sucre es amado por sus hechos y sus virtudes impolutas! Cuba se pronuncia como se pronuncia poesía, la más delicada de las operaciones del entendimiento; Sucre es de todos los hogares, como si hubiera nacido en su recinto. Es evidente que la Naturaleza vinculó a Cuba y a Sucre. Cuba y Venezuela son vecinas: el bisabuelo de Sucre nació en Santiago de Cuba, y fué autoridad en su ciudad natal, después de haber sido gobernador en Nueva Andalucía, Venezuela. El padre, el coronel Carlos Mauricio de Sucre, nació también en Santiago de Cuba, el 25 de octubre de 1723. Sucre estaba dotado de la generosidad, la franqueza, el valor de los cubanos. Su tía, doña Feliciania Antonia, casó en Cuba con el marqués de San Felipe. Aún era niño cuando quedó huérfano. Su tío D. José Manuel Sucre le educó y formó su alma. Se dedicó al estudio de las matemáticas y de la ingeniería civil. Sucre no nació inclinado a la guerra, porque la guerra es crimen de los hombres, debido al desquiciamiento de tales o cuales de sus órganos; obedeció a la naturaleza, porque ella prescribe virtudes: la guerra no es sino justa y santa, cuando es en defensa, como la que nuestros padres sostuvieron contra España, como la que el oprimido tiene que sostener contra opresores. La poderosa inclinación de Sucre no consistió sino en servir a los hombres, y el medio que le salió a su encuentro fué la guerra. Los dolores de la humanidad son muchos, y cada hombre acude a remediar los propios: los hombres que los desatienden abnegados, y remedian los de sus semejantes, son prohombres. A los 15 años empuñó el acero, con el grado de Subteniente, dado por la Junta Revolucionaria de Cumaná, su patria; y en 1812 fué secretario del general



Miranda, el héroe infortunado. Cayó con él, y hubo de asilarse en la isla Trinidad, en compañía de varios compatriotas, uno de los cuales fué Santiago Mariño, jefe de ellos. La Isla, colonia inglesa, era gobernada por un inglés, *indigno de Inglaterra*, según la expresión de O'Leary, noble inglés. El gobernador se llamaba Ralph Woodford, y trataba a los venezolanos con insultos: un día escribió a Mariño, con esta dirección: "A Santiago Mariño, General de los insurgentes de Costa Firme." Sucre, secretario de Mariño, contestó:

El epíteto *insurgente* es honroso, pues así denominaban los ingleses a Washington.

Pronto volvió a tierra venezolana, en una expedición de 45 jóvenes, dirigidos por Santiago Mariño, quienes embisten a la guarnición de la Güiría y la derrotan. Empieza el año 1813. Pelea con constancia el joven Sucre, y gana, por su intrepidez, ascenso tras ascenso. Al empezar la campaña, tomó el mando del batallón "Zapadores": combatió en Irapa, venció a Cerveriz, combatió en Maturín, combatió en Cumaná, ocupó a Cariaco, a Carúpano, a Río Caribe y a Yaguaraparo; en seguida combatió en Barcelona y se apoderó de la isla Margarita, siempre a órdenes del invencible Mariño.

500 paisanos armados destrozaron a 8,000 españoles, en tres combates en campo raso: Sucre fué uno de estos héroes,

dijo Bolívar en su biografía de Sucre, escrita en 1825. Bolívar se resistía en San Mateo, esperando el auxilio de estos héroes. Se unieron, por fin, Bolívar y Mariño; y unidos presentaron combate al feroz Boves: fueron, por desgracia, vencidos en *La Puerta*. Sucre iba con ellos, en compañía de su hermano, el coronel Pedro de Sucre, quien fué prisionero y luego fusilado. Combatió, en seguida, en Aragua, a órdenes ya de Bolívar, quien tuvo que soportar otra derrota. Apenas se conocían entre sí estos dos hombres, cuyos nombres serían en breve tan gloriosos. Tocó a Sucre seguir al general Bermúdez, y defendió con él a Maturín, de las garras de 1,500 hombres, comandados por otro hombre sanguinario, el español general Morales. Los patriotas no eran sino 1,250, entre los cuales se hallaba el ya coronel Sucre, pri-



mer jefe de un batallón. Los sitiados salieron de improviso, y derrotaron al enemigo, por completo. Al mismo tiempo cae Boves sobre la ciudad de Cumaná, y cae en ella como alud o como incendio, porque no respeta ni a niños ni a mujeres: allí murieron una hermana y un hermano de Sucre, y su madrastra. Se unieron a los patriotas Rivas y Bermúdez; pero fueron derrotados en Magueyes, donde expiró Boves, el odiado. Murió, poco después, el valeroso Rivas; y Sucre pudo salvarse en Güiría, con Bermúdez, Carlos Soubllette, Mariano Montilla y otros indomables, de donde pasaron a la isla Margarita. A sus mares llega de repente el español Morillo, con su formidable escuadra; pero los patriotas la burlaron y huyeron a la Martinica y a San Tomas. De allí continuaron a Cartagena, siempre en fuga, con el objeto de ayudarle a defenderse de Morillo, quien ya había establecido un sitio desastroso. ¡Cómo no serían recibidos, si la situación era incomparable! Bermúdez fué nombre jefe; Soubllette, defensor de la Popa; Sucre, ingeniero para la fortificación de este paraje... Soportaron los sitiados cuanto puede soportarse en lo humano: en 116 días de sitio, los combates se trababan en todos los minutos; las enfermedades horribles e incesantes; el hambre, indescriptible, porque no había alimento: caballos, burros, perros, gatos, cosas de lo más repugnante, servían de él, y las calles estaban llenas de cadáveres. Nadie quería capitular, señores, porque nada era comorable al horror de recibir la mirada de enemigos, que no les infundiría confianza ni esperanza. Así es el corazón humano... Al cabo de 116 días de sitio, la guarnición, seguida de cerca de 2,000 habitantes de ambos sexos, desfiló por la noche, a lo largo de la playa, y se embarcó en pequeños transportes, que soportaron el cañoneo de la flota monarquista. La mayor parte pereció, ora en las costas del Darien, ora en manos de los enemigos, situados en las Antillas. A Sucre le cupo la fortuna de desembarcar en Haití, en compañía de patriotas de importancia. Pethion era el jefe de esta Isla. Pethion, a quien nuestra América venera, por su comportamiento con Bolívar y cuanto patriota llegó a sus dominios. De Haití pasó a la isla Trinidad, donde le llegó la noticia de la expedición de los Cayos, organizada por Bolívar. Sucre ansió por contribuir a esta expedición: él y sus compañeros se embarcaron en un barquichuelo, para desembarcar, al día siguiente, en las costas de Güiría;

pero sobrevino una tormenta que destruyó la embarcación. El joven Sucre, en las sombras y en el agua, pudo asirse del asa de un cofre y mantenerse así sobre las olas hasta que resplandeció la aurora y fué salvado por unos pescadores. El general Mariño se encontraba en Güiría, y recibió a Sucre lleno de alborozo; allí obtuvo el nombramiento de Jefe del batallón Colombia, y de Jefe de Estado Mayor divisionario, muy en breve. Separado se hallaba de Bolívar, cuyos hechos, en aquellos tiempos son de una epopeya. Entonces aconsejó al general Mariño el canónigo Cortés de Madariaga, desconociese la autoridad del Libertador y formase un triunvirato, pues Mariño estaba ya celoso de Bolívar. En lo humano hay siempre obstáculos, que provienen de las malas pasiones de los hombres. Se efectuó ese imprevisto escándalo, que en breve degeneró en ridículo, porque ninguna persona sería lo apoyó. Sucre se encontraba al lado de Urdaneta, y ambos se indignaron de esta desleal conducta, y partieron a unirse con Bolívar. De la indignidad sobredicha, provino el cadalso de Piar, Jefe valeroso, pero de soberbia condenable.

Ya he afirmado que Bolívar y Sucre no se habían conocido íntimamente. El doctor Zea, Vicepresidente en aquel tiempo, había dado el grado de General a Sucre, probablemente porque le entusiasmaron sus hechos. Aún no se despertaba la envidia: la modestia de Sucre era tan grande, que por ella la envidia dormitaba. Bolívar y Sucre se encontraron en el Orinoco en falúas diferentes: “¿Quién va allí?”—preguntó el Libertador. —“El general Sucre”,—contestaron. —“No hay tal General”, replicó Bolívar con disgusto, y ordenó que ambas embarcaciones se aproximaran a la costa. —“Me han dado el grado de General, señor, probablemente porque yo lo merecía”, dijo Sucre; “pero yo no lo aceptaré, mientras el general Bolívar no dé su beneplácito”. Entonces conoció Bolívar a Sucre, y acto continuo exclamó: —“Es Ud. General”. Seguía grangeándose fama el joven Sucre: fué Comandante en el Bajo Orinoco, fué Jefe de Estado Mayor en una División que dirigía el general Bermúdez, sobre la ciudad de Cumaná. La firmeza de sus resoluciones, el provecho de sus advertencias y consejos, la energía con que realizaba sus empresas, admiraban. Nunca acudió a la menor falsía, nunca a la más ligera intriga. Cuando el Libertador llegaba a Cúcuta, entre los personajes que salieron a su encuentro, estaba el joven Sucre:

—“¿Quién es ese mal jinete?”, preguntó el coronel O’Leary, quien llegaba con Bolívar. —“Es, respondió el interrogado, uno de los mejores oficiales del ejército: reúne los conocimientos profesionales de Soubllette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom. Estoy resuelto a sacarlo a luz, persuadido de que algún día será mi rival”. Hé ahí la elevación de Bolívar. Ya Sucre había adelantado en el arte de la guerra, persuadido de que en esa profesión sería útil a los hombres. De orden de Bolívar, desempeñó dos comisiones delicadas: una, que requería mucho afán, fué la de reunir los buques que había en el Apure, para formar una grande escuadrilla; y la otra, que requería actividad y propia estima, la de comprar en las Antillas armamentos y pertrechos, para lo cual llevó \$80,000. Tal vez Sucre arribó también a La Habana. Volvió y repartió aquellas armas en Bogotá, en Angostura, en Cúcuta y donde mandaba Páez, el invicto. Llegó por fin la celebración de armisticio entre el Libertador y Pablo Morillo, y fué Sucre uno de los principales Plenipotenciarios por Colombia.

Una capital antigua y silenciosa, de una comarca a la cual llamaron Reino de Quito, situada bajo la línea equinoecial, proclamó la emancipación de España y organizó un Gobierno democrático, antes que las otras poblaciones hispano-americanas. Fué en el 10 de agosto de 1809, y todas las autoridades fueron destituidas y sometidas a prisión. En el Alto Perú, región distante, realizóse un hecho igual, en meses antes; pero no se inmortalizó como el de Quito, porque faltó la proclamación de la soberanía del pueblo y no hubo el sacrificio, conmovedor y sangriento, de los principales promotores del cambio de gobierno; fueron asesinados en la prisión los más selectos quiteños. Pronto, como sucedió en el Alto Perú, apagaron la revolución los vientos realistas, desatados en todas las poblaciones vecinas, y Quito tornó al anonadamiento, a la amargura, después de derrotado en varios combates. Las comarcas que en 1810, un año más tarde que Quito, Venezuela, Nueva Granada, Buenos Aires, proclamaron, a su vez, la independencia, mantuvieron la llama iluminando, y ella se transmitió a Guayaquil, donde se levantó el 9 de octubre de 1820. El argentino general José de San Martín, libertador de su patria y de Chile, se hallaba ya con su escuadra en aguas del Perú; y desde allí envió comisionados a ofrecer auxilio a Guayaquil, si se

declaraba parte integrante del Perú. Fué una usurpación tal intento, porque las poblaciones ya libres, debían pertenecer a las naciones a las que pertenecieron esclavas. Por cédula real de 3 de junio de 1819, Guayaquil era de Nueva Granada, la que ya formaba parte de Colombia, según la Constitución de 1820, expedida en conformidad con el *uti possidetis*. La espada de Bolívar estaba encargada de completar su independencia. Sin pretensiones, el auxilio de San Martín habría sido acción de prócer. Guayaquil no accedió a las pretensiones de este General; pero ya quedó engendrada una parcialidad en beneficio del Perú. Bolívar, más distante que San Martín, tardó en enviar auxilio. Había mandado al Sur por Popayán y Pasto al general Valdés, quien fué derrotado en Genoy; luego fué nombrado Sucre para sustituir a Valdés. En esto llegó la noticia de la revolución de Guayaquil: era necesario un buen Jefe, y Bolívar nombró a Sucre: éste se situó en Cali, bella ciudad del valle del Cauca, y se contrajo a levantar ejército, con la juventud generosa de aquel valle. Cali había gastado grandes sumas en la expedición de Valdés al Sur, y gastólas también en la de Sucre, cooperando al mismo tiempo con sus jóvenes, aun con los de familias distinguidas. Con ellos marchó también el batallón "Albión", compuesto en su mayor parte de ingleses, de otros extranjeros igualmente generosos, de hombres que buscaban gloria, cualesquiera que fuesen la dificultad y el sacrificio. Por el Dagüe salieron a Buenaventura, donde se embarcaron rumbo a Guayaquil. Sucre llevaba mil hombres, y las convenientes instrucciones para incorporar a Guayaquil al territorio de Colombia; pero no lo quiso hacer porque todavía no estaba uniformada la opinión: un partido quería la incorporación a Colombia, otro al Perú, otro, la organización de un gobierno independiente. Los Jefes de Guayaquil eran Olmedo, Roca y Jimena, personajes prominentes. Sucre comprendió que se dificultaría la guerra con el enemigo común inmediato, si se pretendía resolver primero aquel debate. Desvaneció discordias, evitó traiciones intentadas por tenebrosos realistas, rechazó embestidas con combates parciales, fué vencido otras veces. Entonces fué cuando Sucre dió prueba de habilidad diplomática, de previsión y pericia militar, pues celebró con el coronel Tolrá, Teniente de Aymerich, un armisticio, durante el cual recibió auxilios, aumentó y disciplinó su ejército, hasta convertirle en capaz

de una victoria. San Martín le auxilió con 1,500 argentinos, chilenos y peruanos, recibió nuevo auxilio de Bolívar, engrandeció su ejército con voluntarios de Guayaquil, Cuenca y Riobamba, atravesó el valle de los Andes, ascendió la montaña del Pichincha, desde donde acometió y venció a los españoles, apoderados de mi patria en más de tres centurias. Se distinguió en aquella acción de armas, un adolescente que descendía de Cuba, de manera de inmortalizarse con su hazaña. Llamábase Abdón Calderón, era hijo del coronel Francisco Calderón, nacido en Cuba, casado en el Ecuador, donde adquirió dos hijos, que llegaron a ser esclarecidos: fué su hija doña Baltasara Calderón, esposa de don Vicente Rocafuerte, uno de nuestros mejores Presidentes, y fué su hijo Abdón Calderón, héroe en el Pichincha. El coronel Francisco sirvió con sus bienes de fortuna y con su vida a la emancipación de mi patria: fué fusilado por Sámano, en 1819, en Ibarra, después de vencido el ejército patriota. ¡Figuraos si las lágrimas de Ecuador no se derramarían por Cuba! Abdón tenía 19 años. Al comenzar el combate del Pichincha recibió una herida en el brazo derecho: tomó la espada con la mano izquierda, y continuó avanzando: recibió un balazo en el brazo izquierdo, dejó caer la espada, y la pidió a un sargento, quien la colocó en la vaina: Calderón continuó fortaleciendo con la voz a los soldados. A poco, recibió un balazo en el muslo izquierdo: a pesar de esta nueva herida, avanza, pero ya vacilante. En momentos de coronar la victoria, recibe el último balazo en el muslo derecho, y entonces tiene que caer, ya desfallecido. Los soldados le colocaron en un poncho y le trasladaron a una de las cabañas del ruedo: ahí murió el joven prócer. Sucre, en el parte de aquella batalla, dice estas palabras:

Hago particular memoria del teniente Abdón Calderón, que habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá compensar a su familia los servicios de ese oficial heroico.

Apenas Bolívar llegó a Quito, decretó:

Que en la primera compañía del batallón "Yaguachi", no se le pusiera otro capitán; que Calderón pasara revista en ella como vivo; y que en las revistas de Comisario, cuando fuera llamado el capitán Calderón por su nombre,

toda la compañía respondiera: “¡Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones!”; que a su madre, la señora Garaicoa de Calderón, guayaquileña, dama respetable y muy republicana, se le pagaran mensualmente los sueldos que hubiera disfrutado su hijo.

¡Enorgulleceos, señores! ¡Cuántos de vosotros no habréis tenido en vuestras familias próceres como éste! ¡El murió por mi patria, no por la vuestra; pero su madre fué mi compatriota! ¡Oh, si os convenciérais de que no hay sino una patria en la redondez del mundo!

Entonces se puso de manifiesto una de las más bellas virtudes de Sucre: la consideración por el semejante, sea o no enemigo: en razón de las Capitulaciones, Presidente, Jefes, Oficiales, Soldados, todos los vencidos quedaron en libertad de irse o quedarse, sin soportar la más ligera pena. Sucre consideró que trataba con hombres, no con alimañas. Vino Bolívar de Pasto, después de obtener victoria en Bomboná, y Sucre fué nombrado Intendente y Comandante General del territorio que vino a llamarse Ecuador. Empezó por poner por obra una de las más bellas ideas de Bolívar: “La enseñanza es la base de la libertad e independencia”. Ni una sola escuela había en tres siglos, debida a la solicitud de autoridades: las que había no eran sino fundadas por el interés particular. Dos colegios había en Quito; pero ninguno ni medianamente organizado. Sucre fué quien estableció una Junta Superior de Instrucción Pública, para que propusiera a la Intendencia los medios de poner en práctica enseñanzas; y él llegó a establecer escuelas y colegios. En Quito no había sino una imprenta, mas ya inútil, la en que el doctor Espejo, precursor de la emancipación ecuatoriana, publicaba las *Primitias de la Cultura de Quito*. Sucre pidió una buena imprenta a Jamaica, y empezó a aparecer *El Monitor*, en que se imprimían decretos del Gobierno, noticias de América y Europa, y colaboraciones más o menos importantes.

San Martín pretendió entonces verificar su usurpación de Guayaquil: no había quedado allí ejército: San Martín había enviado a un Ministro, rodeado de esclarecidas personas de Lima, entre ellas el general José de Lamar, nacido, es verdad, en tierra ecuatoriana, pero residente en el Perú, en donde llegó a ser Jefe de Estado: ordenó al general Santa Cruz, Jefe de los peruanos

auxiliares, que de Quito viniera a Guayaquil con su ejército, y envió dos fragatas de guerra al río Guayas, con el pretexto de conducir dichas tropas al Perú. Presumió que se hallaba Bolívar en Pasto, y él se embarcó en el Callao, con la intención de llegar a Guayaquil antes que Bolívar, y promover la proclamación, apoyada por los elementos referidos. Bolívar malició, apenas la tropa peruana salió de Quito; y él, Sucre y otros Jefes, siguieron a Santa Cruz, llevando consigo dos mil hombres. En Guayaquil ardían los tres bandos; pero sólo el de Colombia levantó la voz, a la llegada de Bolívar: “¡Viva Colombia y viva Bolívar!” se escuchaba. Luego resonó “¡Viva el Perú!”, y en seguida “¡Viva Guayaquil independiente!” Bolívar ordenó que los partidarios de Colombia pidieran al Ayuntamiento declarase que Guayaquil era colombiano, fundándose en los argumentos que ya he expuesto y que eran de justicia; pero la corporación rechazó, únicamente por demostrar energía, pues comprendía que era orden de Bolívar. Entonces Bolívar asumió el poder y declaró a Guayaquil colombiano, mientras lo decidiera el pueblo, en día fijado. Todos los del Perú se embarcaron, y también algunos individuos del Gobierno, partidarios de la ciudadanía peruana. Al desembocar en el Golfo, se encontraron con la “Macedonia”, fragata que conducía a San Martín. Para él fué rudo golpe; pero, sin intención de argüir, hubo de pasar a saludar a Bolívar. Se abrazaron y se regocijaron ambos héroes, y entonces empezó aquella interesante conferencia. Nada dijo San Martín, respecto de Guayaquil; pero hablaron de lo que debían hablar libertadores. San Martín pidió auxilio, porque todavía tenía en el Perú 19,000 enemigos españoles. Bolívar le dió lo que pudo, y le ofreció mandar lo que pudiese. Se despidieron y San Martín partió a Europa, donde murió después de muchos años. El Perú era todavía víctima de numeroso ejército español; y con insistencia pidió a Bolívar nuevo auxilio, y aún la dirección personal de la campaña, porque los españoles habían obtenido varias victorias. La provincia de Pasto no dió tiempo para que se consagrara el ejército al apoyo decisivo del Perú: Sucre fué a pacificar a Pasto, donde peleó como él acostumbraba, y dominó. Continuaban las instancias de la Nación peruana, porque eran más inminentes sus peligros. Bolívar no podía partir, acto continuo, por la gravedad de las necesidades de su patria; y fué entonces cuando em-

pezó en el Ecuador, una serie de sacrificios, para apoyar a sus hermanos del Perú. El primero fué más grande, porque comprometió toda su fidelidad en lo futuro: de su Gobierno fué separado Sucre, y enviado al Perú de Plenipotenciario, para prestar algún servicio, antes que Bolívar. A su llegada a Lima fué nombrado General en Jefe, puesto que al principio rechazó porque, dijo, le correspondía a Bolívar. En seguida fué investido con facultades extraordinarias, y dispuso cuanto fué oportuno, porque el general Canterac, Jefe del ejército español, caía sobre Lima, con una grande parte de él. Sucre libertó al suyo, trasladándolo al Callao, dondó organizó el ejército en volandas. Por aumentar las facultades a Sucre, el Congreso, ya reunido en el Callao, disminuyó las del Presidente Riva Agüero, lo que no aprobó el general Sucre, por lo que dividió esas facultades en secreto con el menospreciado Presidente. Antes de la intervención de Sucre, Santa Cruz había sido enviado al Sur, en donde se había comprometido en guerra desastrosa: de Lima salieron los españoles a ayudar a combatirle: entonces partió también Sucre y verificó hechos notables que ayudaron a la salvación de su compañero en el Pichincha. Mientras peleaba Sucre en el Sur, el Libertador llegó a Lima y prometió ante el Congreso la emancipación completa del Perú:

Los soldados libertadores, que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, dijo, no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú, o todos morirán, Señor, yo lo prometo.

Se desencadenó la guerra; pero fué indispensable someter a los inmorales Jefes del Perú, apetitosos de mando, vanidosos, envidiosos, sobre todo, ingratos, como Riva Agüero, Torre Tagle, Berindoaga, Portocarrero, Terón, Moyano, Ezeta, multitud de hijos del Perú, después de embestidas de palabra y obra contra Bolívar y Colombia. Fué indispensable solicitar auxilios, a menudo, del Vicepresidente de Colombia, y de las autoridades del Ecuador, en especial de Guayaquil, pueblo que cooperó como patriota. Batallones partieron de Guayaquil, a costa del pueblo, en auxilio del Perú.





Mande Vd. vestuarios, frazadas, fornituras, morriones, capotes, monturas, municiones de fusil, piedras de chispa, todo el plomo y acero de Vizcaya, para herraduras y clavos del país,

decía Bolívar al general Salom, Jefe de Quito.

Disgústese quien se disgustare, saque dinero por contribuciones y empréstitos forzosos... Espero los 1,500. hombres que me ofreció del ejército de Pasto... Vuelvo a encargarle el mayor empeño en la construcción del equipo y fornituras de tropas, pues aquí lo hemos agotado todo...

Entonces se volvió digno Guayaquil de una de las más grandes alabanzas:

Guayaquil es lo mejor que tenemos en el día en la República, pues lo demás del territorio sólo nos sirve de embarazo,

decía en una de las cartas. Recuérdese que la República era la gran Colombia, esto es, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Fué indispensable el mayor esfuerzo para conducir, desde las aguas del Atlántico hasta el Pacífico, atravesando Panamá, batallones, escuadrones, fusilería, pertrechos, cuanto constituía elementos de guerra. El enemigo estaba dirigido por militares de lo mejor de la Península, expertos, enérgicos, activos, impertérritos: Laserna, el Virrey, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, Bedoya, muchos más. Los patriotas componían ejércitos indisciplinados, en gran parte compuestos de individuos de diferentes territorios, sujetos a rivalidades que a menudo eran desastrosas. Fuero valerosos, eso sí, anhelantes de conseguir el triunfo, como el enfermo anhela la salud. Y en esta confusión abundante de todo elemento humano efervescente, sobresalía Sucre como el consejero más prudente de Bolívar, un faro cuya luz necesitaba el Libertador, un brazo capaz de alzar el mundo de pensamientos concebido por este último.

El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables,

escribía Bolívar a Sucre.

No se puede ejecutar sin una gran masa de tropas. Yo ruego a Vd., mi querido General, que me ayude con toda su alma, a formar y llevar a cabo este plan. Si no es Ud., no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales.

La situación del Perú llegó a ser insostenible: el Presidente Torre Tagle púsose de acuerdo con el Jefe español Canterac, y consiguió que la fortaleza del Callao, desde antes en poder de los patriotas, proclamase a los realistas, quienes se apoderaron de Lima. Torre Tagle lanzó una proclama inícuca e impostora:

¡Peruanos! decía: Ya es tiempo de que desterreis el error. El tirano Bolívar y sus indecentes satélites, han deseado encorvar al Perú, a este país opulento, bajo el dominio de Colombia.

Bolívar se hallaba en Pativilca, donde había padecido grave enfermedad. El Congreso le había nombrado Dictador absoluto. En el acto se propuso salir a combatir. El grueso del ejército enemigo se hallaba en el Alto Perú y en el Cuzco, al Sudeste de Lima. Se acantonó el ejército colombiano en el valle de Huailas, muy al Norte, en número de 7,500 hombres, al mando de su General en Jefe, Sucre, quien sólo debía obrar bajo el mando de Bolívar. Sucre residía en Huarás, en el mismo valle de Huailas: obedecíanle los generales Lamar, Necochea, Miller, Córdova, Lara, Santa Cruz y algún otro. Por diferentes direcciones, en algunas de las cuales no había ni caminos, emprendió la marcha aquel ejército, hasta que llegó a altas sierras, a las llanuras del Sacramento, en las inmediaciones de Jauja, donde esperó al ejército realista. En número de 8,000 hombres se aproximaba éste desde el Alto Perú y el Cuzco. Cercano estaba el lago de Lauriocha o de Junín. Se encontraron las dos caballerías, cada una de más de mil hombres, y se despedazaron a cuchilladas y lanzadas. En el combate estuvo Sucre con muchos de los demás generales; pero fué dirigido por Bolívar. Salió victoriosa la caballería patriota: la otra corrió, hasta unirse con su infantería afligida; y ambas emprendieron difícil retirada, perseguidas por los republicanos incansables. Bolívar iba a la vanguardia, y a Sucre ordenó cuidar la retaguardia, donde iban parque y hospitales. Se ofendió Sucre y se quejó a Bolívar:

Mis compañeros me reputan imbécil e inútil,

le decía. Bolívar respondióle:

Contesto con una expresión de Rousseau, cuando el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía, por el dinero que le enviaba: "ésta es la única cosa que Ud. ha hecho en toda su vida, sin talento." Creo que a Ud. le ha

faltado simplemente el juicio, cuando ha pensado que yo he podido ofenderle; estoy lleno de dolor, por el dolor de Ud.; pero no tengo el menor sentimiento por haberlo ofendido. La comisión que le he dado a Ud., la quería yo llenar; y pensando que Ud. la haría mejor, por su inmensa actividad, se la conferí a Ud., más bien como una prueba de deferencia. Ud. sabe que yo no sé mentir, y también que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. En todo caso, yo no veía más que el servicio, porque la gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reúne en un solo punto, el triunfo de Colombia, de su ejército, de la libertad de América... La gloria está en ser grande y en ser útil. Si Ud. quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás.

En las reconvenções de los grandes hombres se oyen, a veces, retumbancias, que en vez de asustar, embelesan.

Canterac y su ejército llegaron al Cuzco; Bolívar se adelantó y llegó al Apurímac, en busca del mejor campo de batalla, de donde regresó hasta encontrarse con los suyos. Era el mes de septiembre: por la aproximación del invierno, por los pésimos caminos, por la crecida del caudaloso Apurímac, por las noticias que del enemigo recibía, consideró Bolívar que la batalla tardaría algunos meses; y se resolvió a partir a las tierras litorales, impelido por necesidades urgentísimas, como recibir un empréstito de Londres, dirigir y proteger la escuadra, recibir los refuerzos de Colombia, apoderarse de la capital y del Callao. No tenía por seguro que regresaría y libraría la batalla; pero su confianza en Sucre era absoluta.

Bolívar se encontró en el camino con una ley del Congreso de Colombia, que le arrebatava las facultades extraordinarias y se las concedía al Vicepresidente: no hizo sino manifestar que se separaba del mando del ejército. Sucre y los demás Generales, Jefes y Oficiales, se indignaron, y mandaron al Congreso una representación elocuentísima: a Bolívar le suplicaron no se separara. Todos comprendieron que el culpado era el Vicepresidente, quien presumía que el egregio Sucre sería colocado en mayor elevación. Las contestaciones de Bolívar fueron propias de un grande hombre, pues él no podía inclinarse, sino alzar más la frente, cuando algún irreverente le ofendía. No se dió por entendido de la injuria.

Reforzados los españoles en el Cuzco con el ejército del general Valdés, venido del Alto Perú, pusieron a las órdenes del Virrey Laserna, en número de 10,000 soldados, y pasaron el Apu-

rínac, desentendiéndose de Sucre. Tomaron la dirección del Norte; pero Sucre contramarchó y les siguió, buscando y evitando reencuentros, según las probabilidades de derrotas o victorias. ¡Qué de penalidades, de esfuerzos, de peligros, en aquella persecución de cosa de cien leguas, en que se emplearon treinta días! En la barranca de Corpahuaico se emboscaron los españoles, y casi destruyen a los republicanos si no concurren la presencia de ánimo de Sucre, el heroísmo de los batallones "Rifles" y "Vargas" y la intrepidez del general Jacinto Lara. Al fin llegaron al Cundurcunca, monte en cuyas faldas se dilata en plano inclinado, Ayacucho. En lo alto apareció el ejército español, en la mañana del 9 de diciembre: el patriota se desplegó al frente de él. El primero se componía de 9,310 soldados, y de 5,780 el segundo. Sucre peroró a cada cuerpo, con esa elocuencia que alumbraba cual relámpago. Sonó el clarín y empezó el trueno, seguido de la voz feroz de los guerreros. Retrocedían y triunfaban unos y otros, y volvían las acometidas, con esa tenacidad que parecía sobrehumana. Vencieron los americanos, al fin; coronó la América su emancipación política, y Sucre comprimó la mano de todos los vencidos y les dió las facilidades que podía para que retornasen a su patria.

Para concluir la campaña, llegó a Humanga, avanzó al Cuzco: fué recibido con aclamaciones y lágrimas, con la locura de la felicidad desconocida. Pasó el Desaguadero y entró al Alto Perú, donde el general Olañeta, con fuerzas españolas, pretendía todavía resistirse. Éste General era torpe e infame: descubrió Sucre que había pagado a envenenadores; pero a los pocos días cayó muerto en un combate. El Alto Perú, ahora Bolivia, pertenecía a Buenos Aires y al Perú; y Sucre, respetando el *uti possidetis*, sólo convocó a los pueblos, que le rodeaban en el delirio de la dicha, eligieran una Asamblea para que dispusiera de su suerte. Reprobó Bolívar el decreto, porque dijo:

Ese decreto es acto de soberanía, y no debió emplearse en territorio de otro soberano.

El Perú y Buenos Aires resolvieron que aquellas comarcas eran libres y podían disponer de sus destinos. Quedó, pues, vigente el decreto, la Asamblea fué reunida, se constituyó un Esta-

do Soberano. La Nación tomó el nombre de Bolivia, la Capital, el de Sucre, y Presidente fué el Mariscal de Ayacucho. Si se conoce a Sucre, puede juzgarse de si su gobierno fué modelo. No es posible ni sintetizar en un discurso, la grandeza y belleza de un régimen, en un pueblo que empezaba a entidad política. El primer asunto fué la Instrucción Pública; para asegurar la vida, la paz, la consideración mutua, decretó amnistía; por asegurar la noción y propaganda de ideas, decretó libertad de imprenta; porque cada uno adorase a Dios, según la enseñanza de sus padres o su propia observación, y para eliminar causas de discordias, decretó la libertad de cultos. La Constitución fué dada por Bolívar; pero las pasiones la cambiaron: en el corto tiempo de su Gobierno, Sucre hizo cuanto de bueno puede hacerse en un pueblo dócil, recién organizado e ignorante; pero propenso a la civilización como Bolivia.

Entre Bolívar y Sucre habían tratado ya de la expedición a Cuba: no era posible quedase rezagada esta hermosa porción del Continente. Sucre se hallaba en La Paz, antes de ser elevado a la Presidencia de Bolivia, y de allí escribió a Bolívar, quien estaba en el Perú:

Mucho celebraré que México se empeñe en la expedición de la Habana; pero he pensado, que Ud. ha desistido de ella, puesto que sólo trata de mandar nuestros cuerpos a Venezuela. En fin, pronto me dirá Ud. qué hay de esta bella y deseada expedición.

Le contestó Bolívar desde el Perú dándole esperanzas. Le replicó Sucre al mes siguiente:

Ayer ha llegado aquí el batallón Pichincha, que estaba acantonado en un pueblo a 20 leguas. Todos los cuerpos están, pues, ya reunidos, para que Ud. resuelva de ellos lo que guste. Se hallan los cuerpos en muy buen pie. Yo creo que, puestos en la Habana, darían a Colombia y a la América, un día de tanta gloria como el 9 de Diciembre, (Ayacucho), y la posesión de una bella Isla.

La posesión, como es de comprenderse, era para América libre, no para aumentar el suelo de Colombia. Más tarde escribió el mismo Sucre a Bolívar, infundiéndole siempre confianza:

Supongo que los 3,500 hombres que salieron de la Coruña para la Habana, convoyados por el navío "Guerrero" no darán gran cuidado a Colombia, bien

que si se reunen las guarniciones de la Habana y Puerto Rico, no dejarán de arreglar 8,000 hombres..., que no harán sino incomodarnos. Yo no veo qué se propondría sacar el Gobierno español.

Vino a suceder que los Estados Unidos trataban de impedir, por medio de gestiones diplomáticas, que España mandara nueva fuerza a La Habana, y pidieron a Bolívar aplazara la embestida, la que, por fin, no se realizó, porque sobrevinieron desórdenes en Colombia, provocados por la oposición de Santander, la guerra entre el Perú y Colombia y la muerte de aquellos dos hombres inmortales.

Empezó a arrastrarse la envidia, y no fué posible contenerla en su origen: no nació en Bolivia; pero aparecieron como instrumentos inconsiderados bolivianos: nació en el gobierno del Perú, cuyo Presidente era el general Lamar, quien quiso que Bolivia se incorporase al Perú. Decretó el Congreso del Perú, cuando ya esta Nación había reconocido a Bolivia, que el Poder Ejecutivo peruano cultivase relaciones con Bolivia, siempre que esta Nación estuviera libre de intervención armada extranjera y tuviera gobierno propio. Ya las tropas auxiliares de Colombia habían empezado a marchar a su patria. Sin motivo de guerra ostensible, 5,000 soldados peruanos, mandados por el general Gamarra, se aproximaron a las fronteras de Bolivia. En estas circunstancias insubordinóse la guarnición de Chuquisaca, por maquinaciones del gobierno del Perú: en Chuquisaca residía Sucre, quien se arrojó a someter a los rebeldes. Descargaron éstos sus armas e hirieron al gran Sucre: por dicha, la conjuración fué debelada. Gamarra pretendió cambiar de objeto, pues dijo iba a defender a Sucre de sus inmorales asesinos. El pretexto resultó ridículo, nadie lo creyó, y Gamarra salió derrotado de Bolivia. Como el gobierno del Perú se había propuesto hostilizar a Colombia y a Bolivia, por odio a sus Presidentes, precisamente los héroes que acababan de emancipar al Perú, Sucre comprendió que debía auxiliar a su patria, obedeciendo al llamamiento de Bolívar. A tiempo llegó el término de su gobernación en Bolivia, y entregó el Poder a la Legislatura, por medio de un Mensaje magistral. Salió de Bolivia, llegó al Callao, quiso evitar la nueva guerra, que le parecía escandalosa e interpuso sus buenos oficios que no fueron aceptados, y arribó a Guayaquil, donde en-

contró de Jefe del Ejército al general Juan José Flores, quien pretendía ser General en Jefe en la campaña.

Tengo que tratar especialmente de la muerte de Sucre, ya que mi discurso se pronuncia en el día del sacrificio del grande hombre.

En la campaña de Tarqui están los manantiales del torrente de sangre de Berruecos,

han dicho algunos historiadores de la antigua Colombia, como D. Pedro Moncayo, el general Buenaventura Reinales, y también el coronel Grueso en Lima. Un Presidente de la Nueva Colombia acaba de sentar esta doctrina errónea :

Abrir ahora la diseusión sobre los generales Obando y Flores, en el proceso de Berruecos, es cosa desatinada, dice, porque equivale a arrojar voluntariamente el esquite, no en una costa tranquila, y sí en acantilados peligros.

Tengo que contradecir este aserto: obligación de la humanidad es progresar, y el progreso no puede existir, si no hay justicia. La impunidad, en cualquier forma, es dañosa: el castigo es tan esencial como el premio, y el castigo debe ser impuesto a criminales, cuyo atentado trasciende al mundo entero: no importa que el criminal haya muerto; basta con que la humanidad se convenza de la infamia, porque a la vez se convencerá de que su deber es evitarla, especialmente si el calumniado ha tenido descendencia. Yo lamento haber de herir a inocentes, como tiene que suceder con la prole del culpable; pero al mismo tiempo compláceme restituir la calma a la otra prole, la del inocente perseguido y calumniado. La Historia es Tribunal inapelable, y no hay motivos para ponerle obstáculos, a no ser cuando su veredicto sea contrario a la verdad.

Flores se hallaba en el Ecuador, al mando de 5,000 soldados, y era dirigido desde Bogotá por Bolívar: Flores estaba ejerciendo la Comandancia de los tres Departamentos del Sur, esto es, de lo que actualmente se llama Ecuador.

Si V. E. me manda, escribiría Flores a Bolívar, estoy pronto a ocupar la provincia de Trujillo, en el Perú, con más facilidad que lo escribo.

Días después volvió a escribirle:

Ofrezco, porque soy capaz de cumplirlo, que el puesto que se me señale, será servido fielmente y con suceso.

Escribíale también:

V. E. puede contar con que ataco al Perú, a la primera noticia que tenga de Bolivia; y quizá me atreva a hacerlo ahora mismo, si supiera que la Convención no ofreciera tantos cuidados. (Era la Convención de Ocaña, tan molesta para el Libertador). Cuento con toda seguridad, escribía poco después, que la División peruana del Norte no puede resistir al ataque que tengo bosquejado en mi plan de campaña, además de que, si me dan un mes de término, emprenderé con mayor número de tropas, que he mandado levantar.

Luego escribió:

El Perú debe por todas las reglas y todos los cálculos caer en nuestras manos, si yo no soy abandonado en las campañas que voy a abrir.

Días más tarde decía:

Si logro organizar el ejército bajo pie de fuerza de 8,000 hombres, y V. E. me da amplias facultades para obrar, empeño mi palabra de conquistar el Perú y de conservarlo, con tal de que vengan también las fragatas al Pacífico.

Bastan estas copias para probar que Flores anhelaba ser nombrado General en Jefe. Este empleo no significaba para Flores una preeminencia transitoria, sino la Presidencia del Ecuador, apenas volviese victorioso. ¿Acaso él no preveía la disgregación no lejana de Colombia, a pesar de los esfuerzos del mismo Bolívar, y que nadie se opondría a quien regresase en triunfo del Perú? Sucre era su único obstáculo, Sucre, quien se hallaba todavía en Bolivia. Ya Sucre había demostrado su oposición a la guerra:

Es menester que Ud. sepa, le había escrito, que la mayoría del Perú es un pueblo sano y bueno: un partido de facciosos ha ocupado el poder y las imprentas, y está queriendo presentar aquel país como enemigo nuestro... El Perú está dividido en partidos, y ninguno con el otro se entiende. Fallarán todos los cálculos, si en breve no hay allí una reacción en que los enemigos del Libertador caigan, y el partido de los vitalicios triunfe. Si intentáramos la invasión, los partidos en el Perú se unirían.



Flores escribió a Sucre:

Aquí se dice que Ud. piensa mandar los cuerpos a Colombia, para unirse Ud. con ellos, abandonando a Bolivia. ¡No permita Dios que suceda semejante cosa! Los buenos amigos de Ud. lo deseamos, porque nos parece, con bastante fundamento, que la pérdida de esa República perjudicará inmensamente a los intereses de la nuestra, y porque el trabajo de tanto tiempo, ha de perderse en un día.

Asustado Flores con la idea de que Sucre volviera de Bolivia, escribió a Bolívar:

Parece que al Gral. Sucre no le quedan sino dos partidos: precipitar el envío de las fuerzas auxiliares y venirse después él, o emprender abiertamente contra el Perú. Si sucede lo segundo, mandaré secundar sus operaciones; y si lo primero, yo solo me haré cargo de la empresa y me posesionaré de Lima. Ojalá,

escribe poco más tarde,

que el partido de los vitalicios quisiera hacer algo en el Perú, para tener el pretexto de lanzarnos a territorio enemigo, con algún apoyo, y no necesitar de la cooperación que me ha negado el general Sucre. Yo sólo necesito que se me dé un cabo de hilo por donde deba de conducirme; para lo demás, confío en mis propios recursos. Aquí todos se han sorprendido de la obstinación del general Sucre en abandonar a Bolivia, que va a sufrir una lastimosa refusión en el territorio peruano.

Con motivo de la herida de Sucre, dice:

Hablando del general Sucre, no puedo menos de manifestar la sorpresa con que he visto la conducta de sus ingratos enemigos. Si la amistad que yo he procurado merecer de V. E., y los compromisos que tengo por ella me dan algún derecho a emitir mis opiniones privadas, digo desde luego que es preferible morir como César a tomar el veneno de Mitridates que le dieron a Napoleón; vale más morir con gloria que vivir sin ella, en una agonía prolongada. Claro está que la del general Sucre se ha marohitado en la inercia, después que no han respetado su persona. ¡Disparar los fusiles contra un Presidente Libertador! ¡Qué ejemplo tan afflictivo y pernicioso para el actual orden de cosas! Bien se habrá acordado este General de todo lo que le he dicho en mis cartas. Pienso que la energía es el remedio de los males: la inercia ha degraciado al ilustre general Sucre.

Se ve por estos párrafos que cualquier acción del Mariscal de Ayacucho, daba margen a Flores para desacreditarlo ante Bo-

lívar. En dichas cartas aparecen ya miasmas de envidia: la envidia es crimen y puede causar otros crímenes. Sucre tenía conocimiento del odio de Flores: en época no lejana, el general Heres le había dicho, con alusión a Flores:

Una persona de quien he hablado a Ud. otras veces, hace profesión pública de ser su enemigo declarado, y vierte contra Ud. expresiones que no han usado contra Ud. los españoles.

Ya se comprende que a Flores perturbó el arribo de Sucre a Guayaquil. Inmediatamente escribió a Bolívar, con un objeto que es fácil comprender:

El general Sucre fué recibido con las consideraciones que dije a Ud., y, además, le ofrecí el mando del ejército: su contestación fué entonces satisfactoria, aunque negativa, y me ofreció su influjo y relaciones para que conservara el país y llevara hasta el Perú la victoria del honor colombiano.

Tal acontecimiento fué impostura: no consta en ningún documento de entonces, no lo comprueban los sucesos que siguieron. Sucre llegó a Quito, y allí empezó a soportar ofensas de Flores. Había impuesto éste, días antes, una contribución al vecindario, para alimento del ejército; y a la señora de Sucre, casada ya con éste por poder, desde que él estaba en Bolivia, fueron a exigirle el pago alguaciles: no pagó inmediatamente, y embargaron efectos de la Hacienda: cuando Sucre llegó a Quito, mandó pagar y reconvino al Intendente por un procedimiento tan inculto. Había sido ordenado por Flores, alma sin cultura, quien aparentó alarmarse por la reconvención de Sucre. La trasmitió a Bolívar, quejándose:

El general Sucre no sólo se opone a la guerra contra el Perú, le decía, sino que ha protestado, en nota al Intendente, que defendería sus propiedades, y desapruueba las órdenes para aumentar y sostener los cuerpos. La conducta del general Sucre tiene todos los visos de una formal oposición a la autoridad que ejerzo, y es la iniciativa de un trastorno o de alguna cosa que se prepara contra mí... El mal está hecho, y bien sea por nuevas divisiones, bien por la miseria, el ejército se perderá en estos Departamentos. Así, pues, he resuelto marchar a posesionarme de Piura, para vivir en país enemigo y alejarme de los que me desesperan y de los que matan de hambre al ejército... No esperaré que el general Sucre se pusiera de parte del egoísmo criminal... El ejército está ya pereciendo porque los egoístas de Quito se han unido al general Su-

ere, que habla mucho de libertades públicas, derechos ciudadanos, inviolabilidad de propiedades...

Entre tanto Sucre escribía a Flores, en los términos siguientes:

Recibiré de Ud. un favor, si manda que mis sueldos se depositen en tesorería, para que con ellos se compren ganado, mulas, etc., lo que podría imponerse a mi mujer.

Satisfízole plenamente:

Me ofendió, le decía, el que, no estando yo aquí, mis compañeros, mis amigos, asigieran a mi esposa, pudiendo evitarlo... La cuestión es entre los dos, y sin ninguna trascendencia... A quienes vienen a preguntarme acerca del asunto, yo les contesto que Ud. ha hecho bien, porque la posición de Ud. es muy difícil... Ruego a Ud. tolere le diga que, conociendo mi destino, he solicitado al Libertador, por cuarta vez, y con la más grande vehemencia, permita que yo disponga libremente de mi persona, por tres años, dentro o fuera del país, y es mi intento reunir dinero para ausentarme, porque el único modo de estar libre de chismes y de las asechanzas de algunos, para indisponerme con algunos amigos. Con el mismo fin de precaverme de los chismes, es que muy pronto me iré al campo con mi familia.

¿Qué significaba conociendo mi destino? ¿No parece un sentimiento?

A Bolívar escribió, al mismo tiempo, Sucre:

Por ahora me reduzco a implorar de Ud. la licencia que he solicitado, para disponer, por tres años de mi persona, dentro o fuera del país. Cada día tengo una nueva convicción de la necesidad de separarme de todo, y aun de ausentarme. Mis pocos servicios me colocan en el caso de ser víctima de la emulación de algunos, y por desgracia, ellos mismos se han procurado algunos enemigos, que buscarán de todos modos indisponerme con el general Flores. Yo lo excusaré a todo trance, solicitando siempre ser su amigo, porque esta unión conviene a la causa pública.

No menciona a Flores sino por encubrir su pensamiento: sabía Sucre a ciencia cierta, que sólo Flores era su enemigo; pero no quería decirlo a Bolívar, porque no se presumiese que él quería el mando. Ciertamente era muy difícil la posición del noble Mariscal.

Yo podría vengarme, continuaba, si no fuera en desdoro del Gobierno, porque publicaría simplemente el suceso, para manifestar al mundo que en el Sur de Colombia se había tenido por un crimen el no haberse dejado robar.

En otra carta dice:

Todos en Quito saben que he cedido mi sueldo para los gastos del Estado, y que con esta cesión concurre extraordinariamente con más que el más rico propietario del Sur. Es, pues, falso, falsísimo que nadie se haya agarrado de esta nota para eximirse de la contribución, y me es, a la verdad, penoso, saber que altos magistrados de Colombia, mientan tan grosera y alevosamente. Sé que se han agarrado de esto para indisponerme con Ud.; pero, si de un lado desprecio este maligno intento, de otro estoy colocado en un compromiso del que sólo podría salir con algún desdoro para el Gobierno.

Es indudable que Sucre sabía lo que Flores escribía a Bolívar, probablemente porque él mismo Flores leía las cartas a algún amigo de Sucre, que en el ejército eran todos. Flores quizás no comprendió esta preferencia, o, si la comprendía, era vil, ya que a Bolívar informaba que era aborrecido Sucre en el ejército: díjolo también a Sucre. quien escribió a Bolívar:

Sé que le han informado que estoy aborrecido en el ejército, con otras patrañas y sandeces, que sólo me dan bochorno, por cuanto son mezquindades y rastrerías harto despreciables... Notaría Ud. en la última respuesta del general Flores, que me brinda su protección para informar a Ud. en mi favor, y será, sin duda, para no presentarme como criminal y que no sea yo castigado. ¿Es esto soportable? Aseguro a Ud. que si en estos momentos, yo tuviera medios para transportarme y sostenerme fuera, me alejaría de un país donde se tienen en tan poco los servicios más distinguidos, donde los magistrados creen que un simple informe destruye al hombre digno de respeto, y donde la delicadeza y los miramientos a las personas más beneméritas, son desconocidos. Con rorbor hago esta declaración. En fin, mi General: reducido yo a sufrir todo, no seré quien aumente las penas de Ud. Tendré la paciencia, si es necesario, de un mártir, con tal de que Ud. no encuentre motivos para reconvenirme de que le acrezco sus disgustos. He contestado al general Flores que mi queja está acabada, que olvide todo, como si nada hubiera sucedido, y que seré tan unido a él como el mayor de mis amigos.

Esta carta tiene voz convincente: niño hubiera sido Bolívar, si hubiera dudado de quien fué el asesino de Sucre. Muchos otros incidentes hay en la documentación de entonces, que enseñarán la verdad a quien los lea.

No podía llegar el correo de Guayaquil a Bogotá, en menos de veinte o veinticinco días: Sucre llegó a Guayaquil el 19 de septiembre, y en el mismo día dió de Guayaquil a Bogotá esta noticia O'Leary a Bolívar: antes de recibirla, Bolívar escribió la siguiente carta a Flores:

Bogotá, 8 de Octubre de 1828.—Sr. general J. J. Flores.—Mi querido amigo: Con mil trabajo hemos podido reunir sesenta mil pesos para ese ejército, que espero se impendan con la mayor economía, para no estrechar demasiado a esos pueblos. Ud. conoce lo quejumbrosa que es esa gente, y la indiferencia con que mira su suerte futura. Se me ha escrito por el Padre Torres que la miseria de los pueblos y del ejército es tal, que pudiera haber un movimiento desastroso por causa tan lamentable. Yo no sé qué hacer en circunstancias semejantes: el Perú, obstinado en sus injustas pretensiones, y el pueblo sin querer hacer la guerra. Muchas veces deseo disolver ese ejército: pero los intereses de Colombia se oponen a esta medida.

Ya Ud. habrá sabido lo que ha sucedido por acá con estos asesinatos perwersos: (1) por lo mismo, Ud. conocerá que ni puedo marchar al Sur, ni mandar los mil hombres que había ofrecido. Desde luego, las cosas han llegado a tal estado, que juzgo conveniente obrar conforme a las circunstancias únicamente. Por tanto, haga Ud. de ese ejército lo que le parezca mejor: consérvelo o disuélvalo; pero siempre de acuerdo con el general Sucre y el coronel O'Leary.

Conociendo que nuestros pueblos no presentan base para ninguna empresa heroica o digna de gloria, no me ocuparé más de sostener el decoro nacional. A esta consideración añadiré que del disgusto de estos pueblos contra las autoridades que les han exigido sacrificios (2), temo las mayores calamidades.

El general Sucre deberá haber llegado ya, y el nombre de este personaje, con sus relaciones en el país, podrá mitigar el encono de los agraviados con justicia o sin ella. Yo le he nombrado, pues, para que mande en Jefe ese ejército; y esté Ud. persuadido de que no le privo a Ud. de la menor gloria, pues no hay ninguna que ganar en el miserable estado de las cosas. Diré a Ud. de una vez que, para evitarle una catástrofe, doy a Ud. este sucesor.

Ni en Colombia ni en el Perú se puede hacer nada: ni aún el prestigio de mi nombre vale ya; todo ha desaparecido para siempre. Sí, mi querido Flores, triste es recordar esta verdad, que no admite ya duda: nosotros no podemos ya hacer nada, sino vegetar entre los sufrimientos y la adversidad: el instinto solamente nos hará vivir, mas casi sin objeto. ¿Y qué objeto puede haber en un pueblo donde ni la gloria ni la felicidad estimulan a los ciudadanos?

En fin, resuélvase Ud. a obrar como los demás, y a someterse a las circunstancias. Este es el consejo que le puede dar la amistad, y el único consuelo que nos queda, después de perderlo todo. Y mande a su amigo.

*Bolívar.*

(1) Alude al crimen intentado el 25 de septiembre, contra la vida de Bolívar.

(2) Conocía Bolívar la impopularidad de Flores.

¿Y fué ésta la contestación que dió Bolívar, a las claras y repetidas peticiones de Flores? Bien meditada fué esta carta, para contener una explosión; pero fué imposible conseguirlo. De ella vino el suceso de Berruecos. Si solamente la previsión de que Sucre podía ser nombrado Director de la guerra, exacerbó el ánimo de Flores hasta los embustes y calumnias que se han visto, hasta convencerle de que podía engañar a Bolívar, desvaneciendo su opinión acerca del vencedor de Pichincha y Ayacucho, ¿qué efecto no produciría la evidencia? No cayó anonadado Flores, sino que se irguió como la víbora a la cual acaban de ofender. Por el pronto, acudió a nuevas imposturas, con el objeto de nulificar el nombramiento, o sea, de obscurecer la mente de Bolívar. Véase si el hombre no era audaz. Escribió al Libertador en estos términos:

Quito, 26 de Noviembre de 1828.—En marcha para esta ciudad, recibí en Ambato la del general Sucre, anunciándome su nombramiento de Jefe Supremo, y lo decidido que estaba a no admitirlo. Llegué aquí, y el general Torres me entregó la interesante carta de Ud., que confirma la del general Sucre. El mismo día hice cuanto estuvo de mi parte, para persuadir a este General que debía cumplir la orden de V. E., mas todo fué en vano, porque se resistió de un modo invencible. Hablé entonces al general Torres, al coronel Demarquet y al doctor Torres, para que, reunidos, instasen al general Sucre y le convenciesen de que yo no podía continuar en el mando, contra la verdadera intención de V. E. Ellos accedieron; pero el General estuvo por la negativa. Confieso a V. E. que pensé retirarme a mi casa y encargar del mando al general Heres, creyendo que de este modo comprometería al general Sucre; y sin duda que lo habría hecho, si no me hubieran obligado a desistir las súplicas de los amigos y la consideración de que pudiera creerme resentido, y que esto acarrearía algún trastorno. Así es que me considero obligado a conservar el ejército y a defender el país, hasta tanto nombre V. E. al Jefe que deba sucederme.

Todo el contenido de esta carta es falso, todo supuesto, porque Sucre nada sabía respecto al nombramiento: no podía ser verdad que Sucre habló de él en carta a Ambato: Flores lo fingió porque supuso que Sucre le ocultaba, y él no tenía base para forjar las súplicas a Sucre ni el supuesto empeño de los militares que menciona. Lo cierto fué lo que menciona Sucre en carta que va a leerse, escrita dos días después que la de Flores:

Quito, Noviembre 28 de 1828... Después que, en mis anteriores conferencias con el general Flores, me había asegurado que abriría la campaña en

Diciembre, ha venido anteayer a decirme que la demora, ya porque sus fuerzas son insuficientes, por la necesidad de dejar guarnición en Guayaquil, ya porque, sin dominar el Pacífico, su posición siempre sería falsa, ya porque la última carta de Ud. del 8 de Octubre y el estado de los negocios internacionales con Colombia, le hacen considerar peligrosa la salida del ejército del territorio de la República. La citada carta lo ha desalentado, porque Ud. le dice que es preciso renunciar a las empresas heroicas... Tiemblo que él mismo sea quien nos entregue el Perú, pues este cuerpo de tropas, sufriendo miserias en la vida de cuartel, está expuesta a la seducción, en la que no se descuida el Gobierno del Perú.

Reflexiona Sucre acerca de otros puntos; pero ni una palabra dice del nombramiento en cuestión. La causa era porque nada le había escrito Bolívar, quien no escribió sino a Flores, porque no sabía el 8 de octubre si Sucre había llegado o no al Ecuador. El mismo Bolívar dice a Sucre, en carta del 28 de octubre, incluso en la cual venía el nombramiento:

Dirijo a Ud. un extraordinario, que es el doctor Merino, con el objeto de llevarle estos pliegos: ellos contienen el nombramiento de Jefe absoluto del Sur.

Lo que es presumible sucedió, es que Flores leyó a Sucre la carta, que el 8 de octubre le había escrito Bolívar, menos lo relativo al nombramiento con la esperanza de que tuvieran buen resultado sus embustes. Nadie, fuera de Flores, tuvo noticias de dicho nombramiento hasta principios de enero. Flores seguía en Cuenca al mando del ejército, y Sucre permanecía en Quito, aislado. Los peruanos pasaron la frontera el 28 de noviembre, y Sucre moría de ansia, pidiendo a Flores permiso para concurrir con su fusil.

Sé que un cuerpo de 4,000 peruanos han penetrado nuestras fronteras, le dijo... Seguiría mañana mismo a Cuenca, si el conocimiento que tengo de la revolución no me hiciera sospechar que puedo ser más perjudicial que útil. En nuestra conferencia de aquí, me dijo Ud. que, llenando un deber de amistad, me aconsejaba de no tomar el mando del ejército, porque muchos de los Jefes eran mis enemigos personales. Sin averiguar qué quiere decir esto, me basta saber que Ud., que manda las tropas, halló inconveniente para que yo estuviera a su cabeza. No apetecía entonces el mando, ni lo quiero ahora; pero el honor y el patriotismo me inducen a repetir que estaré con las tropas al momento en que Ud. me insinúe que puedo ser allí de algún provecho...

Concluyó repitiéndole, después de reflexiones de lo más interesantes

que a la menor insinuación de Ud. estaré en el ejército.

Así era Sucre, y tan indigna era la conducta de Flores con el héroe. Impaciente éste, partió al campamento sin que nadie lo llamara, y se detuvo en Riobamba, ciudad intermedia, donde al fin recibió inesperadamente el nombramiento con la siguiente carta de Bolívar:

Bogotá, 28 de Octubre de 1828. ¡Bendito sea el día en que Ud. llegó a Guayaquil! Yo temía todo por la suerte de Ud., y también espero todo de su regreso... Dirijo a Ud. un extraordinario, que es el doctor Merino, con el objeto de que lleve a Ud. estos pliegos: ellos contienen el nombramiento de Jefe absoluto del Sur. Todos mis poderes, buenos y malos, los delego a Ud... Haga Ud. la guerra, haga Ud. la paz, salve o pierda al Sur. Ud. es el árbitro de sus destinos, y en Ud. he confiado todas mis esperanzas. Tome Ud. por base de sus operaciones la naturaleza de las cosas, y el interés instantáneo sea el genio de sus inspiraciones. Que obren, pues, las circunstancias, y se deje Ud. arrastrar por ellas como de un impulso irresistible... No contesto, por esta vía, ni a Flores, ni a O'Leary, ni a nadie. Por esto mismo, deseo que Ud. les lea esta carta, a fin de que sepan que yo le he dado el sér de Simón Bolívar...

En el momento de recibida esta carta, partió a Cuenca, adonde llegó el 17 de enero de 1829. Flores estaba en el campamento, no lejos de Cuenca. Su exacerbación fué violenta, apenas supo la aproximación de Sucre. Ya había cometido un acto de cobardía escandaloso: al saber el arribo de los peruanos a Loja, ciudad del Ecuador, tuvo por conveniente retirar su ejército al Chimborazo. Sucre encontró a los batallones que huían y los mandó regresar, indignado. En Cuenca supo por un sacerdote, Capellán Castrenso del ejército, que Flores intentaba asesinarlo, y sin embargo continuó su ruta. En el campamento fueron descubiertas dos conjuraciones, fraguadas por Flores, en las cuales estuvieron complicados dos oficiales, Luis Urdaneta y Luque, íntimos de Flores. Sucre quemó los papeles donde constaban declaraciones fehacientes y ordenó a los suyos un silencio profundo, pues sería mortal para la patria que llegase noticia de estas disenciones al ejército peruano. Tomó medidas para precaverse, y nada más. En el campo de batalla dió a Flores el grado de



General de División. La victoria fué espléndida, y la magnanimidad de Sucre, propia de él, como se ve en las capitulaciones.

Desearo dar un testimonio relevante y la más incontestable prueba de que el Gobierno de Colombia no quiere la guerra, de que ama al pueblo peruano y de que no pretende abusar de la victoria, ni humillar al Perú, ni tomar un grano de arena de su territorio, apruebo, confirmo y ratifico este tratado,

escribió Sucre, al firmarlo. Apenas el ejército peruano se puso en salvo en su suelo, se negó a cumplir aquel tratado preliminar, y fué necesario, para cumplirlo, que marchara el Libertador a toda prisa. Sucre le entregó el ejército, atribuyendo la victoria al nombre de Bolívar. Gravísimo error fué el de Sucre no haber perseguido a La Mar, cuando no quiso cumplir el Tratado. Y otro de los grandes errores, mayor todavía que el anterior, fué negarse a ser Presidente de mi patria, a pesar de la insistencia de Bolívar. Ya le había escrito, antes de que el Libertador llegará a Quito:

Tomé el mando del Sur, por los peligros; pero pasados éstos, no lo quiero por nada, nada; Si Ud. me estima y quiere premiar mis pocos servicios y los de Tarqui, hallaré la mejor recompensa en mi separación de todo mando y de todo puesto público.

Insistió e insistió Bolívar, y se negó y se negó Sucre, en absoluto. Era de tal manera noble, que no quería inquietar a Flores, cuya fatiga por el poder en el Ecuador era ya por todos conocida... Así viviría Sucre en calma porque desaparecería la envidia que torturaba y amargaba a Flores. Sucre aconsejó a Bolívar nombrara a Flores Prefecto e Intendente.

Dispensadme, señores, si os molesto; pero preciso es aprovechar esta ocasión para una queja. Sucre se negó a gobernar al Ecuador, donde no había uno que le odiara; donde todos eran buenos e ingenuos; donde habían nacido su esposa y su hija, regalos de la naturaleza a un corazón tan afectuoso como el suyo; donde había saboreado la dulzura del reposo entre los halagos de una de las más hermosas quiteñas, al fin de una juventud tan erizada de peligros; donde el espectáculo de la vida se le presentaba pacífico, pues que ya no habría españoles ni peruanos que le obligaran a desenvainar su arma de combate... ¿Por qué se negaba, si conocía que su gobierno era fácil, grato para él, pues el

Ecuador era su segunda patria, y especialmente si sabía que su gobierno era necesario a estos pueblos, como lo es la lluvia a un eriazo, la luz a un subterráneo, el agua a los sedientos? Puede así juzgar la Historia cuando no ve lo que veía aquel héroe: entre cerrazón horripilante, veía un fantasma que le provocaba a lid, no de las acostumbradas entre hombres, sino de las que deben usarse entre demonios: el fantasma era la envidia acompañada de la codicia, la rabia, el frenesí; el arma era la ponzoña propinada mientras el duelista sonreía y persuadía a su adversario que iba a darle néctar. Enemigo y arma no eran para aquel tan noble Sucre; y él anhelaba volver la espalda y huir... ¿Y a dónde huía, sino al recinto de su hogar, cerrado hasta a la intrusión de los fantasmas? La conducta del Mariscal de Ayacucho es vituperable en este punto, señores; no se trataba de Bolívar, de él ni de Flores: se trataba de lo por venir de pueblos numerosos. Ahí quedó el Ecuador entregado al *hombre más siniestro de América*, como llamaron a Flores en la moderna Colombia. ¡Y Bolívar se dejó embaucar por Flores, y le señaló un puesto desde el cual podía anonadar a un millón de hombres! Nada os he dicho de los antecedentes de Flores, por no poner en ebullición vuestra sangre. Día llegará en que lo conozcáis a fondo. Era de la plebe y no había recibido ni una lección de moral. Su fuerza no consistió sino en una poderosa inteligencia, que toda fué consagrada a la realización de inícuos y pérfidos proyectos. Sirvió a Bolívar con sumisión, actividad y eficacia, y a Bolívar le dolía exterminarlo. Hombres adecuados había, y los había en el mismo Ecuador; pero todos estaban lejos del ejército. No se desprendía Flores de los oídos del Libertador, por otra parte, y fuerza es suponer que éste supuso sería el empleo transitorio. Bolívar y Sucre llegaron a Bogotá, y Flores quedó en Quito, en libertad de poner por obra sus proyectos. Sucre, como Presidente del Congreso admirable, había partido a Cúcuta con el objeto de conferenciar acerca de la paz de Venezuela, y allí pronunció un discurso que enfureció a Flores y complació a todos los pueblos de Colombia: propuso que ningún militar colombiano fuese Presidente en ninguna sección de la República. ¡Y él era militar, y el más eminente después de Bolívar! Desde el regreso de Cúcuta se veía todos los días con Bolívar quien estaba atormentado, porque la popularidad le había sido arrebatada. Resolvió el Li-

bertador ir a Europa, y partió. Sucre fué a verlo por la tarde, y ya estaba en camino. Indudable es que el primero evitó la despedida. Sucre le escribió inmediatamente esta carta:

Mi General:—Cuando he ido a casa de Ud. para acompañarlo, ya había partido. Acaso es este un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido el corazón, no sé qué decir a Ud. No son palabras las que pueden explicar los sentimientos de mi alma, respecto a Ud. Ud. los conoce, desde hace mucho tiempo, y sabe que no es su poder, sino su amistad, lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo de que Ud. me conservará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré, en todas las circunstancias, merecerlo. ¡Adios, mi General!: reciba Ud., por gaje de mi amistad, las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Ud. Sea Ud. feliz en todas partes, y en todas partes cuente Ud. con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

*A. J. de Sucre.*

Lloró Sucre cuando se ausentó Bolívar. ¡Qué de recuerdos, qué de grandezas, qué de sacrificios, qué de peligros, qué de glorias impolutas, qué de admiración recíproca y profunda! ¡Cuál no era el contraste con la situación a que habían llegado estos dos héroes! Y el presentimiento es innegable: mientras más delicada es un alma, es más poderoso el fluido con el cual penetra en lo pasado y lo futuro. Estaba inmediato su fin, y ellos lo vieron. La amistad entre estos dos hombres fué rara: uno y otro fueron altos, luminosos, poderosos; se vieron, se comprendieron, se amaron y su historia quedó resonando en la inmensidad del firmamento.

El Presidente Caycedo recomendó a Sucre viese medio de evitar el trastorno que ya se preveía, debido a los apetitos malévolos de Flores, y partió el Mariscal a morir. Flores había ya resuelto separar el Ecuador de Colombia y procedió, apenas supo que Bolívar había partido al litoral, de paso a Europa. Hasta el día de la traición escribió a Bolívar cartas pérfidas en que le prometía no traicionar ni a él ni a Colombia. El 13 de mayo de 1830 mandó proclamar la fundación del Ecuador independiente y Jefe Supremo a él, Juan José Flores. Espías tenía en Bogotá y ellos le comunicaron el viaje de Sucre, y la encomienda de Caycedo a éste. El Ecuador adoraba a Sucre tanto como detestaba a Flores, y al arribo del primero habría acaecido un cataclismo.

Flores, pues, resolvió asesinarlo en el camino. Desde que concibió la idea, esto es, desde la campaña de Tarqui había buscado a quien atribuir el crimen y hallado al general José María Obando: éste había sido realista; pero en su juventud y por propio convencimiento, se presentó él mismo a Bolívar, a quien debió todos sus ascensos militares; fué compañero de Flores y con él se trataba íntimamente mientras estuvo de Gobernador en Pasto. Cuando Bolívar estuvo en el Perú, empezaron las emulaciones entre él y Santander; Obando fué santanderista y pasó de Gobernador a Pasto con dependencia de Flores, ya nombrado Comandante de Quito; Flores le conocía a fondo y le escribía cartas maliciosas, con la idea de aprovecharse de contestaciones imprudentes; por proteger a Santander, Obando se puso en correspondencia con La Mar. En los días de la perpetración del atentado, Obando se hallaba en Popayán y se trasladó a Pasto por intrigas de Flores, quien consiguió que Pasto intentara proclamarse provincia ecuatoriana, con el objeto de atraer a Obando a Pasto a defenderla. Si Obando fué el asesino, ¿por qué no se alejó de Pasto, después de ordenado el crimen, para despistar a los perseguidores, como lo hizo Flores partiendo a Guayaquil? Berruecos estaba inmediato a Pasto y era Obando la persona sobre quien caerían las sospechas, como él lo comprendió apenas le llegó noticia del crimen. En esos momentos el infortunado Mariscal se iba aproximando... Pasaba por una estrechura cubierta de árboles silvestres, recibió una descarga y cayó muerto... Dos sentimientos intensos, angustiosos; dos puñaladas o dos descargas eléctricas despedazan el corazón de quien se imagina este crimen: son la indignación y el dolor... Los que sacrificaron a Cristo fueron malos, ignorantes, abrutados; pero obedecieron a una ley, si bien inícuca...; los que sacrificaron a Sucre no obedecieron sino al odio y a la envidia. Los primeros no supieron lo que hicieron, ni supieron que mataban a Dios; los segundos sí supieron que mataban a un grande hombre. En la comparación no hay sacrilegio porque es entre dos verdades relativas. Cristo es Dios y redimió con su sacrificio al mundo; Sucre fué un hombre útil y su vida había redimido a Colombia y al Perú. El primero es tan grande como la eternidad y el tiempo, el segundo no fué sino un hombre, pero un héroe. Ambos fueron mártires...

Se comprobó que los asesinos fueron el comandante Morillo

y tres soldados; que Morillo fué enviado por Flores desde Quito, con el colorido de expulsado, y que los soldados vinieron también del Ecuador adonde fugaron después del atentado. El sitio del crimen fué Berruecos, a poca distancia de Pasto; ahí declararon los testigos oculares; pero Obando los dejó pasar a Quito, donde fueron sobornados por agentes de Flores y prestaron declaraciones distintas. El primero que acusó a Obando por la imprenta fué el general Luis Urdaneta apenas apareció cómplice en el crimen, como lo había sido en la intentona de Tarquí. Siguió otra acusación de Flores, comprendida en un folleto, con el título de *Manifiesto del Gobierno del Sur, sobre la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho*. Todo es falso en este escrito, y sin embargo la posteridad le ha dado crédito, en gran parte, a causa de multitud de escritos subsiguientes, forjados y difundidos por el dinero ecuatoriano, del que disponía Flores como suyo. Lo primero que cita como prueba es un artículo de *El Demócrata*, periodiquillo de Bogotá, enemigo de Sucre:

Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar, por lo cual el Gobierno está tildado de débil, y nosotros todos y el Gobierno mismo, carecemos de seguridad.

Escritores serios ven en estas palabras amenaza terrible de muerte; pero el general Posada Gutiérrez dice en sus *Memorias*, que

los liberales eran en aquel tiempo en Bogotá, como no podían menos de serlo, muchachos de las escuelas y jóvenes colegiales; y que por lo mismo pudo haber dicho el general Sucre, en conversación particular, que ese partido liberal era lo más risible que había visto en su vida.

¿No es posible que sabiendo esto los estudiantes se desahogaran, como pudieran, contra Sucre? Esta es una probabilidad; pero la más fundada es la de que Flores pudo haber escrito el artículo y enviándolo desde Quito al periódico. El artículo se publicó tres días antes del crimen. ¿Y es posible creer que partidarios de Obando hayan delatado a su amigo de ese modo? Lo que parece es que con aquellas palabras sólo se manifestó el deseo de algún escritorzuelo aturdido.

El *Manifiesto* publica también fragmentos de cartas de Obando que arguyen contra éste, pero que él los negó. Si Flores po-

seía estas cartas, ¿qué cosa más razonable y hacedera que presentar los originales a las Cortes de Colombia?

El *Manifiesto* presenta también declaraciones de los testigos oculares, pero no las primeras rendidas en Pasto sino las obtenidas por agentes de Flores en Quito. Dice, por ejemplo, un testigo, en la declaración de Pasto:

Ví a los asesinos, que fueron cuatro hombres, cada uno con su carabina y el uno le pude también ver que tenía un sable colgado de la cintura.

En la declaración de Quito dice él mismo:

No pude conocer a ninguno, a pesar de que estaban sin sombrero, y sólo tenían ruanas, y parecían paisanos.

Está probado que Flores envió soldados del escuadrón "Cedño"; pero él quiso probar que los asesinos no fueron soldados. Con las declaraciones de Quito dictadas por interesados sin duda, Flores empezó a acusar a amigos de Obando. ¿Y qué interés tenía en la acusación a su amigo Obando, ni qué deber le obligaba a la publicación del dicho *Manifiesto*?

No se constituyeron Tribunales para juzgar a estos hombres, a pesar de la importancia de Sucre, en razón de la categoría de cada uno en su patria. En el Ecuador no hubo quien dudara de la criminalidad de Flores; pero nadie se atrevió a hablar en público, porque temía ser asesinado. Obando dió en varias ocasiones pruebas de que era absolutamente inocente: en 1831, por ejemplo, fué Obando llamado a un Ministerio de Estado; pero él no aceptó, mientras no se le juzgara por la acusación de Urdaneta. La Suprema Corte Marcial falló, con vista de cuanto documento hubo, las acusaciones de Flores inclusive, y el fallo le declaraba exento, libre hasta de sospechas. Entonces aceptó el dicho Ministerio. En seguida fué nombrado Presidente de Nueva Granada por una Convención; pero Obando no aceptó. Flores buscaba a Obando, y Obando, bonachón, no le volvía el semblante. En 1838, a los 8 años del crimen, estaban ya publicadas las candidaturas de los generales Pedro Alcántara Herrán y José María Obando, para la Presidencia de Nueva Granada; Herrán era patrocinado por el Gobierno, y Obando por el partido Liberal. Herrán, autoridad en Pasto, acusó a Obando por asesino de Su-

cre, y Obando, tranquilo en Bogotá, partió inmediatamente a Pasto, escudado por su absoluta inocencia. En Pasto fué sometido a prisión y le levantaron un proceso que es el mayor oprobio de un gobierno. La base fueron declaraciones de criminales convictos y confesos, indudablemente sobornados; imposturas, perjurios, calumnias, en todo lo cual tuvo parte Flores, desde un Gobierno que era extranjero; y el resultado fué la fuga de Obando porque intentaron matarlo. En estas hostilidades injustas influyó también el general Mosquera, suegro de Herrán. Obando se puso a la cabeza de sus amigos y dió varios combates. Flores acudió del Ecuador con su ejército, se unió con Mosquera y Herrán y vencieron en definitiva a Obando, quien hubo de salir por el Amazonas al Perú. Herrán en la Presidencia pidió la extradición de Obando; pero fué negada por Chile y el Perú. Obando pidió a varias naciones se le juzgara imparcialmente.

Larga es la historia de este innoble crimen, porque se esforzó Flores en su embrollo. Pagó a un aventurero para que historia-  
ra el proceso, incriminando a Obando a todo trance, y este libro llegó a ser Biblia para los secuaces del verdadero criminal. Obando lo refutó con otros, que apenas tuvieron circulación, a causa de los esfuerzos de Flores, quien fué Presidente hasta 1845. El embrollo ha sido tal que la posteridad se ha cansado y no sentencia. Yo no he acudido a aquel argumento que es dogma y que se halla en los labios de cuantos disciernen con buen juicio:

busca al criminal en aquel a quien el crimen aprovecha.

¿Cuál era el provecho de Obando en comparación con el de Flores, por el asesinato de este preclaro Mariscal? Nada bueno ocurrió a Obando; y Flores aseguró su Presidencia, lo que le habría sido imposible en caso opuesto. Obando regresó a su patria, a más de los años del crimen, y fué elegido Presidente, porque la mayoría creyó en su inocencia. Mosquera, Presidente también muy luego y enemigo irreconciliable de Obando, conoció su antiguo error y le empleó en su Gobierno, en cuyo servicio dió la vida en un combate. Expulsado Flores del Ecuador, perpetró horrendos atentados como el de comprometerse con España para la reconquista de esta América, en cuya emancipación había peleado. Halló en el Ecuador un tirano, quien le llamó en su auxilio para



que le ayudara en su obra inícuca: ayúdole, y de tal modo, que arruinó al Ecuador con una derrota desastrosa, en guerra de las más deshonrosas con Colombia. Murió en la execración y también en guerra intestina, provocada por los desventurados oprimidos.

Son indudablemente apócrifas las cartas de Bolívar a Flores después de la comisión del atentado: una hay en que dice a Flores:

Cuídese como una niña bonita, porque le han de asesinar como a Sucre.

Perdería su celebridad Bolívar si se le supusiera capaz de estas palabras. La posición de Flores fué a propósito para apropiarse de cartas de Bolívar enderezadas a otros Generales. Hasta el momento de morir hablaba Bolívar de la unión de Colombia; ¿cómo hubiera conservado amistad con uno que había separado de ella una gran parte?

¡Y así fué expulsado de la vida el noble Sucre, cuando en su alma había caudales para embellecer la vida de otros hombres! Fué expulsado por los mismos hombres, pero por hombres no tales, sino parecidos a los hombres en la fisonomía, en la estructura. Si la vida es lucha enorme, no proviene sino de estos hombres, contra los cuales pelea el hombre justo. Exterminar a malvados es santa obra, así como es santo y bueno el homenaje que rendimos a los que trabajan por el bien. Deifiquemos, si es posible, a éstos; pero arrojemos al infierno a los que con iniquidades enturbian la existencia.

En América no hay hombre que no esté conmovido en este día. No conocerá la libertad ni la virtud aquel cuya mirada no se nuble al oír el nombre de este prócer.

Martí, el prohombre de Cuba, dijo estas palabras cuando se celebraba el centenario del nacimiento de Sucre:

En la sala hermosa, y con toda la pompa del cariño, va a recordar al espléndido Sucre, la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, en la ocasión de su primer centenario. Aquel fué hombre solar, y no se piensa en él sin vida y esplendor. Sus victorias eran puras; su amistad, viril; su corazón, de alas; su muerte, súbita y sombría, como la puesta de la luz. Por él parecen reales, aun a quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses y aquellos eseuos de oro, que bajaban del cielo a defender a los héroes. Amó a la América y a la gloria; pero no más que a la libertad. La prosa que lo canta ha de ser apretada y movible, como sus batallones, cuando



daba en ellos el sol; y su oda, como el eco que va, de monte en monte, por las crestas blancas de los Andes. Y así serán, y como de hijos reverentes, los tributos que ofrendará al gobierno americano, la leal Sociedad Literaria de New York.

Yo concluiré con esta triste idea: la vida de la humanidad es todavía lamentable; el bien y el mal concurren con un mismo esfuerzo a la perpetración de horribles atentados. Bolívar, el bien, ensalzó y exaltó a Sucre por sus méritos; la envidia, el mal, se despertó al ver a Sucre, fué y le inmoló. El trabajo de la humanidad debe consistir en eliminar la envidia en todo espíritu.

¡Oh, señores! Bendigamos la memoria de Sucre, ya inmortal.



ACABÓSE  
DE IMPRIMIR ESTE  
DISCURSO  
EN LA IMPRENTA  
"EL SIGLO XX"  
REPÚBLICA DEL BRASIL, 27,  
EN LA HABANA,  
EL DÍA 3 DE JUNIO DE  
MCMXXX

# Boletín de Estudios Históricos



Leopoldo López Álvarez y Sergio Elías Ortiz  
Miembros Correspondientes de la Academia Nacional de Historia  
de Bogotá y de Número del Centro de Historia de Pasto.

Volumen III

Pasto, 12 de septiembre de 1930

Número 36

## Obando y el crimen de Berruecos

Justamente al cumplirse el centenario de la tragedia de Berruecos que apagó la vida de la más noble figura de los héroes de la magna lucha, ha querido la casualidad poner en nuestras manos el documento que se inserta en esta Revista, que sellará las dudas que puedan aún surgir a aquellos que han investigado esta cruel página de la vida de la República y que podrá contribuir como dato que debe estudiarse.

Entre los varios cargos que las violencias pasionales de la política, con su cortejo de odios y miserias, hicieron al general José María Obando, señalándole como a cómplice de tan atroz crimen, dos puntos básicos, por así decirlo, han sido los esgrimidos desde entonces al rededor de su nombre puro. Fue el primero el famoso papel encontrado en la guarida de José Erazo en 1839 escrito por Obando y descubierto por sus mortales enemigos Herrán y Mosquera y que dice textualmente: "Buesaco, mayo 28 — Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso lo haga con él. El le dirá a la voz todo, y manos a la obra. Oiga usted todo lo que le diga y usted dirigirá el golpe. — Suyo, José María Obando": "En el sobre que por fortuna, dice Obando, estaba contenido en la misma pieza de papel, quiso Dios, para prepararme defensa contra una atroz calumnia que había de asomar la cara trece años después; quiso, digo, que yo emplease estas precisas palabras: *Al comandante de la línea del Mayo, José Erazo*" (1).

Este documento que los rivales y émulos de Obando, a quienes interesaba consumirlo, encontraron como prueba irrefutable de la orden de asesinato dada contra el Gran Mariscal, pudo probarse hasta la saciedad que había sido escrito en el año de 1827 y que se refería a instrucciones que el general Obando daba a Erazo para que lograra aprehender al facineroso Juan Andrés Noguera, antiguo compañero de asaltos del mismo Erazo, y quien sembraba el terror en aquellas comarcas. Por aquel año de 1827 Obando había logrado atraer a

(1) *Apuntamientos para la Historia*. Pag. 42.

Erazo y estaba éste como Comandante de la línea del Mayo, cargo que ocupó solamente por pocos meses.

Llegó al conocimiento de Obando que Erazo y Noguera habían roto su antigua amistad y conceptuó que era oportuno momento éste para ordenarle procediera a la captura de Noguera, quien derivaba su vida como salteador.

Sobre este mismo asunto Manuel Cárdenas dice lo siguiente que confirma el aserto del general Obando y explica en la misma forma el sentido del famoso escrito:

"El papel tiene fecha de Buesaco, 28 de mayo; y como no dice de qué año, talvez porque ellos se lo quitaron (sus enemigos), las bayonetas se reservaron el derecho de explicar qué año era, y dijeron que el de 1830, que fue el de la muerte de Sucre. Pero el 28 de mayo de 1830, Obando estaba distante de hallarse en Buesaco, que venía de Juanambú para Pasto por el camino del Boquerón a vista de ciento y tantos testigos, como es de verse en las declaraciones contestes de páginas 72 a 74, luego es falso que en ese año lo escribió: no lo escribió ese año, luego es falso que aluda al asesinato. Afortunadamente en el reconocimiento que se hizo de la supuesta orden de Obando y de las particularidades que contuviese aquel papel, resultó (y así está certificado) que dicho papel se encontraba con el siguiente sobrescrito: "*Señor Comandante de la línea del Mayo José Erazo—Venta*"; luego el papel fue escrito en un tiempo en que todavía existía lo que se llamó *línea del Mayo*, cuya denominación sólo conservó hasta 1827 durante la Gobernación de Obando en Pasto, que fue hasta cuando duró, a lo más, la necesidad de tal *línea* o de tal *comandancia*: luego no fue escrito en 1830 y por consiguiente no tiene relación alguna con la muerte de Sucre" (1).

Otra duda que a algunos ha ofuscado en este sombrío misterio que viene debatiéndose hace un siglo y en que desde un comienzo arrojaron el cuerpo ensangrentado del gran Sucre al ardiente horno de la política, ha sido la presencia de Sarria en las nefandas montañas de Berruecos. Quedará apagada esta otra duda con la carta que con una correspondencia oficial enviaba Obando al Prefecto del Cauca, doctor Juan Antonio Arroyo, con el propio Sarria y escrita con fecha 31 de mayo de 1830—cuatro días antes de la muerte del gran Mariscal—y que la fortuna ha querido que se conozca cuando se conmemoraba el centenario de la muerte del noble héroe, "el copo de nieve sobre la charca de sangre", como dijo de él bellamente Carlos Pezreya. De aquella correspondencia decía el general Obando al doctor Arroyo que se impulsiera detenidamente y la hiciera llegar a la mayor brevedad al Gobierno de Bogotá.

Daba allí cuenta de la invasión de Juan José Flórez al Sur y de los empeños de este hombre de anexar Pasto al Ecuador, a donde cumplía Obando, como Jefe de las fuerzas del Gobier-

(1) Manuel Cárdenas—*Los acusadores de Obando juzgados por sus mismos documentos*. Pag. 32.

no, con el encargo de evitar a Colombia este nuevo dolor. Oigamos al general Obando lo que dice en relación con el viaje "del temible y valiente Sarria" de Pasto a Popayán:

"El había ido conmigo de Popayán a Pasto, comisionado por el jefe político, para que no se perdiesen las bestias con que marché con Vargas en mayo de 1830; y había vuelto en posta con el parte de la fácil ocupación que habíamos hecho de esa parte de nuestro territorio, señalándole su itinerario para que estuviese en Popayán el 6 de junio a fin de que en el correo de ese día pudiesen seguir a Bogotá los pliegos de esa interesante noticia. A su regreso se encontró en la Venta con el general Sucre la víspera de su muerte, y siguió su camino ese mismo día a dormir en el Salto de Mayo, a pesar de las repetidas instancias del general para que se quedase hasta el día siguiente. Tuvo allí noticia del asesinato por el parte que dió desde la Venta el oficial Beltrán, continuó su camino, y fue él el primero que llevó a Popayán la funesta nueva, conduciendo dicho parte, como se ve en el auto de la página 60 de la *Causa*".

"Sarria, que debía haber salido de Pasto con los pliegos el 30 (con cuya fecha deben estar los oficios), se enfermó y no pudo salir hasta el 2 de junio en que fue a dormir a Olaya, en donde pasó la noche con el oficial Prías que iba para Pasto, como consta en el número 3 de los documentos de Irisarri: (1) el 3, habiéndose reunido con el señor Patiño en el camino en el punto del Arenal (que está en la mitad de la montaña de Berruecos) llegaron a la Venta, en donde el general Sucre hizo a Sarria vanas instancias para que pernoctase con él; vanas, porque en el itinerario de Sarria le estaba señalado el 6 para llegar a Popayán, por cuya razón se fue a dormir al Salto en casa de José Erazo (que es la única que hay en el Salto) yéndose reunido con él: todo consta en la declaración de Patiño" (2).

De suerte que la aparición de Sarria en las montañas de Berruecos se explica porque llevaba en su viaje a Popayán la comisión de entregar al Prefecto del Cauca los oficios que al gobierno enviaba el general Obando dándole cuenta de los asuntos inquietantes que se habían presentado en el Sur.

En esta misteriosa emboscada necesario era para los encarnizados enemigos de Obando aprisionar los hechos dándoles el sentido de un asesinato político y no buscaron el hondo misterio que ha podido ocultarse bordando a su alrededor alguna pasión de amor en la que alguien hubiese asaltado el hogar de Sucre. No se compagina, ni cabe entre los que por deber, tanto hemos ahondado en la vida de Obando, acto tan ajeno a su delicada psicología. En su vida entera no se ha po-

---

(1) Se refiere a la obra de Irisarri, *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*.

(2) *El general Obando en la Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*. Pgs. 94 y 95.

didó encontrar el más leve indicio de acción alguna que dejara revelar algo distinto a su alma blanca y en extremo noble.

JORGE OBANDO LOMBANA

Junio de 1930.

## Cartas dirigidas por el General Obando al Prefecto del Cauca

Sr. Dr. José Antonio Arroyo

Pasto, mayo 31 de 1830

Mi apreciado amigo y Sr.

El 29 llegué a ésta a fuerza de caminar día y noche hta. pie a tierra, porque las noticias q. recibí en el tránsito me hicieron creer q. ya estaría esto ocupado o muy cerca las tropas imbasorás. Todo fue chispería de los turbulentos que han agitado tanto este país hta. el caso de anarquizarlo. Llegué muy a tiempo; y cuando había venido el oficial Muñis con la acta de Quito pa. qe. se pronunciara esto repitiendo la de Quito. No hubo caso, y todas las intrigas fueron burladas.

Por lo de oficio se impondrá del pormenor y pr. la qe. le incluyo pa. el Presidente abierta verá los empeños del señor Flores. Estos documentos garantizan ntra. conducta y describen lo ilegal de la represent. de los floribianos. O verá qe. le dice a Barrera qe. se repartan el Gbno. entre él y el Esp. Gutiérrez, que deponga a Lozano si le corcobeo, y que a fray Antonio y a Torres los mande presos &. &. &. Qué tal? Ese hombre es execrable, y ha puesto sec en la berlina de los críticos.

Este país ha sido sostenido por fray Antonio Torres, Albaréz el comte. de arms.; Lozano ha tenido que andar un poco débil pr. qe. no sabe hacerse fuerte. En fin está ya salvo el Cauca y asegurada la Nueva Granada.

Hé cumplido pr. mi parte: ahora sólo falta que usted nos sostenga; q. no falte el dinero, q. vengan las municiones y fusiles, q. salga todo el parque de Caly y venga todo a Popn. p. traer la compañía que está allá de guarnición. Los reclutas aunq. sean 200 ó 150, que se trabaje en Buga lo que se mandó; el vestuario del Escuadrón húsares, el arreglo de milicias; y todo, todo; pasémonos bien y riámonos. Las milicias q. había pedido ya no son necesarias; p. q. se arreglen y armen; y los elementos q. vengan, q. vengan 600 tiros todas las piedras, y 600 fusiles, y el obuz q. vendrá de Caly trabajemos una vez, p. asegurarnos siempre y riámonos de los ambiciosos y de todo lo injusto: ahora valemos mucho mucho.

Los documentos originales q. reservadmte. mando a Dn. Joaquín q. no se vean ni lean p. publicarlos, y si sólo p. tenerlos, p. si es preciso vindicarnos por la prensa. Remita este abi-

so p. posta a Bogotá que tendrá el Gub. grande inquietud, y importa se sepa la ocupación de esto.

Por el correo escribiré más y lo q. adquiera del Sur.

Le deseo salud y que ocupe a su atento servidor y amigo  
q. b. s. m.

JOSÉ M. OBANDO

Plata plata plata. Salúdeme a Nates a quien correspondo.  
Serrará el pliego p. el Presidte. sin olvidar las cartas de Flores. Muestra ésta al Coronl. López.

(Escrito sobre la cubierta)

Mande a Sarría al cantón de Almaguer a comprar 60 mulas p. el servicio o sacarlas de cualqr. modo para andar más aprisa, y ahorrar fletes.—Póngame en parte donde sirvan bajo la responsabilidad de un hombre aparente.—La carta para Dn. Joaquín que le incluyo abierta es p. q. lea las q. le incluyo de Flores, deje copia de ellas, y sierre la carta y dirija por posta.

Sr. Prefecto Dn. José Antonio Arroyo

Pasto, junio 5 de 1830

Mi amigo y comp<sup>o</sup>

Estoy ahogado y no puedo decirle a usted otra cosa que somos perdidos. Los elementos de desorganización, la anarquía que se ha sembrado en este país sólo para poseerlo, ha roto todos los diques de la sociedad. No sé qué decirle a usted. Acabo de recibir pte. de haber sido asesinado el Gl. Sucre en la montaña de la Benta; juzgue usted de este suceso en las circunstancias en que estamos. Ya no hay seguridad: ya no hay nada. Sin embargo de que la partida de asesinos que siempre hay en ese maldito tránsito, y que no hay duda fueron ellos, pr. que por falta de bestias se había detenido allí la comisaría, y se infiere que vendrían pr. ella más bien q. pr. nadie, ésta salió pa. este, y los asesinos llegarían tarde pa. la comisaría, cuando desgraciadte. llegó este hombre. Yo no tengo valor ni voces para decir a usted lo que preveo, yo veo males inmensos, y quién sabe si sea este suceso salido de los partidos del Sur.

De oficio se le dice a usted todo, y después podré informarle a usted más detalladamente sobre esta desgracia, la más grande a ntra. reputación.

A Dios SDr. me remito en todo a lo que diga a Ud. el Oficial conductor de este aviso, suyo.

OBANDO

## Antiguallas Históricas

### Sobre la antigua iglesia matriz de Pasto

En el año de 1626, los vecinos de la ciudad de Pasto hicieron presente a la Audiencia de Quito, que la iglesia de aquella ciudad tenía "mucha necesidad de vino y aceite para consumir y alumbrar al Santísimo Sacramento y ornamentos para decir misa", y que el edificio material se estaba cayendo; que por consiguiente, había necesidad de reedificarlo cuanto antes y que ellos, los vecinos, no lo podían hacer por no contar con más renta "que la del noveno y medio y ésta ser muy tenue" y por tal razón pedían a su Majestad les hiciese merced de los dos novenos que le correspondían en los diezmos de la ciudad y su jurisdicción.

La audiencia pidió sobre el asunto un informe al Obispo de Quito, que a la sazón lo era el Ilustrísimo señor Fray Francisco de Sotomayor, y éste, atento a la verdad del reclamo, en carta que escribió a su Majestad con fecha 12 de mayo de 1628, dijo: "es cierto que la dicha iglesia tiene falta de ornamentos y necesidad de reedificarse y que esto le consta por haberlo visto en la visita que había hecho un año antes y que tampoco tiene con que proveerse de vino y aceite, respecto que por no tener más que tan solamente 180 pesos de renta un año con otro y atarse mucho más, habían hecho muchos alcances los mayordomos con que estaban sin esperanza de remedio por ser sus vecinos muy pobres". Nada resolvió entonces la Audiencia sobre el particular, pero urgida nuevamente por los vecinos de Pasto, elevó en consulta, tal reclamo, al Consejo de Indias y este Tribunal, convencido de la justicia de la solicitud, conceptuó favorablemente sobre el negocio diciendo: "que por las causas referidas podrá V. M. hacer merced a la dicha iglesia de Pasto de quatrocientos ducados por una vez y librados en los dichos dos novenos que en sus diezmos pertenecen a V. M. para los reparos de la iglesia y que para lo demás se escriba al Obispo y mesa Capitular provean de ellos cumpliendo con su obligación. V. M. mandará lo que fuere servido.

En Madrid, a quince de enero de 1632".

El Rey por su parte mandó: "Hágase como se pide"; y fue así cómo, después de seis años de espera, se principió la reedificación de la iglesia en 1633, después de la visita practicada a la ciudad por el Ilustrísimo señor Fray Pedro de Oviedo, Arzobispo, Obispo de Quito y Primado de las Indias.

### Petición de un sobrino de Santa Teresa de Jesús

El 9 de marzo de 1627, el señor don Pedro de Cepeda, dirigió a la Audiencia de Quito el siguiente memorial:



“Muy poderoso señor:

Don Pedro de Cepeda, hijo legítimo y el mayor de don Lorenzo de Cepeda, y nieto de Lorenzo de Cepeda, vecino que fue de esta ciudad (Quito) y del doctor Pedro de Hinojosa, vuestro Oydor que fue desta Real Audiencia, digo: que el dicho Lorenzo de Cepeda, mi abuelo, y quatro hermanos suyos, mis tíos, hermanos así mismo de la Santa Teresa de Jesús, fueron de los primeros pobladores y pacificadores destes Reinos del Pirú y de las personas de más calidad e importancia que vinieron a estas partes de los reinos de España, y de los que más aventajadamente sirvieron en todas las ocasiones que en su tiempo se ofrecieron y en continuación de vuestro real servicio se hallaron todos los dichos cinco hermanos que fueron el dicho Lorenzo de Cepeda, mi abuelo; Gerónimo de Cepeda, Agustín de Ahumada, Hernando y Antonio de Ahumada en la Batalla que el Virrey Blasco Núñez Vela dió al tirano Gonzalo Pizarro en el campo de Añaquito, junto a esta ciudad, debajo de vuestro real estandarte, el cual llevó y metió en la batalla el uno de los dichos cinco hermanos; y murió en ella el dicho Antonio de Ahumada y Cepeda, y el dicho Hernando de Cepeda salió muy mal herido y muchas lanzadas con las tripas de fuera hizieron todos los otros muy grandes y notables servicios a vuestra real Corona de que consta por estas informaciones que presento y constará por la que más protesto dar. Y el dicho doctor Pedro de Hinojosa, mi abuelo, sirvió así mismo las plazas de Fiscal y Oydor desta Real Audiencia muchos años, con mucha satisfacción de vuestro real Concejo y de toda esta república y reino, con toda rectitud, cuydado y diligencia, de tal manera que en las visitas que se tomaron en su tiempo no resultó cargo ninguno contra él; y así mismo, el dicho mi padre don Lorenzo de Cepeda ha servido en todas las ocasiones que se han ofrecido, en particular enviando muchos soldados a su costa a la defensa del puerto de Guayaquil, contra el enemigo irlandés, en tres ocasiones que ha habido en su tiempo y en las del donativo que se ha hecho a vuestra Alteza ha acudido con toda liberalidad, sirviendo a vuestra Alteza con mil pesos la primera vez y con quinientos la segunda; y en alguna remuneración de los dichos servicios, por Cédula real se encomendaron en el dicho mi padre, los indios de los pueblos de Chambo y Licto con tres mil pesos de cuatrocientos y cincuenta maravedís de renta y cargo de pagar dellos las costas que son en muy gran cantidad; y a don Francisco de Cepeda, mi tío, hermano legítimo del dicho mi padre se le hizo merced de otros mil y quinientos pesos corrientes con el mismo cargo de costas de prisión en el repartimiento de Latacunga del Capitán don Rodrigo Núñez de Bonilla y en Chachapoyas, en que por muerte del dicho mi tío ha subcedido doña Orosia de Mendoza y Castilla, su mujer, la qual no tiene hijos, ni hay otros herederos más que yo de los servicios del dicho mi tío, e yo subcedo en la segunda vida del dicho mi padre, y porque servicios tan calificados sean premiados, y en estos reinos se

perpetúe la memoria de los que los hicieron, en consideración della y de la devoción que vuestra real persona y toda la cristiandad tiene con la Santa Teresa de Jesús, mi tía, pretendo se me haga merced de darme otra tercera vida, para que después de la mía, subceda en el dicho repartimiento mi hijo o hija mayor que entonces quedare, y a falta dellos, mi mujer, conforme a la ley de la subcesión, y en la pensión de que al presente goza la dicha doña Orosia de Mendoza y Castilla, mi tía, pues todas estas mercedes se han hecho y se deben continuar por los servicios de los dichos mis abuelos, padres y tíos".

Para probar lo expuesto en su memorial, don Pedro de Cepeda pidió a la Audiencia se levante de oficio una información pública y secreta, con citación del Fiscal de la Corporación y luego den su parecer el Presidente y Oidores.

Componían la Audiencia de Quito en esos días los señores doctor Antonio de Morga, como Presidente, y los Licenciados don Manuel Tello de Velasco, don Alonso de Castillo de Herrera, don Diego García Maldonado y don Alonso Espino de Garcés. A este último correspondió en comisión el conocimiento de la solicitud de Cepeda, asistido por el Escribano Cosme de Oliva y Atienza y con asistencia del Fiscal Pedro Ortiz de Avila.

Abierta la información, el Oidor Espino hizo comparecer a su despacho al General don Fernando Ordóñez de Valencia, Corregidor que había sido de la ciudad de Quito, de cincuenta y cinco años de edad, el cual, prestado el juramento de regla, dijo: "que como hijo legítimo que es del Capitán Ordoño Ordóñez de Valencia, conquistador que fue en este reino, que se halló en la batalla de Añaquito con el Virrey Blanco Núñez Vela, ha visto y leído en papeles antiguos del dicho su padre los servicios que Lorenzo de Cepeda, abuelo de don Pedro de Cepeda, y los demás hermanos del dicho Lorenzo de Cepeda, contenidos en la petición, hicieron en la dicha batalla, tan a costa y riesgo de sus vidas, en servicio de su magestad, loables y grandiosos, como es notorio; y no solamente por los dichos papeles se ve ser cierto lo que tiene referido, sino también por la pública voz y fama que dello hay y en toda esta tierra; que ha oído a muchas personas antiguas y principales en esta ciudad, que el doctor Pedro de Hinojosa, abuelo materno del dicho don Pedro de Cepeda, ocupó las plazas de Fiscal y Oydor desta real Audiencia con grande opinión y aprobación de toda esta ciudad y que conoce a don Lorenzo de Cepeda, padre del dicho don Pedro, de más de treinta y cinco años a esta parte, y sabe que, imitando los pasos de su padre, ha procedido siempre con el mismo cuidado y celo que ellos en servicio de su Magestad, acudiendo a todas las ocasiones que se han ofrecido para el gasto de los soldados de socorro de la ciudad de Guayaquil, en ocasión de enemigos que llegaron a aquel puerto, y sábelo este testigo no solamente por noticia de ocasiones pasadas, sino que yendo este testigo como General que fue desta provincia a la defensa de la dicha ciudad de Guayaquil el año de 1624, que

llegó allí el corsario holandés, don Lorenzo de Cepeda le dió tres soldados pagados a su costa para la defensa de aquel puerto; y así ni más ni menos ha oído decir que en las ocasiones de donativos y empréstitos de su Magestad ha acudido con el celo y cuydado que debe a buen vasallo de su Magestad; y que sabe por haberlo oído platicar en esta ciudad, por cosa cierta, *que de Lorenzo de Cepeda, abuelo del dicho don Pedro y de sus cinco hermanos no han quedado otros descendientes legítimos que los hijos del dicho don Lorenzo de Cepeda*, porque los demás son muertos, y sabe que el dicho don Lorenzo de Cepeda y sus hermanos fueron hermanos de la Sancta Teresa de Jesús, y sábelo por haber visto y leído cartas de la dicha Sancta Teresa de Jesús escritas a un hermano de los susodichos, nombrado el Capitán Agustín de Ahumada, donde lo trataba como a hermano, pidiéndole fuese a España, siendo este testigo de muy pocos años, en casa de sus padres, donde mostró las dichas cartas; y sabe que su Magestad le tiene hecha merced a don Lorenzo de Cepeda, padre del dicho don Pedro, en el pueblo de Chambo y Lieto de cantidad de renta, la cual fenecce en la vida del dicho don Pedro y que servicios tan antiguos como los de sus abuelos, tíos y deudos son dignos de que su Magestad les haga merced de la dicha renta para los hijos del dicho don Pedro, porque de otra manera quedarán muy pobres, y se acabaría la memoria de tales servicios”.

El testigo Capitán Gonzalo de Martos, vecino encomendero de Quito, de setenta años de edad, dijo: “que conoció a Lorenzo de Cepeda, y a Agustín de Ahumada, su hermano, y sabe que fueron hermanos de la Sancta Teresa de Jesús, padre y tío de don Lorenzo de Cepeda, los cuales fueron de los primeros conquistadores desta tierra.” Confirmó todo lo que expuso el anterior testigo y agregó que “Agustín de Ahumada, sirvió a su Magestad en la gobernación de los Quixos y de allí fue proveído a la gobernación del Tucumán, el qual muerto antes de ir a ella sin dejar sucesor ninguno y que así mismo el dicho don Lorenzo de Cepeda a servido a su Magestad en las ocasiones que los corsarios holandeses han llegado a estas partes, particularmente al puerto de Guayaquil, dando soldados para su defensa.”

Llamado a declarar el Capitán Cristóbal de Troya, vecino encomendero de Quito, de sesenta años de edad, dijo “que conoció a Lorenzo de Cepeda y a Gerónimo de Cepeda y al gobernador Agustín de Ahumada, los tres hermanos de los quatro que se hallaron en la batalla de Añaquito en servicio de su Magestad, debajo de su estandarte real contra el tirano Gonzalo Pizarro, en lo qual oyó decir a todos los viejos antiguos que este testigo conoció, cómo en la misma batalla y en las demás ocasiones que se ofrecieron del servicio de su Magestad y así en las pacificaciones y poblaciones de los naturales; y que sabe por cosa muy cierta que los dichos Lorenzo de Cepeda y sus hermanos lo fueron así mismo de la Sancta Teresa de Jesús.”

El Capitán Pedro de Arévalo, vecino de Quito, de setenta y tres años de edad, confirmó todo lo anterior, y el último testigo, Secretario Diego de Valencia León, de sesenta años de edad y también vecino de Quito, a más de lo anterior agregó que el peticionario era casado con la hija del Tesorero Pedro de Vera, biznieta de don Francisco de Arellano y de doña Beatriz de Rivera, todas personas de calidad y nobleza.

Agotada la información, la Audiencia, a su vez, recomendó ante el Consejo de Indias la solicitud en los siguientes términos:

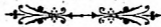
"Señor.—Don Pedro de Cepeda es nieto de Lorenzo de Cepeda que se halló debajo del estandarte Real en la batalla que el Virrey Blasco Núñez Vela dió al tirano Gonzalo Pizarro en el Campo de Añaquito junto a esta ciudad, donde el dicho Lorenzo de Cepeda y sus hermanos sirvieron, unos perdiendo las vidas y otros con riesgo dellas; y así mismo es nieto por parte de madre de el doctor Pedro de Hinojosa, Fiscal y Oidor que fue desta Real Audiencia, como todo consta de la información de oficio que va con ésta y por los servicios que sus pasados han hecho a V. M. merece que la encomienda que tiene y se le dió por esta contemplación después de su vida pase a su hijo o hija mayor o a su mujer para premio de dichos servicios con que V. M. los satisfará y alentará a que los hagan otras personas. La de V. M. Nuestro Señor guarde con aumento de mayores reynos. Deste Real Acuerdo de Quito y marzo 8 de 1628 años.

*Don Antonio de Morga — Licenciado don Manuel Tello de Velasco — Licenciado Alonso de Castillo de Herrera — Licenciado Alonso Espino de Cáceres — Diego García Maldonado*".

El Consejo de Indias resolvió: "Que se haga como lo pide".

Uno de los testigos de la información fue Francisco Díaz Payba, español, vecindado en Quito, "*de los conquistadores del Nuevo Reyno*". Nos detenemos en este detalle porque habíamos creído que el apellido Payba o Paiba era de origen indígena y por denominarse así una de las secciones de la ciudad de Bogotá.

SERGIO ELÍAS ORTIZ



## VOCABULARIO HUITOTO

Publicamos a continuación un vocabulario del idioma de la tribu de los "Huitotos".

Esta tribu, indudablemente la más importante de las que ocupan la planicie comprendida entre los ríos Caquetá, Putu-

mayo y Napo, y cuyos dominios se extienden a través de las selvas comprendidas entre los ríos Igaraparaná y Algodón, Caraparaná y Campuya, afluentes considerables del Bajo Putumayo; la forman cerca de 5.000 indios de constitución fuerte, de estatura mediana y de un aspecto peculiar que recuerda fácilmente a la raza asiática y especialmente a la japonesa. Los varones huitotos usan hoy el vestido ordinario, especialmente los que viven bajo la dependencia de las empresas explotadoras de las gomas de la región, y las mujeres usan una túnica que les cae hasta las rodillas, dejando ver las piernas pintadas y adornadas con anillos de vistosos colores. Hombres y mujeres se adornan la piel de la cara y brazos con pinturas que semejan jeroglíficos y signos parecidos a los de la escritura de las razas asiáticas. Los indios huitotos que existen lejos de las riberas de los ríos traficados, viven completamente desnudos y pintan toda la piel del cuerpo.

Cada sección de la tribu tiene su jefe y los miembros de cada sección habitan en una amplia casa circular cubierta con un enorme cono de hojas finas de palmera que descienden hasta el suelo. Estas casas son muy oscuras y únicamente después de permanecer algún tiempo dentro de ellas se pueden distinguir los objetos. El recinto hállase dividido por dos o tres listones de madera en más de 20 ó 30 apartamentos, de los que cada uno corresponde a una familia, en donde encuéntanse las hamacas y el hogar. El centro de la casa es común a toda la sección de la tribu.

Para comunicarse a grandes distancias usan el mahuaré y tienen una clave para comprenderse según el número de los sonidos. El mahuaré es un enorme madero hueco que resuena al golpe de un potente mazo de caucho negro.

El carácter de los indios huitotos es bastante áspero, son hostiles y sanguinarios, muy dados al vicio de masticar hojas de coca. Celebran grandes fiestas, con bailes originales, para los que preparan vistosos trajes de pieles de animales adornados con plumas de aves.

Por lo general adoran al sol; son monogamos y castigan la infidelidad conyugal. El matrimonio lo verifica el jefe de la tribu y el padre de la presunta esposa exige del novio el que durante cierto tiempo provea a la familia de combustible para el hogar y de varios alimentos, para proceder a entregar a la hija en matrimonio.

## DIALECTO HUITOTO

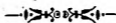
Remo.....	Jaiigafei	Remar.....	Jaiite
Págame.....	Cueiba	No me enga- ñes.....	Cuejiifuei- ñeno
Yo te pago...	Jaio ivade	Media noche.	Mona mofa
Tobillo.....	Teisibike	Clarear.....	Jai useredo
Medio día....	Jitoma faita- dete	Padre.....	Moó
Oscurec. r.....	Jai jitereokei- de	Madre.....	Noño efi

Hermano.....	Aama	Hermana.....	Mireño
Abuelo, a.....	Usuma, Usu- ño	Al llegar.....	Bito
Me voy.....	Jai-jaiñecue	Vengo.....	Bitecuc
Se ahogó.....	Corobaite	Ya viene la lluvia.....	Noóqui villa
Quiero aho- garme.....	Corobo ya- cua de cue	Se murió.....	Firdeité
Tío, a.....	Jinobillamu, Jinobillano	Le mataron..	Iruefaga
Estoy enfer- mo.....	Suitaducue	Cuñado, a....	Oima, Oiño
Yuca.....	Ogoige ó mai- cage	Estás bien?... Estás enfer- mo?.....	Omáredio
Mañana.....	Icomoney	Tierra.....	Osuitado
Costilla.....	Quireigue	Plátano.....	Enirue
Espalda.....	Emodo	Hoy.....	Ogodo
Me duele el cuerpo.....	Cue abii ici- redo	Pasado ma- ñana.....	Viruy
Corazón.....	Comeke	Duele.....	Iemoney
Hígado.....	Vanoji	Cuerpo.....	Iciredé
Sangre.....	Diruhue	Quiero dor- mir.....	Abii
Venas.....	Ñeçnyo	Tripas.....	Bollí aca de cuc
Viejo.....	Naiquiroma	Estoy sudan- do.....	Jeebe
Riñones.....	Tácuraje	Joven.....	Riionótecuc
Juguetón.....	Arñiredjo	No fastidies..	Conirue
Sesos.....	Chemeky	Tengo frío....	Jinuano ñeno
Yo.....	Cue	Tú.....	Rosi riutecuc
El.....	Naimue	Nosotros.....	Oo
Ustedes.....	Omo	Yo quiero....	Caal
No s o t r o s queremos.....	Omogaaldo	Tú quieres... Ya me voy... Ya nos va- mos.....	Cueime
Ya te vas.....	Jai jaido	Tigre... ..	Ogaaldo
Yo quiero co- mer.....	Cue ania ka- de cue	Perro.....	Jaide cue
Tigre colora- do o puma....	Edolma	Mujer.....	Jai jaideke
Hombre.....	Cóme	Hija.....	Jaiico o jasi- kico o jana- llai
Hijo.....	Jiito	Cómo te lla- mas?.....	Jiico toico
Ven.....	Ví	Plataniillo....	Riño
Dame.....	Iine	Río grande..	Jiiza
Dame de lo que tú comes	Oguei guign iecuéme	Lago o co- cha o laguna	Omameke bu
Mar.....	Reitemani	De quien su hijo	Uiillucuc
Lago grande	Jaorei eima	De quien su mujer.....	Imani eima o Iilla eima
Quebrada.....	Illecuera		Joorei
De quien su marido.....	Bu isi		Bu jiito
			Bu aal

De quien su hija.....	Bu jiiza	Tengo ham- bre.....	Cue aime tai te cue
Collar.....	Llagueifo		
Anda trae agua.....	Jiinui huei	Apúrate.....	Járiqueine o jáiñuque
No quiero.....	Jaiñe	Noche.....	Nágo
Día.....	Móna	Luna.....	Juibuy
Sol.....	Jitoma	Pescado.....	Lliquiag
Estrella.....	Llácuðu	Gallina.....	Átava
Lagarto o caimán.....	Siquinjima	Huevo.....	Giigue
Dame tu hija	Oojiza cue ii- me	Quiero tu hi- ja.....	Oojiza gaide- cue
Arriba.....	Afuai	No quiero lle- var.....	Uya caña de cue
Lleva.....	Uiñoi	Dormir.....	Iine
Nube.....	Naáride	Tengo mari- do.....	Iuiredecue
Quiero dor- mir.....	Iine yaca de cue	Dormilón.....	Ocoiniredo
Tienes mari- do.....	O iniredo	Lancha viene	Ralla villa
Canoa.....	Nócaee	Yo no quiero cantar.....	Roia caña de cue
Veinte o los dedos de los pies y de las manos.....	Nagaéille o nagaónolle	Quiero to- mar agua.....	Jiirui yaca de cue
Ven a traba- jar comigo....	Bii majiabi cuedeiga	Lluvia.....	Noocky
1.....	Daje	Ven.....	Viñuque
3.....	Dejeámani	2.....	Ména
5.....	Dabécuiro	4.....	Nagaáma- ga
Canta tú.....	Ona ronno	Canta.....	Roóno
Cabeza.....	Hifoque	Verde.....	Mocorede
Ojos.....	Uise	Rojo.....	Jiarede
Nariz.....	Doofuo	Blanco.....	Userede
Boca.....	Juune	Negro.....	Jiterede
Cuello.....	Cuumago	(No tienen más colores)	
Mejilla.....	Cacae	Candela o luz	Irei
Oreja.....	Jejuo	Tierra.....	Enerue
Pelo.....	Ijuaterai	Agua.....	Jinui
Diente.....	Isidoo	Día y cielo....	Móna
Brazo.....	Naregue	Noche.....	Nago
Mano.....	Onoye	Sol.....	Jiitona
Dedos.....	Onocague	Luna.....	Juibui
Uñas.....	Onocobe	Estrella.....	Yacudu
Costilla.....	Cureig	Ropa.....	Iiuiroi
Corazón.....	Cómeg	Corona de ca- pitán.,.....	Nuicurei

Tripas.....	Jeebe	Capitán.....	Iyacma
Pechos.....	Mono	Indio Huito-	
Miembro vi-		to.....	Comuine
ril.....	Jeyina	H o m b r e	
		blanco.....	Rugae
Pies.....	Eille	Machete.....	Yoefei
Dedo del pie..	Eucag	Hacha.....	Yoema
Hígado.....	Vanogue	Nube.....	Naagride
Uña del pie..	Onocogue	Lluvie.....	Noca villa
Padre.....	Mooma	Viento.....	Aifué
Madre.....	Queiña	Calor.....	Ecasiqne
Hijo.....	Jiito	Frío.....	Rosirede
Hombre.....	Uima	Pescado.....	Yiice uag
Hombre cris-		Lagarto.....	Siiquin ne-
tiano.....	Come		ma
Mujer.....	Riño	Gallina.....	Ataba
Marido.....	Iinire	Huevo.....	Jiiguc
Couoa.....	No cae		

FLAVIO SANTANDER USCÁTEGUI



## Documentos de la guerra de la Independencia

En un viejo volumen miscelánico que guardamos en nuestra biblioteca, hemos hallado, rastreando documentos antiguos, el siguiente, impreso en papel especial, imitación pergamino, que es una proclama del Jefe realista Juan de la Cruz Mourgeón, que copiamos textualmente:

### "HABITANTES DE QUITO, Y SU PROVINCIA

Os hablo por primera vez, y creo no despreciaréis mis avisos. Partido de Europa más bien para terminar vuestras disensiones políticas, acogiendo francamente a los que un tiempo se separaron de la Madre Patria, que para continuar una guerra terrible, y desastrosa cuyos efectos aún no habéis experimentado en toda su fuerza; siento manifestaros la necesidad en que me hallo de continuarla contra mis ideas, y aún contra las del mismo Gobierno á quien represento. Los Republicanos me dan margen á que emplee todos los medios para conservar este territorio unido á la Metrópoli abriendo de nuevo una Campaña en que no pensaba, ni os es conveniente. No obstante los Cuerpos marchan al frente del Enemigo, y siguiendo los



principios de lenidad de que están penetrados por mi ejemplo, cumplirán con su deber, y respetarán vuestras propiedades, y personas. Pero debo advertiros que si (contra lo que espero) hay alguno de vosotros que se atreva à invertir el orden bajo qualquier pretesto, las L-yes serán irremediabilmente egecutadas, y este mismo Egercito que expone su existencia por libertaros despreciando los peligros y las seducciones que algunos han empleado para torcèr su opinión, sabrá sostener aquellas con el caracter que le es propio sin que sean capaces de influir en su fidelidad, y honrradez las cabalas nacidas de las reuniones clandestinas en que se ocupan parte de vuestros Conciudadanos: Conozco el sitio de sus conciliabulos, y hasta las personas, pero vuelbo à anunciaros lo distante que està de mis sentimientos de humanidad emplear el rigor para castigar tan reprehensible conducta: Entiendan que les observo, y que rotos los diques del sufrimiento de que abusan, nada podrá detenerme en su eemplar escarmiento: Yo me ocuparía de vuestra felicidad mas bien que de conducir el Egercito à la batalla manchando el suelo que piso con la sangre de los hijos de una misma familia; mas supuesto que así lo quieren, no està en mi mano evitar la efusion de aquella. Si aprecias vuestra existencia permanecéd tranquilos en el seno de vuestras caras familias, y no olvidéis los funestos resultados que han tenido vuestros pasados extravios. Esta conducta seguida constantemente, y sin disfraces aumentará el singular aprecio que me mereceis.

MOURGEÓN

Quartel general de Rumipamba marzo 4 de 1822".

En una hoja de 26 centímetros de largo por 19 de ancho se imprimió lo anterior, usando el tipo que llaman "breviario" y en renglones bien espaciados. Varias palabras tienen el acento castellano; otras, y son muchas, el acento grave francés, y aún algunas, el circunflejo.

Tenemos a la vista el tomo II de la obra de Larrazábal sobre el Libertador, pero este historiador, si bien dedica un ligero capítulo a la narración del arribo de Mourgeón al Ecuador, no habla en absoluto de la proclama que hemos transcrito. Tampoco nos dice nada al respecto el General López, en sus *Recuerdos Históricos*, a pesar de que hizo toda la campaña del Sur con Bolívar y Sucre. No recordamos si González Suárez o Cevallos u otro alguno de los historiadores del Ecuador, cuyas obras no tenemos a mano, inserten en ellas el documento de que tratamos. En todo caso, esto no obsta para que se publique aquí, copiado como està, con toda fidelidad, de su propio original.

IGNACIO RODRÍGUEZ GUERRERO

Pasto, agosto de 1930.



## Cartas desconocidas de Obando de los días inmediatos al parricidio.

Infinidad de libros, folletos, opúsculos, hojas volantes y artículos de periódicos han tenido por tema, en Colombia y países vecinos, la muerte del gran Mariscal de Ayacucho, perpetrada hace hoy justamente cien años. Y todo este lapso ha corrido sin que se haya hecho luz completa en el crimen, sin que nadie haya podido, sin pecar de parcial o de precipitado, decir con toda evidencia quién o quiénes fueron los autores intelectuales del monstruoso delito.

La tragedia del 4 de junio de 1830, en la angostura de la Jacoba, en la tristemente célebre montaña, tuvo por móvil la política: de eso nadie ha dudado nunca. Pero esta misma circunstancia ha hecho que desde los días que inmediatamente siguieron al asesinato se haya tratado de echar la culpa sobre miembros del bando que seguía al Libertador o sobre los enemigos de este grande hombre, tachados por sus adversarios de demagogos.

Con un inmenso acervo de documentos se ha tratado de sacar deducciones, no siempre con muestras visibles de rendir culto a la verdad. Tras lustros después del crimen apareció en Caracas uno de los libros que más han figurado en este proceso histórico y que más han inclinado el criterio de los lectores en el sentido que su autor se propuso: nos referimos a la *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, publicada por el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, grande amigo de Flores y del General Mosquera, quienes tenían empeño especial en incriminar a Obando, como lo hacían desde entonces, empezando por Baralt y Díaz, todos los escritores venezolanos llevados en su mayor parte por el afán de librar a su patria del tremendo baldón, ya que Flores era su conterráneo.

Va para seis años apenas que se publicó por el Gobierno de Venezuela, un abultado libro, de varios volúmenes, en que se ve y se palpa antes que el empeño de esclarecer el hecho, el interés de tiznar al General Obando: tal es nuestro concepto sobre tal mamotreto. Conocimos íntimamente al autor, don Juan B. Pérez y Soto, escritor apasionadísimo que albergaba en su pecho un odio inconmensurable al caudillo granadino. Y con tal preconcepto, es imposible la imparcialidad.

Del bando opuesto, por así decir, hay otro libro célebre, el del ecuatoriano, Nicolás Augusto González, quien se retractó de tal publicación. Esa obra fue sugerida por el General Eloy Alfaro, para mortificar a la familia Flores, sus adversarios políticos, y en muchas páginas se advierte la intención de achacar

car la culpa al General Flores y librar de ella al General Obando, hasta con inexactitudes históricas de bulto. También tratamos íntimamente a González y podemos dar testimonio de su apasionamiento.

Siguiendo las huellas de Irisarri, ha habido en Colombia panfletos que revelan un espíritu marcadamente adverso a Obando, como el que produjo doña Soledad Acosta de Samper, quien se vale de argumentos que la crítica histórica no puede considerar indiscutibles, como un papelito del General Obando a José Eraso, que el primero explicó en forma harta ajena a Sucre y que si no salió triunfante en su dicho, por lo menos quitó valor a esa arma contra él.

Otro libro colombiano con el inagotable tema, es el del General Buenaventura Reinales. Este compatriota, con serenidad y aduciendo pruebas hasta entonces desconocidas, hace la defensa del popular caudillo liberal, aunque sin llegar a convencer en definitiva.

Ultimamente, el doctor Eduardo Posada, sereno e imparcial, si los hay, ha acopiado todas las pruebas en pro y en contra para que el lector pueda formar su juicio, sin inclinarlo de antemano en determinado sentido.

Posada Gutiérrez trata largamente en sus Memorias Histórico-Políticas de la muerte de Sucre; amontona pruebas contra Flores y Obando y deja sugerir que podieron ambos ser autores del crimen, si bien se inclina más a sostener la culpabilidad del segundo. Para ello se basa en la proximidad del teatro del acontecimiento a Popayán y Pasto, lugares donde Obando ejercía la Comandancia General del Cauca, y a la mayor distancia de Berruecos a Quito. Si se arguye en contra de Flores, se podría aducir que, precisamente, cometido el delito fuera de la jurisdicción de ese jefe, él quiso de tal modo alejar de sí las sospechas. El General Posada, en medio de la imparcialidad que generalmente se le reconoce a su libro, se ve influido por las divisiones políticas del año 30; es adversario franco de los demagogos, y al referirse a uno de los bandos que han partido el sol en el país, el liberal, pone siempre esta palabra de bastardilla. Como descubre el prócer cartagenero su ardiente bolivianismo, sustituido luego por irreducible amor al conservatismo, con la pasión opuesta para el otro partido.

El General Posada anota la versión de que el crimen fue fraguado por una junta reunida en Bogotá en la casa del señor Arrubla, esquina de la Catedral, pero no le da todo el asenso que otros historiadores. Quijano Otero deja comprender el valor que para él tiene esa versión, cuando refiere en su compendio de la historia nacional que los ancianos señalaban nombres de comprometidos en la eliminación de Sucre. El doctor Teodoro Valenzuela le señaló a González, según relación de éste a nosotros, el salón de la casa de Arrubla donde se debió de la suerte del Gran Mariscal. Algo semejante nos refirió el doctor Pedro María Ibáñez. Murillo Toro, según referencias aceptables, creía en la conjuración fraguada en Bogotá y en la

culpabilidad de Obando. Cuando la lucha entre dos fracciones liberales, a mediados del siglo, se colmaba de elogios al gran conductor civil del liberalismo porque en aras de la unión del partido había aceptado la candidatura de Obando.

Mosquera, reconciliado al fin con ese caudillo, siguió sosteniendo la tesis de que había sido el mismo Obando el ejecutor intelectual, valgámonos de esta expresión, ya que el Gran General da como indudables las reuniones previas en Bogotá, donde habrían estado los instigadores del asesinato. En el segundo tomo de sus *Memorias para la vida pública del Libertador*, inédito y al parecer perdido, consta un relato que la crítica no halla suficientemente bien probado. Los conspiradores de la esquina de la Catedral habían dispuesto de agentes en todas direcciones: si el Mariscal se iba por el Magdalena y el Istmo, aquí daría cuenta de él el General Tomás Herrera; si por Buenaventura, el General Murgueitio; si por Neiva, Popayán y Pasto, Lopez y Obando.

Ni contra Herrera ni contra Murgueitio pudo nunca formularse una acusación seria; respecto a López, pronto lo absolvió el Tribunal de la opinión pública e igual cosa ha hecho la historia. El proceso está abierto aún y son los acusados principales Flores y Obando. Quedan algunos sindicados de complicidad o auxilio, como el General Isidoro Barriga, segundo esposo de la marquesa de Solanda, viuda de Sucre. A ellos alude Samper en sus *Apuntamientos para la historia*.

Si no se absuelve a Flores, no se podrá sobreseer en beneficio de Barriga. Una de las pruebas o siquiera indicios vehementes contra el primero, es la misión del Comandante Manuel Guerrero, de Quito a Pasto, ante Obando; Guerrero regresó pronto y no encontrando a Flores en su capital fue en pos de él hasta Guayaquil; en Quito se alojó en la casa de Barriga y en aquel puerto se le tomó una declaración que es como el anticipado auto cabeza de proceso del asesinato, por parte de Flores.

Hay quiénes deducen que la situación en que se hallaba la Marquesa, por sus relaciones con Barriga, cuando el primer esposo tornaba al hogar, decidieron de la muerte de este último y afirman que hasta se pensó primeramente en una tragedia a la entrada de la capital ecuatoriana. Don Isidoro llevó siempre cordiales relaciones con Flores, y si en un momento de ofuscación se colocó entre los enemigos políticos de éste, pronto volvió sobre sus pasos. Una hija de Flores casó con un hijo de Barriga y esto lo toman los adversarios ecuatorianos de don Juan José como empeño para hacer más y más oculta la infame eliminación, que al uno interesaba por el estado de la señora Carcelén, Marquesa de Solanda, y sus riquezas, y al otro, para que no hubiera opositores a la separación del Ecuador que Sucre, decían en vísperas de su muerte, habría tratado de unir al Perú y Bolivia. El qui prodest de los romanos sería en este caso fatal para Flores.

El General Flores, jefe militar de los Departamentos del

Sur, aun después de separarlos de la obediencia a Bogotá, era considerado como leal al Libertador por los bolivianos y de consiguiente leal también a Sucre. El bolivianismo imperaba en la Nueva Granada y contra él, mejor aún, contra el militarismo venezolano, querían imponerse los llamados *demagogos*, que por eso no simpatizaban con Sucre. Bolivianos como García del Río, quien lo refiere, y en general todos sus amigos, trataban de que Sucre marchase por la costa atlántica a Guayaquil.

A tiempo que el Mariscal se interesaba desde Popayán para que todos los colombianos se portasen con moderación, y así se lo escribía a Quito al General Vicente Aguirre, estafermo de Flores, viajaba de Tocaima a esa capital una carta que no llegó a su destino: era del General Luis Urdaneta para Flores, a quien aconsejaba redoblarse su vigilancia con Sucre, a quien presentaba como instigador de una sublevación en el Norte y decía que los revolucionarios podrían asesinar a su hermano Rafael, si iba a someterlos.

Sin embargo, Luis Urdaneta fue el primero que publicó algo sobre el crimen de Berruecos, mes y medio después de realizado, para atribuirlo a Obando y a López. Flores, en las diversas declaraciones que hizo tomar en el Ecuador, y de que informó a Bogotá, no pudo obtener sino vagas suposiciones contra Obando, como ésta: que el Capitán Quintero, del Vargas, dijo al Comandante Prías que no podía ser otro el asesino que don José María, "porque conocía sus perversas intenciones." A razonamientos como éste se han agregado, por uno de los dos grupos que disputan, *floreanóforos* y *obandóforos*, escritos apócrifos que se forjaron en mengua de Obando; vaya en gracia, una carta de la hija de Flores, tierna criatura, que iba a tomar venganza contra el mismo Obando, y otra carta de la señora Carcelén, insultante para el General granadino. La chiquilla tuvo también muerte trágica: el padrastro la dejó caer de un balcón, dicen los *floreanóforos* que con propósito deliberado.

Volviendo a nuestro territorio, agregaremos que los encómos sectarios revivieron a los diez años del triste suceso, la discusión sobre él, hasta imponerle sanción con la muerte del Coronel Apolinar Morillo, el que apostó los asesinos en la Jacoba. Ya en el 40 estaba vigente algo como un sobreseimiento o absolucón para Obando, toda vez que se le llevó a la presidencia interina del país el año 31.

Morillo declaró en Popayán a favor de ese caudillo, y luego hizo lo contrario; explican la contradicción como sugerida por el Gobierno nacional, a base de la conmutación de la pena de muerte: de ahí la postrer declaración del reo, atribuyendo toda la culpa a Obando. Basan el argumento en que el General Herrán fue prácticamente enemigo del patíbulo sin más excepción que con Morillo, precisamente para que no quedara constancia del convenio y sí sólo la declaración apetecida. En

todo caso, en el Consejo de Estado fue larga la discusión sobre si se arrancaba o no esa víctima al verdugo.

Por nuestra parte, queremos dar a conocer nuevas piezas relacionadas con el asesinato del Gran Mariscal. Pertenecen ellas al archivo de la familia Arroyo.

Carta que trajo Sarria para el Prefecto del Cauca :

“Señor Prefecto don José Antonio Arroyo.

Pasto, junio 5 de 1830.

Mi amigo y compañero :

Estoy ahogado y no puedo decirle a usted otra cosa que somos perdidos. Los elementos de desorganización, la anarquía que se ha sembrado en este país sólo para poseerlo, ha roto todos los diques de la sociedad. No sé qué decirle a usted. Acabo de recibir parte de haber sido asesinado el General Sucre en la montaña de La Venta; juzgue usted de este suceso en las circunstancias en que estamos; ya no hay seguridad, ya no hay nada. Sin embargo de que la partida de asesinos que siempre hay en ese maldito sitio y que no hay duda fueron ellos, porque por falta de bestias se había detenido allí la comisaría y se infiere que vendrían por ella más bien que por nadie, ésta salió para este y los asesinos llegarían tarde por la comisaría, cuando desgraciadamente llegó este hombre. Yo no tengo valor ni voces para decir a usted lo que preveo, yo veo males inmensos y quién sabe si sea este suceso nacido de los partidos del Sur.

De oficio se le dice a usted todo, y después podré informar a usted más detalladamente sobre esta desgracia, la más grande a nuestra reputación.

Adiós, señor, me remito en todo a lo que diga a usted el oficial conductor de este aviso.

Suyo,

OBANDO”

Otras cartas del mismo autor al mismo destinatario :

“Pasto, junio 7 de 1830.

Mi estimado señor :

Cuando dí a usted la noticia del asesinato del General Sucre estaba volado; después se han ido descubriendo porción de cosas y todos los indicios están contra los agentes del Sur. Se ha descubierto de una partida de caballería que tocó en casa de un Rumualdo Guerrero, que es correo, en la casa de Mochisa; éstos han pasado por aquí de noche, y según García, los tiros fueron de arma pequeña.

Con estos datos me ha dicho el Comandante Barrera que Flores precipitó el pronunciamiento del Sur, temiendo la venida del General Sucre y que le dijo que iba a emplear todos los medios a fin de evitar la venida al Sur del General Sucre. Hay otros antecedentes, tal como una carta que no deja duda. La cosa va a descubrirse y va a ser un triunfo inmenso para

el Cauca. Allá mando al Comandante de armas una averiguación que debe producir buen efecto, pues Urdaneta se halla en ésa.

Los agresores pueden haber regresado al Sur a dar cuenta de su comisión; tengo todo cubierto y no deben escapar. Ya se ha escrito al Sur, no a Flores, sobre todos los indicios. Usted verá en los documentos originales que le mandé los medios rastreros de que se está valiendo el Jefe Supremo, y según Barrera éstos son los calentados por esta autoridad. Yo temo mucho que iguales emplee contra mí, pues él me ha llamado que vaya a Ibarra; temo adopte otra comisión.

Por todas partes nos amenaza la anarquía, y Flores la ha sembrado en este país, que para fortuna, a pesar de haber hecho correr que no hay Gobierno, que no hay Congreso ni nada, se ha comportado Pasto muy bien y este suceso horrible, ha reunido la opinión para el Cauca, pues todos echan el fallo á ese señor.

Tengo urgencia para el armamento, que venga, pues es llegado el caso de libertar al desgraciado Sur.

El batallón es una columna de la Nueva Granada: ya ha sido seducido por un oficial que vino de donde Flores, con sargentos para seducir el batallón; pero los soldados lo denunciaron al noble Whittle y éste le ofreció amarrar y entregármelo, y se fue el oficial en el acto, bien desengañado hasta del último soldado. Por esto no tenga usted cuidado, Whittle es caballero, e incapaz de una canallada, él es caucano.

Le desco a usted salud y que ocupe a su amigo y compañero,

J. M. OBANDO"

"P. D. Acabo de recibir parte del Comandante Pereira y de armas que fueron a la persecución de los agresores y a la averiguación del hecho, que los asesinos llamaban por su apellido al asistente del General. Esto prueba que son soldados conocidos de él, porque también es de caballería: no hay duda, y éstos han regresado a recibir el premio.

Quando mande dinero que venga con escolta y avise para mandar a encontrar a La Venta, A Pallares y Sarria que avisen su venida para mandar tropas a La Venta, y se detengan hasta que se despeje este Sur."

"Pasto, junio 12 de 1830,

Mi amigo y compañero:

Después del estupendo suceso del General Sucre, se empezó a descubrir alguna cosa; de todo escribí a usted con mi edecán Diago; hasta ahora nada más se adelanta; tengo partidas por todas partes y en todas direcciones, espero coger uno siquiera de los agresores, para sacar en claro este atentado, sin embargo todo cuanto se ha adquirido tiende a confirmar las sospechas. Urdaneta debe vomitar todo lo que haya sobre el contenido de su carta.....

Es muy presumible que Flores ahora prevalido del suceso del General Sucre, que a más de darle la ventaja de salir del único hombre que tenía en el Sur sobre sus miras, lo atribuya a hecho de los pastusos para inflamar e intentar invadirnos..”

“Pasto, junio 19 de 1830.

Se comprueba cada día más que la muerte del General Sucre ha sido predispueta en el Sur. Hoy se están practicando las declaraciones de haber visto regresar por los pasos de abajo del Guátara la partida de caballería que ha pasado por Buesaco dos horas antes de haber establecido el destacamento. Al General López le remito en copia las diligencias anteriores y original lo que el Comandante Barrera, agente de Flores, le oyó protestar para verificar su pronunciamiento. Todo esto reunido a tanto antecedente vindica al Cauca y a mí que no faltará predisposición para desacreditarme; en fin, todo se aclarará.....”

“Pasto, junio 27 de 1830.

Querido amigo y compañero:

No ha sido fácil descubrir ni poner en claro el hecho contra el General Sucre; los documentos que se han formado irán originales donde usted para que sirvan siquiera de poner a cubierto al Cauca. Poco se me dará con las recriminaciones que se inventen contra mí; tengo enemigos y éstos trabajarán, aunque en vano, en desacreditarme; mi vindicación estará hecha el día que se me inculpe, y desgraciado el que se haya atrevido a pensarlo siquiera, porque a ése si no perdonaré, aunque me fusile el Gobierno. Yo descanso en el testimonio de mi conciencia.....”

Hasta aquí Obando. Asilado este caudillo en el Perú, publicó allá un libro que intituló *Apuntamientos para la historia*. En él trata de vindicarse de la terrible inculpación y ataca fuertemente a varios de sus adversarios. Mosquera le replicó desde Valparaíso en dos volúmenes, que intituló *Examen crítico del libelo infamatorio publicado en la imprenta de “El Comercio” de Lima por el prófugo José María Obando*. Este último contrarreplicó, siempre en Lima, con un nuevo libro, para impugnar a sus acusadores.

Lo curioso, y que obraría en favor del sindicado, es que Mosquera no lo apabulló con todo lo que dijo saber después, cuando en Lima también dió cima al segundo volumen relativo a Bolívar. Para varios, eso se explica por la intervención inocente que dicen tuvo el Arzobispo Mosquera en la tragedia y que su hermano relata. El entonces Canónigo doctoral de Popayán se carteaba con Obando. Ido éste para Pasto, el se-



ñor Mosquera le escribió brevemente, excusándose de no hacerlo por extenso a causa de la llegada del Mariscal, a quien debía atender, e incluyéndole una carta que para él había recibido de Neiva o de Bogotá. Se supone que la inclusa era de ordenes para dar el golpe; Obando la agradeció al Canónigo y le preguntó: Siere no pasará de aquí (Pasto), lo que el futuro Arzobispo entendió por demora allá con agasajos. A poco, dice también el General Mosquera, su primo don Rafael, que tuvo conocimiento de la carta de Obando y otras personas, se hallaban en el comedor de la casa de los Mosqueras, cuando un sirviente del eclesiástico llegó a decirle a su amo que el Coronel Sarria, que acababa de llegar del Sur, había dicho en la gallera que había sido asesinado el General Sucre. "¡ La carta misteriosa!" exclamó don Rafael, y don Manuel José corrió a tomarla y echarla al fuego, porque no quería con su carácter sacerdotal, verse envuelto en esos asuntos.

Es curioso, repetimos, y daría margen a deducir algún indicio en favor de Obando, que cuando el General Mosquera lo aborrecía de muerte, callara el incidente en el terrible examen crítico y viniera a dejarlo consignado en el segundo tomo de las *Memorias para la vida del Libertador*, que puede considerarse su obra póstuma, escrita cuando ya había desaparecido Obando, reconciliado con él y a su servicio.

Todo aquel relato, que no aparece suficientemente probado, en vez de hacer completa luz, viene a ensombrecer el cuadro.

Las reuniones en Bogotá no dejan duda, existen documentos que las comprueban, entre ellos alguna carta, como la de referencia de don Marceliano Vélez al señor Pérez y Soto, sobre la asistencia de don Jenaro Santa María a ese conciliábulo. El mismo Pérez considera que una carta de don Juan Manuel Arrubla, del año 36, es el *peccavit* de este último por haber participado en la conspiración contra el Abel Americano.

Corridos cien años, es muy difícil aportar más pruebas en pro o en contra de los acusados, y lo más probable es que la historia, severa y justa, se declare sin suficientes pruebas para imputar el crimen a Flores y en igual caso para asignarlo a Obando.

Como en otros asesinatos célebres, han purgado su delito los simples ejecutores materiales, y quienes aguzaron el puñal quedan ocultos.

#### GUSTAVO ARBOLEDA,

Individuo de número de la Academia Nacional de Historia, de los Centros de Cali y Popayán y correspondiente de la Academia Antioqueña de la Historia y del Centro Hispanoamericano de Cádiz.

(Del *Diario del Pacífico* de Cali, N° 1.489 de 4 de junio de 1930).

## El Convento de Monjas de la Concepción de Pasto

SERGIO ELÍAS ORTIZ

(Continuación)

Acabada la misa se dirigió su señoría con los anteriormente nombrados a la parte exterior del coro bajo, en el cual, por la parte interior se habían congregado a campana tañida, según la costumbre, la abadesa y monjas del convento. Estando allí el obispo les hizo "la exhortación de la visita y plática con grande erudición y santo zelo y les puso el precepto della y se leyó el edicto contra la abadesa y monjas amonestándoles y mandándoles que cada qual con libertad" expusiese lo que para descargo de su conciencia fuese digno de reforma, para mejor servicio de Dios Nuestro Señor y bien de la Religión y del monasterio; acto continuo cada una de las monjas expuso ante su señoría personal y privadamente lo que le constaba sobre el requerimiento. Terminado el acto, su señoría pasó a visitar la sacristía, con muy buen resultado, pues todo lo halló en orden y limpieza y acrescentado sobre los inventarios anteriores, debido a la industria de la abadesa y su vicaria. Penetró luego a la clausura siempre acompañado del Provisor, el Vicario de la ciudad y el Capellán del convento y encontró que todo, refectorio, enfermería, casa de comunidad, provisoría, despensas, dormitorio, locutorios, tornos, celdas, cajas y ropa de cada religiosa, cuentas de los bienes y gastos estaba en perfecto orden "sin inconveniente alguno que reparar mas antes muy cuidado y puntualizado." Verificado el examen, "dijo que estimaba a Doña Juliana de la Cruz, abadesa, y a doña María de San Luis, Vicaria y a las demás oficiales y monjas del dicho convento su mucha virtud y exactitud en cumplir con sus obligaciones" y las exhortó a continuar en vida tan ejemplar. Juzgó su señoría suficientes las constituciones dejadas por el Ilmo. Fray Luis López de Solís "de gloriosa memoria" por que ellas eran fruto de "su gran santidad y prudencia." Así mandó que se guarden como ellas estaban contenidas y que tocante a la dote se entienda en plata o en haciendas, donde antes se entendía en oro, siempre que el valor, a juicio de la abadesa, vicaria y discretas, sea conveniente a los intereses del convento. Cuanto a los mandatos de Fray Francisco de García, Gerónimo Rodero y demás visitadores del convento, los dejó sin validez y no los confirmó y mandó no se guarden ni cumplan al igual que los mandamientos del extinto obispo Fray Luis López de Solís, ni en parte ni en todo.

Antes de cerrarse la visita propuso el Obispo a las religiosas hiciesen elección de abadesa por haber cumplido con el tiempo de su oficio y "haber tres años más que lo usa doña Juliana de la Cruz." Verificada la elección canónica y conforme a derecho recayó el nombramiento de abadesa en doña María

de San Luis, elección que fué confirmada por su señoría por ser religiosa "en quien concurren las partes y calidades necesarias para el dicho oficio y continuando en la dicha elección la hizo su señoría de Vicaría en la dicha doña Juliana de la Cruz y señaló y nombró las discretas y demás oficios para el servicio y gobierno del convento." Sirvió de Secretario de esta visita Francisco de Rosas, presbítero.

El 6 de octubre de 1626, prosiguiendo la visita general que había abierto en su Obispado el Ilmo. señor Fray Francisco de Sotomayor Obispo de Quito y del Consejo de su Majestad, se presentó al convento de monjas, donde fué recibido con la solemnidad que dispone el ceremonial romano.

Como de ordinario, a la hora del ofertorio de la misa dicha por el Vicario de la ciudad y capellán de Monjas, presbítero Joan de Lucero, se promulgó el edicto de visita contra éste, el mayordomo del monasterio y "demás personas que viven fuera del." Congregadas luego las monjas en el coro bajo, su señoría les hizo una plática "de grande erudición y devoción" y "les recibió inmediatamente por su persona sin interrupción de otra" las declaraciones sobre el estado del convento y las reformas del mismo.

Penetró luego a la clausura acompañado, según lo dispuesto por el Concilio de Trento, de los Presbíteros Fernando Enriquez, Alonso de Villafañe y Antonio Briceño, y hecho minucioso examen de todas las dependencias y bienes, los encontró, como su antecesor, en buen orden y muy aumentados.

Al siguiente día, reunidas nuevamente las monjas en capitulo, su señoría abrió la elección de abadesa, después de la misa del Espíritu Santo y una breve exhortación sobre las calidades que se debían tener en cuenta en tal elección. Recogidos los votos y verificado el escrutinio por el mismo Obispo y sus acompañantes, resultó nuevamente nombrada por tal abadesa Doña María de San Luis, elección que confirmó su señoría y en consecuencia mandó a las monjas le diesen la obediencia "y en su cumplimiento todas unánimes y conformes sin contradicción alguna se la dieron estando puesta por su señoría en lugar preminente y luego se hizo la procesión por el claustro y las demás solemnidades que se acostumbra." Acompañó en esta visita como secretario el presbítero Gregorio de Acebedo.

Antes de marcharse de la ciudad el Ilmo. señor Sotomayor, dirigió a las monjas una extensa carta de congratulación por el buen resultado de la visita y para hacerles una prohibición absoluta tocante a recibir en el convento personas que, con el título de religiosas donadas, reclusas o recogidas, se introducían en la clausura por corto tiempo, sin obligaciones de votos. Esta costumbre, según parece, se había introducido de tiempo atrás por súplicas de personas ricas que querían evitar a sus hijas "matrimonios inconvenientes" y que no teniendo otro recurso más expedito, las recluían en el monasterio hasta que hubiese pasado el peligro. La reincidencia en tal abuso quedó condenada mediante la carta con la pena de "excomu-

nión mayor late sententiae ipso facto incurrenda una trina etc.”

El 29 de septiembre de 1629, practicó visita extraordinaria al convento el Ilmo. Maestro Don Fray Pedro de Oviedo, “Arzobispo de Santo Domingo, Primado de las Indias y electo Obispo de Quito y Gobernador deste Obispado, del Consejo de su Magestad, etc.” Era Vicario de la ciudad entonces el presbítero Juan de la Villota y capellán del convento el presbítero Antonio Briceño, contra quienes se publicó el edicto correspondiente. Según el acta de visita, todo lo encontró el Ilmo. señor Oviedo “con mucho aumento” y en cuanto a la disciplina de la comunidad “con el recato, prevención y observancia que se requiere.”

Por haberse cumplido el trienio de la abadesa dispuso su señoría se verificase nueva elección y las religiosas reeligieron nuevamente a Doña María de San Luis y del Castillo. El Obispo se reservó para sí, de acuerdo con la mentada abadesa, los demás nombramientos de vicaria, discretas y oficiales del convento, los que junto con otras instrucciones reformatorias, les comunicó en la siguiente carta:

“Nos el Maestro Don Fray Pedro de Oviedo por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Sanctodomingo, Primado de las Indias, electo Obispo del Quito y Gobernador deste Obispado, del Consejo de su Magestad, etc.

A la Venerable Madre Doña María de San Luis Abadesa del convento de Nuestra Señora de la Concepción desta ciudad de Pasto, Vicaria, Oficiales y demás religiosas del, salud en Nuestro Señor Jesucristo: Por quanto aunque en la visita que hemos hecho en el dicho convento por la misericordia de Dios no hemos hallado inconveniente ni cosas en que reparar que sea de consideración, antes muchas virtudes y muy grande puntualidad en la observancia, guarda y custodia de los estatutos, reglas y obligación de la Religión de que damos mil gracias a Dios Nuestro Señor y estimando como estimamos y loando a la dicha Madre Abadesa y demás religiosas el cuidado con que han acudido a sus obligaciones, las encargamos la continuación y perseverancia en su buena custodia y guarda y para que con mayor perfección en esta sancta religión se sirva a Dios Nuestro Señor, deseando el mayor acierto en ésto, nos pareció ordenar y mandar las constituciones siguientes:

Primeramente ordenamos y mandamosque en las elecciones de Abadesas que en adelante se hicieren, las monjas que hubieren de dar su voto en ellas sean de edad de veintitún años, y no menos, y tengan dos años de profesas y si no es con estas dos calidades no sean admitidas a votar en las tales elecciones y esto no se entiende con las religiosas que hasta aquí han tenido voto, sino es con las que adelante le hubieren de tener.

Item. — Ordenamos y mandamos que no se admitan en el dicho convento ningunas doncellas maiores de siete años sino con licencia expresa nuestra o de nuestros sucesores; y la que entrare con la dicha licencia estará en el dicho convento hasta

los veinticinco años de su edad, no más y en este dicho tiempo no puede entrar ni salir en el dicho convento a su voluntad, y si saliere una vez, no sea admitida más en la dicha clausura.

Item. — Por quanto nos consta que de entrar ordinariamente algunos niños o niñas pequeños por el torno resultan algunas inquietudes a voces en el dicho convento y esto es contra la observancia y decencia que debe haber en él, ordenamos y mandamos que no se permita que entren y si alguna vez hubiere de entrar alguno, sea con licencia de la Madre Abadesa y esto muy raras veces.

Item. — Ordenamos y mandamos que la loable costumbre que ay en este dicho convento de que todos los días de confesión no se hable, ni libre en la portería ni en los tornos o locutorios, por ser día de mayor recogimiento, se guarde y cumpla sin ninguna dispensación y de nuevo la constituimos por ley y la encargamos mucho a la Madre Abadesa y demás religiosas.

Todas las quales constituciones y ordenaciones mandamos a la dicha Madre Abadesa y demás monjas las guarden y cumplan pena de excomuñion mayor.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal en tres días del mes de octubre de mil y seiscientos y veintinueve años.

FRAY PEDRO DE OVIEDO, Arzobispo Obispo de Quito.

Por mandado de Su Señoría Ilustrísima, el Bachiller,

JUAN DE BÁSCONES, Srío. y Notario."

El 5 de octubre de 1633, no pudiendo el Ilmo. Sr. Oviedo practicar la visita de su extensa Diócesis hasta estas apartadas regiones, comisionó, por medio de una carta pastoral, al Licenciado Don Cristóbal Valmatheo Revelo, Visitador General, cura y Vicario de la ciudad de Loxa y todo su corregimiento para que, con ocasión de su visita a la ciudad de Pasto, practicase una especial al convento de Monjas de la ciudad, para lo cual le dio el título de Juez comisionado y Presidente en el Capítulo que se debía celebrar para elegir abadesa "por haber acabado la Madre Doña María de San Luis," y lo invisitó de su misma autoridad para que la presida "por Nos y en nuestro nombre y representando nuestra propia persona."

Fue esta una de las elecciones más sonadas del convento, pues el Padre Revelo, que según la carta del Ilustrísimo señor Oviedo era persona de "letras, virtud, prudencia, experiencia, y buen exemplo" le dio una solemnidad nunca antes acostumbrada. Entre las instrucciones que se le dieron para el buen desempeño de su cometido se leen las siguientes:

"Haga la convocatoria y visite el dicho convento, abadesa y monjas dél, Iglesia y sacristía y demás oficinas, mayordomos y demás personas que hayan tenido y tengan a cargo bienes del dicho convento y vea y averigüe en puridad si las dichas monjas han guardado las constituciones y reglas del di-

cho monasterio y si las han quebrantado y en qué casos y les tenga capítulos de culpas y absuelva a las culpadas de todo activo y pasivo dándoles las penas que fueren condignas a sus descuidos y delitos y publique la dicha elección, asignando día y lugar de la elección y en ella haga la exhortación y proposición de que elijan prelada tal que convenga para el bien público y nombre los escrutadores asistentes, testigos que le parecieron y sirvieren para el dicho acto y les reciba el juramento necesario para la fidelidad y el secreto. Y así mismo para que pueda calificar los votos de las dichas religiosas y para que pueda declararlos capaces e idóneos para la voz activa y pasiva y habilitar los que le pareciere conveniente y que tuvieren algún defecto y suspender los que tuvieren culpas y absuelva a las dichas religiosas de las censuras en que hubieren incurrido para la dicha elección.

Y así mismo las pueda convocar en el coro bajo y juntar el día señalado a campana tañida en forma de capítulo y estando ya congregadas hacerles las exhortaciones para que elijan para tal abadesa a religiosa de la edad y años y antigüedad de religión y de las partes y costumbres que dispone el Santo Concilio de Trento y sus sagradas constituciones y hecha y guardadas las demás ceremonias que conforme a derecho se deben hacer, reciba los votos de cada una a boca y en secreto o por cédulas cerradas sin firma ni señal alguna. Y habiéndolos recibido todos y no pudiendo o hallándolas enfermas por los escrutadores y el dicho nuestro Juez comisionado entrando donde estuvieren para lo tocante a ellas los reciba y después hará el cómputo, numeración y ajustamiento de los dichos votos aplicados a las personas para quien fueren con asistencia de los dichos escrutadores y testigos y con su vista y ciencia. La que hallare que tiene más de la mitad de los dichos votos, si fuere persona tal que convenga y conforme lo dispone el Santo Concilio de Trento, aprobará la dicha elección por legítima y canónica y la publicará en el dicho coro y comunidad y confirmará a la tal abadesa electa y entrarála en posesión dándole en nuestro nombre plena jurisdicción para el dicho oficio y le entregará el sello de gobierno y la llave del dicho convento. La pondrá en su asiento y le dará posesión real, actual y corporal del dicho oficio y mandará a las demás monjas y demás personas del dicho convento, la obedezcan y tengan por tal abadesa.

Y si la dicha elección no fuere canónica ni en persona conveniente y de las partes que dispone el Santo Concilio de Trento, pueda cassar y casse la dicha elección, una, dos y tres veces hasta que efectivamente la hagan canónica y haya abadesa electa.

Y así mismo nombrará las discretas necesarias para el consejo y gobierno del dicho convento y madre abadesa y hará que nombren las oficiales convenientes para los ministerios ordinarios y si fueren personas tales, las aprobará y no siendo las que convenga exija las que fueren a propósito. Y fe-

cha la dicha elección y acabado el capítulo y visita haga y determine constituciones las que viere que convienen e importan al buen gobierno de aquella sancta casa, mirando en primer lugar el servicio de Dios Nuestro Señor y la observancia y clausura de la dicha religión, que es la que pretendemos vaya en aumento y así lo fiamos del dicho nuestro Visitador que para todo lo susodicho y lo a ello anexo y dependiente poner censuras, agravarlas y regravarlas hasta el entredicho y cesatio a divinis; absolver de ellas y quitarlas. Nombrar Notario y Fiscal y los demás ministros e invocar si fuere necesario el brazo seglar. Le damos poder y comisión tan bastante como en derecho se requiere y le cometemos nuestras veces plenariamente, de manera que no falte entera facultad en todo lo referido.

Y mandamos a la madre Presidenta que al presente es Vicaria y las demás religiosas y personas a quien tocare, hagan, reciban y tengan al dicho nuestro Visitador General Licenciado Cristóbal Valmatheo Revelo por tal nuestro Juez Comisario, para el dicho efecto, y cumplan y guarden sus mandatos, ordenanzas, constituciones, sentencias y autos sin ir ni venir contra ellos en parte alguna, como si Nos, con nuestra autoridad lo hubiéramos fecho y determinado y le guarden todas las preeminencias y exenciones que por honra del dicho oficio le pertenecen, lo qual cumplan en común y cada religiosa en particular en virtud de santa obediencia so pena de excomunióon mayor late sentencie ipso facto incurranda trina canonica munitione premisa y de las demás penas que el dicho Visitador General y Juez Comisario les impusiere en que las damos por incursas y condenadas desde luego lo contrario haciendo. Y le damos poder y facultad para que haga todos los autos y recaudos necesarios para ante el Notario que nombrare. En cuyo testimonio mandamos dar y dimos la presente, firmada de nuestro nombre y sellada con el sello de nuestras armas y referendada de nuestro secretario infrascrito, en el pueblo de Otavalo, etc."

El Padre Revelo cumplió exactamente con todas y cada una de las instrucciones anteriores. Para escrutadores de la elección nombró al Vicario de la ciudad Presbítero Juan de la Villota, al Presbítero Fernando Enriquez de Guzmán, al presbítero Diego de Benavides de Esquivel y al presbítero don Sebastián Díez de Fuenmayor. Votaron según aparece del escrutinio cuarenta y tres monjas profesas de velo y coro, de los cuales votos Doña María de San Luis obtuvo cuarenta y dos y uno doña María de Jesús que se lo dio la anteriormente nombrada, con lo cual ocurrió la tercera reelección en Doña María de San Luis por voto y aplauso unánime de las monjas.

Sorprende la gran prosperidad del convento en menos de cincuenta años por el número de monjas profesas y sorprende más aún el dato apuntado por el Visitador de que tenía el monasterio tantas haciendas como monjas, haciendas casi tan grandes como uno de nuestros actuales distritos y que sin em-

burgo pasaban escasez, por lo cual una de las prevenciones que les dejó y quizá la más importante fue la de no recibir más de-  
tes "en especie de bienes muebles," sino en reales.

Pasada la elección principal de abadesa, el Visitador, de acuerdo con ésta, hizo los siguientes nombramientos para los demás oficios:

- Vicaria de la casa: **MARIANA DE SAN SALVADOR**  
Definidoras: *Francisca de Jesús, Elvira de la Trinidad, Anastasia de San Lucas y Catalina de los Angeles.*  
Vicaria de Coro: *Margarita de la Cruz.*  
Maestra de Novicias: *Gerónima de San Pedro.*  
Sacristanas: *Ann de San José, y María Magdalena y su compañera Cecilia.*  
Provisora: *Ana de la Trinidad y su compañera Jordana.*  
Torneras: *Beatriz de San Sebastián y Feliza de la Concepción.*  
Escuchas: *Ana de Santo Domingo, Catalina de San Bartolomé, Leonor de San Miguel, e Isabel de Santa Clara.*  
Depositaria: *Margarita de San Esteban.*  
Enfermeras: *Ana de la Visitación y Ana de San Cristóbal.*  
Sacristanas del Coro: *Mariana de San Antonio y María de los Angeles.*  
Refectorera: *Abicencia de San Agustín.*  
Celadoras: *María de San Lorenzo y Catalina de San Gregorio.*  
Portera: *Floriann de San Gerónimo y sus compañeras Ana de San Juan y Elvira Zambrano.*  
Secretaria de la Abadesa: *Brígida de la Concepción.*

Otra de las instrucciones especiales que dejó el Visitador como resultado del examen de cuentas del monasterio fue la de que no se dé el dinero a censo sino a personas notoriamente abonadas que tuviesen haciendas que embarguen el doble y estén seguras sin carga ni obligación de hipoteca ni empeño. Y para el caso de no encontrarse prestatarios abonados, les ordenó remitir el dinero a Quito "para que allá se eche a censo que esté cierto y seguro su principal y réditos." Todo esto en virtud de lo mucho que los vecinos de Pasto debían al convento de censos y que "por la incomodidad de su cobranza muchos están perdidos." No se le reconoció al Mayordomo Mayor del Convento una partida de seiscientos pesos gastados en compras que no eran de utilidad al convento y se le prohibió terminantemente que ni compre ni venda haciendas, ni reciba intereses de redención ni los exponga sin consulta de la Abadesa y su consejo superior de gobierno.

(Se continuará).



## Documentos antiguos

LEOPOLDO LÓPEZ ALVAREZ

(Continuación).

Otro de los ascendientes de Don Pedro Eraso Quintero Príncipe, según la cédula que transcribimos, fue el Capitán Francisco de Chaves, de los conquistadores de más calidad que por aquí vinieron, y compañero de trabajos de los hermanos de Santa Teresa de Jesús en la dominación de estas tierras. Como hemos visto en las Notarías de esta ciudad muchos documentos de los cuales se pueden sacar datos para la genealogía de la familia Chaves, examinando los protocolos desde el año de 1563, consignamos en seguida los que hemos obtenido.

En el poder que Don Rodrigo Guerrero otorgó para que en su nombre se solicitase de la Real Audiencia de Quito la confirmación del nombramiento de tutor del huérfano Luis de Chaves Guerrero, sobrino del poderdante, en la persona del Capitán Esteban Hernández Guerrero, consta que el Capitán Don Francisco de Chaves fue casado con Doña Mariana Guerrero, hermana de dicho Don Rodrigo; que en el matrimonio solamente procrearon un hijo, Don Luis de Chaves Guerrero, y que, habiendo fallecido el viejo conquistador, su viuda contrajo nuevas nupcias con Don Esteban Hernández Guerrero. Iguales datos se encuentran en el poder para testar otorgado por éste el año de 1585.

Don Luis de Chaves Guerrero fue marido de Doña Catalina de Zúñiga, según se lee en una escritura de 1591, y así lo declara él mismo en el poder para testar que confirió al Capitán Luis Soto de Molina el 29 de enero de 1612, y añade que tiene como sus hijos legítimos a Doña Jordana, Don Sebastián, Doña Magdalena y Doña María de Chaves. Largos años fue el Capitán Chaves Guerrero Depositario General de la ciudad de Pasto y Regidor perpetuo de la misma, pero este último oficio lo renunció el año de 1611 en favor de su hijo, Don Sebastián de Chaves.

Doña Jordana de Chaves, en su testamento de 1639 declara que es hija legítima de Don Luis de Chaves Guerrero y de Doña Catalina de Zúñiga; que es viuda del Capitán Don Luis Soto de Molina, del que tuvo cinco hijos legítimos: Don Diego, Don Bartolomé, Doña Catalina, mujer de Don Juan Rosero de Trejo, Doña Antonia y Doña María de Molina; y que revoca la capellanía que fundó para que se ordenara su hijo Don Bartolomé.

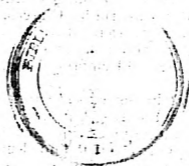
Doña María de Chaves se casó con Don Vicente Rodríguez. Hijo legítimo de ambos fue Don Antonio Rodríguez de Chaves, quien tuvo un hijo natural, el Alférez Antonio Rodríguez de Chaves, marido de Doña Josefa de España. Hijos de estos últimos fueron Doña Margarita, mujer de Miguel Cosme de Rivera, Doña Manuela, mujer de Juan Lorenzo de las Bastidas, Doña María, mujer de Tomás Ballejos, Don Andrés y Don Al-jau-

dro Rodríguez de Chaves. Dicho Alférez dice en su testamento que es patrono de una capellanía de quinientos pesos que fundó su padre y la sirve el Maestro Juan de Cabrera Rosero, pero que nombra como patrón a su hijo Andrés Rodríguez de Chaves; y si se ordenare alguno de sus nietos, manda que éntre a servirla, y si no, la retenga hasta su muerte dicho Maestro Cabrera, y a falta de éste, el pariente más cercano; y no habiendo ninguno, es su voluntad que, con consentimiento de dicho patrono, éntre a servirla el convento de San Francisco.

Sebastián de Chaves, hijo legítimo del Capitán Luis de Chaves Guerrero y de Doña Catalina de Zúñiga, fue casado con Doña Angela Téllez, hija legítima del Licenciado Alonso Téllez y de Doña Beatriz Rosero, según se ve por la carta de dote otorgada en 1611. En su testamento de 1665 dice que de su mujer tuvo una hija legítima, Agustina de Chaves y Téllez, mujer del Capitán Don Antonio de Peralta. Estos últimos murieron sin dejar sucesión, como lo expresa Doña Agustina en su testamento del año de 1675.

El Regidor Miguel de Chaves fue hijo legítimo de Miguel Caravallo y de Beatriz de Chaves; contrajo matrimonio con Doña Mariana Calderón, en cuyo favor otorgó carta dotal el 1º de diciembre de 1603, y murió en esta ciudad. Esto consta en la causa mortuoria del Presbítero Maestro Francisco de Chaves, quien fue hijo legítimo del Regidor Miguel de Chaves y de Doña Mariana Calderón, como allí se lee. Hijos de los mismos fueron también Juan de Chaves, según testimonio consignado en la escritura de patrimonio, y Beatriz de Chaves Calderón, mujer de Diego Casado de Gamasa.

(Se continuará)



dro Rodríguez de Chaves. Dicho Alférez dice en su testamento que es patrono de una capellania de quinientos pesos que fundó su padre y la sirve el Maestro Juan de Cabrera Rosero, pero que nombra como patrón a su hijo Andrés Rodríguez de Chaves; y si se ordenare alguno de sus nietos, manda que éntre a servirla, y si no, la retenga hasta su muerte dicho Maestro Cabrera, y a falta de éste, el pariente más cercano; y no habiendo ninguno, es su voluntad que, con consentimiento de dicho patrono, éntre a servirla el convento de San Francisco.

Sebastián de Chaves, hijo legítimo del Capitán Luis de Chaves Guerrero y de Doña Catalina de Zúñiga, fue casado con Doña Angela Téllez, hija legítima del Licenciado Alonso Téllez y de Doña Beatriz Rosero, según se ve por la carta de dote otorgada en 1611. En su testamento de 1665 dice que de su mujer tuvo una hija legítima, Agustina de Chaves y Téllez, mujer del Capitán Don Antonio de Peralta. Estos últimos murieron sin dejar sucesión, como lo expresa Doña Agustina en su testamento del año de 1675.

El Regidor Miguel de Chaves fue hijo legítimo de Miguel Caravallo y de Beatriz de Chaves; contrajo matrimonio con Doña Mariana Calderón, en cuyo favor otorgó carta dotal el 1º de diciembre de 1603, y murió en esta ciudad. Esto consta en la causa mortuoria del Presbítero Maestro Francisco de Chaves, quien fue hijo legítimo de Miguel de Chaves y de Doña Beatriz de Chaves. Hijos de los mismos fueron Miguel de Chaves y Calderón, m

(Se continuará)



# LA MARQUESA MISTERIOSA

El enigma de la viuda de Sucre. - La infidelidad de la Marquesa. - El honor de Colombia. - La verdad histórica

POR J. M. SAAVEDRA GALINDO

Guillermo Ferrero, el más grande historiador del mundo contemporáneo, que cambió la narración de los antiguos epárafos, estilo Cantú, por el encadenamiento de los acontecimientos, que es la crítica histórica, dice que la historia no puede hacerse en la época contemporánea de los hechos, sino después. Y el portentoso romanista, reconstructor de la Roma de los Césares al través de dos mil años, agrega, como base fundamental para el historiador, este hermoso y elocuente precepto: «El paso del tiempo es la primera mano depuradora de la verdad».

Con ocasión de las modestas exposiciones que hicimos en el primer congreso nacional de historia, reunido en Bogotá, para honrar el centenario de la muerte del Libertador, surgió a iniciativa del eminente presidente de la Academia de Historia, doctor Luis Augusto Cuervo, —congreso por cierto de gran significación y resonancia nacionales, por la excelencia de sus trabajos y deliberaciones— hemos tenido ocasión de palpar la profunda sabiduría del postulado de Ferrero.

Sostuvimos en el congreso de historia, con ruda franqueza, la inocencia de Obando y la culpabilidad de Flórez, con la posible complicidad de la marquesa de Solanda, viuda de Sucre, por sus relaciones con su segundo esposo, el general Barriga, en el sombrío crimen de Berruecos. Asentamos que la separación del Ecuador hecha por Flórez 24 días antes del asesinato de Sucre—el 10 de mayo—y el segundo enlace matrimonial de la marquesa sólo un año después, explican aquel crimen, que en cabeza de Obando y de los santanderistas granadinos, es un misterio. Pero agregamos: «esto se concluye con los documentos de que hoy dispone la historia, por

inducción, con la prueba de indicios; no hay prueba plena para nadie; continúa la discusión».

Esto ha bastado para que uno de los parientes del señor general Barriga, residente hoy en Bogotá, nos dirija una carta inculta y agresiva, casi amenazante, increpándonos nuestra actitud libre y franca en la discusión de tan interesante cuestión histórica, y calificándola de lesiva del nombre de su familia.

Declaramos que no hemos tenido ni la intención ni el propósito de mortificar a aquella distinguida familia, que apenas tenemos el honor de conocer de nombre, y a la cual lo reconocemos, por de contado, toda su merecida prestancia. Hemos querido solamente, con la recta voluntad de un modesto historiador, penetrar con la luz de nuestros escasos conocimientos, en la obscuridad de ese crimen atroz, que manchó el mapa de América, para buscar la verdad, «la austera verdad», con el lema de la ilustre Academia a que tenemos el honor de pertenecer: Veritas ante omnia.

Creemos más: que no hay razón legítima para que los lejanos parientes de aquel actor del escenario histórico de 1830, se den por ofendidos, ellos personalmente, con nuestras conclusiones de carácter histórico. Es un trop de zèle el atribuirse los delitos majorum de que habló el poeta latino. Es un enojo completamente inmotivado con el que salen aquellos allegados a reclamar ellos mismos un remoto parentesco, que los hace injustamente visibles en el sitio de la investigación, y que los presenta con el inaceptable argumento de la parentela, para restar libertad y pedir silencio a los historiadores de la patria.

..Nos parece que la actitud correcta y cuadrada de aquellos parien-

tes, cuya honorabilidad no se discute, ante la investigación de un hecho histórico ya secular, del perfecto dominio de la historia, es presentar, si quieren terciar con éxito en la ardua cuestión, argumentos de valor histórico en el pro y en el contra; o dejar, con un discreto silencio, plena libertad a los historiadores para que busquen ellos el anhelado brillo de la verdad.

Sucre; su llajuda viuda, la marquesa de Solanda; el general Barriga, su segundo esposo; Flores y Obando, son personajes de la historia, figuras de la posteridad, y no simplemente bizabucos queridos representados en óleos añosos de la alcoba hogareña, en donde nadie les puede tocar. Sólo en aquel carácter nos ocupamos de ellos, libres de prejuicios y de mezquinas pasiones, con absoluta libertad de infimos, pero sinceros aficionados a la bella ciencia de la historia, y con el espíritu abierto a todas las ventanas de la investigación.

¿Por qué los descendientes directos de Obando, uno de los cuales, muy distinguido historiador, oyó en silencio en el congreso de historia calificar por labios colombianos de asesino a su ilustre antepasado, no han salido a negridir personalmente al autor de tan injusto estigma contra el magnánimo prócer granadino, contra el Edipo colombiano? ¿O es que se halla corriente y permitido infamar a Obando y a los constitucionallistas granadinos en este asunto, y es prohibido defenderlos con los elementos que nos suministra la historia? ¿Debemos los colombianos aplaudir o callar, y nada más, la infundada inculpación a nuestros próceres, y sufrir insultos y agresiones cuando los defendemos?

Declaramos, una vez más, porque ya lo hicimos en el congreso de historia, que amamos sinceramente a nuestra hermana el Ecuador, fiel hermana, digna de nuestro aprecio por plurales títulos; que reconocemos que ella, como nación, no tiene por qué cargar con el estigma del crimen de Berruecos, por el solo hecho de inculpársele con éste a un mandata-

rio suyo, al general Juan José Flores, que ni siquiera era ecuatoriano, y a las liviandades de otros personajes que figuraron en Quito. Porque el Ecuador ha venerado siempre, y venera, como es debido, la sagrada memoria de Sucre, su libertador. Inculpar colectivamente a la grande y noble patria de Montalvo, sería una injusticia aberrante, a más de una torpeza. Esas, como dijo Quintana:

«Culpas fueron del tiempo,  
no de España.»

Con este preliminar, entramos con nuestra lamparilla al sombrío túnel de la montaña de Berruecos, ahora solamente en lo relacionado con la misteriosa marquesa de Solanda.

#### El testamento de Sucre

La cláusula primera del testamento de Sucre, escrito de su puño y letra, según lo reza el mismo, hecho en Quito el 10 de noviembre de 1829, dice así: «Mi mujer legítima es Mariana Solanda y tenemos una sola hija, Teresa, que ha cumplido hoy cuatro meses de edad; porque mi mujer no está embarazada. (Los subrayados son nuestros).

Obsérvense las dos frases, extraordinariamente reveladoras: «tenemos una sola hija;» y «porque mi mujer no está embarazada». Sucre escribió este testamento en las peras de partir a un largo y dilatado viaje, de Quito a Bogotá, para asistir al congreso admirable de 1830, que presidió, y en el cual debía demorarse naturalmente, y se demoró varios meses. Testó así en noviembre, y partió para Bogotá en diciembre (1829). Tenía 34 años, y estaba en perfecta salud. Entre esas breves líneas se lee: Teresa es mi única hija; mi mujer no queda en cinta; si en mi ausencia aparece otra cosa, no es mía. ¿Y qué pasó después?

Los acusadores de Obando y sostenedores de la justicia, en nombre de la marquesa, dicen que aquella era la fórmula usual de los testamentos de la época, arreglados a la ley civil; y exhiben el testamento que hizo por entonces el marqués de Solanda, padre de la

esposa de Sucre, en el cual expresa que su mujer si está embarazada.

Contestamos: va una gran diferencia, en primer lugar, entre la afirmativa del marqués padre, céstia, y la negativa de Sucre, cno está, en cada caso. Y en segundo lugar, aún refiriendo las cláusulas testamentarias, como lo hicieron sus impugnadores, al puro derecho civil, la afirmación del marqués padre, dice relación al capítulo del código civil llamado «De los derechos del que está por nacer», del hijo póstumo, que tiene derechos, como los ya nacidos, y que el padre reconoce en el documento pasado ante notario. Mientras que la negativa de la cláusula de Sucre, mira a otro capítulo del mismo código civil, el de «La maternidad disputada». «Mi mujer no está embarazada». Si aparece, no es de mí; es lo que salta a la mente en aquella declaración.

Como en la segunda cláusula Sucre instituye su heredera universal a Teresa —su esola hija— si el muere primero que ella, y solo muerta su hija instituye heredera a su esposa la marquesa, ésta, ya viuda, fue a los tribunales de Bolivia a reclamar con tres de las cláusulas del testamento de Sucre, los \$ 25,000 que la convención boliviana de 1826 le había decretado a Sucre como recompensa de sus servicios de fundador de aquel país. Y los tribunales de Bolivia negaron la petición de la marquesa. ¿Por qué? ¿Creyeron ellos también que era lúdica de suceder al mariscal?

El expediente de esto reclamo revelador, lo encontró el doctor Maximiliano Grillo en los archivos de Bolivia, cuando era allí agente diplomático de Colombia, y publicó lo pertinente en «El Tiempo», de La Paz, en 1916.

Teresa murió en noviembre de 1831, ya casada la Marquesa con Barriga; y la marquesa fue a reclamar para sí los \$ 25,000 bolivianos. Algunos cronistas, hasta ecuatorianos, dicen que Teresa, la tierna heredera de la inmensa gloria de Sucre, murió trágicamente, caída de lo alto de un balcón, y que por entonces vino otro sér al enlutado hogar de Sucre, a pesar

de la advertencia testamentaria: «no está embarazada». Pero estos dos hechos no los hemos podido fundamentar satisfactoriamente: por esto los enunciarnos apenas. El testamento de Sucre, el reclamo judicial de la marquesa, negado por los tribunales de Bolivia, y el matrimonio de ella un año después con el general Barriga, si son hechos históricos incontrovertibles.

#### El idilio

No podemos aceptar el idilio amoroso con que dicen algunos que se hace imposible la calificación sospechosa del testamento de Sucre. Porque aquel idilio no existió nunca, ni por parte de Sucre, ni menos aún por parte de la marquesa. Veámoslo.

Sucre no tuvo la iniciativa de este matrimonio suyo. La mano de doña Mariana Carcelén y Larrea, rica heredera del marquesado de Solanda y Villarocha, le fue ofrecida a Sucre en 1822 por el anciano padre de ella, en los días en que Sucre acababa de ceñir sus sienes con los laureles gloriosos de Pichincha. Y el futuro Mariscal de Ayacucho, contestó, reconocido, que esperaba la suerte de la guerra para decidirse. Vacilaba, porque amaba a otra mujer, como se verá luego. Seis años después, en 1828, se casó con la marquesa, por medio de un frío poder notarial, que envió de Chuquisaca a su íntimo, el coronel Aguirre.

Sólo dos cortas temporadas pasó Sucre al lado de su esposa. Llegó a Quito en septiembre de 1828, y estuvo allí hasta el mes de octubre de 1829, en que partió a la campaña del Porteto de Tarqui; de allí regresó a mediados del mismo año de 29, y estuvo a su lado hasta diciembre, en que partió para Bogotá al congreso del año 30. No la volvió a ver más. El 4 de junio de eso año, en que regresaba a Quito, lo atacaron los miserables asesinos en la montaña de Berruecos, en momentos en que, es muy importante recordarlo, marchaba a impedir en nombre de la gran Colombia, la separación del Ecuador, que en esos días precisos consumaba el general Juan José Flórez.

El enlace Sucre-Solanda, como se ve, tiene todos los aspectos de un matrimonio de conveniencia. Son las nupcias oficiales del héroe, enamorado de una rica grandeza femenina, que cuadraba muy bien a la grandeza de un mariscal.

Los únicos idilios de Sucre, que aparecen en su escasa vida galante, los tuvo en Guayaquil, de 1821 a 1822. El primero, con la bella Pepita Gainza, de la más pura nobleza de estirpe española; fresca y lozana flor de 16 años, con quien se conoció en un regío baile republicano de Guayaquil. Balbala Sucre con ella. Y en una de las figuras de la ágil contrabanda de la época, acertó a enredarse una de las medallas condecorativas que llevaba en el pecho, sobre el brillante uniforme militar, con las blondas del encaje del corpiño, del bello bordado quiteño de Pepita. Y Sucre le dijo: «señorita: este incidente quiere decir que mis glorias le pertenecen». Se desprendió las condecoraciones y se las dio a la bella dama ecuatoriana, quien sin turbarse, le contestó: «general: me hará digna de ellas». La concurrencia aplaudió.

Con Pepita Gainza, concertó Sucre matrimonio, enamorado entonces sí; y pensándolo más, como daba siempre sus batallas calculadas con sus cifras y cuadros de ingeniero genial, lo desbarató después para casarse por poder con la rica marquesa.

El otro idilio de Sucre fue con Tomasa Bravo, de la clase media, una aventura galante, pero de consecuencias, también en Guayaquil. En Tomasa tuvo Sucre una hija, llamada Simona, cuya suerte y cuyo fin, no han podido averiguar todavía los historiadores ecuatorianos. Pero Simona Sucre existió. Así lo atestiguan las interesantes cartas cruzadas entre Sucre y su íntimo confidente, el coronel Aguirre, que socorría a la niña por orden del mariscal.

Todos estos hechos los atestigua el autorizado cronista Pesquera Vallenilla, en su obra «Rasgos biográficos del Gran Mariscal de Ayacucho». Y los admite en reciente estudio, Cristóbal de Gon-

gotena y Jijón, secretario de la Academia de Historia de Quito.

¿Pueden compararse estos idilios con el frío enlace por poder notarial con la marquesa? ¿Y por parte de la marquesa, puede admitirse el íntimo del extático enamorado de que nos habla Villanueva, en una mujer que vuelvo a casarse al año justo de muerto su glorioso esposo, por quien debió enlutarse el resto de su vida, en el plazo preciso en que la ley sobre viudas permitía contraer segundas nupcias? ¿En la que reemplazó a nadie menos que al Gran Mariscal de Ayacucho con un oficial inferior? ¿Se concibe a María, la de Isaacs, casándose al año de muerto su Efraim, con el intruso Carlos, el de la célebre carcería de venados del Paraíso? ¿Y no nos muestra el propio Villanueva al Mariscal, al final del año 29, de formal administrador de las haciendas de la marquesa? Es esa la posición de un esposo glorioso y adorado?

No. Esa no es la crítica histórica. Aún la novela debe tener sus visos de realidad para engañar. Sucre murió el 4 de junio de 1830, y la marquesa se casó nuevamente con el general Barriga, el 26 de julio de 1831. Esos son los hechos.

¿No es verdad que el idilio más bien aparece con el segundo que con el primer esposo? «Ninguna se casa con el segundo que no haya matado al primero». Son las terribles palabras que pone Shakespeare en los labios astutos de Hamlet. El éxtasis no fue con el frío Mariscal, sino con el ardiente y hermoso joven oficial Lugar, teniente del general Flórez, con el tenorio galante, de distinguida familia bogotana, el gallardo cachaco santafereño o irresistible don Juan?

Por otra parte, la marquesa sigue jugando después con los restos de Sucre, que se perdieron definitivamente, como lo afirma su biógrafo Carlos Pereyra. La exhumación en Quito, en el año de 1900, con todo y la famosa oración del arzobispo González Suárez, es una leyenda. De Sucre no

quedó sino el alma. Lo inmortal. Y eso basta; col copo de nieve sobre la charca de sangre.

Y la marquesa le dice a Obando, en la famosa carta del año de su viudez: «Asesino, miserable bandido de las montañas de Berruacos del Cauca: entrégue me los restos de mi esposo; mira que te los piden una viuda y una huérfana...» Y en 1833, ya Mariana de Barriga, le dice a su cuñado, Jerónimo Sucre, al propio hermano del Mariscal, que lo reclamaba desde Cumaná el abandono de los restos sagrados en la montaña, que ella los sacó inmediatamente,

que cómo se va a figurar otra cosa de ella; que los trasladó de su hacienda de Chillo al convento del Carmen Bajo, de Quito, para levantarles un túmulo. ¿Qué tal?

«Por qué no le dijo a su cuñado: he pedido los restos suplicante, y no me los ha entregado el bandido de Obando? Esa era la respuesta, si la carta anterior contra Obando era sincera.

Aún se nos quedan en la pluma lo que dicen O'Connor y Gangotena, sobre la suerte que se echó en Huamachuco, entre Sucre y el general Santander para descubrir a los dos, se quedaba con la marquesa, lanzando un peso de plata al aire y eligiendo en nombre de Sucre el propio O'Connor. La sencilla declaración jurada del Indio Torrijano, un Santander, contra el matrimonio Barriga-Sucre, sobre el pago de \$ 100, a cada uno de los asesinos, pago hecho en Quito, y diseñado con todos sus pelos y señales. Y la aparición misteriosa del Itinerario que de su viaje de regreso, por las jornadas acostumbradas en la época, envió Faero a la marquesa, en abril de 1830, desde Bogotá, Itinerario que apareció después sabido y conocido por los asesinos, con tal precisión, que en la causa de Morillo, declaran Juan Cuzco y los Rodríguez, los hombres-carabina del Infante Berruacos, que allí los coloró Apollinar Morillo, con un día de anticipación, y con orden de no matar a Lorenzo Calcedo, el fiscal asistente de Sucre, ecuatoriano,

que viajaba con él; que fue el único que vio a los asesinos en el sitio del orimen; y que es el único «yo lo vi» en este proceso sombrero.

Tachamos una de las autoridades que se nos citan en contrario, porque el criterio de autoridad, es apenas prueba supletoria, no principal, como sí lo son los documentos en la historia. Tanto, que uno de los historiadores que se nos citan combatiéndonos, llamó no hace mucho, a la marquesa, «pobre adúltera», y ahora defendiendo su castidad.

Se nos dice que las plumas más severas debieran callar por Sucre ante su infortunio, y por el honor de una mujer ecuatoriana.

¿Y por qué no callan por el honor de Colombia, los inculpadores de Obando y López, y de los granadinos santanderistas, con quienes Sucre, como anti-dictatorial que fue, estaba en paz? La conexión del 25 de septiembre con el 4 de junio, es un absurdo en la historia de Colombia.

Para nosotros, vale más el honor de Colombia, nuestra patria, que el infortunio de un esposo y que el honor de una marquesa, ante los hechos concatenados de la historia.

Por eso no callamos.

José Manuel Saavedra Gallardo.

Bogotá, agosto 14 de 1930.



# EL ASESINATO DE SUCRE

Publicación del "General" de 19 de octubre 1930

Agradecemos al señor René Lufria, Secretario de la Academia de la Historia de Cuba, el gentil envío de doble ejemplar de la Conferencia sustentada por el académico correspondiente, nuestro compatriota don Roberto Andrade, en la sesión solemne celebrada el 4 de Junio de 1930 en conmemoración del centenario de la muerte del gran Mariscal de Ayacucho.

El conferencista reside hace algún tiempo en La Habana y se acuerda de la patria y de su inmaculado libertador en la luctuosa fecha de la primera centuria del crimen de Berruecos. El estilo de don Roberto Andrade es vibrante, nervioso, salpicado de profundos pensamientos. Enlaza el cariño de Sucre a Cuba, con la circunstancia de proceder de la hermosa Isla algunos antepasados del Vencedor en Pichincha. Su exordio, en frases elocuentes, se abre así, como una histórica portada: "Recordar es renovar la vida, prolongarla, trasladarnos a vivir otra vida, la que tiene que ser de las insignes, porque sólo lo insigne se recuerda, en solemnidades augustas como ésta, promovidas por conspicuos ciudadanos. Yo no soy sino un humilde extranjero, señores, a quien ha levantado a este sitio la esclarecida Academia de la Historia de Cuba, en razón de que amo a Cuba, pues amo la libertad, que es alma de ella, y en razón de que soy individuo de una nación emancipada por el hombre cuya historia voy a recordar, Antonio José de Sucre, el segundo de los prohombres que emanciparon nuestra América. Mi encargo es conmemorar el centenario del sacrificio de Sucre, sacrificio deplorado en cien años por el mundo, como se deplora cuanto es desdicha para el hombre".

Va explicando la conexión en-

tre Cuba y Sucre, al narrar su vida y poner de resalto sus virtudes.

Al fin llega al asesinato del Mariscal de Ayacucho y señala como director del crimen al General Juan José Flores. La manera de proceder del señor Andrade en su conferencia es clara y comprobatoria: cita el trozo del documento auténtico, la carta, y en seguida formula el comentario. Así, prolijamente, va hilando los acontecimientos, desenredando la madeja de la historia. Después de la transcripción viene la deducción lógica, contundente. Declara que no ha querido servirse de una muy conocida arma: la de inquirir por el sujeto al que beneficia el crimen. "Yo no he acudido dice, a aquel argumento que es dogma y que se halla en los labios de cuantos disclernen con buen juicio: busca al criminal en aquel a quien el crimen aprovecha".

Afirma que el crimen de Berruecos arranca de la jornada de Tarqui. Se sorprende de que Bolívar se hubiera dejado embaucar por Flores y agrega que son indudablemente apócrifas las cartas de Bolívar a Flores después de la comisión del atentado: "una hay en que dice a Flores: Cúidese como una niña bonita, porque le han de asesinar como a Sucre. Perdería su celebridad Bolívar si se le supusiera capaz de estas palabras". También pertenecen al señor Roberto Andrade estos conceptos: "Larga es la historia de este innoble crimen, porque se esforzó Flores en su embrollo. Pagó a un aventurero para que historalara el proceso, incriminando a Obando a todo trance, y este libro llegó a ser Biblia para los secuaces del verdadero criminal. Obando lo refutó con otros, que apenas tuvieron circulación, a causa de

los esfuerzos de Flores, quien fue Presidente hasta 1845. El embrollo ha sido tal que la posteridad se ha cansado y no sentencian".

Concluye la conferencia dictada en la Academia de la Historia de Cuba bendiciendo la memoria de Sucre. Hay una advertencia en primera página a-

cerca de que el trabajo de don Roberto Andrade ha sido leído previamente a la Corporación de la Habana y aprobado por ella en junta extraordinaria celebrada el 5 de Marzo de 1930.

9  
5  
7

# PALABRAS DIRIGIDAS AL PUEBLO DE AMBATO, EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE SUCRE

Ecuatorianos :

He sido designado por la Asociación de Empleados para que, en su nombre, hable del General Antonio José de Sucre, el fruto más bien sazonado de la tierra americana.

En este día luctuoso, mis acentos suenan con rumor igual al de las hojas desprendidas del árbol: para que, así, sean el eco del suspiro de mi patria, exhalado por la aflicción que siente con el recuerdo de la ignominiosa muerte del amado de su corazón. El carlino tierno y desinteresado que él profesó al Ecuador nos llena de gratitud, y como de gratitud están contaminados la tierra, el aire, el agua y el fuego, si desapareciera el pueblo ecuatoriano, nuestros volcanes ¡oh!, Sucre, se encenderían en tu loor, y nuestros ríos lamentarían tu martirio.

Su vida fué el panal enredado en los zarzales: desgarrado de las espinas, pero blanco, limpio y sin mancha. De ahí, brotaron el amor para el mundo de Colón y la magnanimidad para las huestes españolas.

De ahí, salió la amistad que endulzó el ashar que a Bolívar se le hizo apurar hasta las heces. De ahí, nació el perdón para sus ofensores. Y

de ahí, tiene miel la humanidad para los banquetes de la civilización.

Con una ala que le dió la gloria, y con otra que le otorgó el dolor, Sucre voló a la región de los inmortales.

Tobar le llamó "filósofo armado"; Montalvo, "el más virtuoso de los héroes"; y González Suárez le elogió con estos términos: "culto en su lenguaje, urbano en sus palabras, limpio y honesto en sus costumbres, era una maravilla viviente de moralidad en medio de la vida libre de los campamentos".

En el hermoso conjunto de virtudes que le adornaron, hubo una que prevaleció sobre las otras, y esa fué la modestia, virtud desdeñada del mundo y olvidada de los poderosos. La humildad es como ligera nubecilla que refresca las demás virtudes y las oculta con delicada gracia. Porque Sucre supo poseerla con sinceridad, Bolívar le adoptó por hijo y los pueblos le idolatrarón.

Sus venerandas cenizas están delante del Altísimo pidiendo la extinción de la guerra fratricida y la unión y la concordia de las naciones. Por ello hoy mismo, las banderas de diversos y lejanos países, sostenidas por sus bizarros soldados, se inclinan reverentes y apesarados so-

bre la urna cineraria en Quito, la predilecta del Vencedor en Pichincha.

El templo de la libertad y del derecho guarda la espada del Mariscal de Ayacucho, y sus despojos mortales, el santuario católico porque en la fe católica nació Sucre y porque a ella recurrió así en la angustia como en el regocijo y el agradecimiento. Las madres, en las tranquilas, ingenuas y placenteras pláticas del hogar, tejan la conversación con los hechos de Sucre. A vosotras, madres, mediante la dulce autoridad

que ejercéis en la familia, os toca difundir las glorias de Sucre y ensalzar sus virtudes para ejemplo y regalo de vuestros hijos.

Vengan ya las frescas flores que la Asociación de Empleados ha traído para este túmulo, levantado por la patria, la religión y el arte, en homenaje a la víctima sacrificada, según afirma Crespo Toral, "para descuartizar a Colombia y para que nuestra patria viniese a menos".

ARMANDO COBO SUAREZ

## N O T A

La publicación del venezolano Sr Carlos Herrera, titulada "CARTA A UN ESCRITOR COLOMBIANO", que se adjunta en recorte, comprueba una vez más, que los Colombianos bajo la dirección del famoso Santander y éste con Obando, tramoyaron el horrible asesinato contra el Mariscal Sucre, con lo que Saavedra Galindo y los adaltes colombianos ya tendrán que exponer en lo venidero en orden a este crimen. Queda asimismo agregado la publicación de Hugo Escala, al final del presente Tomo.

## CARTA A UN ESCRITOR COLOMBIANO

-Caracas, enero de 1931.

Señor don Antonio José Restrepo, Bogotá, República de Nueva Granada.

Señor historiador:

-Las refutaciones que usted hace al señor don Fernando González, quien con justicia puede llamarse el "Predicador de verdades históricas" me han obligado a escribirle esta carta, que le envío a la república de Nueva Granada y no a Colombia, porque siempre he creído, y seguiré creyendo, que esa república que creó el Libertador la destrozaron los tiranuelos de la época.

—entre ellos Santander—en los momentos que el mártir caraqueño, pedía abrigo a las puertas de un hidalgo español en Santa Marta.

Seguramente, encontrará usted fuerte tratar de tiranuelo a Santander, pero si usted se toma el trabajo de leer el "Diario de Bucaramanga" o las "Memorias de O'Leary" convendría en que no se puede llamar héroe ni militar pundonoroso al jefe de un estado mayor, que a los

primeros tiros en Caceres, muy cobardemente a Casanare mientras Arévalo un insignificante oficial caraqueño sostenía la batalla.

-En la carta que usted escribió a Don Fernando González criticando "Mi Simón Bolívar", dice dándole la manera de juzgar a Santander, entre otras cosas, por ponerlo de peana a la figura del Libertador; pues bien señor Restrepo: fue algo menos que una peana y si llegó a ser general, fue porque la necesidad política del momento obligó al Libertador a fabricar un general granadino que estuviera en contacto con el populacho. Recuerde usted, que Bolívar hablando de Santander en una ocasión dijo: "lo hice general por que es neogranadino, si fuera ve nezolano no sería coronel".

Pero lo más intolerable de su carta es que usted diga que Santander fue la palanca de Arquímides y que el Libertador pensaba convertir las naciones liber tadas por él en satrapías asiáti cas.

-Con qué argumentos, puede usted calificar de sátrapa al creador de seis naciones que al iniciar la independencia liberta sus trescientos esclavos, proscrie de sus títulos, sacrifica sus haciendas y luego en Nueva Granada, ordena repartir su sueldo entre los huérfanos y viudas. Convénsate señor Restrepo con la decima parte de lo que sacrificó el Libertador, estuviera usted cómodamente paseando su vejez por Europa.

-Creo usted que puede compararse con los antiguos gobernadores peras, al hombre que des pués que reúne el Congreso de Angostura, declina en él todo su mando y la única gracia que pide a los legisladores es que confirmen la libertad de los esclavos.

Si usted llama palanca a San tander, cómo llamará usted a Fuero, Mariño, Barinódez, Urdaneta y otros tantos de nuestros generales, que con las armas al hombro y la bandera tricolor entre las manos no se cansaron de atravesar fronteras para lle var la libertad a otros pueblos?

No sé si es aseo, indignación

o riza, lo que da al leer el pa rrafo en que usted dice que sin la ayuda de Santander el Liber tador hubiera fracasado. Las ayudas de su héroe las conocemos todos, pero las cubriremos ba jo mantas de olvido, de la mis ma manera que con fundas nue vas se cubren los muebles cur rómidos. Me explicaré mejor: no queríamos recordarlas por que al nombrar a Santander, nos viene a la memoria el ho rrendo crimen de Berruseos y nos parece ver en la oscuridad de la montaña, al noble Maris mal de Ayacucho, agonizando sobre su propia sangre y lle vándose las manos a la frente como para aliviar el dolor de u cráneo destrozado.

-Ese nombre nos recuerda la noche en Bogotá, que fueron a asesinar al Libertador mientras dormía. Fue la noche del 25 de septiembre en que la bella Ma nollita Sáenz, saltó del lecho pa

ra hacerse frente a veinte y cin co agguinos armados de puñales y al darse cuenta de que busca ban las habitaciones del Liber tador, los ofreció indicándolas con la condición de que no lo mataran y después que les hizo subir las escaleras, atravesar salones, y regresar al sitio de donde habían salido, tuvo el va ler de decirles: ahora pueden matarme, ya el Libertador no es tá aquí; les ha hecho perder tiempo mientras mi amante se salvaba.

-En la madrugada cuando el Libertador ya había sofocado la conjuración en los cuarteles y se bañaba en las exquinas los his tóricos carteles de Urdaneta, Bo divar entró a su casa y dijo a Ma nollita: tú eres la Libertadora del Libertador.

También nos recuerda ese nombre, al Libertador corriendo desde Cúcuta a La Grita para dominar las sublevaciones que Castillo y Santander habían fo mentado entre los batallones y nos recuerda que meses más tar de, el Libertador evitando la a nárquica desembarcó en las Anti llas, porque los mismos subleva dores de La Grita, se oponían a que entrara a Venezuela por la vía de Santa Marta.

-Nadie duda de que su héroe fue un hábil político. Tan hábil fue, que logró que el Congreso de 1824 suprimiera las facultades extraordinarias que las leyes le acordaban al Libertador. Tan hábil era en manejar la intriga, que le escribe a Bolívar diciéndole que la culpa la tenían el Congreso y los venezolanos.

Fíjese usted bien señor Restrepo, mientras Santander desplegaba el chisme y manejaba la intriga, los libertadores, manejaban los cañones y desplegaban la bandera tricolor en los campos gloriosos del Perú.

Aunque la audacia de sus teorías revelan que a usted le gusta leer poco, lo autorizo para que públicamente me desmienta el día en que leyendo encuentre un documento con que pueda desmentirme. Ese día yo lo felicitaré, porque habrá encontrado usted una cosa que hasta ahora no se puede encontrar.

Su carta no me extraña, porque con el Libertador fueron injustos hasta los otros Dioses; le depararon dos enfermedades que los médicos no pueden curar: la tisis que le destrozó los pulmones y las ingraticudes que hasta después de muerto le destrozaron el alma.

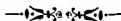
-No crea señor Restrepo, que le escribo con encono alguno, antes por el contrario, yo soy su admirador; eso sí, lo que admiro en usted, es que haya vivido tanto tiempo con la infamia enquistada en su organismo.

Le desea salud.

Carlos HERRERA.

ESTUDIOS SOBRE EL ASESINATO DEL MARIS-  
CAL ANTONIO JOSE DE SUCRE, CON MOTIVO  
DEL CENTENARIO DE SU MUERTE \_\_\_\_\_ PUBLI-  
CACIONES RECIBIDAS EN EL BOLETIN DE ES-  
TUDIOS HISTORICOS DE PASTO\_COLOMBIA.

\*\*\*\*\*



## “EL BALDON DE BERRUEGOS”

La disolución de la Gran Colombia — El General San-  
tander — Doña Manuela Sáenz.

Apostillas a un artículo del señor  
VICTOR HUGO ESCALA

En “La Esfera,” de Caracas, primeramente, y luégo en “El Diario del Sur,” de Cuenca, (Ecuador), apareció en julio del año en curso un artículo sobre el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, suscrito por el señor Víctor Hugo Escala, Ministro Plenipotenciario del Ecuador ante el Gobierno de Venezuela.

Si no emanase esa publicación de una persona constituida en la más alta jerarquía diplomática, aparte de otras consideraciones de índole análoga, con seguridad que, oscuramente, como tantas otras, hubiese ido a engrosar la ya larga lista de acusaciones inaceptables que la pasión sectaria y la rivalidad internacional han acumulado sobre la memoria de un preclaro servidor de la Patria: el General José María Obando.

Però no sólo la figura de Obando ha sido el blanco de los odios crueles del señor Escala. Ni José Hilario López, ni el propio General Santander escapan a sus diatribas envenenadas. Tiene para estos próceres de la Magna Guerra frases que la piedad cristiana vedaría emplear aún para los más desalmados asesinos. Ni siquiera respeta la sagrada paz de las tumbas. Se va derecho a sus sepulcros, toma sus cenizas, y, con una servicia de que no hay ejemplo, no vacila en arrojarlas al viento. A veces toma actitudes de inquisidor, de inquisidor iluminado, y a la manera de los Profetas antiguos, o, quizá mejor, de ciertos trágicos modernos, encaja al fin de cada párrafo suyo un sartal de imprecaciones y maldiciones que mal hayan los oídos que las soporten!

Examinemos brevemente las razones en que funda su andamiaje histórico el señor Escala.

Para probar que los móviles del asesinato fueron los mismos que prepararon la conjuración de septiembre, y que la orden del crimen vino desde Bogotá, el señor Escala hace referencia a una edición de "El Demócrata," donde se expresaba el deseo de que Obando hiciera con Sucre lo que los conjurados de septiembre no pudieron hacer con Bolívar.

El doctor Guillermo Camacho Carrizosa, el más autorizado de los críticos de este gran proceso, se expresa así a este respecto: "Salta a los ojos que concertado aquí en la capital el crimen de Berruecos, no es de suponer que hubiera sido divulgado hasta cierto punto por la imprenta. Fragar un delito y anunciar su ejecución, es algo más que inverosímil, absurdo. En la misma mezquina forma del ataque se transparenta la inanidad de su intención. Es un artículo vulgar, áspero, agresivo, en que la torpeza de las palabras sólo puede ser igual a la iniquidad del pensamiento; es un pasquín, un exabrupto, *en que sería desatinado fundar un cargo serio contra nadie, mucho más un cargo colectivo.*" (*El asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, por N. A. GONZÁLEZ — I. — Pág. XIV).

Y Saavedra Galindo añade: "La publicación amenazante se destruye por sí misma, por su burda concepción y porque una amenaza publicada, pierde su eficacia de acción..... Bogotá amenazó públicamente, pero inócuamente. El figurante de Quito. (Flórez) disparó en la sombra del bosque de Berruecos. Esos son los hechos". (*Relator* — Cali, 4 de junio de 1930.)

Además, hay que prestar mucha atención a la circunstancia del medio ambiente, a la efervescencia y ofuscación de la época, para deducir, como lo apunta Nieto Caballero (*Libros Colombianos*, I, 263), apoyado en numerosos ejemplos, que es insensato pretender hallar en esas frases del citado periódico una orden perentoria para la comisión del delito. Es común en el lenguaje ordinario, para expresar la cólera o la indignación, hacer uso de metáforas, de palabras figuradas que nadie que tenga su cabeza bien puesta puede tomar en su estricta significación. "Muéra el tirano, muéra el déspota!" es el grito que han repetido todos los hombres y en todos los tiempos, sin que a

nadie se le hubiese ocurrido sindicarlo a quienes lo hubieran proferido. Por otra parte, y en el caso que contemplamos, hay que considerar que entre los exaltados de "El Demócrata," de Bogotá, y el General Obando, Jefe militar en Popayán, apenas si existían ciertos vínculos políticos que a nada en concreto podían obligar, menos a la ejecución de un horrendo crimen.

Pero aún hay más: qué sacaban los antiholivianos de la Nueva Granada con la muerte del Mariscal de Ayacucho? Absolutamente ningún provecho, desde luego que Sucre, si bien es cierto que era sincero amigo de la persona y de la gloria del Libertador, como todos los granadinos, no lo era igualmente de su política. Fué el primero en censurar, y en los términos más viriles y enérgicos, sus proyectos de dictadura y la amenaza que para los pueblos libres significaba la Constitución boliviana. Entre la multitud de documentos incontrovertibles que podríamos exhibir en pro de esta tesis, citaremos apenas una carta de Sucre al General Daniel Florencio O'Leary, fechada en Quito, el 6 de octubre de 1929, que dice así:

"No sé qué juzgar de las noticias de su carta. Quisiera ver en ella alguna seguridad para esta pobre Colombia; mas no me lisonjeo con buenas esperanzas porque estoy convencido de que nuestros males están en las personas y no en las cosas. En mi humilde sentir, el Libertador ha errado su marcha desde que obtuvo el mando supremo, y lisonjeando a los facciosos y aspiradores ha relajado más la moral pública y especialmente la del ejército. Las gentes dicen aquí que él nos ha vuelto espontáneamente al año de 27, con la sola circular para que los colegios electorales den instrucciones a sus diputados. Yo se lo he dicho así y bien claramente." (O'Leary, *Memorias*— IV, 516).

De modo, pues, que estando el Mariscal Sucre a paz y salvo con los antiholivianos neogranadinos, más aún, casi de acuerdo con sus principales ideas políticas, mal hubieran podido éstos pretender atentar contra su vida. Todo lo contrario. En cambio, si hubo uno a quien interesase quitar de en medio al Gran Mariscal, ese fué Elórez, como lo veremos más adelante, al tratar de la disolución de la Gran Colombia, otro capítulo histórico al que el señor Escala se refiere en el artículo que comentamos, tergiversando los hechos y afirmando propósitos tales que no es posible dejar pasar en silencio.

Como queda dicho, Escala lleva su odio a los próceres colombianos hasta querer cebarse en la figura gallarda del General Santander. Pero en la imposibilidad absoluta de poder comprometer en el asesinato de Sucre a López y a Santander, como fuera su deseo, según bien a las claras lo demuestra, se empeña en amontonar contra Obando todos los sofismas, todas las argucias, todas las calumnias que ya conocíamos, que habían sido pesadas y encontradas faltas, y, por lo mismo, que el Tribunal de la severa Historia había desechado.

El señor Escala pretende que contra Obando hay una mon-



taña de libros acusadores, entre los cuales, dice él, se destacan cuatro: el de Irisarri, el de B. Vicuña y Mackenna, el de Sherwell y el de Pérez y Soto.

Si a esto se reduce todo el arsenal histórico del señor Escala, medrados estamos! Y si tales son los cuatro libros que ahí se destacan, cómo serán los que forman el resto de su famosa montaña?

En efecto, según lo apunta don Juan Francisco Ortiz, publicista colombiano de la segunda mitad del siglo pasado, conservador de recia envergadura y uno de los más imparciales y verídicos escritores de su época, el General Mosquera, enemigo capital, entonces, de Obando, pagó al señor Irisarri para que escribiera su "Historia crítica del asesinato de Sucre." (Reminiscencias, 318 y sig.) De modo que, al menos en este caso, la pluma de Irisarri fué una pluma vendida, una pluma mercenaria, y el escritor guatemalteco un hombre que no tuvo empacho en fletarse al mejor amo. Su trabajo fué, pues, *interesado*. Tenía de antemano, preconcebido, el objeto de su labor. No procedía como el verdadero historiador, averiguando los hechos para deducir las consiguientes responsabilidades. El daba por sentada la culpabilidad de Obando en el delito y arregló a su amaño la narración de los acontecimientos para probar su tesis. Tras de su bufete de escritor asalariado tenía dos ojos vigilantes y una mano ordenadora que a la menor desobediencia lo hubiera arrojado lejos. El trabajo de Irisarri fué también, en parte, el de un simple amanuense, pues se limitó a copiar, dándoles cierto barniz literario y en diverso estilo, varios capítulos del "Examen crítico del Bosquejo Histórico," que Mosquera escribió intentando refutar un libro de Obando, en el cual éste se sinceraba plenamente de sus actuaciones. Irisarri, pues, no merece crédito alguno. Al ponerle precio a su propia dignidad puso una valla infranqueable entre su persona y la aquiescencia de todas las gentes.

Si de Vicuña y Mackenna y de Sherwell no podemos decir otro tanto, es notorio que la enorme distancia que los separaba del teatro de los acontecimientos y la época en que escribían, eran factores por demás poderosos para torcer y desviar el criterio histórico más certero y honrado. Además, a nadie se le oculta la manifiesta mala fe con que la mayor parte de los historiadores del Sur, argentinos y chilenos, han tratado los asuntos de Colombia. Sin ir más lejos, no pretende Mitre, el mejor historiador del Río de la Plata, deslustrar la gloria de Bolívar poniéndolo muy por lo bajo de la figura, eximia sin duda, del gran San Martín? Y Palma, el peruano, y el inglés Lorain Petre, y tantos otros por el estilo? Nada tiene de extraño, pues, que Vicuña y Mackenna haya seguido sumisamente la ruta que le trazaron sus antecesores, la que siguieron Argañil y Estanislao Ceballos, o que por falta de una completa información haya fallado a la ligera, con la mejor buena fe. Lo propio, quizá con caracteres más acentuados, podemos afirmar de Sherwell, quien, si bien como expositor tiene un méto-

do admirable, adolece en sus libros, al igual que Carlos Pereyra, por falta de suficiente documentación, por carencia de fuentes históricas que en esta clase de estudios son de necesidad ineludible. Respecto de Sherwell queremos hacer constar, eso sí, que no conocemos ningún estudio suyo especialmente dedicado a Sucre; pero en su Biografía de Bolívar, que hemos leído, no hace a nadie inculpaciones del crimen de Berruecos, asunto que, como es natural, trata ahí muy a la ligera.

De cuán escasa información ha podido disponer el señor Vicuña y Mackenna tocante a este asunto, se advierte fácilmente al analizar las pruebas en que fundamenta su tesis de la inmediata participación de Obando en el asesinato de Sucre.

Ya desde el primer capítulo de su obra, nos habla de dos libros, en su concepto decisivos en el asunto, y que son nada menos que los escritos por Antonio Flórez y por J. M. Rey Castro, editado éste, último por Pérez y Soto. Se comienza a ver, pues, desde aquí, el hilo de la trama que irá desenvolviendo Vicuña y Mackenna, quien, después de hacerse lenguas en elogio de los citados libros, dice: "entremos a explotar el rico venero en obsequio de nuestros cotidianos lectores, como quien cuenta de prisa y con afán dinero ajeno, para tirarlo a la recogida y apiñada muchedumbre" (*El Washington del Sur*, 7).

Ha oído el señor Escala? Como quien cuenta dinero ajeno, dice en frase lapidaria el señor Vicuña y Mackenna, refiriéndose a lo que va a decir de Sucre. No hubo, pues, de su parte, la investigación histórica que era de esperarse dadas sus singulares capacidades. Se limitó, por desgracia, como si dijésemos a divulgar la argumentación de Flórez, sin haber mirado siquiera las pruebas en contra. No puede, pues, aducirse su obra como fuente de autoridad; a lo sumo, como un alegato en defensa de Flórez, alegato flojo, por añadidura.

En la documentación que como Apéndice trae la obra, en la que entendemos que tiene mucha parte el escritor ecuatoriano Víctor L. Vivar, anheloso como ninguno de arrojar el baldón del crimen en un hijo de Colombia, encontramos como única prueba la carta que Obando escribió a José Hilario López recomendándole a Morillo, para que le dé colocación en las milicias. Esta carta la tenía en su poder un adversario político de Obando, el señor José María Samper, pero tan descabellada vivió la idea de exhibirla como una prueba contra el caudillo granadino, que nunca lo pretendió hacer. Más aún, siempre sostuvo con firmeza inquebrantable, que en el misterio de Berruecos había la sombra de una mujer, el secreto de una traición conyugal, como lo veremos más adelante.

De Pérez y Soto casi ya no hay ni para qué hablar. Su libro ha caído, merced a la crítica ilustrada e imparcial, en el desprestigio más espantoso. Estéril, desgraciadamente estéril, fué su labor de tantos años. Ni un documento nuevo, ni un rayo de luz, nada aportó al proceso histórico el libro de Pérez y Soto, el mismo señor que se llevó los archivos del General Santander, que vendió a Venezuela documentos de gran valía

para la República. Todo lo contrario: odio y rencores contra una figura ilustre de Colombia y pábulo a la ojeriza de extrañas gentes, interesadas en el desprestigio moral de los conductores de la Patria.

Camacho Carrizosa anota al respecto: "El señor Pérez y Soto no traspasa un punto los límites de lo que en esta materia todos conocíamos. Anunció una obra con revelaciones sensacionales, y ha compuesto un libro de taracea, con desperdicios de Mosquera, de Irisarri, de Flórez, cuyas perpetuas argumentaciones modestamente reproduce. Nada sensacional, nada nuevo, nada propio. Es la misma ceniza de documentos anteriormente divulgados, de hechos ya discutidos, de imputaciones ya refutadas." (*Espectador*, Bogotá, 4 de abril de 1929).

He aquí los cuatro libros que son como las piedras angulares en las cuales el señor Escala ha cimentado el edificio de sus afirmaciones históricas. Libros desautorizados, contradichos, unos, de valor negativo como fuentes de autoridad, otros. El último sobre todo, y el principal para los detractores de Obando, que está pulverizado por la pluma de tres insignes investigadores, estos sí, cuya ilustración y ecuanimidad son proverbiales: Luis E. Nieto Caballero, Jorge H. Tascón y Guillermo Camacho Carrizosa.

Por los cuatro libros que el señor Escala nos cita para respaldar sus decires, ¡cuántos y cuán buenos podemos presentarle nosotros para rectificarlos y contradecirlos! Un paisano suyo, don Nicolás Augusto González, escribió la más acerba acusación contra el verdadero instigador y autor intelectual del asesinato del Mariscal de Ayacucho, que por cierto no fue Obando, sino un general ecuatoriano, de ambición y audacia, que se llamó Juan José Flórez; Laureano García Ortiz, Gerardo Arrubla, Max Grillo, Gustavo Arboleda, César Sánchez Núñez, Buenaventura Reinales, han escrito páginas admirables, por su serenidad y criterio, en defensa del granadino ilustre que portó en su pecho la banda de los Presidentes de Colombia; los ya citados Nieto Caballero, Camacho Carrizosa, Ortiz y Tascón, Saavedra Galindo, Teodoro Valenzuela, Aníbal Galindo, el Presbítero Calixto Ferreira, don Marco Fidel Suárez y cien más, han dejado, en luminosos escritos, completamente esclarecida la absoluta inocencia de Obando. Y es que no podía ser de otra manera si el juzgador se situaba en el plano aconsejado por la equidad y la justicia, si a la luz de las eternas normas del Derecho estudiaba todos los trámites de este magno proceso.

Pero aún hay más: el mismo General Mosquera, apasionado perseguidor de Obando, ya al final de sus días, declaró a don Carlos Vallarino y M. que el caudillo caucano era un hombre bueno y honrado y que no lo creía responsable en el inicuo crimen de Berruecos. Tal declaración puede verse autenticada judicialmente en el *Prólogo* que Sánchez Núñez puso al volumen II del libro de González, páginas XVIII y XIX.

\*  
\* \*

El argumento Aquiles del señor Escala contra Obando está apoyado en la *confesión* o declaración que hizo Apolinar Morillo, en las gradas del cadalso, o para hablar con más exactitud histórica, en el Cuartel de San Agustín, en Bogotá, el 28 de noviembre de 1842. Pero es que la *confesión* de Morillo en tales circunstancias no tenía valor alguno. En su vida, que fué de continua borrasca, vivió contradiciéndose acerca de sus actividades nefandas en este suceso trágico. Alguna vez, en Pasto, en 1839, pensó explotar ventajosamente su situación complicando al General Obando en el crimen, pero lo hizo porque le dijeron que esa era la única forma de salvación para él; más tarde, en Popayán, en 1841, y delante de ocho testigos de toda excepción, rectificó en un todo las declaraciones anteriores, queriendo así ganarse la voluntad de Obando; y por último, ya en el patíbulo, tornó a acusar al caudillo granadino, porque estaba seguro, según se ha probado, de que si así lo, hacía le concederían la conmutación de la pena y hasta el indulto formal, que, naturalmente, por más que algunos digan lo contrario, era lo que quería Morillo. "Los jueces que conocieron la causa de Morillo no fueron a beber en las fuentes del proceso," dice el señor Tascón (*Boletín de Estudios Históricos* de Nariño. III — número 34 — 342); ellos se concretaron a recibir inspiraciones, que eran órdenes, de la Legación del Ecuador. Y bien mirado esto, ¿cómo se ve con claridad meridiana lo interesante, lo conveniente que era para Morillo declarar en todos los tonos la inocencia de Flórez! De modo que esta *confesión* de Morillo, que el señor Escala pretende exhibir como una catapulta certera contra la honra de Obando, no constituye; en virtud de las más elementales normas de la ética, otra cosa que una rotunda acusación contra el Consejo de Guerra, que no cumplió a conciencia su cometido; contra Morillo, que demostró una debilidad inexplicable, y contra el propio Flórez, cuyas actividades por ocultar su delito se descubrieron perfectamente.

Pérez y Soto, citado por Tascón, dice al respecto (III, 366): "Marcos Espinel, Ministro de Flórez en Bogotá, le decía el 14 de agosto de 1842: "Se está continuando la causa del asesinato del General Suere y ayer estuvieron aquí en mi casa varios generales y jefes del Consejo de Guerra, a pedirme ciertos impresos publicados por Vuestra Excelencia allá relativos a este hecho. Les proporcioné todo lo que pude, les hice varias indicaciones importantes, les indiqué el contenido de ese proceso que hizo seguir Vuestra Excelencia en Pasto, y últimamente les remití el tomo 3º de la historia moderna de Venezuela, en donde constan varios documentos agravantes a Obando, y el juicio certero sobre la delincuencia de Obando que ha hecho el historiador....." (Tascón. *Boletín* cit. 325).

De modo, pues, que el Consejo de Guerra, siguiendo las indicaciones, las instrucciones y los mandatos del Ministro ecuatoriano en Bogotá, se constituyó en un agente eficaz y activo:

so del General Flórez. Le convenía, pues, halagar al Presidente del Ecuador, y nada mejor para eso que compeler a Morillo, casi al pié del cadalso, para que declare la inocencia del más tarde famoso héroe (1) de Miñarica. Pero en esos momentos no hablaban la verdad ni la justicia, sino el temor y la conveniencia. Por otra parte, por qué no creer, como apunta Lenc, (Ob. cit. 276) que si Morillo calumnió a José Hilario López hasta el pie del patíbulo, como lo confiesa Irisarri, por qué no habría también de calumniar a Obando?" Morillo quería ante todo que se le conmutara la sentencia de muerte, que se le salvase la vida, y en el trance inminente se asió a la única tabla de salvación que hubo a mano: declarar culpable a Obando, defender a Flórez y ganarse en esa forma la simpatía del Consejo de Guerra. La ansiedad del instante fatal ofuscó de tal modo el cerebro del desgraciado que no le hizo ver que, después de su falsa declaración, las balas de la vindicta cruel silenciarían para siempre la boca que, viva y en libertad, quién sabe cuántas y cuán graves acusaciones hubiese formulado!

El señor Escala dice que Morillo, arrodillado ante los sacerdotes Herrán y Margallo, reiteró la confesión del crimen de Berruecos, es decir, la inocencia de Flórez y la complicidad de Obando en el atroz delito.

Pero otra cosa muy distinta, todo lo contrario, aconteció al respecto, según el propio Pérez y Soto (I — 368), cuya obra tanto parece elogiar el señor Escala.

Refiere el historiador que, después de la aparatosa confesión de que anteriormente hemos hecho mérito, fué llamado por Morillo el Presbítero Ignacio González, su albacea, con el objeto de rebelarle los cómplices de su delito, lo que el buen sacerdote estorbó, creyéndolo de su deber, y añadiendo que ya su negocio era exclusivamente de él para con Dios y de Dios para con él (Cf. Irisarri, *El asesinato del Mariscal de Ayacucho*. Apéndice, 368).

El señor Tascón, acertadamente, comenta al respecto: "Si Morillo había dicho la verdad en sus declaraciones, ¿por qué quería revelar en secreto a su albacea quiénes eran sus cómplices, y por qué creyó el Presbítero de su deber no saber lo que todos sabían?" (*Boletín* cit. 325).

Es la torturante incógnita que el señor Escala y todos los detractores de Obando han debido preocuparse por resolver. Sin duda, en su fuero interno así lo harían, pero a la postre hubieron de convencerse de que era inconducente para su intento la investigación filosófica de este incidente por demás sugestivo, y prefirieron echar sobre él la sombra del olvido y la losa lapidaria del silencio.

¿Y qué decir de la famosa *orden de ejecución*, de que habla el señor Escala, fechada un 28 de mayo, así sin el año, y dirigida por Obando a José Eraso?

Interminables nos haríamos si pretendiésemos traer a este debate todas las pruebas que contra esa inculpación al caudi-

No granadino han aducido los más conspicuos investigadores que han tratado el asunto.

El llamado "papelito de Buesaco," no fué, ni mucho menos, la orden fatal que Irisarri y sus seguidores han querido ver, en su apasionamiento. No se escribió en 1830, sino tres años antes, en el año 27, según lo probó plenamente el propio Obando en sus *Apuntamientos para la Historia*. El portador del citado papel fué un indio llamado Juan de Dios Nacibar, y pretendía Obando que acompañado del indio se apoderara Erazo del guerrillero Noguera. Si lo escribió en términos vagos fué por temor de que cayese en manos de Noguera, y así no nombraba en él ni a éste ni a Nacibar. Consúltese al respecto al propio Pérez y Soto (III — 135) y se comprobará lo anterior viendo la respuesta de Erazo a Obando, donde le da cuenta del cumplimiento de la aludida comisión militar.

Que no fué escrito el citado papel el 28 de mayo de 1830 es muy claro, ya que Obando no se hallaba en esa fecha en Buesaco, lugar que figura en el encabezamiento. Además, el membrete estaba rotulado "A José Erazo, Comandante de la línea del Mayo," y es bien sabido que en 1830 no había tal línea del Mayo sino línea del Guáitara. Obando dirigió el "papelito" a la Venta (hoy La Unión) y en 1830 Erazo no vivía allí. (Cf. Tascón, *Boletín* cit. 310) ¿Se escribió, pues, en 1830 como quiere Escala, o en 1827, como lo prueba la historia?

A este respecto comenta Camacho Carrizosa: "Entre la muerte de Sucre, sucedida en 1830 y la fecha en que se inició el proceso alcanzaron a transcurrir nueve años; Obando estuvo en 1831 encargado del Poder Ejecutivo; de suerte que dispuso de tiempo y de medios y de recursos muy amplios para hurtarle ese rastro a la justicia. Otra cosa. D. Antonio Flórez en su libro sobre el Mariscal de Ayacucho asevera (p. 26) que Erazo fué cómplice y auxiliador por la suma redonda de 50 pesos; ¿qué cantidad — según eso — le habría costado a Obando arrancarle a Erazo la orden susodicha? Por otra parte, téngase presente que Obando salió de Popayán por indicación de D. Joaquín Mosquera, el 23 de mayo de 1830, con el fin de ocupar militarmente la Provincia de Pasto, amagada por Flórez; el día 27 pasó el río Mayo; allí pudo verse con Erazo y convenir los medios de asegurar el golpe contra Sucre; ¿qué necesidad tenía el 28 de comunicarle la orden por escrito desde Buesaco, lugar donde Obando no estuvo en esa época?" (N. A. González, *Ob. cit. Prólogo. I — XVII*).

Y conste que Obando no era un tonto de capirote para poder decir que tales despropósitos se debieron a su torpeza. Nó; hasta sus más enconados adversarios están contestes en reconocerle al caudillo granadino un claro talento y mucha previsión, mucha audacia, mucha cautela. ¿Cómo había de dar orden escrita para un asesinato?

Y en este punto queremos plantear a grandes rasgos la tesis que puede desarrollarse en torno del *¿Qui Prodest?*, el sabio y viejo principio de la jurisprudencia romana, para ver a

quién aprovechó el delito, quién necesitaba quitarse de en medio al Abel Americano, el más insigne de los Capitanes de la Magna Epopeya.

Fracasada su misión diplomática a Venezuela, merced a las intrigas ambiciosas de Páez y sus satélites, el Mariscal de Ayacucho había llegado a Bogotá, procedente de aquel país limítrofe, en mayo de 1830.

Era una época de desconcierto y caos absolutos a todo lo largo y lo ancho de la Gran República que creara el genio incomparable del Libertador. En Venezuela, como queda dicho, Páez y sus amigos enseñoreados en el mando que hubiesen querido perpetuar. En el Sur, Flórez, Juan José Flórez, armando una red de intrigas y malos manejos para apoderarse del Sur de Colombia y proclamar la separación de los pueblos que quería usufructuar.

Y oigamos la palabra autorizada y sabia de ese gran historiador colombiano que se llamó don José Manuel Groot: "El Gobierno había empleado todos los medios de política que parecían necesarios para persuadir al General Flórez la conveniencia de la unión de Colombia por parte del Ecuador, pero nada se había conseguido. Sólo se tenían esperanzas de que llegado a Quito el General Sucre, restablecería las cosas a buen estado; porque el Vicepresidente Caicedo habíase puesto de acuerdo con el Gran Mariscal sobre la conveniencia de la unión, antes de que partiera para Quito, lo que verificó apenas cerró sus sesiones el Congreso, porque anhelaba por retirarse a la vida privada con su esposa e hija." *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, V — 344).

Y más adelante dice el mismo historiador: "Sucre era, sin duda, el seguido hombre de Colombia después de Bolívar, como militar, como político y de alta inteligencia. Debía, pues, tener envidiosos que quisiesen hacerlo desaparecer del teatro en que ellos quisieran hacer los primeros papeles....." (Ob. cit. V — 344).

¿Quiénes serían esos envidiosos a los cuales aludía el señor Groot? ¿Obando? — No es posible creerlo, desde luego que nada perdía ni ganaba éste con la separación o con la unión del Ecuador a la Nueva Granada. Entonces, ¿a quién le convenía separar el Ecuador para desempeñar allí los primeros papeles sin tener rivales, y vivir allí usufructuando su feudo tranquilamente? — Que responda el señor Escala con la franqueza que le compete al verdadero historiador.

Antes de seguir adelante, figurémonos por un momento lo que hubiese sucedido de llegar vivo el Mariscal Sucre a Quito.

Desde luego es evidente que la popularidad y el prestigio de Sucre en el Ecuador eran tan grandes que no es posible admitir, ni en vía de hipótesis, que algún otro caudillo hubiese logrado supeditarlos, ni mucho menos. El Mariscal, como queda dicho, iba a Quito con el propósito firme de reintegrar a Colombia los Departamentos que Flórez había separado (Guayaquil, Azuay y Quito) labor que él hubiera podido llevar a tér-

mino facilísimamente, frustrando así la ambición desmedida del General de Puerto Cabello. Preguntamos: ¿a quién interesaba el crimen de Berruecos?

Don José Manuel Restrepo apunta: "Flórez, sin tener autoridad ninguna para variar la división territorial, atribución que tocaba al Congreso, admitió el 5 de mayo la incorporación de Pasto conforme se le pedía: ofreció que la sostendría a costa de cualesquiera sacrificios, y que no se impondría a los Pastusos contribución ni pecho alguno, ofrecimiento imprudente y opuesto a la igualdad del pacto social. Al dar cuenta al Poder Ejecutivo de su determinación, repitió — "que sostendría la agregación de Pasto por cuantos medios estuvieran a su alcance"; — esto envolvía una amenaza." *Historia de la revolución de la República de Colombia*, IV — 333).

¿Qué clase de amenaza era esa que el señor Restrepo descubre en las palabras nefandas de Juan José Flórez? Huelgan los comentarios.

Pero el mismo señor Restrepo se encarga de hacernos más luz en el asunto. Dice, refiriéndose al asesinato de Sucre: "El crimen era más útil a él (a Flórez) que a ningún otro." (Ob. cit. IV — 343).

Y el historiador Sañudo escribe: "Sucre, por sus talentos y popularidad habría sido el primer Jefe del Ecuador, que no él, (Flórez), hombre mediocre y desacreditado." (*Estudios sobre la vida de Bolívar*, 266).

Y oigamos al General Joaquín Posada Gutiérrez: En este estado de expectativa y contradicciones, la Provincia de Pasto, correspondiente al Departamento del Cauca, se pronunció agregándose al del Ecuador, y el General Flórez acogió el pronunciamiento declarando que lo sostendría "por cuantos medios estuviesen a su alcance," y así lo dijo terminantemente al Gobierno." *Memorias histórico-políticas*, I — 359).

Pero aún hay un documento importantísimo, que refuerza los anteriores, y es una carta dirigida a Obando y suscrita nada menos que por el canónigo Manuel J. Mosquera, más tarde Arzobispo de Bogotá, y fechada el 27 de mayo de 1830. En dicha carta le cuenta que tuvo una conversación con Sucre en Popayán, el día anterior, y en uno de sus apartes dice: ... "Añadió que este señor (Flórez) debía tener celos con él (con Sucre) pero que luego se desengañaría de que nada pretendía y de que él no podrá tomar parte en nada que pudiera ser de guerra civil." Y agregaba: "Por todo, creo que Sucre no toma parte en la guerra del Sur en el actual estado de cosas, y que lejos de temer de él, puede ser útil su ida para acallar la ambición de Flórez algún tanto." (Cf. Pérez y Soto. Ob. cit. III — 508 y sig. Lenc. Ob. cit. 362, Tascón. *Boletín* cit. 340).

¿QUI PRODEST? ¿A quién aprovechó el horrendo crimen? ¿Y siga pensando el señor Escala en la inocencia del veciño de Cuaspud!

Y vamos a lo de la Marquesa de Solanda y Villarracha: Los historiadores al llegar a este punto, se detienen con el



respeto que inspira la presencia de una mujer. Algunos quisieran pasar de largo en silencio; otros, empero, piden un poco de piedad. Silencio..... piedad..... Pero las voces del deber y de la justicia, más fuertes que las de la piedad y la conveniencia, se imponen al fin, definitivamente.

Ya desde 1842 se rumoraba o sospechaba algo siquiera a este respecto; rumores que cundieron, pero sin concretarse, dado que los principales personajes, objeto de ellos, vivían aún y ocupaban en el mundo social y oficial señalados puestos.

He aquí lo que don José Domingo Espinar, el Secretario del Libertador, le escribía a Obando desde Sicuaní el 25 de abril del año últimamente citado: "En Cartagena recibimos la noticia del asesinato de Sucre; y desde luego te culpamos por todas las apariencias..... Pero era época de errar... Mi emigración al Ecuador, mi relación con cierta persona que estaba muy en el secreto de las ocurrencias pasadas, y la presencia de algunos actos, me revelaron de llano en plano los misterios del nefando crimen. Así es que desde que volví al Perú he sido un apologista de tu conducta. Esto y mucho más he hecho en obsequio de la justicia — antes — y hoy, en obsequio de la amistad. Mas nada tienes que agradecerme a este respecto, pues yo hubiera traicionado a mi conciencia omitiendo cumplir con un deber que me imponían la verdad y el patriotismo." (Cf. Pérez y Soto — III — 522. Tascón, *Boletín* cit. 341).

¿Cuál era el secreto de las ocurrencias pasadas? ¿Qué actos eran esos en cuya presencia había reparado Espinar? ¿Cuáles los misterios del nefando crimen? Y sobre todo, ¿quién sería esa cierta persona que sabía todo esto?

No es posible creer que el señor Espinar se refiriese a las versiones públicas que ya en la época en que estuvo en el Ecuador corrían sobre la manifiesta complicidad de Flórez en el atroz delito. De ser así, no hubiese usado de tantos giros velados ni de tanto misterio. Luego había algo muy grave de por medio, algo de cuyo misterio sólo pudo enterarlo esa "cierta persona que estaba muy en el secreto de las ocurrencias pasadas." ¿Cuáles serían ellas? ¿Cuál ese misterio?

Años más tarde, don José María Samper, adversario político de Obando, planteaba esta misma tesis, que se llamó "la cuarta hipótesis," desde las columnas de *El Neogranadino*. Samper dijo: "Muchas personas han sostenido, fundándose en hechos o inducciones de carácter privado, que la muerte de Sucre fué el desenlace de un drama enteramente doméstico, y por lo mismo que una mujer figuraba en el asunto." (Cf. Pérez y Soto, V — 391 — 393. Lenc. Ob. cit. 284. Tascón, *Boletín* cit. 342).

Samper afirma que fundamenta su hipótesis en el dicho de varias personas muy caracterizadas, y que por aquel tiempo circulaban esos rumores tanto en el Ecuador, como en Pasto y en Bogotá.

Pero hasta aquí todo esto se reduce a meros rumores, nos dirá el señor Escala, y en verdad que así es. Pero vamos a adu-

cir la prueba de bulto que para sostener la infidelidad de la Marquesa Solanda con su esposo, el Mariscal Sucre, traen los modernos historiadores de este gran proceso. Esa prueba no pudo exhibirse en tiempo de Espinar ni en la época de Samper porque sencillamente su descubrimiento data de pocos años a esta parte, como la vamos a ver.

Siendo Ministro Plenipotenciario de Colombia ante el Gobierno de Bolivia, don Maximiliano Grillo descubrió en los archivos de los tribunales de la Paz, tres cláusulas del testamento del Mariscal de Ayacucho, hecho en Quito, el 10 de noviembre de 1829, poco antes de marcharse a Bogotá a presidir el Congreso de 1830, que se llamó *admirable*.

Dice la primera cláusula: "Mi mujer legítima es Mariana Solanda y tenemos una sola hija, Teresa, que ha cumplido hoy cuatro meses de edad; porque mi mujer no está embarazada."

Saavedra Galindo comenta al respecto: "Subrayamos nosotros esa terrible frase (la última) de Sucre, fulgurante como la hoja de su espada, en la cual presume el adulterio de su linajuda esposa. En esa frase dice Sucre: si en mi ausencia aparece embarazada, no es de mí." (*Relator cit.*)

El General Isidoro Barriga, subalterno de Flórez, era el amante de la señora Solanda de Sucre. La prueba de ese adulterio fué un hijo nacido antes de que se cumpliese un año de la muerte de Sucre, y no habiendo quedado embarazada doña Mariana, según la declaración de éste. La señora Solanda se casó con su amante el 16 de julio de 1831. Luégo el hijo habido antes del 4 de junio del año citado fué el fruto del adulterio que en la primera cláusula de su testamento presumía el Mariscal.

Pero aún hay más: cómo se explica que cuatro meses después del matrimonio de Barriga y estando éste en el balcón de una casa de Quito, "se le cayese de las manos" (1), como dice Saavedra Galindo, la niña Teresa, la hija legítima y única del Gran Mariscal?

Claro que una simple casualidad, una *desgracia*, como se dice en términos familiares, ha podido determinar ese hecho trágico; ¿pero no puede presumirse algo siquiera contra quienes podían estar interesados en la muerte de la niña Teresa, la sola y única heredera del Mariscal, si éste moría estando viva la niña, según la terminante disposición de la segunda cláusula del referido testamento?

Sabido es que un hijo del matrimonio Barriga-Solanda, a pesar de la oposición terminante de doña Mariana, se casó con una hija del General Juan José Flórez, "cuya familia tenía necesidad de heredar al Mariscal Sucre," dice el señor Sánchez Núñez. (Cf. N. A. González, Ob. cit. II — XIV).

Tornamos a preguntar: ¿QUI PRODEST? ¿A quién aprovechó el delito? ¿A Obando? ¿Acaso él era rival de Sucre, "rival por el poder" o "rival por el amor"?

Véase, pues, si tenían fundamento los rumores de que hicimos mérito arriba, los "secretos misterios" de que hablaron,

casi a raíz del nefando suceso, don José Domingo Espinar y don José María Samper, amén de otros muchos investigadores que sería prolijo enumerar. (1)

Uno de los mayores empeños de Irisarri y los demás defensores de Flórez se cifra en proclamar que los asesinos materiales de Sucre vinieron de Bogotá.

No vamos a exhibir nosotros, porque nos haríamos interminables, todas las citas de los historiadores que prueban lo contrario. Sería una labor muy fácil, pero su realización demanda un gran espacio, del que nosotros no disponemos. Apenas, pues, haremos algunas consideraciones al respecto.

Ronqualdo Guerrero, José Pasos y Francisca Alborno, entre otros muchos testigos, declararon bajo la gravedad del juramento, ante el Juez Arturo, en Pasto, el 8 de junio de 1830, que habían visto pasar en altas horas de la noche varios soldados de caballería, procedentes del Sur, quienes marchaban a todo escape. Los testigos no precisán matemáticamente la fecha de tal suceso, pero están contestes en afirmar que pasó lo referido "en los últimos días de mayo de 1830." (Cf. N. A. González, Ob. cit. II — 35 — 36).

Don José María Samper escribe al respecto: "Viajaba (Sucre) descuidado por la provincia de Popayán y adelantándose confiado, la muerte le sorprendió en la montaña de Berruecos. Una partida de caballería, enviada con el más grande misterio desde el Ecuador, le acechaba en su camino" (*Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada*. Cf. N. A. González. Ob. cit. I — 287).

Y el entonces Prefecto del Cauca, don José Antonio Arroyo, decía al Secretario de Estado del Departamento del Interior, en comunicación oficial, el 12 de junio de 1830: ".....Por comunicaciones posteriores de Pasto, y por las declaraciones recibidas aquí por la Comandancia, resultan indicios o pruebas muy ciertas para creer que esta obra ha sido proyectada en el Sur, y remitidos de allá los asesinos. Lo cierto es que los autores de la separación del Sur, temían que fuera el señor General Sucre, porque les trastornaría su plan, y aún éste fué el motivo de haberla precipitado....." (Cf. N. A. González. Ob. cit. I — 297 — 298).

Es un hecho innegable que el Coronel Morillo, ejecutor principal del asesinato de Sucre, fué enviado con tal fin, desde Quito, por los Generales Flórez y Barriga, los dos rivales de Sucre, como queda dicho, quienes, en previsión de lo futuro, hicieron aparecer al citado Morillo como expulsado del ejército.

El propio don Antonio Flórez, en el libro que escribió en

---

(1) Don Cristóbal de Gangolena y Jijón, notable historiador ecuatoriano y Secretario perpetuo de la Academia de Historia de Quito, emparentado con doña Mariana Carcelén, la esposa de Sucre, sustenta la tesis de la participación de esta señora en el crimen de Berruecos, de la inmediata culpabilidad de Flórez en este delito y de la inocencia del General Obando. (Cf. Saavedra Gallardo. *Crónicas de Lima*, 26).

defensa de su padre, se contradice manifiestamente cuando en la página 425 escribe: "Flórez despidió a Morillo del Ecuador; Obando al poco tiempo le honró dándole el mando del escuadrón suagrado.....;" para afirmar 120 páginas después, que dicha expulsión fué de orden del General Barriga y no de Flórez, que se hallaba en Guayaquil. (Cf. N. A. González. Ob. cit. I, 299 — 300).

De cuán falsa resultaba la afirmación de Flórez al decir que Obando premió a Morillo, el asesino, concediéndole el grado de Comandante efectivo, nos lo prueba terminantemente la declaración del Presbítero Juan Ignacio Valdés, capellán del Batallón Vargas, dada en Quito el 12 de junio de 1830, quien al referirse a Morillo le da el título de COMANDANTE, con lo cual queda demostrado que Flórez premió a su agente con el ascenso militar antes de que viniese a desempeñar la nefanda comisión criminal. (Cf. N. A. González. Ob. cit. II — 45 — 49).

Corroboro lo afirmado por el Presbítero Valdés la Vista del Fiscal de la Suprema Corte Marcial, de Bogotá, donde se advierte muy a las claras que cuando llegó a Pasto, en 1830, Morillo era ya Teniente Coronel graduado. De dónde venía Morillo? Del Ecuador, en donde mandaba Flórez, luego fué éste y no Obando quien premió con el ascenso militar anticipado la ejecución del asesinato villano. No creemos que el señor Escala pretenda desmentir lo aseverado por el Fiscal Mallarino; admitido eso, la deducción que hacemos es lógica, y más que lógica, irrefutable.

Y veamos la declaración del Coronel José Ramón Bravo, rendida en Cumbal el 20 de febrero de 1836 y ratificada bajo la gravedad del juramento en Bogotá el 10 de septiembre del mismo año: "..... Pasé un día a verle (a Flórez) en su alojamiento, casa del doctor Pedro José de Arteta, y quedé horrorizado al oír de su boca que había resuelto quitar del medio al General Sucre, y que yo debía empapar mis manos en su sangre, marchando a esperarlo en las cercanías de Pasto. Contesté negativamente, excusándome con que no conocía el terreno. El repuso: desengañase usted, señor Bravo, desde Rómulo hasta nuestros días los gobiernos se han consolidado por medio de la cicuta y del puñal....." (Cf. N. A. González. Ob. cit. I, 291 — 292 — Irisarri. Ob. cit. 332).

Un distinguido historiador nariñense, el doctor José Rafael Sañudo, escribe a este respecto: "El 4 de junio, en la Angostura del Cabuyal, fué muerto (Sucre) de cuatro balazos, que le dieron unos soldados procedentes del Sur, dirigidos por el venezolano Apolinar Morillo, de los asesinos, con Maza, de los habitantes de Pasto. (Ob. cit. 266).

El General Posada Gutiérrez anota el hecho, por demás sugestivo, de que el primer lugar donde el tuerto Guerrero se desmontó en Quito, fué en casa del General Barriga, amante de la señora Solanda, y que de ahí fué luego en busca de Flórez que se había marchado a Guayaquil. (Memorias cit. II—324.)

En los múltiples testimonios que anteriormente hemos

transcrito nos parece haber encontrado la plena prueba de que los asesinos de Sucre vinieron del Sur. Y aún dado el caso de que tales testimonios nunca se hubiesen aducido, la simple lógica de los hechos, el mero sentido común, bastaban para hacer comprender a cualquiera que, dadas las circunstancias que rodearon los acontecimientos, sólo del Ecuador había podido venir la fatídica comisión de asesinos.

Saavedra Galindo afirma que los oficiales del Batallón *Carabobo*, que se hallaba de guarnición en Otavalo, a inmediaciones de Ibarra, vieron pasar la partida de asesinos, compuesta por soldados de caballería ligera. Y para reforzar lo dicho, aduce un argumento que nos parece muy conforme con la razón, basado en el hecho de que los asesinos llamaron por su nombre a Caicedo para infundirle confianza, lo cual demuestra que los criminales venían del Sur, de donde era Caicedo y por cuyo territorio había hecho varias campañas militares.

Por lo que toca a la directa e inmediata culpabilidad de Flórez en el atroz delito, sólo vamos a hablar de las dos pruebas más conocidas, entre las muchísimas que contra él aparecen, y que consiste una de ellas en la carta que *antes de cometerse el asesinato* envió a Lima al General Gamarra, y otra en la que tratando del mismo asunto suscribió Flórez para Obauo desde Guayaquil, el 14 de junio de 1830.

En efecto, según don Ricardo Palma lo declara en carta a don Fernando García Drouet, el señor Nicolás Augusto González, tantas veces citado, fué quien copió varias cartas del archivo Paz Soldán, existentes en la Biblioteca Nacional de Lima.

Entre esas cartas había una, firmada por Flórez en Quito, el 16 de mayo de 1830, y dirigida al General Gamarra, en la cual le daba noticia del asesinato de Sucre, cometido hacía apenas diez días, dice, en un punto llamado *La Venta*, y premeditado por los facciosos fanáticos, partidarios del Rey, según sus propias palabras. En tal carta le apunta otros detalles y le dice a Gamarra: "sólo deseo que me participe usted lo que haya por allá y lo que se diga de mí." (Cf. N. A. González. Ob. cit. II—67 y sig.)

González comenta: "¿Cómo pudo escribir Flórez en 16 de mayo dando noticia de un crimen que no se efectuó hasta el 4 de junio siguiente, y asegurando que se había ejecutado el 6 de mayo? Porque no contaba con la detención de Sucre en Popayán y había tomado sus medidas para los primeros días del mes que el catolicismo consagra poéticamente a María..... "¿Cómo le avisaron por la posta que había ocurrido lo que no sucedió sino un mes menos dos días más tarde?..... "¿Cómo durante ese mes no supo que la noticia era falsa y no tomó medidas que impidieran el crimen?..... "¿Cómo conocía de antemano el sitio en que debía representarse la espantosa tragedia: el punto llamado *La Venta* en la montaña de Berrucos?..... "¿Qué interés tenía en lo que de él se dijera en otras partes? ¿Acaso tenía algo que ver con los asesinos o con el crimen?..... "Por qué se dió en las revistas a los misteriosos

soldados que envió Flórez a Pasto, primero el carácter de individuos que gozaban de una licencia; después el de enfermos y últimamente el de desertores?" (Cf. Ob. cit. II—69—70.)

Pero ya nos parece oír al señor Escala, replicándonos que González repudió su obra y que declaró terminantemente que la carta a que hemos hecho referencia arriba es un papel que no existe.

Veamos lo de González: Como el doctor Nieto Caballero lo apunta, González no dice que tal carta sea falsificada. Hay más: según el escritor últimamente nombrado, el General Alfaro, desterrado en Lima en 1889, hizo sacar copia de ella con el señor Modesto Rivadencira. De modo que en esto está de acuerdo con don Ricardo Palma, quien se limita a decir que Alfaro no copió las cartas. Y así es, porque no fué Alfaro personalmente a copiarlas, si bien comisionó a Rivadencira para que así lo hiciese. Más tarde, se dirigió González al señor Palma pidiéndole que como Director de la Biblioteca Nacional de Lima certificase éste y otros documentos, a lo que Palma le contestó que le enviase las fechas de las cartas copiadas para darle tal certificación, lo que González no hizo por no haber tenido ánimo, ni tiempo, ni voluntad, ni salud para ir a registrar esas cartas que estaban repartidas en más de treinta paquetes, como él mismo lo dice. González añade: "Dejo sí constancia de los hechos, porque el señor Palma podrá en cualquier tiempo decir si ellos son o no ciertos." (Cf. Ob. cit. II—68; 270—271.)

Si la carta de Flórez a Gamarra no hubiese existido, es claro que González no habría cometido la audacia de dirigirse a don Ricardo Palma para pedirle certificación de su existencia, ya que con eso hubiérase puesto en riesgo inminente de ser denunciado como falsario. Que se dirigió a Palma efectivamente a pedirle la certificación de que se habla, salta a la vista, pues de no haber sido así, Palma lo habría desmentido, ya que tal cosa dijo González en su obra, como anteriormente lo señalamos.

Poco antes de repudiar su obra, ya al amparo de los hijos de Flórez, González volvió a tener en sus manos los paquetes del archivo Paz Soldán. Es lógico decir con Lenc: "Si se perdió la carta de Flórez a Gamarra..... lo probable es que el señor González sepa quién la tiene escondida." (Ob. cit. 273.)

Es bueno no olvidar que González comenzó a publicar su obra por allá, hacia 1886, y vino a contradecirse como treinta años más tarde, bajo la protección de los descendientes de Flórez. Actitud perfectamente explicable si se tiene en cuenta que los copartidarios de González nunca le prestaron su ayuda y que el fantasma de la miseria más espantosa rondó siempre en torno de su hogar desdichado!

De la segunda prueba de gran fuste, la carta de Flórez a Obando, fechada en Guayaquil el 14 de junio de 1830, como anotamos antes, no puede decirse lo que de la otra. Pérez y Soto la publica en facsímile y da por aceptada su autenti-

ciudad, a pesar de Irisarri y de don Antonio Flórez, que afirmaban que era apócrifa.

Tal carta se compone de dos partes, el cuerpo principal de ella y una nota o adición. En la primera parte habla largamente de la situación política de los pueblos del Sur, y sin decir más, la finaliza el autor con su firma. En la adición escribe: "En este estado recibo tu sorprendente carta de 5 del corriente: ella me ha sorprendido y me ha helado de horror. La muerte atroz del General Sucre ha producido en mi corazón una mezcla de sensaciones que yo mismo no alcanzo a explicar. Las cartas que he recibido del Ecuador y las lágrimas que se han derramado en este pueblo, es una razón más que aumenta mi dolor, por no decir mi desesperación. Tu carta me ha sido arrebatada por todo el mundo, y se imprimirá junto con una nota oficial que he mandado dirigirte en fuerza de mi deber y de los clamores generales....." (Cf. Tascón. *Boletín* cit. 327—329)

Por el espíritu y por la letra de la adición que acabamos de citar, Flórez indica que *precisamente el día 14 de junio de 1830* recibió la noticia del asesinato de Sucre, por la carta de Obando, fechada el 5 del propio mes. Así se deja comprender a las claras, por la emoción manifiesta del que la suscribe y por el hecho de haberle sido arrebatada por todo el mundo la carta de Obando, etc. Luego era la primera noticia que en Guayaquil se recibía del horrendo crimen, ya que antes de ese día no pudo haberse recibido la carta de Obando por la simple razón de ser eso físicamente imposible, según se ha probado hasta la saciedad, basándose en exactísimos cálculos de distancias entre Pasto y Guayaquil, según itinerarios de aquella época.

Ahora bien, si pues la noticia del asesinato de Sucre no pudo llegar a Guayaquil antes del día 14 de junio, ¿cómo se explica que aparezca Flórez haciendo tomar al Coronel Guerrero una declaración al respecto el día 12 de junio, es decir, dos días antes de saberse la fatal desgracia?

El hecho no necesita comentarios.

A esta diligencia, que llamaríamos *demasiada previsión* de Flórez, ¿por qué la llamaría el General Posada Gutiérrez, como lo hace notar Tascón, "intempestiva e inconsiderada"?

\* \* \*

El señor Escala no toma las cuestiones históricas con la seriedad y el cuidado que demanda esa labor, que es, en verdad un apostolado.

Tratando de la llegada del asistente Caicedo a Quito, tergiversa los hechos, añade consejas y comentarios que no vienen al caso y pone en boca de la Marquesa de Solanda y del asistente Caicedo expresiones tales que en realidad no cuadran, por su inverosimilitud, casi por su extravagancia, ni a la calidad peculiar de las personas ni mucho menos a las circunstancias excepcionales.

Le hace decir, por ejemplo, a Lorenzo Caicedo, que a él no

lo mataron los asesinos del Mariscal porque dizque en ese momento cayó al suelo hngiéndose muerto.

Nada más inexacto.

Según puede verse en la declaración del asistente del Mariscal, él no estuvo presente en el preciso instante del asesinato, por haberse retrasado un poco, arreglando el maletero de su caballería. Que al oír un disparo de fusil y en seguida una descarga de tres tiros, fué a alcanzar a los viajeros por una senda extraviada, creyendo que había ladrones, y entonces encontró muerto al Mariscal. Que a este tiempo vió cuatro hombres armados de carabinas, los cuales le siguieron algún tanto, sin hacerle fuego, diciéndole por dos veces: "párate, Caicedo," pero que él siguió para la pascana de *La Venta* .... etc. (Cf. Pérez y Soto, V—261. N. A. González, II—32 y sig. etc.)

Otra de las inexactitudes en que incurre el señor Escala, al hablar de Lorenzo Caicedo, y por un deseo bastante pueril de poner todo el valor, y la abnegación, y la fidelidad en personajes ecuatorianos, al paso que cubre de infamia memorias colombianas como la de López, de Santander y de Obando, es aquella en que afirma que el mencionado asistente era guayaquileño. Falso, de todo punto inexacto ese dato que el señor Escala nos suministra. En la ya citada declaración de Caicedo, rendida en Pasto el 9 de junio de 1830, afirma que es natural de Janeiro (Geneiro se lee en González), y no tenemos razón alguna para rectificar lo afirmado por quien más exactamente que nadie sabría el nombre del lugar de su nacimiento.

Débase a esa misma puerilidad el que de Doña Manuela Sáenz, "la libertadora del Libertador", diga el señor Escala que nació en Quito.

Este dato también está completamente equivocado, como lo vamos a ver.

He aquí lo que dice al respecto el reputado historiador Eduardo Posada: "Nos escribe el distinguido director de la *Revista Nacional*, de Buenos Aires, doctor R. W. Carranza, lo siguiente: A propósito de Doña Manuela Sáenz y del artículo publicado (por Posada), don Pedro Agote, que es un anciano argentino distinguidísimo y que conoció a esa señora, dice que nació en Paita, dato que se lo oyó á ella misma....." (*Apostillas a la Historia Colombiana*, 68.)

Y en otro lugar añade: "He aquí lo que dice Garibaldi en sus memorias sobre la señora Sáenz: En Paita desembarcamos, permanecemos un día y fui hospedado en casa de una generosa señora *del país* que se encontraba en cama...." (Ob. cit. 75.)

Subrayamos donde dice del país para llamar la atención sobre el hecho de que de haber sido Doña Manuela de otro lugar, eso hubiese constado, de seguro, en los apuntes de Garibaldi. Dijo *del país*, es decir de Paita. Sus razones tendría.

Y viene la prueba plena, que es un documento público firmado por la propia señora Sáenz en Bogotá, el 20 de junio de 1830, y uno de cuyos apartes dice textualmente:

"El, (un periodista) me ha vituperado del modo más bajo,



yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿Por qué llama peruanos a los del Sur y a mí forastera? Seré todo lo que quiera; lo que sé es que mi país es el continente de la América: *he nacido bajo la línea del Ecuador.*" (Ob. cit. 202.)

¿Por qué, si no hubiese sido peruana, quejarse amargamente de que a los peruanos se les llame tales y a ella extranjera? ¿Y por qué decir que ha nacido no en la línea del Ecuador (que es lo que habría dicho si hubiese sido quiteña) sino *bajo la línea del Ecuador*? A todo aquél que sepa donde está Paita, ¿le quedará alguna duda al respecto?

\* \*

En alguno de los apartes de su artículo, el señor Escala sugiere, con refinada malicia, con una subida dosis de inconcebible desfachatez, que fueron los criminales (sic) de Bogotá y de Valencia, en combinación, quienes ultimaron a la hija muy amada del Libertador: a la Gran Colombia.

Esta labor de falsear los hechos no es de ninguna manera la que le compete al historiógrafo verídico que aprecia la dignidad de su palabra. No es posible convenir en la absurda tesis del señor Escala respecto de la disolución de la Gran Colombia. Son los suyos errores de gran calibre que no pueden dejarse sin rectificar, menos aún cuando detrás de ellos se adivina una deliberada intención de desvirtuar los acontecimientos que la Historia ha confirmado de manera inapelable.

Aparte de las citas de Restrepo y de Groot, ya transcritas, aparte de la famosa documentación de O'Leary, es un hecho que el testimonio casi unánime de los historiadores de América sindicaban al General Juan José Flórez como uno de los principales fautores de la disolución de la Gran Colombia, en compañía de Páez. Pero con una diferencia: que Páez fué franco y sincero en proclamar y sostener sus propósitos, reprobables desde luego, en tanto que Flórez llegó a tal grado de hipocresía y venalidad fementida en sus intrigas de doble juego, que se hizo común la denominación de JUDAS AMERICANO que desde aquellos tiempos le dió el sentir popular.

Camacho Carrizosa, en el magnífico prólogo al primer volumen de la obra de González, tantas veces citada, exhibe al desnudo, con lujo de documentos y gran acopio de datos auténticos, la inconcebible hipocresía, el infinito cinismo del vencido de Cuaspucl.

Y como para muestra basta un botón, copiaremos unas pocas cartas de Flórez al Libertador, donde protesta que no consentiría de ninguna manera en la separación del Sur, al mismo tiempo que por lo bajo y a hurtadillas estaba intrigando de la manera más desvergonzada para acelerar cuanto antes esa separación.

El 28 de enero de 1830 le escribía desde Guayaquil: "He tenido varias cartas del centro de la República y en todas ellas me hablan tristemente del pronunciamiento que ha hecho Vene-

zuela por erigirse en Estado Soberano. No me ha sorprendido esta lamentable ocurrencia, porque como sabe V. E., siempre he juzgado mal de aquel desgraciado país (¡y era el suyo propio!) y de su Jefe, desde que leí el manifiesto de su extravagante fe política; pero sí me ha indignado la ingratitud y la perfidia con que se ha faltado a la confianza y amistad..... Yo me avergonzaría de que en el Sur se hicieran actas pretendiendo la desmembración de la República, estando yo mandándola y si tal cosa llegara a suceder, entonces yo sería tan culpable como los promovedores de la sedición .....

Y el 14 de febrero del mismo año decía: ".....Yo he declarado de un modo explícito que no sólo me opondré a cualesquiera pronunciamientos y actas populares, sino que estoy resuelto a impedirlo con mi espada; y a mis amigos les he escrito en el mismo sentido, añadiéndoles que aun cuando el Congreso decretara la división de Colombia debían unirse a mí para mantener el orden en el Sur y hacer respetar la autoridad de V. E."

Y el 17 de marzo de tal año escribía desde Riobamba: "Por lo que hace a lo demás, es decir, al orden público, a la integridad de la República y al respeto debido a la autoridad y glorias de V. E., yo respondo y responderé siempre, puesto que cuento con más amigos y opinión de lo que yo pensaba....."

Todo esto para que poco tiempo después revelase los secretos y viles designios que alimentaba, al buscar pretexto, en la renuncia que del mando supremo de Colombia hizo el Libertador, para desvincularse de sus antiguos compromisos y precipitar el movimiento separatista del Sur.

Así, pues, el 13 de mayo escribía al Libertador desde Pomasqui:

"Estando muy enfermo en cama, me han comunicado la desagradable noticia de que el encargado del Ejecutivo ha traicionado a V. E. pasando un mensaje al Congreso para que se convoque una Convención granadina, y que en consecuencia V. E. se alejaba de Colombia por la vía de Cartagena..... Sin vacilar un instante hice decir a mis amigos, que si yo había resistido al pronunciamiento del Sur, era únicamente por los deberes y consecuencias que tenía hacia la persona de V. E., pero que desde el instante que había sabido la resolución de V. E. me creía en forzosa obligación de no seguir obedeciendo a un gobierno que había faltado a V. E..... De todo esto deduzco que el Sur se pronunciará....."

Por estas pocas cartas, tomadas del tomo IV de las *Memorias* de O'Leary, y que también figuran en la obra de González, (I—259 y sig.) se verá claramente hasta dónde era falaz y pérfido el personaje sombrío que un día sembró el más espantoso terror en la sangrienta hecatombe de Miñarica, que traicionó la causa común de la América Hispana, ofreciendo importar un príncipe de la dinastía borbónica para ponerlo en un trono en los Andes ecuatoriales!

Por eso, Camacho Carrizosa lo designó con el mote de "architraidor", y José María Samper tuvo el acierto de legar a la

posteridad la figura moral de Flórez con estas palabras: "El Ecuador, encabezado, gracias a la ausencia del Mariscal Sucre, por el General Juan José Flórez, ese Judas de la democracia, la figura más siniestra y sombría que la Historia y el Tiempo han exhibido en el gran drama de las Repúblicas colombianas, el Ecuador, decimos, declaraba su desconocimiento de la nueva Constitución y su voluntad de constituirse en Estado independiente....." (Samper, Ob. cit. 125.)

Y Vargas Vila, refiriéndose a esas épocas de desconcierto, dijo: "En el Ecuador mandaba Flórez, el mulato pérfido que con una mano acariciaba la cabeza del caudillo americano y con la otra afilaba el puñal mirándole al corazón generoso. Su temperamento de esclavo no le permitía la resistencia. No había nacido sino para ordenanza de Boves y victimario del Mariscal de Ayacucho....." (*Archivo Santander*, XV—4.)

Y el señor Groot, antes citado, escribió: "El General Flórez siguió (en el Ecuador) exactamente el programa de Páez en Venezuela." (Ob. cit. V—334) ¡Y nosotros acabamos de leerlo que le decía a Bolívar del León de Apure, el 28 de enero de 1830! ¡Qué ironía!

De manera que Páez fué muchísimo más noble que Flórez cuando expresó su determinación de formar con Venezuela un Estado autónomo. Cuando de Bogotá se le envió al comisionado Aranzazu para tratar de reconciliar los ánimos, el Congreso venezolano reunido en Valencia, le dió asiento en el recinto de sesiones y el derecho pleno para tomar parte en los debates que se relacionaran con su cometido. Con el comisionado del Ejecutivo, tuvo toda clase de miramientos. Más aún, aquel cuerpo legislativo no ambicionó anexiones territoriales de ninguna clase, y antes rechazó, a pesar de convenirle en tan alto grado, la anexión de la Provincia de Casanare, despidiendo al Diputado que había ido a representarla, por considerar como un acto hostil contra la Nueva Granada todo lo que fuese contrario procedimiento, ya que dicha Provincia jamás había sido venezolana.

¡Qué contraste forma esta conducta de Páez con la que observó Flórez en iguales circunstancias! "En el empeño de extender su territorio hacia el norte, la mano de Flórez anduvo unas veces con cautela y otras al descubierto. De las provincias del Departamento del Cauca, primero las de Buenaventura y Pasto proclamaron su anexión al Ecuador; posteriormente hizo lo mismo la de Popayán, y Flórez aceptó esa nueva incorporación." (Cf. Henao y Arrubla. *Historia de Colombia*, 573—574. Restrepo. Ob. cit. IV—Cap. XVII.)

Con todo esto queda demostrado, a nuestro entender, que si hubo un caudillo que con verdadero empeño nefando quiso destruir la magna obra del Libertador, ese fué Juan José Flórez, el mismo que armó la mano de los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, porque, como apunta Juan Francisco Ortiz, a "este pobre indio de Puerto Cabello, asistente de Calzada, barbero de Boves y verdugo del Guáitara y Berruecos", que di-

jera González, le interesaba quitarlo de en medio para que no le hiciese sombra en la escena política. (1).

¡Y diga el señor Escala que tal ha sido la obra de los criminales de Bogotá y de Valencia en combinación! (2).

\*\*\*

Se duele el señor Escala, en el artículo que hemos venido comentando muy a la ligera, de que el Consejo de Guerra que en Bogotá envió al patíbulo al Coronel Morillo, no hubiese dictado sentencia de muerte contra el General José María Obando; pero no puede ocultar su regocijo satánico al acordarse del desastre de *Cruz Verde*, donde el caudillo granadino pereció a lanzazos.

Castigo de Dios, dice el señor Escala que fué la muerte desastrada de Obando, sin parar mientes que cualquiera podría retorcerle el argumento y decirle que la muerte de Lincoln, la de Uribe Uribe, la de Canalejas, la de Enrique IV, la de Cánovas del Castillo, la de Carnot, la de Portales, la de Arboleda, la de García Moreno, la de Jaurés, la de Rossi, la del propio Sucre; también fueron manifiestos ejemplos de la Justicia Divina.

Esta teoría de la expiación, que tantos bemoles tiene, bien estuvo para ser sostenida por los trágicos griegos de ahora mil trescientos años, cuando el sentido fatalista de la religión imperaba en la conciencia de los hombres; pero que en estos tiempos se la resucite por el desgarrado placer, por la odiosa delectación de aplicarla para llamar a la Providencia en ayu-

(1)—El más insigne de los escritores ecuatorianos, el insuperado e insuperable don Juan Montalvo, escribe: "Sucre no murió a nombre de un principio, de una idea, ni por mano de un partido: su muerte no pesa sino sobre su matador, y su memoria no infama sino a su tenebroso verdugo. *Los gobiernos se han fundado y consolidado en todo tiempo por medio de la cicuta y el puñal, dijo uno de los asesinos, echándole al rostro al género humano esta necia cálamnia.....*" Y analizando luego la personalidad de Flórez, le llama: "Obscuro malvado. El más perverso de los nacidos. Tirano cuyo cabeza es el edificio donde trabaja la ineptitud moviendo la máquina de la tiranía....." (Siete Tratados. II—89—91.)

(2)—Si hubo un pueblo que con verdadero empeño patriótico quiso hacer viable y realizar el genial sueño político del Libertador, ese pueblo fué el de la Nueva Granada, primero haciendo cuanto estuvo de su parte para impedir la disolución de la Gran Colombia, y luego, ya consumado el desastre, por las causas que hemos visto, tratando de reconstruir la estabilidad de las tres repúblicas, conforme al ideal político de Bolívar. En efecto, la Constitución Federal de Rionegro, expedida en 1863, consignó en el artículo 90 de ese Código, una autorización formal al Poder Ejecutivo para iniciar con Venezuela y Ecuador negociaciones tendientes a la reintegración voluntaria de la antigua Colombia. La Convención de Rionegro designó al General López para dar principio a esa labor, de acuerdo con instrucciones precisas que al respecto le dió ese alto cuerpo legislativo. Si tan generoso propósito no tuvo en la práctica buen suceso, no fué ciertamente por obra de los criminales de Bogotá y de Valencia en combinación, sino por razones muy distintas, que la crítica histórica ha puesto al descubierto, para honor de Colombia, pero que no podemos ni siquiera esbozar en este lugar, por no dar a estas páginas demasiada prolijidad.

da de simples cuestiones mundanas, de dudosa ortografía por añadidura, es estar, verdaderamente, muy mal quisto con la severidad y el decoro que deben guiar los pasos del historiador que estime en lo que vale su misión augusta.

Por otra parte, es inexacto que Obando hubiese perecido alanceado *por sus mismos subalternos*, como lo apunta el señor Escala.

Un testigo presencial de los acontecimientos, adversario político de Obando, el tantas veces citado señor Ortiz, apunta al respecto: "El 29 de abril de 1861 venía Obando con unos cuatrocientos hombres a unírsele a Mosquera, acampado en Subachoque, y en un punto de la Sabana, llamado *El Rosal*, fué atacado de improviso por fuerzas superiores. Durante la refriega, al saltar su caballo una zanja, cayeron en ella caballo y caballero, y postrado y sin armas le atravesó el pecho con su lanza un orejón de la Sabana. Dijose entonces que Obando había sido asesinado, pues pudieron muy bien haberlo aprehendido sin quitarle la vida. Heliodoro Ruiz capitaneaba la columna que atacó a Obando. El canónigo Sucre, sobrino del Gran Mariscal lo encontró atravesado de varios lanzazos y no alcanzó a verlo. Esto me lo refirió el mismo doctor Sucre. Unos afirman que Ambrosio Hernández fue el primero que hirió con su lanza al General Obando, y que se jactaba de haberle dado la muerte; otros, mejor informados, y entre ellos un asistente de Obando, me han asegurado que no fué Hernández, sino un mozo llamado Rafael González." (Cf. *Reminiscencias.*, 320—321.)

Y para añadir más fuerza al valor testimonial de sus palabras, el señor Ortiz hizo constar: "Lo que llevo dicho de Obando es la pura verdad; nada tengo que temer ni que esperar de él, ni de su familia, que ha quedado reducida a la mayor miseria." (Id. id.)

El General Daniel Aldana, compañero de Obando, testigo que vió con sus propios ojos los acontecimientos, está en un todo conforme con la narración de Ortiz ya transcrita. Puede leerse la carta que este General le envió al doctor Camacho Carrizosa, y que corre publicada en el tomo II, páginas 288, 290 de la obra de N. A. González.

Con que, la muerte de Obando no fué la muerte *despaciota* (sic) que quiere Escala, ni estuvo confortada por el canónigo Sucre, que ni siquiera pudo absolverlo.

Y como en esta rara coincidencia de haber estado el doctor Sucre en la refriega de *Cruz Verde* o *El Rosal*, quiere descubrir el señor Escala secretos designios providenciales, una manera velada de que se valió Dios para mostrar la culpabilidad de Obando en el crimen de Berruecos, no vamos a responderle nosotros sino recordándole otra coincidencia, también muy rara, y de la que se han valido los detractores del Libertador para enseñarnoslo cruelmente castigado por Dios en sus últimos días.

Es el caso que Bolívar fué el enemigo más grande que tuvieron los españoles en el siglo pasado, y quizá en todos los si-

glos. El terrible Decreto de la Guerra a Muerte, las innumerables represalias, las once campañas, las treinta y seis batallas campales y los cuatrocientos sesenta y dos combates que contra ellos dirigió, según el cómputo de Hispano, así lo proclaman. Con todo, Bolívar, cercano ya al final de sus días, tuvo que buscar asilo en el hogar de un caballero español, don Joaquín de Mier, bajo cuyo techo hospitalario exhaló su último aliento.

¿Se atrevería a decir el señor Escala que la Providencia le reservaba con eso al Padre de la Patria un tremendo castigo?

He aquí, pues, cómo es una necesidad pretender concatenar el oculto sentido de unos acontecimientos con otros muy distintos, que nada tienen que ver entre sí, por más que entre ellos se coloque el secreto designio de la Providencia, cuando en realidad apenas si hay el inconsciente capricho del acaso.

Al deplorar el señor Escala que el Consejo de Guerra que juzgó a Morillo no hubiese enviado al patíbulo al General Obando, da por supuesta la delincuencia del caudillo granadino, una delincuencia tremenda, desde luego, para ser merecedora de la última pena, y esto a pesar del fallo de la alta Corte Marcial, que presidía ese varón integérrimo que se llamó Félix de Restrepo. La alta Corte Marcial, dijo: "de todos los documentos existentes contra Obando y López, no resulta, ni aún por ligeros indicios, que dichos generales hayan tenido parte directa o indirectamente en aquella muerte (la de Sucre)....." (Cf. Restrepo. Ob. cit. V — 525).

Así y todo, con deliberada intención, en un arranque que no denota alteza de miras ni mucho menos, el señor Escala, en lenguaje irónico, llama a Obando (al *criminal* que él se figura) "heredero de la espada del Hombre de las Leyes, General Francisco de Paula Santander," para tratar de empequeñecer así una de las figuras más gallardas de la Epopeya emancipadora de la América Latina.

Pero al señor Escala hay que repetirle lo que Max Grillo le decía a los historiadores venezolanos desdeñosos de la gloria del genial granadino: "A Santander no se le puede mirar por encima del hombro, sin cometer una injusticia y sin provocar la sonrisa en los extraños." (*Alma Dispersa*, 86).

Esa sonrisa es lo único que, como respuesta, merece el desacato del señor Escala. Nada más y nada menos. Ni es él, ni individuo alguno de las generaciones que conviven en esta época, quien ha de fijar a su talante el lugar en que la Historia agradecida ha colocado la figura magna del prócer eximio. Ella se yergue, dominadora y orgullosa, sobre todos los abismos del odio y a pesar de la sombra proterva de la incompreensión. Santander! No bastan los elogios de la gratitud más encendida para colmar el justo límite de sus merecimientos, ni es con el desvío histórico como han de sopesarse sus invaluable servicios a la libertad de América. La República de Colombia, señor Escala, se siente orgullosa y satisfecha de poder presentar ante el concierto del mundo, como un auténtico hijo

sujo, un varón de tan excelsas virtudes como el General Santander, el caudillo genial "que nucleó en los Llanos las fuerzas patriotas dispersas después de la pacificación de Morillo; que determinó el Consejo de Oficiales de la aldea de Setenta; que fué la proyección de la libertad suramericana; que indicó a Bolívar la ruta de la invasión a la Nueva Granada; que fué el jefe de la vanguardia en la expedición de los Llanos a Boyacá, y en la batalla de este nombre; que creó los recursos de la Guerra Magna; Santander, que al ser colocado en efígie en la Casa Blanca de Washington, mereció que se rememorara por el Presidente de los Estados Unidos su frase inmortal: *Las armas nos han dado la victoria; las leyes nos darán la libertad.*" (Suave-dra Galindo, *El Cadalso ante el Senado*. Discursos, 290).

No es de hoy la amarga insania con que escritores apasionados se han referido a nuestro gran compatriota y Padre de la Patria. Algunos llegaron en su desvío hasta decir que el hermoso dictado de "Hombre de las Leyes" con que le distinguió el Libertador, le fué dado apenas en tono de sangrienta ironía. Entre los sostenedores de tamaño despropósito parece encontrarse el señor Escala, según muy a las claras lo viene demostrando. Pero vamos a darle una sorpresa, a negarle rotundamente su afirmación inexacta, y más que inexacta, necia.

Don Marco Fidel Suárez, ex-Presidente de la República, jefe del partido conservador de Colombia, y por lo mismo, libre de ser motejado como parcial de Santander, escribe al respecto: "Aquí también llamamos al General Santander el Hombre de las Leyes, título que le aplicó el Libertador, no en significado despreciativo, como suponen algunos (oiga bien, señor Escala) sino para reconocer, encarecer y exaltar la sabiduría del grande hombre, como legislador, como estadista y también como gran publicista y escritor. Todo eso fué el General Santander, organizador de la victoria, militar sobresaliente y una de las primeras figuras de Colombia como administrador y gobernante." (*Sueños*, V — 259).

Y oiga usted el propio testimonio del Libertador, en esta bellísima carta que le dirigió a Santander, desde Lima, el 9 de febrero de 1825: "Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades, usted EL HOMBRE DE LAS LEYES y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote, y Colombia con los tres." (*Archivo Santander*, XII — 245).

Y nada tan definitivo como las bellas palabras que en todo tiempo tuvo Bolívar para Santander. Esas palabras, que pueden considerarse como la más severa síntesis de los merecimientos del prócer granadino, encierran, en su clara elocuencia, la más rotunda respuesta a los detractores del héroe incomparable. He aquí algunas:

Pocos meses después de la victoria de Boyacá, el 25 de febrero de 1820, el Libertador le escribía a Santander, desde El

Socorro: "V. E., después de haber tributado a su patria los servicios más esclarecidos, ha puesto el colmo a su gloria por su moderación, obediencia y desprendimiento. V. E. está llamando por su nacimiento, valor, virtudes y talento a ser el primer Jefe de la nación granadina y V. E. ha preferido ser el primer súbdito de Colombia. Yo que sé más que otro alguno a cuánto tenía derecho V. E. a aspirar, me asombro al contemplar cuánto V. E. ha renunciado por aumentar sus títulos a la gratitud nacional. Títulos que ya parecen completos! ¿No fué V. E. el primero que levantó un ejército para oponerse a la invasión de Casanare por nuestros poderosos enemigos? ¿No fué V. E. el primero que restableció el orden y una sabia administración en las provincias libres de la Nueva Granada? ¿No fué V. E. el primero en apresurarse a dar el complemento a su libertad? A abrirnos el camino por las Termópilas de Paya? ¿No fué V. E. el primero en derramar su sangre en Gámeza? ¿El primero en Vargas y Boyacá en prodigar su vida? ¿No ha justificado V. E. mi elección por su inteligencia, economía y rectitud en el Gobierno de la Nueva Granada? Es, pues, V. E. el más acreedor a la gratitud de Colombia que por mi órgano la manifiesta a V. E....." (*Archivo cit.*, XIII — 55 — 56).

Y en marzo de 1826, le decía: "Su administración ha colmado las esperanzas de la Patria, y nadie será obcecado que no le tribute el homenaje de su aprobación." (*Archivo cit.*, XIV — 142).

Y a raíz del triunfo de la campaña peruana, que selló la libertad de América, le escribía desde Arequipa: "El ejército en el campo y V. E. en la administración son los autores de la existencia y de la libertad en Colombia. El primero ha dado la vida al suelo de sus padres y de sus hijos; y V. E. la libertad, porque ha hecho regir las leyes en medio del ruido de las armas y de las cadenas. V. E. ha resuelto el más sublime problema de la política si un pueblo esclavo puede ser libre. V. E., pues, merece la gratitud de Colombia y del género humano. Acepte V. E. la mía como soldado y como ciudadano." (*Archivo cit.*, XIII — 27).

Con referencia al incidente de protocolo diplomático habido entre el General Castilla, Presidente del Perú, y el General Obando, Ministro Plenipotenciario de Colombia, nombrado por López, dice el señor Escala que Castilla se negó a recibir a Obando en carácter de tal porque estaba señalado por la conciencia de América como principal asesino de Sucre.

Así se adultera la Historia! ¡Así se fulsean los hechos!

El historiador Gustavo Arboleda, cuya imparcialidad y competencia sobra encarecer, apunta al respecto, clara y terminantemente: "El presidente López lo envió (a Obando) de gobernador a Cartagena, después a Lima, como Ministro, pero no fué recibido a causa de su anterior intervención política allí." (*Diccionario Biográfico y Genealógico del Cauca*, 456).

Es decir, le pasó a Obando con Castilla lo que a Múrrillo Toro en la corte de la Emperatriz Eugenia, que a causa de ha-



ber censurado el gran estadista ciertas medidas políticas de la soberana francesa, no fué admitido en su carácter de Plenipotenciario colombiano. Es el caso comunísimo que a cada instante estamos registrando, sin sorprendernos, en la vida diplomática de las naciones.

De cómo pudo haber intervenido Obando en la política interna del Perú, puede comprobarse fácilmente estudiando esa faz de su agitada vida, sus relaciones con el General Torrico, su extrañamiento a Chile por Vidal, etc. No fué, pues, la necia causa que Escala apunta, sin prueba alguna, la que determinó la actitud de Castilla frente al ministro Obando. Otros son los hechos; otra la verdad histórica.

Fácil nos sería prolongar estas apostillas en torno de otras falsas apreciaciones que se deslizan en el artículo del señor Escala. Sobre todo en lo que se refiere al verdadero responsable del asesinato de Sucre, basándonos en las nuevas documentaciones que han hecho públicas los historiadores Gustavo Arboleda, Eduardo Posada y Jorge Obando Lombana. Sin embargo, finalizamos en este lugar, con la esperanza, eso sí, de continuar este somero estudio al presentárenos la primera oportunidad. No nos seduce la tesis conciliadora del señor Suárez, que quiere se aplique a los que la Historia indica como responsables del horrendo delito el "parece sepulto" del poeta. (*Sueños*, VI — 228). Anhelos irrealizable y utópico, por otra parte, aunque inmensamente generoso. Quién sabe! Puede ser que nos equivoquemos en esta personal apreciación; pero nos parece más humano, quizá más justo, en todo caso más en armonía con el verdadero carácter de la Historia, echar a un lado toda vana consideración y proclamar los hechos sin temores ni restricciones. "Veritas ante omnia"!

IGNACIO RODRÍGUEZ GUERRERO

Pasto, septiembre de 1930.

## LA MUERTE DE SUCRE

EDUARDO POSADA

(Continuación)

V

El General López dirigió, el 29 de octubre, un nuevo memorial desde Popayán, al Ministro de Guerra, el cual, con el membrete de Comandancia General del Cauca, dice así:

"Si una reputación ganada en veinte años de servicios constantes a la causa de la libertad, que no podrá borrarse con calumnias e injectivas, y si la buena urbanidad no lo exigiesen, yo me abstendría de

dar contestación a las dos notas de U. S. del 15 y 21 del mes próximo pasado, contentándome solamente con acusar recibo; pero me es indispensable decir algo para la inteligencia del Gobierno de U. S. Cuando se decretó por S. B. el General Urdaneta la solicitud que el General Obando y yo dirigimos al legítimo Gobierno pidiendo un juicio sobre el terrible asesinato de S. E. el General Sucre, aún no sabía el Gobierno de U. S. si sería desconocido por este Departamento. Cuando el mismo señor General Urdaneta dio su proclama a los habitantes del Cauca, proscribiéndome, y suponiendo que yo resistía al reconocimiento de esa nueva administración por evadirme del citado juicio, no era tiempo de que en Bogotá se supiese mi justa y fundada resistencia. Deduzco de todo que el ánimo del Gobierno de U. S. ha estado preparado para aniquilarme con el maligno objeto de que los caucanos fuesen fascinados y abandonaran las banderas de la constitución. ¡Condenar a un inocente por varias conjeturas, o por chismes de enemigos personales! Gran Dios! ¿Será esto rectitud? Será amor a la justicia? Y se me considera tan bajo y tan estúpido que me resignase después de esto a comparecer ante el Gobierno de U. S. y a dar mis descargos a un Tribunal creatura suya, que naturalmente se compondría de jefes llenos de prevención y animosidad contra mí porque desde el año de 26 me he opuesto decididamente al despotismo militar y al Gobierno de bayonetas que se ha tratado de plantear? Yo no evado el juicio; muy distante de eso, yo lo provocaré con tenacidad el día que las garantías hayan recobrado su imperio. Si por desgracia yo no viese ese día, bien puede cebarse la venganza sobre mi persona y sobre mi honor; bien pueden inventarse detraiciones y sofismas; la historia es fiel, la posteridad declarará mi inocencia y el que distribuye la justicia lanzará sus rayos sobre los calumniantes. Tengo el honor de ofrecer a U. S. mis respetos y mi consideración con que soy de U. S. atento, obediente servidor."

La contestación, fechada el 6 de noviembre y firmada como la anterior por el señor Pey, fue igualmente difamadora y agresiva.

"El Gobierno, dice al empezar, se ha impuesto de la respuesta que V. S. me ha dirigido desde Popayán, con fecha 29 de octubre anterior, número 39, y me ha ordenado contestarla, no con motivo de continuar relaciones con V. S. sino para haber saber al público la conducta falaz, criminal de V. S. como igualmente su refinada hipocresía."

Ese párrafo es una muestra de todo el lenguaje usado en aquella nota. Cuán fogoso era entonces el estado de los espíritus, y cómo se debatían los arduos problemas en la atmósfera más canicular.

Le dice que el título de Comandante de que aún se reviste es usurpado, y que para evadir el juicio se ha levantado en Popayán. Reconoce ser cierto que el Jefe del Gobierno no conocía, cuando dio su proclama a los caucanos, la solicitud de Obando y López, pero que sí tenía noticia de su estado de rebelión, y agrega:

"Diré además que la opinión pública, los documentos venidos del Sur y la propia conciencia del Gobierno caracterizaban ya a V. S. como el principal director de los alevosos asesinos que dieron muerte al infortunado Sucre. Así, pues, no se ha equivocado V. S. cuando ha deducido que el ánimo del Gobierno, al dar la mencionada proclama, fue el de ilustrar a los incautos fascinados por V. S.; de hacerle odioso a los virtuosos caucanos y en fin diré también que el mismo Gobierno, al fallar contra V. S., no ha hecho más sino repetir el fallo anticipado de todo el Sur, y de toda la Nueva Granada, y dar el crédito debido a los documentos irrefragables que tiene en su poder contra V. S."

Y termina así: "Sin embargo, el Gobierno que más anhelo tiene de encontrar inocentes que criminales, llama de nuevo a V. S. y al General José María Obando, para que comparezcan en esta capital a presentar sus descargos, pues sus deseos serían de que los jueces imparciales que les daría la ley los declarasen inocentes y que por consiguiente la página de la historia de Colombia que debe hablar de la muerte del General en Jefe Antonio José de Sucre, no mentase a dos Generales de brigada de la República como asesinos de aquella ilustre víctima.

Esta respuesta, que será impresa en la *Gaceta Oficial* con la citada contestación de V. S., es la que el Gobierno me ha prevenido hacer, añadiendo que será la última comunicación que V. S. recibirá por orden del Gobierno."

El General Antonio Morales, íntimo amigo del General Flórez y su representante en Bogotá para efectos de ser reconocido su Gobierno, hizo aquí su defensa en una publicación que está fechada el 26 de septiembre, en la cual dice:

"Los manes respetables del Gran Mariscal de Ayacucho que me favoreció con su amistad, el honor del Sur y la reputación del benemérito General Juan José Flórez, ofendido por la calumnia, obligan a quien como yo se honra con el título de su amigo, a defenderla en todos sentidos.

No se ha visto un solo dato en que la calumnia pueda apoyar la negra imputación del asesinato del gran Sucre al General Flórez. Entre ellos reinaba la mayor armonía, se prodigaban distinciones señaladas de amistad. El General Flórez conociendo las virtudes del héroe víctima, se sometió siempre gustoso a sus órdenes, haciendo triunfar más de una vez la obediencia al Gobierno, y la subordinación militar, sobre afecciones particulares hacia su persona. Dígalo la división con que triunfó en Tarqui.

El Sur se había pronunciado por el General Flórez espontáneamente y sin la menor violencia. El Gran Mariscal venía al seno de su familia a hacer una vida privada como lo testifican las cartas a sus amigos. El mando sólo había dejado en este Jefe los vestigios de la ingratitude de los pueblos marcados por el hierro y el plomo, y desnudándole hasta de la sombra de la ambición al poder que sí pudo lisonjearlo en Bolivia no sólo lo debía halagar en el Sur. Su modestia era bien conocida. La religión había encadenado también a estos dos Jefes por medio de los vínculos más tiernos para un padre. Venezuela los vió nacer. La victoria y la fortuna han bruñido sus espadas y es preciso

confesar que valientes nunca son asesinos y que nada debía temer el General Flórez del gran Sucre su amigo, su paisano, su compadre y su compañero de armas. Uno y otro casados en el Sur, y unidas sus esposas con relaciones de sangre.....

El General Flórez, como Jefe del Sur, decreta un luto a la memoria de Sucre siendo el primero en el ejemplo. Una pensión a la viuda del vencedor en Pichincha, honores y pompa fúnebre, concurren a ella. Nada omite para indagar los parricidas: comunica, amenaza, corta comunicaciones con hombres, sindicados por la opinión pública en tan atroz suceso.

La calumnia inventó que el General Flórez había enviado a Pasto al Coronel Guerrero con tan horrendo designio. El Gobierno del Centro tiene en su poder documentos que convencen que este Jefe llegó a Pasto, trató con el General Obando y contramarchó, antes del asesinato, con los que le acompañaban. El pueblo todo es testigo de que este Jefe almorzaba en la mesa del General Flórez el mismo día que se recibió en aquella ciudad la noticia de tan infausto suceso, después de hacer mucho tiempo que se encontraba en ella. ¿Cómo, pues, pudo el Coronel Guerrero asesinar al Gran Mariscal desde Guayaquil, en Berruecos? El General Obando se hallaba en Pasto, tenía ser invadido por el General Flórez, todos saben su sagacidad y los conocimientos locales que le asisten de aquel terreno; probablemente debía tener cubiertas todas las avenidas y defendidos los pasos de los caminos de Quito y Popayán. El Guáitara y el Juanambú están interpuestos. La estación era de invierno, y en ella nadie ignora que no son vadeables sino por determinados puntos. ¿Cómo, pues, podrían haber pasado asesinos mandados de Guayaquil o Quito, venciendo tantos obstáculos naturales, la vigilancia, el celo militar y los conocimientos locales del señor General Obando para colocarse a su retaguardia? ¿Y si pudieron éstos ser burlados, si el corazón maligno que asesinó a Sucre hubiera sido el de Flórez habría perdonado a Obando, más bien enemigo que amigo del General Flórez?

El General Sucre vino rápidamente de Cúcuta a Bogotá en donde no se sabía su venida. En esta capital no estuvo sino veinticuatro horas, no tuvo tiempo de despedirse de sus amigos, ni lo hizo de persona alguna. Marchó con velocidad a Popayán en donde no se demoró sino muy poco. El General Flórez no pudo saber su partida, e ignorándola ¿podría disponer tan atroz crimen? ¿Podría haber enviado asesinos de Guayaquil o Quito hasta Berruecos, y marchado éstos, vencidos los obstáculos de que he hablado, en cuatro o cinco días, período de la demora del General en Jefe en Popayán y de su marcha de allí a Berruecos?" (1).

Manuel Barrera, en una hoja publicada en el Ecuador (sin fecha), dice:

"Tal como queda referido ha sido mi proceder durante mi detención en la Provincia de Pasto hasta mi arribo a esta capital donde me han

(1) De esta publicación hablamos en nuestra obra *Bibliografía Bogotana*, T. II., p. 258.

sorprendido multitud de especies con que se ha vulnerado mi conducta y las que han motivado esta manifestación.

No dejaré de atacar las principales tal como una declaración insertada en *El Meteoro* de Popayán, en que falsamente se dice que he asegurado que el General Flórez estaba resuelto a evitar por todos los medios posibles que el señor General Sucre visitara al Sur. Esto es enteramente falso, pues solamente he dicho al General Obando, cuando este señor me aseguró que había ofrecido al señor General Flórez, tanto por escrito como por recado con el Coronel Ayaldeburo, que no dejaría pasar al señor General Sucre, que el señor General Flórez, como reunía la opinión del Sur, no tenía que recelar del señor General Sucre, pero que como encargado de la seguridad de estos pueblos estaba determinando a conservar su tranquilidad. Mas no es extraño que un hombre trate de vindicarse por estos débiles medios de la acusación pública por el hecho atroz de La Venta.

Si al Comandante Sarria no se le hubiera curado escrupulosamente de un cólico que padeció la víspera de salir en comisión; si la mañana de salir no hubiera buscado con tanto empeño el Capitán Marijano Alvarez dos paquetes de cartuchos, uno para Sarria y otro para su asistente; si el Comandante Sarria no se hubiera encontrado con el General Sucre en la montaña de La Venta, con todas las circunstancias que han explicado bien los papeles del Sur; si el señor General Obando no hubiera asegurado antes del suceso de La Venta que temía no llegara el señor General Sucre; no habría tenido necesidad de ocurrir a estas indiferentes expresiones para atacar con mengua ajena la reputación del Jefe del Sur. Tan ridículo es esto como la pretendida partida que se supone atravesó hasta la montaña, pues que el único declarante llamado Romualdo, vecino de Yacuanquer, habló de una partida de dos o tres hombres armados, y éstos eran justamente el Capitán Zarraga de Carabobo con dos soldados que en comisión le acompañaron cerca del señor General Obando.

Los beneméritos oficiales del Vargas que hicieron el reconocimiento después del asesinato, han visto con dolor que los vecinos de La Venta observaban el cadáver del Gran Mariscal con una especie de placer, y uno de los Jefes del Vargas ha exclamado; *cinco Vargas hubieran salvado a uno de los más ilustres campeones de la libertad.*

Quizás con el mismo designio se insertan unas instrucciones que suponen me remitía el señor General Flórez. Esto es falso, y apelo al testimonio del mismo señor General. Sin embargo de tales prevenciones sólo se referían al pronunciamiento de Pasto, a su sostenimiento, y por su seguridad, pero que no le han sido remitidas al que manifiesta y de las que hace uso exóticamente el señor General Obando." (1)

Nuevos ataques aparecieron de parte del Gobierno revolucionario contra Obando y López.

En orden general de 14 de octubre de 1830 dice el General en Jefe Pey que han sido borrados de la lista militar los Coroneles J. M. Gaitán y T. Murray, y que los fundamentos del Gobierno para esta resolución son el haber sido informado que

(1) Se halla esta hoja en la Bib. Nat., fondo Pineda.

desde Neiva, a donde habían fugado dichos Jefes, han pasado a Popayán a unirse bajo la ignominiosa y sangrienta bandera de los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, acto indigno que les hace indignos de figurar por más tiempo sobre la lista de los bravos de Colombia." (G. de C. de 17 de octubre 1830).

Y el 3 de noviembre, el mismo General Pey, encargado del mismo ministerio, pasa una comunicación a Murgueitio con estas vehementes palabras:

"S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, se ha impuesto de la nota de U. S. fecha 9 del pasado, en la que detalla las razones en que se funda para no admitir el destino de Comandante General del Departamento del Cauca, para que le ha nombrado el Supremo Gobierno, en reemplazo del General Hilario López, que lo obtenía, e igualmente se ha orientado S. E. del convenio, sobre el cual se apoya U. S., celebrado en la hacienda de Japio el 2 del citado mes, entre el General López (que todavía se titula Comandante General de ese Departamento), y los señores Comisionados de las autoridades civiles y militares de Cali, que U. S. me acompaña a su citada nota; y en vista de todo, S. E. me manda contestar a U. S. que el Supremo Gobierno está muy lejos de querer transigir con ninguno de los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, que la voz pública, que rara vez se engaña, designa altamente al General Hilario López, como uno de ellos; que las justificaciones que se han practicado en el Sur demuestran hasta la evidencia su complicidad en aquel horrendo crimen; que el Gobierno, a consecuencia de la representación dirigida en 22 de agosto último, por el mismo Hilario López y su compañero José María Obando, pidiendo se le abra un juicio, para responder ante la ley del cargo de dicho asunto, que les hace *El Baluarte*, número 6, decretó la apertura de dicho juicio, exonerando al citado López de la Comandancia General del Cauca; que no habiéndose presentado para que se verifique el juicio que artificiosamente ha pedido, y habiendo, al contrario, tomado las armas contra el Gobierno, éste se ve en el caso de declararlo fuera de la ley, como revoltoso, asesino del ilustre General Sucre; que en tal consecuencia, el Gobierno no aprueba el convenio citado, y por lo contrario, lo declara nulo y de ningún valor, ordenando a U. S. termine toda comunicación con el asesino López y se persiga como tal asesino.

Esta superior y justa resolución no puede ser sino muy aplaudida por los fieles y honrados pueblos del Cauca. Ellos todos han llorado la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho: ellos todos aborrecen a sus infames y cobardes asesinos; ellos todos saben que López y Obando son los Jefes de los alevosos de Berruecos, y ¿cómo los caucanos verían con indiferencia y sin la más exaltada indignación a López ocupar el primer empleo militar del departamento? Esto es incompatible con el honor bien conocido de los caucanos. López no puede ser a los ojos de todo hombre de bien sino un asesino que rechaza la sociedad, y sería deshonor al Departamento del Cauca y al Gobierno de la República si se continuase dándole por más tiempo el título de Comandante General, y reconocerlo por tal.

Lo repito a U. S., el Gobierno lo ha destituido de dicho destino, que ha conferido a U. S. Océpelo, pues, con la energía y la consagración

que siempre le han distinguido: muestre U. S. de nuevo el amor que nunca ha desmentido por el Libertador: trabaje U. S. por la integridad nacional que todos los viejos patriotas y amantes de la Patria han jurado restablecer; y si U. S. duda de las buenas intenciones de la Asamblea Caucaña, que me dice debe reunirse, impida U. S. dicha reunión, y sobre todo, esfuércese en librar al Cauca de los monstruos que lo oprimen y lo deshonran; en fin, de los asesinos Obando y López y de su pandilla. U. S. para esto, tiene ya a la raya de la Provincia de Popayán, por la parte de La Plata, una columna de operaciones a las órdenes del señor Coronel Joaquín Posada, la que ha sido nuevamente engrosada con las dos compañías del Batallón Vargas, que López había situado en Inzá, y que movidas por el amor patrio, y por el antiguo patriotismo que siempre ha distinguido a los valientes de dicho cuerpo, han abandonado gloriosamente las ominosas banderas de los facciosos de Popayán, para unirse bajo las del honor. U. S. también tendrá en pocos días sobre la línea de Ibagué un brillante cuerpo, destinado a obrar, si es necesario, por el Valle del Cauca, sobre Popayán. En conclusión, digo de nuevo a U. S. que el Gobierno ha resuelto restablecer la integridad nacional y la destrucción de los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho." (1)

Obando, al leer la contestación oficial que le diera Flórez el 17 de agosto, la cual publicó *El Colombiano* de Guayaquil el 26 del mismo mes (número 56), y los ataques que le hizo *El Ciudadano*, periódico de aquella misma ciudad, lanzó una nueva publicación titulada:

*"Contestación justificativa y documentada que el General José María Obando presenta al público para desvanecer la calumnia que conspira contra su reputación relativa al asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho,"* fechada en Popayán, 22 de octubre 1830, e impresa allí por B. Zizero.

Hace primero algunos apuntes sobre su vida anterior a la muerte de Sucre, de los cuales hablaremos al trazar, en otro Capítulo, un boceto de Obando. Por ahora anotaremos el siguiente:

"Confieso que serví al Rey de España. El mundo sabe que lo hice con integridad y honradez; que por esta razón merecí grande aprecio y confianza de los jefes; que por mis servicios, marcados todos por el honor militar, llegué hasta el rango de Teniente Coronel, mas no por crímenes ni viles acciones que nunca se toleran en los viejos gobiernos. Confieso también (y con un noble rubor, quizá el único de mi vida), que deserté de sus banderas porque no podía resistirme a las pulsaciones de un corazón todo americano, a la natural tendencia de mejorar la condición humana, y tras las sombras fugaces de una libertad, que imaginé real, me incorporé, pues, al Ejército de la República. Desde el 8 de febrero del año de 1822 consagré mis servicios a esta patria."

---

(1) Esta comunicación fue publicada en *Gaceta de Colombia* del 7 de noviembre. La reproducimos con repugnancia, pues no era ese lenguaje propio para la marcha de la justicia, y tan sólo por no omitir ningún documento de esos días. Ellos revelan la exaltación de los ánimos en aquella pavorosa contienda.

Ataca luégo a Flórez, de quien dice que ha pasado de un estado supremo de pobreza a una grande opulencia; y agrega este párrafo:

“Un día, dice, llegará en que conmovido el espíritu público del Sur, se sacuda del ominoso y degradante peso que le oprime, y ese día, libres las prensas, desencadenado el pensamiento, desclavado el hombre de su infamia, levante la cabeza, y cada uno explique sus quejas soltando la rienda al grito de desesperación. Ese día en que unos pierden el temor que hoy les impone silencio y otros no esperen de la vil intriga, del siniestro manejo y del incienso que atosiga los gabinetes; ese día se levantarán las lozas que cubren los sepulcros del Coronel Merchancano, y otras tántas víctimas en Pasto, sacrificadas en busca de un renombre; la del General Castillo, en su hacienda de Guayaquil; la de su cuñado Llona, en el río del mismo Departamento, sacrificados a la cruel venganza de su amigo Cristóbal Armero, a quien prestó por asesinos a los Comandantes Camacaro, Otamendi y otros. Ese día se escribirá la comisión que llevó a Guayaquil, el año de 27 el Coronel León, para asesinar al Elisalde, y los consejos repetidos para que también se asesinase al Comandante Ramón Bravo, aún después de haber hecho el servicio de rehacer al Batallón Rifles en Cuenca. Ese mismo día se publicará el origen de la conspiración que hubo por los amigos del General Flórez contra la vida del Gran Mariscal de Ayacucho, después de la victoria de Tarqui, y se levantará también la loza que por fin cubrió sus cenizas en Berruecos. Ese día verán la luz pública los sucesos más terribles y las acciones más feas que se han cometido en los Departamentos del Sur, por todo el tiempo que gimeu bajo la autoridad arbitraria del General Flórez.”

Refiere después que ocupó a Pasto por orden del Gobierno a fin de evitar que entrara Flórez a esa ciudad. Desmiente el hecho de que haya tenido correspondencia con el General López combinando la muerte de Sucre, y dice que puede presentar todas sus cartas.

“Se ha escrito la más solemne mentira cuando se ha dicho que yo haya mantenido con el General López una correspondencia antelada, combinando la muerte del General Sucre. Los que hayan escrito semejante falsedad no podrán probarlo: tengo toda la correspondencia de este jefe y puedo presentarla.” Y agrega que “es una persona de esa ciudad, deudora de su fortuna al General Flórez, quien ha escrito tan tremenda maldad.”

“También, dice luégo, se ha publicado en *El Amigo del Pueblo*, papel de Cuenca, que en el momento que me llegó la comunicación de López alusiva a la aproximación de S. E. puse en movimiento el Batallón Vargas y bajo pretexto de ocupar a Pasto, opuse un fuerte de soldados en guerrillas a este general. Bien público es que el Batallón Vargas debió emprender su marcha a Pasto por orden del Gobierno desde el 13 de mayo y que un suceso pequeño en Cali la retardó hasta el 20, fecha en que apenas habría llegado el General Sucre a Neiva.”

Dice que Sarría salió de Popayán para Pasto el 19 de mayo a preparar la comodidad del batallón, en su marcha,



que debió regresar el día 31 con el objeto de llevar a aquella ciudad la noticia de su entrada a ésta, recoger las bestias que habían quedado estropeadas y tomar reclutas para el batallón; pero no pudo emprender el viaje sino el 2 de junio por causa de enfermedad. Hace así el itinerario de dicho Comandante: el día de su salida durmió en Olaya, el 3 pasó por Berruecos, se encontró en La Venta con Eraso, quien había, dice, venido de su casa a diligencias particulares, y siguió con él al Salto, donde pernoctó; el 4, después de haber almorzado, siguió su camino, a poco fue llamado por Eraso para avisarle el asesinato que éste acababa de saber por el papel que enviara de La Venta Beltrán. "Paso por paso, escribe después, está demostrada la marcha inocente del Comandante Sarria. Hé aquí a los agresores, a quienes, a más de tres leguas de distancia, se les imputa haber quitado la vida al Gran Mariscal de Ayacucho."

Trata también sobre la carta de Luis Urdaneta, especialmente de aquella frase a *García el Diputado de Cuenca le instruí de todo lo que debía decir a usted y ahora le añado que es preciso que usted redoble su vigilancia con el M.* "Cuánto diera yo, exclama Obando, por descubrir esta instrucción, pero el contenido de todo ese documento manifiesta que el doctor García traía también su instrucción sobre el General Sucre..... Acerca de esto me extenderé más adelante. Está, pues, probado material y prácticamente que Sarria y Eraso son inocentes en tal atentado."

Respecto al artículo publicado el 1º de junio en *El Demócrata* opina que encuentra su vindicación en el mismo periódico. "Si yo fuera, dice, agente de lo que llaman demagogia y si de esta demagogia hubiera partido tan inicuo proyecto, ¿habrían ellos publicado por la prensa un rasgo tan coincidente? Si vivimos entre hombres juiciosos e impasibles, y si nos ponemos al examen de la revolución que actualmente se está obrando, nos dirán todos, que lo habrían ocultado en las sombras del silencio o de la hipocresía, más bien que publicarlos..... Los editores de *El Demócrata* están en Bogotá, y en manos de la facción del General Urdaneta: que expliquen ellos su artículo, que digan qué conexión tiene con el suceso, que presenten un solo documento que diga relación conmigo."

Más adelante cuenta que concluyendo su escrito ha venido a sus manos el manifiesto que hace el Gobierno del Sur y refuta los documentos que él contiene. (1).

Respecto a su carta de 5 de junio dice que aunque ella se exprima con el criterio más fino, nadie, fuera de Flórez, podrá extraerle otra sustancia que la buena fe con que fue escrita. Pone en seguida este párrafo de la contestación que le diera Flórez: "tu carta me ha sido arrebatada por todo el mundo y se imprimirá en fuerza de mi deber y de los clamores genera-

(1) Véase por esto que el Manifiesto sí fue publicado en esos días de 1830, y no posteriormente como lo aseguró la nota manuscrita de que hablamos en la página.....

les. Es preciso confesar que aquí no se te ha culpado, porque nadie ha podido figurarse que un hombre de sentimientos sea capaz de semejante iniquidad."

A la contradicción hallada entre su carta a Flórez y la dirigida al Prefecto, da la explicación de que después de haber escrito la primera, lo cual hizo en el acto de recibir la noticia, se habló en la ciudad de haber pasado unos desertores del Ejército del Sur con dirección para Popayán. "No fue, pues, dice, a una misma hora, aunque sí en un mismo día que escribí al señor Flórez una cosa y al señor Prefecto otra. Los conceptos no podían fijarse hasta que por la tarde era casi general la opinión de que el asesinato hubiese sido proyectado por Flórez, que después se fue fortificando con los avisos y diligencias que se practicaron."

Sobre los extractos de sus cartas escritas en Popayán antes del asesinato manifiesta que ellas son auténticas, pero que es falso, falsísimo ese párrafo en la primera o, sea la del mes de marzo. "Todas mis cartas escritas a Flórez,—dice—son de mi puño y letra, que escriba, que se reconozca y que la publique fotogra."

De la segunda carta refiere que la escribió deseando evitar un trastorno en el Sur; y que la solicitud de una entrevista en Tulcán era por distraer a Flórez de sus proyectos sobre Pasto, y situar entre tanto el Batallón Vargas en esta ciudad. Y de la tercera dice que con motivo de las noticias llevadas por Ayaldebune y Guerrero, resolvió hacerle a Flórez esas advertencias y reflexiones "para que con el temor de un hombre como el General Sucre se contuviera y no efectuase la revolución que tenía planteada."

Habla después de rivalidades de Sucre y Rafael Urdaneta y consigna estos dos párrafos:

"El General Sucre era un estorbo insuperable; la separación del Sur se precipitó previniendo su llegada a ese Estado, y el General Flórez protestó delante de varios amigos suyos, entre ellos el Coronel Manuel Barrera, que iba a emplear todos los medios que estuviesen a su alcance para evitar la llegada del General Sucre a Quito. Esto consta por una comunicación oficial del citado Barrera que original la dirigió al señor Prefecto de este Departamento al Ministro del Interior, cuando había Gobierno. Del mismo modo se mandaron todos los documentos aquí insertos.

Presentando los hechos y los hombres he puesto la balanza en manos de la pública justicia. Póngaseme ahora al lado del General Sucre: ¿qué prevención personal podía tener yo contra este hombre, quien no me había hecho jamás agravio alguno? No soy feroz para complacerme en simples asesinatos. Por pretensiones particulares, que es el móvil actual de las revoluciones y de los crímenes, ¿a qué podría aspirar yo que me fuera un estorbo el Gran Mariscal de Ayacucho? Echese la perspicaz vista de los políticos hacia el Sur, y no será difícil encontrar su rival."

Y ya al final dice que acaba de leer en el periódico oficial la proclama de Urdaneta a los caucanos, y le hace a ella este comentario:

"Mis conciudadanos observarán que a continuación de la misma proclama se encuentra una orden mandando acusar el número 3º del *Demócrata* para buscar el delito. Esta inconsecuencia deberá llamar la atención de todo hombre. ¡Un magistrado en un papel ministerial, expresarse decididamente en su proclama como contra reos convictos y confesos, al mismo tiempo que se empeña en buscar el delito! Qué prevención tan cruel!..... Ya estaba indicada antes, desde la circular a los jueces políticos del Valle del Cauca de 27 del mes próximo pasado, ordenándoles la obediencia al señor José Ignacio González, como Prefecto, suponiendo que la capital estaba oprimida por los Generales Obando y López, quienes se habían rebelado por no presentarse al juicio a que habían sido llamados: (documento número 11) repito. ¿Qué inconsecuencia y qué interés en proscribirlos como asesinos! ¿No consta por la representación que elevamos al legítimo Gobierno con fecha 22 de agosto impresa en la *Gaceta de Colombia* número 483, que nosotros solicitamos el juicio por nuestra voluntad? Esta representación llegó a la capital de la República cuando estaba ya en poder de la facción; no es decretada por la legítima autoridad, sino por el mismo caudillo que la ha destruido. Su decreto que corre en la misma *Gaceta*, a continuación de la solicitud, es de fecha 15 del mes de septiembre pasado, y la circular a los Jueces políticos del Valle en que se supone en rebelión es de 27 del mismo mes; obsérvese que se falla de este modo antes de poder saber mi acomodamiento a esa autoridad, o mi desconocimiento. ¡Qué prevención, Dios mío!..... Si este celoso de asesinatos habrá castigado ya al Coronel Johnson! que asesinó a su desgraciado compañero, amigo y paisano Duncan, Sólo sabemos que es colaborador de la facción y que se está pasando."

Y para terminar con los sucesos de 1830, registraremos que para conocer del juicio al artículo de *El Demócrata* se reunió un jurado de acusación y declaró que había lugar a seguimiento de causa. Se requirió al impresor Juan N. Barros, quien presentó como responsable de todos los números del expresado periódico a Juan N. Gómez. Este había partido para el Socorro, y se extraviaron los borradores del número 3º. Con el cambio de Gobierno quedó suspendida toda actuación y no volvió a activarse nunca el proceso (1).

(Se continuará)

---

(1) Este sumario vino a dar a manos del señor Pérez y Soto, quien inserta en su obra tan sólo la nota de E. Vergara al fiscal de 15 de septiembre, una de éste al Alcalde Municipal de 16 de dicho mes, otra del mismo al Secretario del Interior, fecha 26 de id. Dice dicho autor que la última pieza de los autos es un escrito del apoderado de J. N. Gómez en la cual solicita copia de la acusación introducida contra él por el agente del ministerio público. Véase t. I, pág. 466 y siguientes de la mencionada obra.

# Boletín de Estudios Históricos

Directores:

Leopoldo López Álvarez — Sergio Elías Ortiz

Miembros Correspondientes de la Academia Nacional de Historia  
de Bogotá y de Número del Centro de Historia de Pasto.

Volumen IV

Pasto, 17 de diciembre de 1930

Números 39 y 40

## LA RELIGIOSIDAD DE BOLIVAR

*Oh fide ai trionfi avezza  
Scribe ancor questa*

MANZONI.

### I

Harto difícil es al historiador, o al mero narrador de un suceso histórico, abstraer de su criterio personal, de sus ideas o principios la narración que acometa, y más las reflexiones que a ella acompañen. Si esto ha sido así en todos los tiempos, desde Tucídides hasta Tito Livio, desde Julio César hasta Antonio Solís, desde el P. Mariana hasta Irving y Prescott (1) no será extraño que las opiniones de los hombres dominen la pluma, aun cuando pretendan ejercitarla en la más imparcial narración histórica; siempre sucederá que el criterio doctrinal, las aberraciones en materia de moral, de religión y de política, o la más honrada y sana convicción especulativa sirvan de timón al brazo que mueve esa pluma y le abran a ésta su cauce peculiar. Mucho se esforzará el historiógrafo en aparecer imparcial, y creerá que lo es; pero, a la verdad, su tendencia teórica se trasluce en sus disquisiciones, sus buenas o malas creencias se resbalarán como sutil humor por la punta de la pluma, y al correr de ésta irán deslizándose insensiblemente.

Esto decimos de los escritores en quienes no aparece franca la mala intención, en quienes no escriben marcadamente por sectarismo; qué sería de estotros!

Tal observación que hacemos en abstracto y que se funda en la naturaleza humana, de suyo inmutable, en la naturaleza pecadora, defectible, cuya inclinación no puede desviar fácilmente el más recto ánimo sin un esfuerzo extraordinario; sin

(1) Ciertamente es admirable la imparcialidad de Prescott, que siendo protestante y anglo-americano, hace con frecuencia en sus libros justicia a la obra civilizadora y moralizadora de la Iglesia y de España, en la conquista y colonización de la América Hispánica; pero apesar de esa honradez, no falta el caso en que, tratándose de los herejes protestantes, se ponga de parte de ellos. Véase sobre este particular el admirable prólogo de la historia de Piedrahita, por Miguel Antonio Caro.

un acto de virtud raro (que para el católico no se adquiere con las solas fuerzas humanas), tiene su confirmación en hechos repetidos.

Muchos elogian la labor histórica de Michelet, de Taine, de Lamartine, en Francia; sin embargo, nadie podrá desconocer los gravísimos errores que encierra, errores monumentales, sobre todo en el primero, cuyo sectarismo anticatólico le arrastró a lo indecible.

César Cantú descuella entre los historiadores modernos, no sólo por el acervo de su obra sino por la severidad de sus juicios y la moderación de su criterio; sin embargo, llegó un día en que hubo de reconocer sus yerros históricos, cometidos por falsa apreciación o deficiencia de estudio en algún punto particular, acto de honradez que le granjeó una carta de felicitación de aquella gran lumbrera, maestro y jefe de la Iglesia Católica, que se llamó León XIII, quien mandó franquearle los archivos del Vaticano para que pudiera mejor rectificar su obra monumental (2).

Leímos al principio del año, en una revista, yendo de viaje, un artículo del renombrado escritor venezolano Gil Fortoul sobre los últimos días del Libertador; conociendo la heterodoxia del autor de *Discursos y Palabras*, las campañas anticatólicas del político y parlamentario de la vecina República, no nos causó extrañeza ver el esfuerzo que hacía el académico historiador para demeritar la confesión sacramental hecha por Bolívar, siete días antes de su muerte, sugiriendo maliciosamente que el gran genio de la América vino a dar una aparente muestra de fe cristiana y religiosidad cuando ya era un espectro, cuando sus facultades intelectuales estaban en eclipse. Se admira úno cómo el erudito historiador no cae en la cuenta de que con esa suposición aberrante no podría explicarse la sublimidad de la última proclama del Libertador, dictada por él el mismo día de su confesión sacramental, leída solemnemente en su presencia, después que hubo recibido el santo Viático (3), y confirmada con aquellas conmovedoras palabras: *sí, al sepulcro..... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos..... los perdono. Ojalá yo pudiera llevar el consuelo de que permanezcan unidos.* Igual cosa habría de decirse de su testamento, también posterior a la recepción de los sacramentos, dictado con perfecto conocimiento y admirable precisión. El célebre doctor Révérend, testigo irrefutable y narrador concienzudo de "*La última enfermedad y los últimos días del Libertador de Colombia*," nos dejó escrito cómo estaba sosegado el ánimo de Bolívar en aquel trance y cuánto era dueño de sí mismo. Más todavía; el famoso médico del ilustre enfermo publicaba diariamente un boletín, y en el número 12, del 10 de diciembre, a las nueve de la noche, se expresa así: "Habiendo estado por la no-

---

(2) En el *Hebdomadario* de Cartagena de 1886 a 87 se publicó esa carta.

(3) *Acabada la ceremonia religiosa*, refiere el doctor Révérend, testigo presencial insospechable.

che más despejado a beneficio del cáustico, S. E. hizo sus disposiciones espirituales y temporales con la mayor serenidad y no le reparé la menor falta en el ejercicio de sus facultades intelectuales, lo que atribuí también al vejigatorio." ¿Puede darse documento más convincente? Pero Gil Fortoul pasa por alto la vida de un cristiano que no ha perdido su fe, y menos en los últimos momentos, en que ésta vuelve a alumbrar el entendimiento que entrevé la presencia de sus postrimerías. Es que el criterio anticatólico tuerce la rectitud de la historia.

## II

Una polémica se ha suscitado sobre las ideas religiosas de Bolívar, y en especial sobre su muerte cristiana y católica, girando sobre el hecho histórico de si el Libertador recibió el Sacramento de la Penitencia antes de morir. Provocó esta controversia el señor Ismael López, con el nombre de *Cornelio Hispano*, con que se ha hecho conocer con brillo en la república de las letras. Este escritor, avanzando más allá de la maliciosa observación de Gil Fortoul, afirmó que Bolívar había muerto impenitente. Replicóle el erudito miembro de número de la Academia Nacional de Historia, José María Restrepo Sáenz, una, dos y tres veces, dejando bien comprobada la falsedad de aquella afirmación, con acopio de datos y en rigor de lógica y de crítica historial. Vino luego un artículo sobre el mismo tema en *Horizontes*, importante revista de los Padres Jesuitas de Bucaramanga, que dejó confirmados los argumentos de Restrepo Sáenz y más abatida la tesis de Hispano, con nuevas reflexiones. En el Cauca, patria de Ismael López, apareció también otro contrincante, don Alberto Carvajal B., persona ilustrada y dada a estudios históricos. (4)

Finalmente, en Barranquilla aportó buen contingente de refutación a *Hispano* un Luis de Mendoza, que debe ser seudónimo de un inteligente y simpático escritor caucano, versado en achaques históricos.

No debemos dejar de citar el profundo escrito del notable historiógrafo P. Alfonso Zawadzky, del Orden de los Menores, quien a su vasta erudición añade sólidos conocimientos filosóficos y teológicos; estudió la cuestión debatida por un aspecto diverso, que no debe dar de mano el historiador: el de la conciencia cristiana. (5) Enseña Hermosilla que éste, "además

(4) Reprodujo su artículo, *La irreligiosidad de Bolívar*, el número 31 del *Boletín de Historia y Antigüedades*.

(5) Debemos añadir el reciente artículo intitulado "*Diario de Bucaramanga*" del ilustradísimo Jesuita P. Prudencio Llona, publicado en *Los Estudios*, de Medellín, año VII, número 11, cuya lectura recomendamos calurosamente a todo el que haya leído el libro de Perú de Lacroix o los escritos de *Cornelio Hispano*.

de los conocimientos políticos, debe haber estudiado muy a fondo el corazón humano. Sin esto, ni podrá discurrir sobre la conducta y carácter de sus personajes, ni atinará con los secretos resortes que los hicieron obrar de tal o tal modo, en tales y tales circunstancias." Ahora, tratándose de un hecho religioso, es indispensable para discurrir el conocimiento del alma religiosa. No basta poseer datos confusos aunque fueran abundantes, es preciso saber discernir con aquel criterio que no se adquiere en los papeles históricos, sino en otras fuentes: en la lógica, en el catecismo de la doctrina cristiana y en la ascética, siquiera sea superficial. *Cornelio Hispano*, aunque muy versado como discípulo de Clío, no ha cumplido siempre con aquella regla fundamental del arte de escribir la Historia. Así como el profundo estudio de las matemáticas no basta para ser un buen mecánico, para lo cual se requiere el conocimiento de las propiedades físicas de la materia, y otros más bien del orden práctico, así, para ser buen historiador no es suficiente abastarse de datos y relatos, de códices y cronologías, de mamotretos y documentos, menester es poseer buena lógica, recto criterio, independencia moral de aberraciones, sanas intenciones. La Historia no es ciencia sino arte, y todo arte es *recta ratio factibilium*. (6)

Es de suponer que después de lo que han escrito y publicado los historiadores que van citados, después de disquisiciones de tanta valía en que parece se han agotado los argumentos, huelga intromisión de nuestra parte; a fe que tendría razón quien de tal guisa pensara, pues ¿qué podríamos aportar de nuevo a la controversia, ni con qué mérito fundado en autoridad propia en materia de historia? Sin embargo, nos han empujado a entrar en el estadio de Clío tres razones: la primera, el refrán vulgar *lo que abunda no daña*, siquiera produzca su pizca de amorcillo propio; la otra, el amor, veneración y entusiasmo por el Padre de la Patria, cuya memoria, si es cara a todo colombiano, lo es más al que se ha complacido en estudiar su vida; la postrera, un amor mayor, un deleite más puro: el de la verdad histórica y el del honor de la religión. Salga verdadero una vez más el aforismo del poeta latino: *trahit suu quemque voluptas* (a cada uno atrae su gusto o deleite), y disculpe nuestro arresto de tomar parte en esta cosa pública, si es que el campo de las letras es *res-pública*.

Trataremos de justificar estas tres razones, explanando algo más lo que sepamos contribuya a refutar de nuevo las falsas tesis de Fortoul e *Hispano*.

### III

La labor de *Cornelio Hispano* es bien conocida en el país; nadie podrá negarle versación grande e inteligencia, pero sus

(6) *La razón, el modo correcto de hacer las cosas*, célebre y cabal definición aristotélica.

intenciones están en tela de juicio, a juzgar por las tendencias manifiestas. El escritor citado, Luis de Mendoza, lo llama "casi demoleedor o revolucionario en lo que atañe a la historia nacional." Quien desee conocer el modo de pensar y escribir historia del señor Ismael López debe leer *Los Precursores*, de don Lorenzo Marroquín, o los artículos que éste escribió sobre la labor iconoclasta y las opiniones heterodoxas de aquél, publicadas en *El Centro*. Desgraciadamente las preocupaciones anticatólicas, el prejuicio sectario y la falta de instrucción religiosa demeritan las hermosas cualidades de *Cornelio Hispano*, como literato y en especial como historiógrafo; su labor histórica es manca y coja por la falta de imparcialidad. "Excusado parecía recomendar esta cualidad a los historiadores," dice el preceptista citado. "Todo el que aspire a merecer este título, debe saber que desde que toma la pluma para escribir historia, deja de ser griego o romano, español o francés, güelfo o gibelino, y se transforma en un maestro del género humano superior a todo espíritu de partido y a toda querencia, familia, profesión, etc." En este etcétera cabe en primer puesto la religión, que no estuvo mencionada como debía.

Suele replicarse que la crítica moderna en el campo de la historia es exigente, requiere minuciosa severidad y bien fundados motivos de credulidad: en todo ello va bien puesta razón, la verdad no debe temer estas condiciones y quitanzas, la verdad católica jamás las teme; aún más, el católico ilustrado en su doctrina de fe está avezado a ese rigor crítico, a los motivos de credulidad. Pero las reglas críticas no pueden suplantar ni supeditar las leyes de la lógica, ni de la moral. Estas y estas exigen que la verdad se rija por un criterio: el de la evidencia, y tratándose de historia, evidencia moral; que no sea lícito tergiversar los hechos ni los documentos; no abultar el valor probatorio, no inducir sospechas, no desfigurar las acciones.

#### IV

Entre los escasos y flacos argumentos que aduce *Hispano* para afirmar que el Libertador no se confesó, que la conversación secreta y oculta habida en la cámara del ilustre enfermo, el día 10 de diciembre de 1830, entre éste y el Obispo Estévez; fue una simple conferencia, como si un duende que husmeaba por las alcobas de la quinta de S. Pedro Alejandrino se lo hubiera revelado; entre las autoridades a que se refiere y en que se funda, cita al Presbítero Calixto de Jesús Gómez, canónigo que fue de la Catedral de Santa Marta, con quien conversó hace pocos años. Conocimos y tratamos al canónigo Gómez mucho más que *Cornelio Hispano*, que apenas le conoció de paso; pero, con perdón de su memoria y sin faltarle al respeto, en este caso es obligatorio decir que el testimonio del finado canónigo



no infunde autoridad: primero, porque cuando le conoció *Hispano* ya sus facultades mentales estaban en el ocaso; y segundo, porque los que le conocimos más y tratamos, sabemos que era un cerebro de ideas extravagantes, algo caprichosas; que en él no eran raros los desplantes. La caridad me obliga a no decir más. El canónigo Gómez murió hace cuatro años, de edad avanzada; por muchos que tuviera al morir, no llegó en su infancia al uso de la razón, sino bastantes años después de la muerte de Bolívar. ¿Qué puede valer su testimonio, de segunda mano como si dijéramos, después de los numerosos testimonios contemporáneos en pro, aducidos y colegidos por el señor Restrepo Sáenz?

Al señor Hispano le parece hallar antilogías en algunos textos históricos de la época, pero la tarea del crítico no es la de inclinarse a la interpretación que mejor case con sus ideas y preocupaciones hostiles, sino ponderarlos, cotejarlos, someterlos a examen imparcial, y armonizarlos: esta es la obra de la hermenéutica. A porrillo encuéntnan antilogías en los Evangelios los descreídos e impíos Straus, Salvador, Renán e Ibarreta; la exégesis católica las ha reducido a la nulidad. ¿Será que quiere seguir *Cornelio Hispano* a estos maestros?

Que Bolívar observaba comedimientos con la autoridad religiosa y cumplía ciertas prácticas católicas por mera política, es interpretación hija de un estudio poco concienzudo y de ligereza de juicio. Tanto dista *Cornelio Hispano* de Tácito, el modelo supremo del historiador que conoce el corazón humano, cuanto se acerca a Perú de La Croix, el desleal detractor del Padre de la Patria. ¡Cómo se desfigura y apoca así a aquel hombre grande y extraordinario, que lo fue no sólo por sus hechos de armas, por su genio militar y por su ideal político, sino por las dotes de mente y de corazón, por aquella grandeza de espíritu y sinceridad de proceder!

## V

Ciertamente era Bolívar "un católico como cualquiera," no era un fervoroso practicante de la comunidad católica, no era un piadoso en religión; cuando surja el bardo que deba cantar la epopeya completa de su vida no podrá designarlo pío, como Virgilio al fundador de la Nación latina: *Pius Æneas*. Pero qué mucho: no es la carrera de las armas propia a la santidad ni a las prácticas religiosas ostensibles. Iñigo de Loyola, Juan de Monte-Mayor, Camilo de Lelis, al haber continuado en la vida militar no hubieran llegado a ser varones de virtudes religiosas eximias, con que alumbraron y coedificaron la Iglesia, con los nombres de San Ignacio, San Juan de Dios, San Camilo.

Ni podía esperarse religiosidad en un discípulo del impío, ateo y desplantoso Simón Rodríguez, individuo de la secta de

los Cínicos, secuaz de Diógenes. (7) Antes, admira que aquel maestro de ideas estrafalarias no hubiera sacado su *Emilio* que pretendía, cual otro Rousseau; pudo en verdad Simón Bolívar contaminarse de algunas malas ideas del pseudofilosofismo del siglo XVIII, como aconteció a Nariño y a otros prohombres contemporáneos, aunque no tanto como a Miranda y Santander; pero ni los unos ni los otros sufrieron naufragio de su fe católica en lo fundamental y práctico, al llegar a la etapa de las reflexiones y serenidad; especialmente a la hora final de la vida todos la acabaron como hijos fieles de la Iglesia de Jesucristo. ¡Cuán edificantemente religiosa fue la muerte de Nariño y la de Santander! ¿Por qué había de maravillarse que acaciese lo mismo en la del gran Bolívar, cuyos actos públicos fueron siempre de mayor acatamiento a la autoridad eclesiástica que los de estos otros dos supremos mandatarios, y cuyo celo por la religión fué más manifiesto, así como por la independencia y prerrogativas de la Iglesia?

## VI

Bolívar hipócrita, Bolívar farsante no es el héroe de la epopeya colombiana que todos sabemos y amamos; sería un personaje secundario, de talla mezquina, incapaz de ser lo que fue. El mismo *Hispano* le reconoce superioridad a Napoleón en la virtud de la sinceridad, sólo que el nuevo historiógrafo ve la pirámide del héroe colombiano invertida, con el vértice para abajo, por consiguiente chata e insostenible; porque, fallo de doctrina católica, desconocedor de la virtud de la religión, pretende que aquella sinceridad, mayor que la del desterrado de Santa Elena, consistió en haber muerto impenitente, es decir, en bastardear de sus antecedentes, en no recordar sus condiciones de cristiano bautizado y criado en el seno de la Iglesia, en una palabra, en negarse a sí mismo. *Cornelio Hispano* para mirar al héroe moribundo toma el telescopio al revés, aplica a la figura de aquél el ocular y se pega a sus ojos el objetivo; allá llevan, al trastrueque de lentes, el criterio sectario y la ignorancia religiosa. Ah! se imagina que los católicos de antaño eran como los de hogaño. Nó, entonces la impiedad no había progresado, la indiferencia religiosa no había causado tanto desgaste, el racionalismo frío y enervante no había penetrado en las almas de los próceres.

Viceversa, si Bolívar fue sincero muriendo impenitente, como pretende el colombiano *Hispano*, fue hipócrita y farsante procediendo en toda su vida de gobernante, de jefe militar supremo y de libertador, como católico convencido; escoja el que

---

(7) Quien desee conocer las aberraciones y locuras de ese tipo raro y extravagante lea la obra *El Maestro del Libertador*, por Fabio Lozano y Lozano.

esté de parte de *Hispano* cuál de las dos posiciones ruines, que achican al su Bolívar de él.

Ya el historiador Groot, a quien desprecia el sabio incrédulo *Cornelio* (no Alapide, ni Nepote), había prevenido la objeción de la política en los actos oficiales del Padre de la Patria, en relación con el Catolicismo. Comentando la célebre carta al Obispo de Popayán, de 1822, dice: "Fue gran política la del Libertador en esta ocasión, pero no es de atribuirse a sólo la política el paso dado para con el Obispo, porque el lenguaje de la política, en ciertas ocasiones es muy distinto del que se encuentra en este inmortal documento, que honrará siempre la memoria de este grande hombre." Y añade: "Es preciso no perder de vista estos incidentes *característicos de la vida de Bolívar*. (subrayamos nosotros) para determinar a su tiempo cierto problema de que nuestros políticos no se han hecho cargo, al dar razón de la oposición que se le declaró después por un círculo de personas influyentes." Eco de aquella oposición (que llegó hasta el parricidio) es aun en día la tacha de impenitente con que se le desfigura, y con que se empalidecen las páginas de la historia que hoy se escribe. (8)

¿Y podría por ventura atribuirse a la política tantos actos de respeto más que a la autoridad eclesiástica, al carácter sacerdotal y a la jurisdicción eclesiástica, aun en sacerdotes que eran realistas, siendo éstos los menos? Múltiples son las demostraciones de catolicismo que publican, no sólo Groot sino el novísimo y profundo historiógrafo J. D. Monsalve en el capítulo final de su laureado libro *El Ideal Político del Libertador*. Para no cansar al lector, lo remitimos a esa obra, por desgracia de escasa edición; pero terminaremos este párrafo observando que no estaba Bolívar impelido por la política, ni por razón de estado para hacer todo lo que hizo en favor del Catolicismo, ni usar el lenguaje, no del mandatario o del Diplomático, que usó cuando escribía al Papa, que fue el del creyente sincero y del hijo humilde. Como opinaba de la profesión de la religión el grande hombre, bien claro lo manifestó en el *discurso preliminar al proyecto de constitución de Bolivia*, en que así se expresó: "La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula, porque imponiendo la necesidad al deber quita el mérito a la fe, que es la base de la religión. Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica; (9) todos debemos profesarlos, mas este deber es

(8) Tendiente también a manchar la historia y a empequeñecer al Héroe, aun cuando no sea esa la intención del autor, es la publicación de los amores de Bolívar, poco honestos unos y deshonestos otros, divulgados por el mismo *Cornelio Hispano*. El benemérito historiador Enrique Alvarez Bonilla, combatió tales graves faltas a la Moral y de respeto a Bolívar, en luminosos artículos, publicados en *La Sociedad*.

(9) En esto se equivocó favorablemente Bolívar: los dogmas son de evidencia sobrenatural, por la firmeza de la fe divina; la evidencia metafísica es de orden natural, se basa en la demostración.

moral, no político." Nótese que así hablaba en el apogeo de la gloria y el poder, no en la prueba o en la decepción de la vida o de la política.

Para terminar esta parte, reproduzcamos estas oportunísimas palabras del académico Monsalve:

"No faltó en años anteriores, ni han faltado en los presentes, quienes dudaran del catolicismo de Bolívar, ni quienes entrarán en el sagrado recinto de su fuero interno para calumniarlo; a los que así han procedido se les puede rebatir con el testimonio más verídico, más imparcial, más elocuente y autorizado de cuántos pudieran oponerse. Es el Obispo de Popayán, aquel que en 1822, por fuerza de sus opiniones políticas, hubiese preferido emigrar a España antes que contemplar las victorias del Libertador: ese eclesiástico lleno de entereza y con espíritu justiciero contradujo las calumnias del General Obando en lo relativo a la religiosidad de Bolívar, con los siguientes conceptos:

"No sé quién ha llamado al General Bolívar *apóstol de la religión*, alguna vez he dicho que él la protegí, y para ello tengo varios argumentos aun en mí mismo: usted sabe que en Pasto, sin embargo de haberle yo hecho la mayor guerra en el modo que mi estado me lo permitía, olvidando todos los sentimientos conmigo, hizo los mayores esfuerzos para que me quedara en Colombia, aún después de haberle pedido por dos veces mi pasaporte para retirarme a España, y que para que accediese yo a quedarme, me manifestó varios motivos, todos de religión. Ahora bien: un hombre que hace poco aprecio de ésta no se somete a rogar a un vencido y enemigo que lo había sido declarado de sus principios para que no abandone a su grey, como lo hizo conmigo, no habiendo jamás tenido que quejarme por mal trato que me hubiese dado, etc."

Más que en los actos y correspondencia oficiales debe buscarse la sinceridad de la vida y las convicciones religiosas en la correspondencia epistolar privada. Que Bolívar creyera en la otra vida verdadera de la eternidad, en el misterio de la salvación del alma, en la verdad de tener que dar cuenta a Dios de la mortal, y por ende en la necesidad de cumplir los preceptos religiosos para la salvación, lo manifiesta clara e ingenuamente en el aparte de una carta que escribió a Santander, en medio de la campaña del Sur, que cita el erudito P. J. E. Gómez, S. J., y dice así: "Los dos tercios de mi vida se han pasado ya, y el tercio que falta lo quiero emplear en cuidar mi alma y mi reputación, porque yo tengo que dar cuenta a Dios de mi vida pasada; y no quiero morir sin dejar antes mis cuentas corrientes." (10) Nada más consentáneo con este modo de pensar que haberlo puesto en práctica allá en la postrera enfermedad, en medio de la soledad del campo y de la soledad del alma. Esto se llama ser consecuente.

(10) No cita el erudito Director de *Horizontes* la fuente de donde tomó los párrafos concluyentes de esta carta. Hállase ésta en el *Archivo Santander*, tomo VIII, pág. 367.

Venga ahora *Cornelio Hispano* a hablarnos de la sinceridad de Bolívar haciéndola consistir en haber muerto impenitente. ¡Aplaudidlo, juventud descreída; palmotead, viejos volterianos!

En fin, para el católico, para el estudioso de la historia y para el crítico no hay por qué titubear entre la autoridad de Perú de La Croix, Gil Fortoul o *Cornelio Hispano*, sin doctrina y sin documentación atendibles, en el caso concreto, y la de los Obispos contemporáneos del Libertador, los Ilustrísimos Lasso, Estévez, Jiménez, Garnica, Coll y Prat, y el del Cuzco, en cuanto a los sentimientos personales religiosos del grande hombre.

## VII

Bien puede ocurrírsele a cualquier crítico moderno, impulsado por el afán de debilitar, si no aniquilar un argumento favorable a la religión, aunque no indispensable, atribuir a superchería los documentos relativos a la confesión y comunión de Bolívar o tachar de falsa la historia oficial, por ignorancia de ciertos documentos, como se expresa *Hispano*, sin aducir por ahora éstos. Esta tarea nos recuerda la de Voltaire, Diderot, D'Alembert y compañeros de la Enciclopedia, después Bayle, más tarde Renán, que se dieron a negar todo lo que cediera en prez y brillo de la Iglesia Católica; sus negaciones y argumentos, fallos de honradez, están hoy reducidos a polvo. Refiriéndose a la necedad de aquellos que se atrevieron a atribuir a superchería de los jesuítas la gran piedra y su célebre inscripción de Si-gnan-fu, en China, del siglo VII, exclama un escritor reciente: "No todos tienen la sangre fría y la habilidad de un Voltaire para lanzarse a fingir documentos!" Valga la comparación.

Pero es el caso, como observa el P. J. E. Gómez, que de un lado aduce Restrepo Sáenz veinte testimonios contra la tesis de *Hispano*, y del otro está sólo éste, fundado en documentos que nadie conoce, y pretendiendo deducir de una tesis secundaria, sobre la persona sagrada que administró al ilustre enfermo una consecuencia doblemente falsa contra la historia y contra la lógica a favor de su inaudita tesis.

## VIII

Conviene llamar la atención hacia el término que usa *Cornelio Hispano*: *impenitente*. Es de suponerse que un hombre ilustrado, como es, conozca el valor de ese término, que quiere decir que Bolívar no sólo no se confesó al finar la vida, sino que

rechazó el sacramento de la penitencia, se negó a cumplir el deber religioso de confesarse, y por consiguiente cometió un enorme sacrilegio recibiendo el santo Viático, que *le vieron recibir los testigos presenciales que lo contaron*, y otro el sacerdote que se lo administró a un impenitente, o a lo menos, llevándolo de la iglesia de Mamatoco a la quinta de San Pedro, por mera apariencia que hubiera sido. *Hispano* tiene que probar todas estas enormidades, por lo menos lo de la impenitencia, y así lo ha ofrecido para su próximo volumen; entre tanto, la atrevida aseveración se repite ya, y no faltan incrédulos en religión, que son los más crédulos en el dicho infundado y refutado de un hombre falible, que aplaudan la labor de éste y hacen correr la especie en detrimento de la gloria del Padre de la Patria, y en menoscabo de la religión, que es el objetivo. (11)

Empero el que posee juicio católico, el informado en la fe de Jesucristo sabe que la impenitencia final sólo es fruto o de vida perversa o de ideas desastradas, de impiedad habitual. Al reverso, cuando se ha aspirado en la niñez el aroma de la religión en el hogar paterno, como el de don Juan Vicente Bolívar; cuando no se ha renegado nunca de la fe; cuando más bien se ha favorecido a la Religión y su Iglesia; cuando no se han abandonado en absoluto los actos piadosos, aunque la vida religiosa haya sido tibia o indiferente, en la hora final revive esa fe católica y se hace fácil la percepción de los últimos sacramentos; no es de extrañarlos. (12)

Hay más en los secretos de la piedad cristiana. A los devotos de María Santísima nos es común contemplar cómo a los que rinden a ella algún tributo de devoción les es retribuido. De Bolívar sabemos con certeza histórica que estuvo a los pies de la Virgen de Chiquinquirá, en el célebre santuario, expresamente. A este hecho se refiere un poeta, cuya siguiente estrofa hace a nuestro propósito:

*“En un augusto templo  
De piedad dando memorable ejemplo,  
Inclinó reverente  
El Redentor de América la frente;*

(11) Por eso opinamos que las réplicas hechas a *Hispano* deben divulgarse mucho en los periódicos católicos. Casi nadie leerá, por ejemplo, el artículo de *Horizontes*, revista que no tiene toda la circulación que merece. Quiera Dios suscitar algún *Mecenas* que haga publicar en folleto todo cuanto se haya escrito sobre este tema, inclusive los artículos del adversario.

(12) En un párrafo confidencial de carta de Bolívar a Santander, escrita en Arequipa en 1825, le hace la lista de los autores franceses que estudió en su juventud, casi todos anticatólicos, como era de moda; pero no se refiere a las doctrinas, sino a la literatura, pues añade: “y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses.” En el mismo año, a propósito de la anunciada invasión militar francesa a Colombia, había escrito desde Lima al Vicepresidente: “No se olvide usted de hacer declarar una cruzada contra herejes y ateos franceses, destructores de sacerdotes, templos, imágenes y cuanto hay de sagrado en el mundo.” Por mucho que tuviera de política esta recomendación, no hubiera empleado ese lenguaje un incrédulo.—V. *Archivo Santander*, T. XII, págs. 284 y 775.

*Y de la fe en las alas  
Se elevó hasta las gradas de tu trono  
De aquellos labios la oración ferviente.  
Y talvez el recuerdo de ese día,  
A su angustiada mente acudiría;  
Cuando, doliente, a solas,  
El postrimer suspiro despedía;  
Tal vez esa plegaria  
Confortase su espíritu en el viaje  
Hacia la augusta eternidad sombría." (13)*

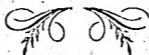
Con sonrientes labios dirá el crítico que esto es simple poesía, y que hemos entrado en el campo de la ascética y de los misterios, desconocido y sin cuenta para el racionalismo. Sea, pero ninguna ley de lógica nos enseña a contraponer la crítica histórica a la idea religiosa, siendo al contrario conciliables; lo que nos enseña es a buscar esa conciliación.

Ni la poesía se opone a la verdad. *Cornelio Hispano* es poeta, quizá de mucho estro, no lo sé, aunque sí sé que don Lorenzo Marroquín probó perfectamente que ha sido poeta infeliz cuando ha pretendido divorciarse de la fe católica, fuente de poesía como de verdad. Clío es musa que así inspira la severa y escueta pluma del historiador en prosa, como la del poeta que canta la vida gloriosa de los héroes. Ella fué la musa de Horacio en su oda *Quem virum aut heroa*. Auguramos a *Hispano* que ella le inspire también en la composición de su obra anunciada; pero no la Clío pagana sino la cristiana, ataviada de los arreos de la verdad, la honradez y la recta intención; la que si en una mano le presenta el legajo de documentos, en otra le ofrece la antorcha de la buena crítica, alimentada por el aceite de la fe cristiana, y de la frente irradie y le proyecte un destello de rectitud y de verdadero amor a la gloria del Padre de la Patria.

PEDRO MARÍA REVOLLO,  
Presbítero.

---

(13) *Nuestra Señora de Chiquinquirá*, obra histórica del P. Fr. A. Mesanza, págs. 65 y 284. Esta visita al célebre santuario mariano, que consta en el archivo del convento chiquinquireño, debió acontecer el año de 1828, dos meses de la muerte del Libertador.



# LA MUERTE DE SUCRE

EDUARDO POSADA

(Continuación)

VI

LA VÍCTIMA

La primera biografía que se escribió de Sucre fue obra de Bolívar. Entusiasmado el Libertador con la noticia de Ayacucho, llama a uno de sus predilectos ayudantes y le dicta un boceto del ilustre vencedor, el cual fue publicado en Lima, el año 1825, con el título de *Resumen suscito de la vida del General Sucre*.

La *Gaceta de Colombia* del 12 de junio da así cuenta de esa publicación:

"La Gloria de la República de Colombia recibe un grande incremento con la aparición y circulación de documentos tan brillantes: la gloria de un colombiano pertenece a su patria. Este recuerdo está escrito por una pluma que rivalizaría con la de Plutarco; el héroe de Ayacucho merece bien su Homero." (1)

Breve es ese escrito de Bolívar, pero allí se ve la brillante carrera de Sucre desde su nacimiento en Cumaná, hasta su gran victoria del 9 de diciembre de 1824.

Hace en Caracas el futuro Mariscal, estudios de ingeniería, mas, al estallar la guerra se enrola en el ejército de Miranda. Perdida la campaña de 1812, va al oriente venezolano donde lucha al lado de Mariño, de Bermúdez y demás caudillos épicos de esa contienda.

Refiere luego su participación en el armisticio de 1820; la campaña del Ecuador orlada con los lauros de Yaguachi y de Pichincha; el vencimiento de la sublevación de Pasto; y las gloriosas etapas de su camino en el Perú que culminaron en la brillante jornada de Ayacucho.

Después de ese final capítulo de la biografía citada habían de venir páginas sensacionales: la expedición al Alto Perú, la fundación de Bolivia y la batalla de Tarqui.

Eruditos y elocuentes biógrafos ha tenido Sucre, después de su muerte; y nos saldría grueso volumen si tratáramos de relatar su vida, extractando detalles de aquellos escritos, men-

(1) El *Constitucional de Cundinamarca* (20 de febrero de 1845) insertó la biografía precedida de estas líneas: "Restitución. El artículo que insertamos a continuación tomado de *El Restaurador* es producción del Libertador Bolívar, y la persona que de su puño y letra lo escribió, dictándoselo aquél, reside actualmente en Bogotá con el carácter de encargado de negocios de S. M. B. Este señor fue General de la República de Colombia, y érit miembro del Cuartel General Libertador en aquel tiempo. Estamos autorizados para publicarlo así, restituyendo a su verdadero autor una obra sobre la cual no debe hacerse comentario alguno. No por esto queremos culpar a los editores de *El Restaurador*, que talvez ignoraban esta circunstancia.



cionaremos tan sólo algunos episodios poco notorios y que yacen por ahí olvidados en raros impresos.

En 1816 se embarcan en Trinidad una noche, hacia las costas de Venezuela, un puñado de patriotas para coadyuvar en la expedición libertadora que al mando de Bolívar había llegado de los Cayos. Iban en la piragua el General Francisco Cedeño, Vicente Sucre y su familia, la señora Guerra de Sánchez y otros más, cuyo número pasaba de treinta. Navegaron al principio felizmente, mas, al llegar a una boca del Orinoco llamada *Navíos*, naufragó la débil embarcación.

"Arrancaba, dice un autor, la fuerza de la ola a los naufragos que luchaban con ella asidos al bajel, batiendo a unos contra las rocas, y llevando a otros camino de las aguas, hasta encontrar tumba marina. De éstos, sólo un joven de veintiún años apenas, llamado Antonio José, cuarto hijo de don Vicente de Sucre, iba impávido sobre los montes de agua que forma con las olas la borrasca.

Flotaba, como era natural, el equipaje de los naufragos; y dos pequeños baúles, que seguían el mismo rumbo del joven, tropiezan con él, quien atándolos con los tirantes que portaba, forma una balsa, esperanza de salvación para este nuevo Moisés, a quien llevaba la corriente hacia el norte de las Bocas de Dragos, a cosa de milla y media de la costa."

Sobre un peñón, al amanecer, estaba el señor Francisco Javier Gómez, esperando a los viajeros y supo la catástrofe, según lo refiere el mismo autor, por boca de los habitantes de una choza al extremo del islote. Tomó un bote y lanzóse al salvamento. La mayor parte de los naufragos se hallaron agarrados a las rocas y logró subirlos a la playa. Faltaban el joven Antonio José, hijo de don Vicente Sucre, y una niña hija de la señora Guerra. Navegando Gómez mar adentro, encontró el cadáver de ésta flotando sobre las olas, y al joven Sucre que bragaba sobre su improvisado salvavidas; toma ambos cuerpos, los lleva a su bote, y los conduce a la playa. Enterrada allí la pobre víctima, siguieron todos al día siguiente para el cuartel general de Mariño, donde Sucre tomó el mando del batallón *Colombia*.

El autor de quien tomamos este relato, dice que halló los detalles del naufragio, detalles no mencionados por los biógrafos de Sucre, en un viejo documento redactado seguramente por el mismo Gómez, que recogiera a los naufragos. (1)

El Mariscal de Ayacucho no olvidó este servicio, y cuando se hallaba en el apogeo de su gloria, remitió desde Chuquisaca mil pesos a quien fuera su salvador en aquella noche pavorosa, manifestándole que era una recompensa del servicio tan grande que le hizo en Boca de Navíos.

Conoció Sucre en Quito, después de la batalla de Pichincha, a la señora doña Mariana Carcelén, la bella hija del mar-

---

(1) *El Naufragio de Sucre*, por J. C. Cetancourt Vigas, Cumaná, 1883, insertado en el libro *Tradiciones Venezolanas Populares*, publicado en Caracas el año de 1885 por el señor Teófilo Rodríguez.

qués de Solanda, por quien sintió el más vivo afecto, pero como pronto siguiera a la campaña del Perú, nada formalizóse en sus amores.

Hallándose en Chuquisaca el año de 1826, le habla a Bolívar, en carta del 12 de febrero, sobre sus proyectos matrimoniales.

"Como siempre he sometido a usted mis asuntos particulares, más como a mi padre y amigo que como a jefe, consultaré a U. el más importante. Varias veces dije a U. aquí que mis compromisos con una señorita en Quito no habían sido disueltos aún después de treinta meses de estar ausente, y a decir la verdad, no sé como los disuelva, ni yo me he empeñado en ello, porque ciertamente esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer. Sin embargo yo pienso que, o debo cumplir ese compromiso, o disolverlo, y para esto es que quiero los consejos y la opinión de U. Diré a U. lo que pienso. Si U. no trata de tomar parte en la guerra del Brasil o en las cosas de Buenos Aires, no veo nada que embarace lo primero; pero si U. considera que yo deba estar libre y expedito para ir con algún ejército contra los del Brasil, mi interés mismo está en quedar soltero. U., meditando todas las circunstancias en que estamos, los desenlaces de la revolución, su estado actual y su término, etc., etc., me dirá francamente lo que debo hacer. Exijo de U. que para Jarme su consejo, considere que lo va a hacer a un hijo suyo, pues creo tener derechos a su estimación para que me los dé como a tal."

Se ve ahí cuánto era el cariño de Sucre para con Bolívar, pues le consultaba como a un padre; y cuánto era su amor a Colombia, pues en servicio de ella estaba dispuesto a sacrificar sus amorosos proyectos.

En la misma carta pone luego el siguiente párrafo en el cual consigna el nombre de su prometida.

"No cerraré mi correspondencia de hoy, sin decir a U. que al fin, observando que el estado de las cosas presentan el aspecto de un poco de paz, he resuelto cumplir de una vez el compromiso a que estoy ligado con la señorita Solanda en Quito; y que al efecto escribo en esta fecha al coronel Aguirre. Si hay circunstancias que hagan parecer mal este partido, autorizo a U. para que escriba a Aguirre que lo suspenda. He dicho a U. que confío siempre de sus consejos como de los que recibiera de mi padre."

También al Coronel León Galindo, en carta del 15 de julio de ese año, le pone estas palabras que dan idea de sus proyectos nupciales: "Entiendo que no es sólo Dueñas el que quiere casarse en Bogotá, sino que este ejemplo parece que quiere darlo el jefe del cuerpo. Y casi estoy por decir que hasta el jefe de Bolivia." (1)

---

(1) .Publicada esta epístola junto con muchas dirigidas a Galindo, en el libro *Documentos para la Historia de Bolivia. Cartas del General A. J. de Sucre*. La Paz, 1918. El jefe del Cuerpo a que allí se refiere era el mismo Galindo y el jefe de Bolivia era Sucre, como es notorio.

En varias de las epístolas que escribiera en Bolivia, expresa su deseo de retirarse de la vida pública y de llevar tan sólo la del hogar. El 27 de marzo le dice al Libertador:

"Después de meditar mucho sobre lo que debo hacer, me parece que lo mejor es que U. me permita ir a Europa a viajar e instruirme por dos o tres años, en que estudiaré mucho y volveré el año 29 (en que U. será reelegido Presidente de Colombia) para trabajar mucho, mucho por nuestro país al lado de U. Ahora estoy cierto que mi inexperiencia va a desacreditarme aquí. Yo no haría ni este viaje a Europa que proyecto si no fuera por el deseo de volver a servir al lado de U., pues de otro modo desde ahora mismo me iría a mi vida privada, que es el objeto de mi vehemente deseo."

El matrimonio de Sucre se celebró en Quito, el 28 de abril de 1828, hallándose él todavía en Bolivia. Fue un matrimonio por poder y representó a Sucre el Coronel Vicente Aguirre. (1)

En materia de intereses Sucre era altamente generoso. Si de ellos se ocupaba era para ayudar a sus hermanos y demás familia. De ello hay constancia en muchas de sus cartas al Libertador. En una de éstas vuelve a hablarle a éste de su prometida, mas de manera enigmática:

"A propósito; cuando pedí a U. que me asegurara algo de mi gratificación del Perú, no fue con objeto de exigirla ahora, sino cuando se pudiera. Repito que habiendo dado cuanto tenía a mi familia, contaba sólo con lo que tomara de esa gratificación para vivir después del año 28, en el cual cada vez estoy más resuelto a dejar la carrera pública. No seré desde entonces sino un particular muy metido en casa; de aquí a allá habrá tiempo de recoger algo. Al otro asunto mío: que es lo de la señoría de Quito. Me conformo con lo que U. ha hecho en todo ello; mi objeto ha sido cubrir mi crédito."

Doy a U. mil gracias por sus recuerdos en estas cosas particulares mías. Al leer el párrafo subrayado de su carta me han dado más ganas de pensar en mis cosas particulares. Si U. se va, todo se nos pierde."

Es curioso este otro párrafo de carta escrita en Potosí el último día de ese mes.

"A propósito de nuestras familias diré a U. que con esta fecha escribo al general Santander para que proporcione que entreguen a mi hermano Jerónimo de las cajas de Venezuela ocho mil pesos, que yo los reintegraré en Guayaquil. Con esto completo veinte y cuatro mil duros que he librado a favor de mi familia y que son el total de mi haber nacional de Colombia, y los productos y ganancias de él después que está en giro desde el año 22; con lo que me ha dado el Perú creo tener demasiado para vivir. Como sé el interés que U. toma en que socorramos nuestras familias, no vacilo en pedir a U. que recomiende al gene-

(1) Una de las tradiciones de don Ricardo Palma refiere que Sucre y Santander decidieron una noche en Huamachuco, a la suerte de cara o sello, cuál de los dos se casaba con la hermosa quiteña. Esta leyenda, que a menudo se reproduce, no parece tener ningún fundamento histórico.

ral Santander la entrega a mi hermano Jerónimo hasta la suma de veinticuatro mil pesos fuertes de las cajas de Venezuela y Orinoco, lo mismo que está a disposición del Gobierno en Guayaquil. Dispense U. que lo moleste en estos asuntos particulares."

Cuando Bolívar, regresando del Perú, llegó a Quito en 1826, visitó a la prometida de Sucre, y éste al saberlo le dió las gracias en carta del 12 de diciembre de 1826.

Entre las muchas manifestaciones que hace Sucre a Bolívar sobre su deseo de retirarse a la vida privada, tomamos estas líneas que indican además un presentimiento sobre su tragedia. El 4 de junio de 1827 le escribe desde Potosí:

"U. me convida en su carta a que continúe esta carrera pública y diré que los desórdenes de Colombia, la confusión de América y la ingratitud que observo, me han persuadido que si los que figuraron en la guerra de la independencia no dejan el puesto, les costará la cabeza. Es, pues, mi anhelo la vida privada. Es la recompensa de mis pocos servicios."

El 18 de abril de 1828, se sublevó en Chuquisaca una compañía del escuadrón *Granaderos*, que era toda la guarnición de esa ciudad, solicitando el pago de sus raciones. Sucre corrió a contener el movimiento, lo recibieron con una descarga, lo hirieron en un brazo y lo redujeron a prisión. Cinco días duraron los amotinados dueños de la ciudad, pero al saber la aproximación de fuerzas leales, la abandonaron y restablecieron las autoridades.

Sucre al referir esto a Bolívar, en carta del 27, le dice que, como su herida le impedía ejercer el gobierno, lo había delegado en el Consejo de Ministros. "Adiós, mi querido general, le agrega, por setiembre estaré en Quito, pero nadie me hará emplear en servicio público. Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la independencia pude salir sano. Como no podré firmarendos o tres meses, lo hará por mí el comandante Andrade."

El 2 de agosto salió de Chuquisaca, y el 25, tras largo y penoso viaje por causa de la herida, llegó al puerto de Cobija, donde tomó una fragata que lo llevó a Guayaquil, a cuya ciudad entró la noche del 18.

A fines de septiembre llegó Sucre a Quito. Véase el párrafo de una carta inédita de don Vicente Aguirre al General Herrán:

"Ya sabrá Ud. que el 30 del pasado llegó aquí el general Sucre y aunque tiene dos balazos en el brazo derecho, se ha mejorado tal que ha escrito de su puño una carta entera ayer para S. E. el Libertador. Su físico está igual al que tuvo en el año de 23 a excepción de algunas cánas. De resto su carácter es el mismo y frecuentemente me ha hablado de U. con la buena voluntad que le profesa. Ha extrañado sí que no le haya despachado su asunto de Oconor hasta ahora, cuya tardanza

está muy distante de atribuírsela a U., pero me insta que yo pida a U. interponer su influjo y buena amistad para su pronta resolución." (1)

Poco tiempo disfrutó Sucre de los sagrados placeres del hogar. Estallada la guerra con el Perú y nombrado Jefe del Ejército, se puso en marcha para esa nueva campaña. El 29 de enero de 1829 tomó el mando, y en igual fecha del siguiente mes obtuvo la victoria en el campo de Tarqui. Terminada la guerra con esta batalla, regresó a Quito a los pocos días a ponerse otra vez al amparo de los dioses lares.

El diez de julio de 1829 nació la hija de ese matrimonio Sucre-Solanda, y de ello da cuenta al Libertador, en carta del 14 del mismo mes, diciéndole además que lamenta no fuera varón el fruto de su amor; pues él deseaba un soldado para la patria. "La ofrecemos a U., agrega, con el candor de nuestra amistad como una amiguita cuyas primeras palabras serán las de gratitud al redentor de Colombia."

Sucre había nombrado con anticipación, al General Flórez, para apadrinar al vástago que esperaba, y el Libertador parece que estimó correspondía a él aquella distinción, pues Sucre le da esta excusa el 28 de julio:

"Agradezco sumamente su cariñosa queja sobre el compadrazgo. El día de Tarqui dije al general Flórez que no tenía una prueba más fina de amistad y afecto que darle que hacerlo compadre; y a la verdad que la creo la más fina. Estaba, pues, la cosa hecha cuando U. vino al Sur, y por tanto no hay tal preferencia. Además, para qué esta nueva relación, cuando será imposible desmentir que todas las de mi corazón están con Ud? Creo que toda mi carrera y mi vida están marcadas por testimonios del más sincero afecto por U. y dudo mucho si a mi padre mismo he querido más que a U. Mi mujer me ha dicho anoche que dé a Ud. las gracias por su cariño, y que lo estima sobre manera; ella con toda mi familia lo saluda y lo felicita."

Elegido Diputado por Cumaná para el Congreso de 1830, salió a cumplir esta nueva faena en noviembre de 1829 con los Representantes del Sur. Conocemos esta carta en la cual anuncia su salida:

"Quito a 6 de noviembre de 1829.

Sr. D. Pedro Antonio Torres—Popayán.

Mi apreciado Dr. y amigo:

Contestaría largamente a la favorecida de U. de 17 de octubre, si el correo y mis ocupaciones me dieran tiempo, pero a lo menos le diré que dentro de tres días me pongo en marcha para Bogotá y que me es sumamente agradable aceptar la oferta de U. de que continuemos juntos desde Popayán. Conmigo van dos diputados de los de aquí y uno de Imbabura.

Sabrá Ud. que el congreso peruano aprobó los tratados de paz y que en aquel país se recibieron y festejaron como una señal espléndida

(1) Archivo Herrán.

con que el Libertador los consideraba. Parece que ahora solicitan que S. E. sea el mediador en las diferencias con Bolivia.

Siento mucho el golpe que se dió Ud. en Berruecos, pero me prometo que estará perfectamente bueno para cuando yo llegue a Popayán. Hoy escribo a los señores Mosquera y Andrade para que nos apronten mulas, arriero etc. y me hará Ud. un favor si activa las diligencias para que se consiga todo.

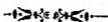
Mi familia corresponde agradecida los recuerdos de Ud. y yo me repito su afectísimo amigo y atento servidor,

A. J. DE SUCRE."

El 18 estaba en Ibarra y el 24 en Pasto, según consta en sus epístolas al Libertador. Largo fue ese viaje en mula por pésimos caminos y a través de valles y montañas. El 27 de diciembre apenas estaban en Purificación.

Llegado a Bogotá, tocó a los pocos días asistir al Congreso Admirable y prestar nuevos servicios al país como queda relatado en otro capítulo.

(Se continuará)



## DIARIO

sobre la enfermedad que padece S. E. el Libertador, sus progresos o disminución y método curativo seguido por el médico de cabecera doctor Alejandro Próspero Révérend.

### BOLETIN NUMERO 1.

S. E. llegó a esta ciudad de Santa Marta a las siete y media de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional *Manuel*, y habiendo venido a tierra en una silla de brazos por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: Cuerpo muy flaco y extenuado; el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos y de color verdoso. El pulso igual, pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de S. E. me pareció ser de las más graves, y mi primera opinión fue que tenía los pulmones dañados. No hubo tiempo de preparar un método formal: solamente se le dieron unas cucharadas de un elixir pectoral compuesto en Barranquilla. — Santa Marta, diciembre 1º de 1830, a las ocho de la noche. — Révérend.

### BOLETIN NUMERO 2.

S. E. pasó mala noche desvelado y tosiendo, principalmente por la madrugada. Tuve más lugar de reconocer el temperamento del paciente, que se puede clasificar en los bilioso-nerviosos. Además de tener el pescuezo delgado, tiene también el pecho contraído, y agregando a estas señales la amarillez de su rostro, opiné que la enfermedad era un catarro pulmonar crónico, tanto más cuanto que yo reparaba los esputos de color verdoso. Fue de la misma opinión el doctor M. Night, cirujano de la goleta de guerra *Grampus* de los Estados Unidos, que casualmente se hallaba en esta plaza. A las diez de la mañana conferenciamos el doctor M. Night y yo para arreglar un método curativo, y lo hicimos en estos términos: los remedios pectorales mezclados con los narcóticos y expectorantes, dando al mismo tiempo una pequeña dosis de sulfato de quinina para entonar el estómago. Por alimento las masas de sagú, pollo y caldo. — Diciembre 2, a las ocho de la noche. — *Révérénd.*

### BOLETIN NUMERO 3.

La noche pasada fue un poco más tranquila, pero siempre con la tos y los mismos esputos. Es de advertir que S. E. tiene mucha repugnancia para tomar los remedios y aún los alimentos, lo que se puede atribuir a la desgana que tiene. También debe notarse que duerme solamente dos o tres horas en las primeras de la noche, y el resto lo pasa desvelado y como con pequeños desvaríos. El mismo método, y además el cuarto ventilado, procurando que el pecho y los pies estuvieran cubiertos. Diciembre 3, a las 8 de la noche. — *Révérénd.*

### BOLETIN NUMERO 4.

La noche pasada no fue molesta: esta mañana hubo unos vómitos que S. E. atribuyó a una taza de leche de burra, y no continuó tomándola. La misma tos, expectoración y desgana, con todo el pulso parecido al natural, aunque por la noche se vuelve algo febril. Por la tarde, estando presente el doctor M. Night, se quejó S. E. de un dolor interno correspondiente al hueso esternón: se le aplicó entonces el emplasto de pez de Borgoña en la parte dolorida, y se alivió bastante. El demás método y alimentos lo mismo que en los días antecedentes. — Diciembre 4, a las 8 de la noche. — *Révérénd.*

### BOLETIN NUMERO 5.

La noche pasada no fue buena, y a pesar de seguir con los mismos remedios ya indicados, pasó el día más molesto que los antecedentes. El dolor del pecho le creció y se propagó en el costado derecho. También un poco de hipo; pero no causaba al paciente mucha molestia. El dolor del pecho se curó con una untura anodina, y mediante una píldora calmante se sosegó. El mismo método y los mismos alimentos. S. E. volvió a la

costumbre de encerrarse. En este día se pensó buscar en el campo un temperamento más fresco y más puro que el de la ciudad: el mismo paciente lo deseaba con ansia. — *Révérénd.*

ADICIÓN. Habiendo tenido que seguir en la goleta *Grampus* el doctor M. Night de que es cirujano, yo me quedé solo encargado de la asistencia de S. E. el Libertador. — Diciembre 5, a las nueve de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 6.

La noche pasada fue regular mediante una píldora calmante que tomó S. E. El dolor del pecho había desaparecido, y la expectoración era menos. Habiendo S. E. manifestado el gran deseo que tenía de ir al campo, y de acuerdo con sus amigos que también opinaban como yo, que le sería provechoso el aire del campo, salió S. E. por la tarde para la quinta de San Pedro, donde llegó bastante contento del viaje que decía le había aprovechado, pues le condujeron en berlina. En fin, estaba muy satisfecho, y esta confianza fomentaba las esperanzas de sus amigos. Los mismos remedios y los mismos alimentos. Además se hizo un poco de agua de goma arábiga por tisana común. — San Pedro, diciembre 6, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 7.

S. E. pasó una buena noche y el día contento, alabando mucho la mudanza de temperamento, o más bien el hallarse en el campo. El pulso permaneció siempre regular, y observé poca cantidad de esputos. Además de las medicinas ya indicadas, tomó un baño emoliente tibio, y no tuvo novedad: es el mejor día que ha tenido S. E. después de su llegada. — Diciembre 7, a las ocho de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 8.

Anoche principió a variar la enfermedad. S. E., además del pequeño desvarío que ya se le había notado, estaba amodorrado, tenía la cabeza caliente y los extremos fríos a ratos. La calentura le dió con más fuerza, le entró también el hipo con más frecuencia y con más tesón, pero sin molestar al paciente. La expectoración fue menos y el desvelo más grande. Sin embargo, el enfermo disimulaba sus padecimientos, pues estando solo daba algunos quejidos. Se le puso un emplastro anodino narcótico en el epigastrio, y mediante unos remedios anti-espasmódicos se sosegó un poco; pero se le observaba de un modo sensible entorpecimiento en el ejercicio de sus facultades intelectuales. Me pareció ser un efecto de la supresión de la expectoración y que la materia morbífica por un movimiento metastásico del pecho subía a la cabeza. Se usaron entonces los remedios refrigerantes en la cabeza, los revulsivos en los extremos inferiores, las frotaciones estimulantes lejos del paraje atacado, y finalmente cuantas medicinas podían hacer derra-



bar la congestión en el cerebro. — Diciembre 8, a las nueve de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 9.

La noche fue bastante molesta; mucho desvelo; poca expectoración; el hipo repitió con bastante fuerza; algún delirio; el pulso más frecuente y apretado; sudor ninguno. Cuando se le preguntaba a S. E. si tenía algún dolor, siempre contestaba que no; por lo que se conocía que el sistema nervioso estaba atacado. Han seguido los remedios calmantes anodinos y el mismo método que el día anterior. Por alimento sagú, jelaína y caldos. — Diciembre 9, a las 8 de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 10.

A pesar de tener el cuerpo más despejado, le siguió la misma modorra. La lengua ha estado algo trabajosa a ratos. Calor en la cabeza y los extremos fríos. Un pediluvio y las manos puestas en agua tibia restablecieron el equilibrio de los humores. Arrojó algunos esputos de la misma calidad que antes, con sensaciones de dolor al pecho, principalmente hacia el lado izquierdo. Linimentos anodinos en las partes doloridas, y el uso de los revulsivos siempre lo mismo. Por la tarde se le recargaron los males, pero solamente de noche se le notó delirio. A pesar de tener algún trabajo en expresarse, gozaba enteramente de su juicio. — Diciembre 9, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 11.

Dos o tres horas de sueño en las primeras de la noche y con alguna inquietud. El resto de ella lo pasó S. E. desvelado, conversando solo, y de consiguiente deliraba. La mayor parte del tiempo era un tejido continuo; pero el paciente siempre contestaba que estaba bueno. No pudo restablecerse la expectoración como antes; de consiguiente tuve más motivos para creer que iba a efectuarse la metastásis. Se continuó el uso de los calmantes y por otra parte los revulsivos. — Diciembre 10, a las 8 de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 12.

Como de costumbre tenía más despejo de día, por la noche le crecieron los males con más fuerza. De cuando en cuando la misma modorra; pero al despertarse hablaba con serenidad y claridad. Sin embargo aparecían los síntomas de congestión en el cerebro. Como S. E. es de naturaleza estreñido, se le dieron dos píldoras purgantes para evacuarlo, y no le hicieron efecto, a pesar de dos lavativas que se le echaron. Le atacó el hipo de nuevo y tuvo más arqueadas. Un parche anodino le restableció la quietud; pero siguiendo siempre las señales inminentes de una congestión cerebral, se le puso un cáustico o vejigatorio en la nuca a las dos de la tarde, continuando los mismos remedios revulsivos y anodinos. A las ocho y media de la

noche se levantó el cáustico, que le había hecho poco efecto; por lo que se puso otro inmediatamente en el mismo paraje. Bebió el agua de goma por tisana común. Habiendo estado por la tarde más despejado a beneficio del cáustico, S. E. hizo sus disposiciones espirituales y temporales con la mayor serenidad, y no le reparé la menor falta en el ejercicio de sus facultades intelectuales; lo que atribuí también al efecto del vejigatorio. — Diciembre 10, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 13.

Mediante los vejigatorios en la cabeza; y frotaciones en el espinazo, como también los sinapismos en los pies, amaneció con menos sopor. Sin embargo la noche fue molesta y con algún delirio. A media noche le entró la calentura con alguna fuerza. S. E. tomó cucharadas de una poción antileptárgica que le hizo regular efecto. El hipo no fue tan tenaz; pero siempre seguían los demás síntomas graves. — Diciembre 11, a las 8 de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 14.

Después de la curación del vejigatorio que levantó regular y que no causó mucho dolor a S. E., hubo una deposición copiosa provocada por una lavativa purgante. Los ataques del hipo no fueron tan fuertes ni tan frecuentes. Con todo hubo molorra con calor en la cabeza y frío en los extremos. Por la tarde S. E. tuvo ardor en la orina, se le dió el agua de linaza, y un pequeño delirio se notó cerca de las seis: el pulso más frecuente y apurado. Se continuó el mismo método; es decir, refrigerantes en la cabeza, frotaciones estimulantes en el espinazo, sinapismos a los pies, lavativas excitantes, y también una mixtura pectoral incisiva para excitar la expectoración. — Diciembre 11, a las 8 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 15.

S. E. pasó mala noche, desvariando a menudo. Sin embargo el vejigatorio había purgado algo: El pulso frecuente y más comprimido que nunca: grande exasperación en los síntomas. Orines involuntarios con sensaciones de ardor. No hubo hipo. Se siguió el mismo método, pero con poco efecto en los resultados, pues amaneció menos despejado que el día anterior. Al curar el vejigatorio se le untó más arriba de la nuca con el linimento vecicante de Gondred: inmediatamente le causó el pequeño dolor que proviene de su aplicación. — Diciembre 12, a las ocho de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 16.

Desde las ocho de la mañana hasta el medio día tuvo las ideas algo confusas; conversando a ratos con alguna serenidad. Por la tarde se despejó y tuvo algunos momentos tranquilos. La tos se aumentó y expectoró un poco más: el pulso

siempre febril y apretado: frío en los extremos y calor en la cabeza. El vejigatorio purgó poco, y el linimento vesicante de Gondret hizo poco efecto. Hubo una deposición provocada por una lavativa. Por agua común la tizana de la semilla de linaza, la mixtura pectoral, y los alimentos fueron una o dos tazas de caldo, la jelatina y varias tazas de sagú. La gana de comer es muy poca, y la sed ninguna. — Diciembre 12, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 17:

La noche del 12 al 13, S. E. la pasó con mucha inquietud y desvelo, mudándose a cada rato de la cuna a la hamaca y de la hamaca a la cama, con unos quejidos continuos, pero sin poder explicar sus achaques. Orines involuntarios, frecuentes y en poca cantidad. Tos seca y muy a menudo, pero sin expectoración. El pulso frecuente y más blando que ayer, pero más deprimido. La voz algo pesada y la expresión más trabajosa. El vejigatorio ha purgado poco. Finalmente, S. E. está más abatido que en los días anteriores. La cabeza siempre calurosa. Refrescos a la cabeza y tisana emoliente por agua común. Sagú por alimento. — Diciembre 13, a las ocho de la mañana. *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 18.

En este día se han agravado los síntomas de la enfermedad de S. E., y aún se ha agregado otra complicación, que es una irritación de los órganos digestivos, pues la lengua, de húmeda que estaba hasta ahora, se ha puesto un poco seca, áspera y colorada en sus orillas. Varias veces ha tenido baseas y aún ha vomitado. La misma confusión en las ideas y aberración de la memoria. Calor en la cabeza, pero menos que en los días anteriores: el frío en los extremos también ha sido menos. Ha seguido la tos seca sin expectoración, pero con un escupir continuo. Orines involuntarios a veces, aunque no muy frecuentes. El semblante muy abatido. El pulso por la tarde fue suave; pero es de advertir que esa disposición no es constante. No se ha quejado tanto S. E., pero tampoco ha explicado sus dolencias. Las sensaciones están como entorpecidas. Refrescar la cabeza, llamar el calor a los extremos, calmar la tos con agua mucilagínosa, ha sido el método de hoy, y el sagú por alimento. El vejigatorio ha purgado poco. — Diciembre 13, a las 9 de la noche. *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 19.

La noche del día 13 al 14 S. E. ha tenido un poco de canso, efecto de un julepe anodino, y untura emoliente en el pecho. Desde las doce hasta la seis de la mañana durmió sin despertarse, y de consiguiente sin toser. Sin embargo sigue el entorpecimiento en las sensaciones: la lengua está más húmeda y menos irritada: la voz ronca, y mientras dormía, el pecho le silbaba. Hay siempre incontinencia de orina. El pulso está me-

nos frecuente y algo blando. El vejigatorio ha purgado algo; después de haberlo curado, S. E. ha tenido unas bascis y un vómito. Tisana pectoral, untura anodina en el pecho, y sagú por alimento. — Diciembre 14, a las 8 de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 20.

El Libertador se va empeorando más. El pulso, de regular que estaba a las ocho, se ha vuelto deprimido. Los extremos se mantienen fríos. Un sopor casi de continuo se ha apoderado de S. E. El semblante está más abatido, y pronostica la proximidad de la muerte. Tose muy poco y nada expectora. Fortificantes y estimulantes al exterior. — Diciembre 14, a las 11 de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 21.

S. E. sigue en el mismo estado de postración, y aun peor. Poco a poco se le van agotando las fuerzas vitales. Decúbito en las espaldas, conia vigil, el *fácies* algo hipocrático, el sopor lo mismo, la respiración estertorosa, palabras balbucientes, y frío excesivo en los extremos, son los síntomas que tiene el enfermo. Ninguna esperanza nos queda. Siempre se usan los fortificantes interior y exteriormente. Sagú con vino es el alimento que puede pasar. — Diciembre 14, a la una y media de la tarde. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 22.

S. E. sigue siempre declinando. Los únicos remedios que se usan son los fortificantes. El sopor permanece lo mismo que los demás síntomas expresados en el boletín anterior número 21. — Diciembre 14, a las 4 de la tarde. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 23.

S. E. está en el mismo estado de postración. Sin embargo no han crecido de un modo sensible los síntomas expresados en los dos boletines antecedentes. El pulso está siempre deprimido, los extremos fríos, las palabras balbucientes, etc.; pero el hipo no ha sido tan a menudo esta noche. El vejigatorio purga poco, y tiene la llaga un color blanquiceo. Se sigue el mismo método; es decir, fortificantes al exterior y al interior, sinapismos, y untura anodina en el pecho. Sagú con vino por alimento. — Diciembre 14, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 24.

S. E. se halla casi lo mismo, con la diferencia que los síntomas han perdido algo de su fuerza. Así es que el calor ha vuelto a los extremos, el pulso está menos deprimido, etc. Además ha arrojado algunos esputos. A pesar de las pocas esperanzas, siguen siempre los fortificantes y alimentos nutritivos, como el sagú con vino. — Diciembre 15, a las 6 de la mañana. — *Révérénd.*

BOLETIN NUMERO 25.

S. E. sigue lo mismo y aun le vuelve a ratos el hipo. Está siempre en el mismo desvarío. La tos se ha vuelto seca, y no espata casi nada. La lengua seca en su centro. El pulso menos blando. Sin embargo el frío en los extremos no ha vuelto como ayer. Medicamento pectoral. Sagú por alimento cada dos horas. — Diciembre 15, a la 1 de la tarde. — *Révérénd.*

BOLETIN NUMERO 26.

El estado de S. E. es siempre crítico. El mismo desvarío, palabras balbucientes, semblante más decaído, estupor en el rostro, orines en pequeña cantidad; voz ronca, la lengua algo seca, poca expectoración. Las fuerzas vitales estimuladas por el arte no bastan para tanta complicación, y por consiguiente hay muy poca, o por mejor decir, ninguna esperanza de conservar la vida de S. E. el Libertador. Sin embargo siguen los remedios pectorales, y unturas anodinas en el pecho; refrescos en la cabeza, y frotaciones espirituosas en los extremos. Sagú por alimento. — Diciembre 15, a las 5 de la tarde. — *Révérénd.*

BOLETIN NUMERO 27.

Vuelven a agravarse los síntomas peligrosos de que se ha hablado antes en los últimos boletines. Ha vuelto el hipo a menudo, la cabeza se ha puesto calurosa, y el frío ha invadido otra vez los extremos; de consiguiente ha resultado el desvarío continuado que S. E. tiene desde esta tarde. La voz se ha puesto más ronca y las palabras balbucientes. Nada de despejo en todo el día. El pecho no se afloja, aunque la tos no es mucha. Los orines son pocos. Refrescos en la cabeza, dos ventosas en las espaldas, y dos vejigatorios en las pantorrillas; el de la nuca ha purgado poco. Se le dieron dos cucharadas de una poción antiespasmódica, y se contuvo el hipo. Tisana pectoral incisiva por agua común. Se le pusieron dos lavativas. Por alimento una taza de sagú cada dos horas. — Diciembre 15, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

BOLETIN NUMERO 28.

Los síntomas del mal se están exasperando por momentos. El desvarío continúa, los orines están parados, el hipo no cede, los extremos muy fríos. El semblante ha vuelto a ponerse hipocrático. El pulso está miserable. ¡Nunca había llegado S. E. a tan sumo grado de postración! Frotaciones espirituosas en los extremos, poción antiespasmódica, una cucharada de un cordial. Desde las nueve de la noche no había tomado alimento. Se le prepara actualmente un poco de sagú con vino. — Diciembre 16, a la 1 de la madrugada. — *Révérénd.*

BOLETIN NUMERO 29.

Por los muchos estimulantes y fortificantes se sostiene la vida de S. E. Ha vuelto un poco de calor a los extremos, el

pulso no está tan decaído; pero, vuelvo a decirlo, es sólo el estímulo de los remedios. Aun no se han curado los vejigatorios, pues habiéndoselos quitado a media noche el mismo paciente, fue necesario reponérselos. Frotaciones espirituosas en los extremos, antiespasmódicos al interior, son los remedios que se le están haciendo. El sagú con vino por alimento. — Diciembre 16, a las 6 de la mañana. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 30.

S. E. va siempre declinando, y si vuelven las fuerzas vitales a sobresalir alguna vez, es para decaerse un rato después; finalmente, es la lucha extrema de la vida con la muerte. El vejigatorio de la nuca ha purgado bastante; pero los que se pusieron anoche en las pantorrillas han hecho muy poco efecto. Los orines se han suprimido. Siguen siempre las frotaciones espirituosas en los extremos, las bebidas antiespasmódicas, unturas emolientes, y lavativas. Sagú cada dos horas. — Diciembre 16, a la 1 de la tarde. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 31.

Todos los síntomas de la enfermedad de S. E. han vuelto a exasperarse; además se le ha notado otro síntoma malo, y es que ha echado orines ensangrentados. La respiración es más trabajosa, y apenas han purgado los vejigatorios, principalmente los de las pantorrillas. Frotaciones espirituosas en los extremos, antiespasmódicos al interior, etc. Sagú por alimento. — Diciembre 16, a las 9 de la noche. — *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 32.

Todos los síntomas están llegando al último grado de intensidad: el pulso está en el mayor decaimiento: el *facies* está más hipocrático que antes: en fin, la muerte está próxima. Frotaciones estimulantes, cordiales y sagú. Los vejigatorios han purgado muy poco. — Diciembre 17, a las 7 de la mañana. *Révérénd.*

#### BOLETIN NUMERO 33.

Desde las 8 hasta la 1 del día que ha fallecido S. E. el Libertador, todos los síntomas han señalado más y más la proximidad de la muerte. Respiración anhelosa, pulso apenas sensible, cara hipocrática, supresión total de orines, etc. A las doce empezó el ronquido, y a la una en punto expiró el Excelentísimo señor Libertador, después de una agonía larga pero tranquila. — San Pedro, diciembre 17, a la 1 del día. — *Révérénd.*

Es copia: fecha a la una y media de la tarde. — *Cepeda*, Secretario.

Es copia: Cartagena, enero 12 de 1831.

El Secretario de la Prefectura,

JUAN BAUTISTA CALCAÑO

## AUTOPSIA

### del cadáver del Excelentísimo señor Libertador General Simón Bolívar.

El 17 de diciembre de 1830, a las 4 de la tarde, en presencia de los señores Generales beneméritos Mariano Montilla y José Laurencio Silva, habiéndose hecho la inspección del cadáver en una de las salas de la habitación de San Pedro, en donde falleció S. E. el General Bolívar, ofreció los caracteres siguientes:

1º — *Habitad del cuerpo* — Cadáver a los dos tercios de marasmo, descolorimiento universal, tumefacción en la región del sacro, músculos muy poco descoloridos, consistencia natural.

2º — *Cabeza* — Los vasos de la arachnoides en su mitad posterior ligeramente inyectados, las desigualdades y circunvoluciones del cerebro recubiertas por una materia parduzca de consistencia y transparencia gelatinosa, un poco de serosidad semirroja bajo la dura-mater; el resto del cerebro y cerebelo no ofrecieron en su sustancia ningún signo patológico.

3º — *Pecho* — De los dos lados posterior y superior estaban adheridas las pleuras costales por producciones seminembranasas: endurecimiento en los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado presentó un manantial abierto de color de las heces del vino, jaspeado de algunos tubérculos de diferentes tamaños no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa, y dividiéndolo con el escalpelo, se descubrió una concreción calcárea y regularmente angulosa del tamaño de una pequeña avellana. Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó un poco parduzco que por la presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada de particular, aunque bañado en un líquido ligeramente verdoso contenido en el pericardio.

4º — *Abdomen* — El estómago, dilatado por un licor amarillento de que estaban fuertemente impregnadas sus paredes, no presentó sin embargo ninguna lesión ni flogosis: los intestinos delgados estaban ligeramente meteorizados; la vejiga, enteramente vacía y pegada bajo el púbis, no ofreció ningún carácter patológico. El hígado, de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa; la vejiga de la hiel muy extendida; las glándulas mesentéricas obstruidas; el vaso y los riñones en buen estado. Las vísceras del abdomen en general no sufrían lesiones graves.

Según este examen, es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S. E. el Libertador era en su principio un cata-

ro pulmonar, que habiendo sido descuidado, pasó al estado crónico, y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa. Fue pues esta afección morbífica la que condujo al sepulcro al General Bolívar, pues no deben considerarse sino como causas secundarias las diferentes complicaciones que sobrevinieron en los últimos días de su enfermedad, tales como la arachnóides y la neurósis de la digestión, cuyo signo principal era un hipo casi continuo; y ¿quién no sabe por otra parte que casi siempre se encuentra alguna irritación local extraña al pecho en la tisis con degeneración del parenchima pulmonar? Si se atiende a la rapidez de la enfermedad en su marcha, y a los signos patológicos observados sobre el órgano de la respiración, naturalmente es de creerse que causas particulares influyeron en los progresos de esta afección. No hay duda que agentes físicos ocasionaron primitivamente el catarro del pulmón, tanto más cuanto que la constitución individual favorecía el desarrollo de esta enfermedad, que la falta de cuidado hizo más grave; que el viaje por mar, que emprendió el Libertador con el fin de mejorar su salud, le condujo al contrario a un estado de consunción deplorable, no se puede contestar; pero también debe confesarse que afecciones morales vivas y punzantes como debían ser las que afligían continuamente el alma del General, contribuyeron poderosamente a imprimir en la enfermedad un carácter de rapidez en su desarrollo, y de gravedad en las complicaciones, que hicieron infructuosos los socorros del arte. Debe observarse en favor de esta asección, que el Libertador, cuando el mal estaba en su principio, se mostró muy indiferente a su estado, y se denegó a admitir los cuidados de un médico: S. E. mismo lo ha confesado: era cabalmente en el tiempo en que sus enemigos le hartaban de disgustos, y en el que estaba más expuesto a los ultrajes de aquellos que sus beneficios habían hecho ingratos. Cuando S. E. llegó a Santa Marta, bajo auspicios mucho más favorables, con la esperanza de un porvenir más dichoso para la Patria, de quien veía brillantes defensores entre los que le rodeaban, la naturaleza conservadora retornó sus derechos; entonces pidió con ansia los socorros de la medicina. Pero ¡ah! ¡Ya no era tiempo! El sepulcro estaba abierto aguardando la ilustre víctima, y hubiera sido necesario hacer un milagro para impedirle descender a él (1).

(1) "Es de suponer que el examen de las vísceras lo hiciese (el doctor Révérend) de noche, y tan a la ligera, que no le fuese posible observar con más detención el árbol respiratorio de aquel cadáver sacratísimo, pues es sabido que Révérend comenzó la autopsia a las cuatro de la tarde y la terminó a las ocho de la noche. Pero fuera de aquella, o de esta manera, léyase o no comprobado, cavernas tapizadas por líquido purulento, encontráranse o no las aneurismas de Rasmussen, es lo cierto, que hoy no se discute la entidad nosológica que dió al traste con el cuerpo humano mejor organizado para realizar maravillas. Además, en el diario de Révérend, que comienza el día 19 de diciembre de 1830 y termina el 17 del mismo mes, por la tarde, asegura este paciente médico y enfermero del Libertador, que la autopsia reveló adherencias en las pleuras y los pulmones endurecidos en sus vértices; examinando con más cuidado el pulmón izquierdo, encontró una concreción calcárea; en ambos había tubérculos de varias dimensiones, y el corazón bañado en un líquido verdoso, contenido en el



San Pedro, diciembre 17 de 1830, a las 8 de la noche.

ALEJANDRO PRÓSPERO RÉVÉREND

Es copia: J. A. Cepeda, Secretario.

Es copia: Cartagena, enero 12 de 1831.

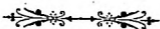
Calcaño, Secretario

"Acabada la autopsia del cadáver, que fue trasladado sobre la marcha, de la quinta de San Pedro a la casa que primero habitó el General Bolívar en Santa Marta, fue menester proceder a su embalsamamiento. Por desgracia estaba enfermo el único boticario que había en la ciudad. Muy escasas fueron, si no faltaron, las preparaciones que se usan en semejante caso, hallándome solo para practicar esa operación. Se me hizo muy laboriosa la tarea, máxima cuando se me había limitado un corto tiempo, y que este trabajo se hacía de noche. Así es que no se concluyó sino cuando era ya de día. Yo iba a retirarme para descansar de tantas fatigas y desvelos, cuando el señor Manuel Ujueta, a la sazón jefe político, me hizo presente que nadie en la casa era capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió a desempeñar esta última y triste función. Entre las diferentes piezas del vestido que trajeron se me presentó una camisa que yo iba a poner cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando de la camisa, exclame: 'Bolívar, aún cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra, voy a mandar por una de las mías'. Entonces fue cuando me trajeron una camisa del General Laurencio Silva que vivía en la misma casa. En primer lugar esta penuria puede sorprender y molestar a la vez a los que simpatizan con el héroe colombiano; pero impresión tan penosa se desvanece muy pronto, cuando se considera que esta misma escasez hasta en sus recursos pecuniarios era el resultado de los innumerables sacrificios que nunca excusó el Libertador para dar patria a unas cuantas nacionalidades de Sur-América, y sirve más bien para glorificar y popularizar el nombre de Bolívar.

"Sin embargo le acusaron sus enemigos de aspiraciones a ser el tirano de sus conciudadanos. Entre los papeles que por disposición testamentaria mandó el Libertador se quemaran, me fue enseñado uno, el único que el señor Pavageau apartó para sí, y era una acta o representación de varios sujetos, cuya firma recuerdo muy bien y tal vez conocida por los contemporáneos de la época si estuvieran vivos, en la cual proponían

pericardio. Y algo más se podría afirmar: Simón Bolívar debió de morir durante el tercer período de su enfermedad bacilar; debió de sufrir toda la evolución completa de una pulmonía de Koch; cuando espiraba, tal vez se halló en el período de las cavernas pulmonares, durante el cual la fiebre aumenta y aparece a la hora vespertina, la disnea y la tos se hacen más frecuentes, el enflaquecimiento llega a sus últimos límites" — Diego Carbonell. — *Elementos para la nosografía del Libertador*. "El Liberal", de Bogotá, 24 de agosto, 1912.

al Libertador que se coronase. Bolívar rechazó la tal proposición en estos términos: 'Aceptar una corona, sería manchar mi gloria; más bien prefiero el precioso título de primer ciudadano de Colombia'. Estas palabras afirmo como hombre de honor haberlas visto estampadas en este documento, que no se publicó para cumplir con las órdenes del Libertador, y también por no comprometer las firmas de los autores de la proposición".



## BOMBONA E IBARRA

No andaban bien los asuntos del Rey en Pasto. El entusiasmo por la Monarquía iba de mal en peor. Los celos y las discordias entre el pueblo y la nobleza daban materia para pensar y temer. El recuerdo de la prisión de Calzada era fuente de discordia, y el gesto desdeñosamente sublime de la señora Santacruz en Jenoy, donde combatió vestida de hombre, y de donde salió herida, demostró a los plebeyos que la aristocracia era tan heroica como ellos y más prudente que ellos. Sin embargo, muchos lauros habían segado los pastusos de los campos de batalla, para que se manifestasen mohinos. Los últimos de Jenoy principalmente, debidos casi por entero a los afanes y esfuerzos populares, los convenció de su poder, que se cimentaba y de su eficiencia que se ponía en acción. El armisticio comunicado por los comisionados Moles y Morales, a raíz del triunfo de Jenoy, y aceptado por las autoridades civiles y por el Ilmo. Jiménez de Enciso, Obispo de Popayán, despertó rumores de traición que se propagaron a los *huaicos*, focos entonces del realismo intransigente e irreflexivo. El Obispo principalmente, por su amistad con los Santacruces, Villotas, Zambranos, Delgados y Soberones, tuvo que apurar tan amargos sufrimientos y sostener tan recios combates con sus colegas los miembros de la Junta realista de Pasto, que por un momento pensó en abandonar la partida, retirándose a Quito, y lo hubiera hecho, si la voz de Aymerich no se lo prohibiera en nombre del Rey, y si, otra voz salida de un peñasco de Jenoy, no le hubiera sembrado la zozobra en el pecho.

En una gruta situada a la vera de ese pueblo, vivía, en efecto, un ermitaño: el Padre Modesto. Nadie sabía ni de su origen ni de su Patria. Apareció allí de repente, como bajado del cielo. Privaciones y fatigas se advertían en su rostro. Su mirar taciturno, su hablar pausado y retumbante, su paso lento y grave y el echar conjuros a las sementeras y exorcismos a los hombres, predisponían los ánimos en su favor y convidaban a amarle y reverenciarle. Sus palabras y sus acciones

eran de Paz. Predicaba la igualdad y la fraternidad venidas del cielo. Lloraba con los esclavos; se entristecía con los hambreados; agonizaba con los enfermos. De asuntos de política, nada decía públicamente; pero recorría las chozas de los labriegos enseñando que la forma de gobierno nada tenía que ver con la Religión y que uno podía ser católico de verdad, a la sombra de la democracia. De todo esto supieron el Obispo y el Cabildo y los nobles; y la desconfianza primero, la duda después, la indignación en seguida, revolviéron sus ánimos. Las investigaciones no dieron otro resultado que poner como de bulto el hecho de que, tanto en Jenoy como en Pasto, la masa del pueblo volvía a mirar con amor y hasta con entusiasmo las ideas de patriotismo y de libertad que años atrás profesara. Se decretó, pues, la prisión del Padre Modesto; pero la cadena es esquivada al varón ungido con el favor popular: por esto, el viento de la murmuración sopló sobre la discordia y se avivaron y se recrudecieron las rivalidades entre plebeyos y nobles, a quienes se acusaba de envidia al ermitaño y de desco de atrapaarse todo el poder. Por lo anterior, se presentía algo grave, que se hubiera traducido, sin duda, en un levantamiento popular para romper la férula de la nobleza; pero de repente estalló como trueno el hecho de terminarse el armisticio el 28 de abril de 1821 y la noticia de que otro ejército insurgente se aprestaba en el Norte para venir a vengar la sangre derramada en Jenoy: se decía que el *zambo* Bolívar en persona se acercaba para borrar con el filo de su espada las memorias del Rey y de su trono en la ciudad sagrada. Todos se miraron atónitos. La discordia cedió su puesto a la sorpresa. El Comandante don Basilio García marchó hasta el Trapiche. A su voz los guerrilleros Sarria, Obando, Toro y otros salieron de sus guaridas y juntos se dirigieron a Popayán, donde el General Pedro León Torres los esperaba en San Camilo con los restos salvados de la división de Valdés. No quiso aventurarse García en un ataque a la plaza, antes bien, rindiendo culto a la prudencia, encargó el mando a Obando y regresó de prisa a Pasto a advertir de que realmente la tormenta se aproximaba.

Y eso era la verdad. El Gobierno Republicano necesitaba un camino por tierra o por mar para atizar y auxiliar el pronunciamiento de Guayaquil contra los peninsulares. Por tierra, si más de conseguir su objeto, sometería al pasar la ciudad de Pasto: esto lo sedujo. El General Torres se movió en efecto sobre el Juanambú; pero el miedo a esta posición inexpugnable; el velo del misterio que envolvía Pasto a los ojos de los patriotas; los tristes recuerdos de las expediciones de Calcedo y Macaulay, de Nariño y de Valdés; la lanza de los patianos en el llano y las picaduras de los mosquitos en el río: todo esto daba a la nueva aventura un carácter chocante, causa de la deserción incontenible de los soldados. Se desistió, pues, de la empresa y se ordenó el viaje por el puerto de Cascajal (hoy Buenaventura). Pero la presencia de buques de guerra españoles en el Pacífico, decidió al Libertador pasar al Ecuador por

Pasto. Bien comprendía lo aventurado de esta <sup>A</sup>compaña, pues según sus propias palabras, daría el combate "de rabia y de despecho, con ánimo de triunfar o de no volver." Empero, se valió de todos los medios, aun de los ilícitos, para vencer, pues pensó en el soborno. "Mi mayor esperanza--decía--la fundo en la política que voy a emplear en ganar el país enemigo, y aun los jefes y tropas, si es posible....." Y para conseguir todo esto, ordenó a Santander el fingir un tratado entre Portugal, Francia e Inglaterra, para mediar entre España y América; un memorándum de Zea relativo a las miras de los Gobiernos de Europa respecto de los intereses americanos; un oficio de La Torre a Páez pidiéndole salvoconducto para ciertos comisionados venidos de España con el objeto de entablar y concluir un tratado de paz con el Gobierno de Colombia; y, por último, algunos ejemplares de la Gaceta de Bogotá, donde se reproducían artículos de la prensa peninsular, anunciando la caída del Ministerio y la oposición de Riego a la venida de Fernando VII a Méjico. Estos documentos falsificados eran prenda de éxito; y como Bolívar necesitaba una persona que conociese el territorio que iba a someter, pensó en José María Obando. Este payanés servía en las filas realistas, conocía palmo a palmo las tierras de Pasto y de Patía y gozaba de prestigio entre sus hombres. La vista de aquellos documentos entenebreció el cielo de su realismo; y las pullas y regaños de Murgeón y de García por su entrevista en Cali con el Libertador, hicieron brotar y crecer en su pecho el amor a la Patria: Bolívar lo recibió con gusto en el ejército con el mismo grado que tenía entre los españoles.

Terminados los preparativos, Bolívar salió de Popayán a principios de marzo con dirección al Juanambú. Allí lo aguardaba el Comandante de Aragón perfectamente atrincherado. Pero Obando le hizo evitar esta posición inexpugnable, guiándolo por Taminango al Peñol, por el Huambuyaco. Mientras tanto García, viéndose burlado, corrió jadeante a Pasto, a avisar el haber visto a Bolívar.

Un rayo causara menos pavor que esta noticia en la Junta y el Cabildo y la Nobleza. Todos celebraron sesiones extraordinarias. Se ordenó suspender el viaje del batallón de Aragón que se quería enviar en auxilio de Aymerich, acosado por Sucre; se preparó la artillería y salieron partidas de observación al Tambo y al Peñol. Por último, se hizo tocar llamada general en las cornetas y a rebato en las campanas. Tocar entonces llamada general, era ver la plaza de Pasto rebozando en hombres, las calles llenas de mujeres que llevaban las armas de sus maridos y los caminos de los pueblos aledaños pletóricos de indios pastusos que venían a luchar por su Dios y por su Rey. Pero en esta ocasión, las calles, las plazas y los caminos estaban desiertos: señal de que esta guerra no era popular. En efecto, el pueblo estaba cansado de morir, hastiado de servir, aburrido de esperar lo siempre prometido y siempre lejano. La recompensa por los triunfos sobre Caicedo, Macaulay y

Nariño se redujo únicamente a conceder al Cabildo de Pasto el Tratamiento de Mariscal de Campo. Para sacar al pueblo del marasmo se necesitaba la autoridad espiritual del Obispo. Este había recibido de Bolívar una Carta, dirigida a él desde Popayán el 31 de enero de 1822. Allí decía: "Vuestra Ilustrísima puede informarse por los recién venidos de España, cuál es el carácter antirreligioso que ha tomado aquella revolución, y yo creo que vuestra Ilustrísima debe hacernos justicia con respecto a nuestra religiosidad, con sólo echar la vista sobre esa Constitución que tengo el honor de dirigirle, firmada por el Santo Obispo de Maracaibo, cuya conciencia delicada es un testimonio irrefragable de la buena opinión que hemos debido inspirarle por nuestra conducta. Aquel Obispo, como el de Santa Marta, el de Panamá, principal agente de su insurrección, muestran bien cuán aceptable es a la verdadera religión la profesión de nuestros principios. El Ilustrísimo señor Arzobispo de Lima ha dado un grande ejemplo de esa misma sumisión a nuestro sistema, y el Ilustrísimo señor Obispo de Puebla, tío del señor General Itárbide, es el motor único del gran trastorno que ha sufrido México. Aquel Obispo era más adicto a Fernando VII que vuestra Ilustrísima mismo; él fué uno de los peores enemigos de la Constitución, mucho más aún de las insurrecciones. Pero al ver brotar del fondo del infierno un torrente de maldición y de crimen, arrollando y asolando todo en la Iglesia española, el Obispo de Puebla no pudo salvar la suya sino poniendo el mar entero entre México y España. Si vuestra Ilustrísima estuviera en comunicación con el Gobierno español y hubiese recibido esas fulminaciones atroces dictadas por el desenfreno de una impiedad sin límites, vuestra Ilustrísima sería otro Obispo de Puebla." A pesar del aspecto antirreligioso de la revolución liberal de España en 1820, y del horror que élla le causaba a Bolívar por el desenfreno de una impiedad sin límites, el Obispo Jiménez de Enciso no dejaba de ser español y así no tuvo inconveniente en servir de mediador entre la nobleza y el pueblo de Pasto, en provecho de España.

Con dificultad se arreglaron las diferencias, pero se arreglaron. Se reunieron las milicias de la ciudad, vinieron los indios, llegaron los *huacosos* y se organizó una fuerza respetable por su número y su entusiasmo. Fué el Jefe, el Coronel don Basilio García; Lugar—Teniente, Don Pantaleón del Hierro, y Comandantes de los diversos cuerpos, los coroneles Blas de la Villota, Ramón Zambrano, Jerónimo Ordóñez y otros. Para dirigir la artillería, envió el Sr. Obispo a su mismo Secretario Pbro. Don Félix Liñán y Haro.

Mientras tanto, Bolívar, al otro lado del Huambuyaco, meditaba marchar a Túquerres por Linares, para ir en persona en auxilio de Sucre a Quito, dejando atrás Pasto y el ejército realista; pero la falta de un práctico en aquéllas breñas, lo decidió a trasladarse al Peñol y al Tambo. En efecto, por el paso de la Ladera esguazó el río el 31 de marzo, y aunque los realistas tenían allí trincheras, no le opusieron resistencia aprecia-

ble. El primero de abril continuó su camino hasta el Peñol, el dos acampó en Molinoyaco y el tres llegó al pueblo llamado Tambo Pintado.

De aquí se puso en marcha contra Pasto (4 de abril). Se hallaba ya a más de medio camino, cerca de Jenoy, después de rechazar muchas avanzadas realistas que en Chaguarbamba ascendían a cuatrocientos hombres, cuando intempestivamente recibió una visita que lo llenó de sorpresa. Se le presentó el Padre Modesto, quien no era otro que el teniente Alvarado, uno de los derrotados con Valdés el 2 de febrero del año pasado. Su disfraz le había servido de coraza entre esos labriegos. El había visto cómo Don Basilio García llegó a la loma de Jenoy con su gente, cómo se atrincheró formidablemente y cómo el ejército patriota iba a caer en la emboscada. De todo informó a Bolívar, quien, desconfiando en un principio del sacerdote, después de madura conferencia con él, determinó cambiar el plan de ataque, flanquear a los realistas y situarse de este modo al sur de Pasto, para quitarle a esta ciudad la comunicación con Quito y en cambio adquirir él noticias de Sucre.

En la montaña de Chaguarbamba existía un camino que pasando por las Plazuelas, los Llanos de Sandoná, el Tambillo y Consacá, permitía salir a Bomboná y Cariaco y de allí a Yacuanquer. Pero para esto, hay que salvar tantas oquedades, lomas, precipicios y peñascos, que cualquiera altura, aún defendida por escaso número de tropas, es formidablemente inexpugnable. Por allí se metió Bolívar con celeridad creyendo adelantarse a García; pero al llegar a Consacá en la tarde del 6 ya estaban los pastusos en la loma de Cariaco; ignoraba Bolívar que de Pasto a ese lugar se llegaba en tres horas por el camino de la cima del Galeras. En la misma tarde del 6 de abril los Coronales París y Barreto reconocieron las posiciones realistas y las juzgaron inexpugnables. Así lo declararon a Bolívar, quien, no satisfecho, efectuó por sí mismo otro reconocimiento, y juzgó difícil, pero no imposible, batir a los defensores de Pasto. "El 7 de abril salieron las tropas hacia Bomboná. Al señor General Valdés se le encargó la dirección del flanco izquierdo del enemigo, con el batallón Rifles de la guardia a las órdenes del Coronel Sanders y guiado por el señor Coronel Barreto que lo había recorrido. El señor General Torres se encargó de atacar la derecha y centro de las posiciones enemigas con los batallones Bogotá y Vargas y el primero y segundo escuadrón de Gufas. El batallón Vencedor de Boyacá con los Cazadores montados y Húsares de la Guardia, quedaron de reserva bajo el fuego de la artillería enemiga." "Dar la batalla fué locura de la impaciencia. Pero ya se sabe que Bolívar en la guerra se aventuraba a menudo. La derecha del ejército contrario se apoyaba en las faldas escarpadas del volcán de Pasto; la izquierda en el Guáitara más caudaloso por aquel punto, y el centro estaba cubierto por un monte espeso, a cuyo entorpecimiento natural habían agregado los españoles otro de artificio, abatiendo grandes árboles que embarazaban la marcha.

Todo el frente de la línea se hallaba defendido por una profunda cañada que sólo se atravesaba por un puente, dominado éste por todos los fuegos enemigos.—El 7 de abril de 1822 empezó la batalla. Fue por extremo ruda para los patriotas. Desfilando bajo los fuegos enemigos de artillería y fusilería, que, a manera de espeso granizo, venían disparando contra ellos, todos los jefes y oficiales, menos seis, y muchos soldados quedaron en breves instantes muertos o heridos. Al impávido Torres sucedió Carvajal; a Carvajal, París; a París, Luque; a Luque, García; a García, Galindo; a Galindo, Valencia..... Ninguno volvió cara. Vargas casi desapareció ese día; Bogotá quedó en reliquias. La muerte segaba a su sabor las vidas. A tiempo que esto sucedía en el centro, Valdés trepaba por las faldas del volcán a la cabeza del Rifles, con un brío de que no hay ejemplo y que quizás no tenga imitadores. Era preciso avanzar por aquellas rocas escarpadas y desalojar a los españoles del punto que ocupaban; nuestros soldados los desalojaron subiendo por una escala de bayonetas clavadas en precipicios. Cuatro compañías escogidas de Aragón, defendían aquel punto inexpugnable; pero no resistieron el ímpetu de Valdés, el primero en subir, el primero en destruir, con una rabia heroica, la resistencia enemiga. La tarde estaba serena, y el humo ocultaba a los combatientes. Sin embargo, en un momento de claridad, el Libertador, que estaba en el centro, vio la ventaja que obtenía Valdés y envió el Batallón Vencedor que atacase las trincheras y parapetos del terrible centro de los españoles. ¡Batallón Vencedor—le dijo—, vuestro nombre sólo basta para la victoria. Corred y asegurad el triunfo! El ataque de Vencedor se ejecutó con la mayor intrepidez. Era ya la noche y brillaba la luna en su plenitud, cuando Bolívar recibió el anuncio de Valdés: que el enemigo huía. El grito de victoria resonó en el espacio..... El triunfo costó muy caro. La división de vanguardia..... entre muertos y heridos, perdió dos tercios de su fuerza y de éstos casi todos los jefes..... No fué Bomboná una batalla como Taguanés, que abrió a Bolívar las puertas de Caracas en 1813, ni como Araure..... ni como San Mateo..... ni como la toma de Angostura..... ni como Boyacá..... ni como Carabobo.....; pero la Batalla de Bomboná fué importantísima, no sólo por el cúmulo de dificultades vencidas que representó, sino, porque, gracias a ella, penetraron la revolución, sus ideas y sus ejércitos victoriosos en Pasto, aquella irreducible Vendée americana, y de ese modo se hizo posible realizar las campañas del Sur.—De todas suertes, sin embargo, debe decirse que el Libertador no ha debido comprar tan caro aquel triunfo y aquellas ventajas. La vida de los hombres tiene su precio. Y el esfuerzo que se exige de ellos tiene también sus límites." (Larrázabal).

Triunfó Bolívar en Bomboná? La respuesta debe ser afirmativa, pues García y del Hierro se retiraron y Bolívar se hizo dueño del campo de batalla, y de la artillería, y de los heridos, y consiguió el fin de impedir los auxilios de Quito. Tuvo en ver-

dad, enorme efusión de sangre, pero el éxito de una batalla no se mide por el número de bajas. Puede ser que un triunfador quede imposibilitado para perseguir a su enemigo, pero no por eso se le negarán los laureles de la victoria.

Recuérdense, si no, las batallas de Eylau y Friedland ganadas por Napoleón. Si otro jefe más capaz que García hubiera mandado a los realistas en Bomboná, el Libertador, presa de la locura de la impaciencia, sufriera sin duda allí la más humillante de las derrotas. Si los realistas perdieron la batalla, lo debieron a la monomanía de seguir ciegamente la vieja táctica de Federico II el Grande. Este monarca opinaba que para triunfar era necesario ser el más fuerte en un punto dado. Este modo de pensar le dió buenos resultados en Europa, porque en su tiempo escaseaban los buenos talentos militares. El inconveniente de su sistema estaba en ser puramente hipotético, porque si el punto dado no era el bueno, el decisivo, a despecho de la fuerza en él concentrada, la derrota era inevitable. Y así aconteció en Bomboná. El punto dado era el centro y la derecha realistas. En efecto, todos los esfuerzos de los patriotas se estrellaron en este punto sin una remota esperanza de éxito. Pero este punto no era el bueno, no era el decisivo. Estas cualidades se encontraban en el flanco izquierdo. Bolívar lo entendió así, y por eso triunfó, aunque a costa de sacrificios inmensos en el centro y en la derecha. Como los realistas seguían invariablemente la táctica prusiana del orden lineal de comprometer el grueso del ejército sin dejar reservas apreciables, sin apoyos fuertes en los puntos extremos; ya los patriotas conocían desde antaño el modo de vencerlos en las campañas de Pasto: flanquearlos o desbaratar una de las dos alas con fuerzas superiores. Narriño no pudo pasar el Juanambú, sino flanqueando la posición realista; y si Valdés, obrando con serenidad en Jenoy, no se hubiera empeñado en el ataque del frente, sino en flanquear a los pastusos, las lágrimas de Bolívar en la piedra de Bomboná se hubieran reservado para los tiempos de ingratitud de los colombianos.

Triunfó, pues, Bolívar en Bomboná; Valdés, Barreto y Sanders fueron los factores decisivos de la acción. Torres y París supieron sostener con heroísmo el combate, mientras los otros coronaban la altura: por esto fueron muy justos los ascensos que recibieron del Libertador en el mismo campo de batalla.

Don Basilio se retiró a Huaca con los veteranos, y los pastusos se marcharon a sus hogares, orgullosos de haber detenido en su carrera al primer guerrero de América. Al siguiente día de Bomboná, el jefe realista escribió a Bolívar intimándole que regresase inmediatamente a Popayán con sus soldados. En contestación, el Libertador le propuso una suspensión de armas, con el fin de ganar tiempo y ver si llegaban los auxilios de Popayán. Así lo entendió García e insistió en que los patriotas se retiraran a esa ciudad, y el Libertador, casi humillado, tuvo que hacerlo al Peñol, dejando en el Hospital de Consacá,



trescientos heridos, entre ellos el General Torres, quien falleció poco después en Yacuanquer. Pero si Bolívar decidió contra-marchar, no lo hizo con la celeridad de los vencidos. En Cariaco lo pasó hasta el día 15, y en esa fecha emprendió el regreso, con mucha pausa, acampando en Hatoviejo. Consacá, la hacienda de Segura, y acercándose otra vez a Pasto, pues estuvo en el camino de Jenoy y no llegó al Peñol sino el 20 de abril.

Los auxilios que debía traer Barreto y Castillo no llegaban, y el Libertador sufría angustias horribles en el Peñol. Hubo, pues, de abandonar este pueblo, repasar el Huambuyaco e ir a establecer su cuartel general en el Trapiche (hoy Bolívar), el 10 de mayo.

Por fin llegaron de Popayán las sonadas columnas traídas por Barreto, y Lara, y aunque el ejército, con esto, todavía no estaba lucido, Bolívar el 10 de mayo dirigió una terrible intimación a don Basilio, ofreciéndole una capitulación. El Coronel José Gabriel Pérez fué el encargado de pasar a Pasto y a Quito a negociar la paz. El Libertador, sin aguardar el resultado, se aventuró de nuevo a marchar sobre Pasto y así lo hizo el 3 de junio.

Mientras tanto en el Ecuador, Sucre avanzaba desde Cuenca sobre Riobamba, ciudad que fué ocupada por el ejército patriota el 22 de abril, el 30 lo fué Ambato y el 2 de mayo Latacunga. El 21 de este mismo mes, se situó Sucre en el Ejido de Turubamba y el 24 ganó la batalla de Pichincha, que fué la realización del pensamiento de Nariño: libertar el Ecuador del yugo español con armas colombianas. Todo esto lo sabía don Basilio y se desesperaba de no hallar ocasión para tratar con Bolívar; de modo que, apenas recibió la intimación de éste, hizo reunir la Junta y el Cabildo y por unanimidad se acordó enviar a don Pantaleón del Hierro y a don Miguel Retamal, para llevar a cabo la capitulación ofrecida. Pero, el pueblo, convencido del triunfo de Bomboná, no quería tratar con los patriotas. El Ilustrísimo señor Jiménez, quien desde los últimos acontecimientos vivía retirado de la ciudad, fué llamado por García para convencer a los descontentos. Vino en efecto, para predicar por primera vez la paz y para aquietar—dice él mismo—algunos mozos indóciles de este pueblo que, sin conocer sus verdaderos intereses, pudieran perturbar la paz pública, atrayendo sobre sus conciudadanos pacíficos todos los horrores de la guerra.....” Al mismo tiempo envió a su Provisor, don José M. Grueso y a su Secretario, don Félix Liñán y Haro, a encontrar a Bolívar con la siguiente carta:

“Excmo. señor: Por medio de mi provisor el doctor don José M. Grueso y de mi Secretario D. Félix Liñán y Haro, me apresuro a rendir a V. E. mis respetos, sumisión y obediencia.

Confiado en la bondad y generosidad de V. E., y para aquietar a algunos mozos indóciles de este pueblo que sin conocer sus verdaderos intereses pudieran perturbar la tranquilidad pública, atrayendo sobre los conciudadanos pacíficos todos los horrores de la guerra, he permanecido en esta ciudad

sin querer tomar otro ningún partido, lisonjeándome de que V. E. no dejará de dispensarme la protección que me tiene ofrecida.

He sido invariable en los principios de fidelidad para con la nación de quien dependo, y este carácter honrado y consecuente, creo me debe hacer más recomendable a los ojos de un generoso guerrero y pacífico conquistador como lo es V. E. Los franceses en España siempre hicieron más alto aprecio del hombre decidido y fiel que de cuantos débiles abandonaron las banderas de su nación para pasarse a ellos por no perder sus comodidades.

Mi provisor y secretario van encargados de conferenciar con V. E. acerca del ceremonial con que de parte de los eclesiásticos deba ser recibido, para que en todo sea complacido y obsequiado cual es debido a su alta representación.

Por motivos poderosos que me asisten de conciencia y políticos, sólo deseo que V. E., usando de su generosidad, me conceda la gracia de darme mi pasaporte para regresar a mi país, en donde sólo apetezco vivir retirado en el rincón de un claustro, para concluir mis días en tranquilidad y reposo. Esta misma solicitud hace tiempo la tengo hecha al Gobierno de España, y creo que a la hora de ésta se me habrá concedido, habiéndome admitido la renuncia que tengo hecha de mi obispado. Si V. E. me concede, como espero, el pasaporte y yo puedo ser útil tanto en la corte de España como en la de Roma, para procurar los intereses de la república de Colombia, yo me honraré con la confianza que V. E. hiciese de mí, bajo la segura confianza de que soy hombre de honor y de carácter que no faltaré a mis promesas y haré cuanto pueda en favor de estos pueblos, a quienes he amado desde mi juventud y los amaré hasta la muerte.

Deseo que V. E. reciba con benignidad los sinceros votos de mi corazón, y que mande cuanto sea de su superior agrado a este su más fino, humilde súbdito, servidor y capellán, Q. S. M. B.,

SALVADOR,  
Obispo de Popayán.

Pasto, y junio 7 de 1822."

El Libertador le contestó:

"República de Colombia—Simón Bolívar, Libertador, Presidente de la república, etc. Ilmo. señor: Tengo el honor de contestar la favorecida carta de V. S. I. que poco antes de entrar en esta ciudad, anteaer, tuvo la bondad de poner en mis manos el señor secretario del obispado D. Félix Liñán y Haro.

Es ciertamente con la más grande complacencia que he visto expresar a V. S. I. los sentimientos de consideración y aprecio hacia mi persona y las protestas francas y generosas con que descubre el fondo de su corazón y el estado en que se halla su conciencia religiosa y política. No son los franceses solos los

que han estimado y aún admirado a los enemigos constantes, leales y heroicos. La historia, que enseña todas las cosas, ofrece maravillosos ejemplos de la grande veneración que han inspirado en todos tiempos los varones fuertes que sobreponiéndose a los mayores riesgos han mantenido la dignidad de su carácter delante de los más fieros conquistadores y aún pisado los umbrales del templo de la muerte.

Yo soy el primero, Ilmo. señor, en tributar mi entusiasmo a todos los personajes célebres que han llenado así su carrera hasta el término que les ha señalado la Providencia, pero yo no sé si todos los hombres pueden entrar en la misma línea de conducta sobre una base diferente. El mundo es uno, la religión es otra. El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la religión. Un guerrero animoso, atrevido y temerario es el contraste más chocante con un pastor de almas. Catón y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión.

Por tanto, Ilmo. señor, yo me atrevo a pensar que V. S. I., lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ella, abandonando la Iglesia que el cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la viña del Señor.

Por otra parte, Ilmo. señor, yo quiero suponer que V. S. I. está apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos a sus mansos corderos de Popayán: mas no creo que V. S. I. pueda hacerse sordo al válido de aquellas ovejas afligidas y a la voz del Gobierno de Colombia, que suplica a V. S. I. que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo. V. S. I. debe pensar cuántos fieles cristianos y tiernos inocentes van a dejar de recibir el sacramento de la confirmación por falta de V. S. I.; cuántos alumnos de la santidad van a dejar de recibir el augusto carácter de ministros del Criador, porque V. S. I. no consagra su vocación al altar y a la profesión de la sagrada verdad.

V. S. I. sabe que los pueblos de Colombia necesitan de curadores, y que la guerra les ha privado de estos divinos auxilios por la escasez de sacerdotes. Mientras S. S. no reconozca la existencia política y religiosa de la nación colombiana, nuestra Iglesia ha menester de los Ilmos. Obispos que ahora la consuelan de esta orfandad para que llenen en parte esta mortal carencia.—Sepa V. S. I. que una separación tan violenta en este emisferio (sic), *no puede sino disminuir la universalidad de la iglesia romana*, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que pudiendo mantener *la unidad de la Iglesia Romana*, hayan contribuído con su conducta negativa a acelerar el mayor de los males, que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad.

Yo me lijonjeo que V. S. I., considerando lo que llevo expuesto, se servirá condescender con mi ardiente solicitud, y que

tendrá la bondad de aceptar los cordiales sentimientos de veneración que le profesa su atento obediente servidor,

BOLÍVAR.

Cuartel general de Pasto, 10 de junio de 1822.”

Entonces el ilustre Obispo se dirigió al Libertador así:

“Exmo. señor: Con la mayor complacencia acabo de recibir el oficio de V. E., y mi corazón se regocija al ver los sentimientos tan religiosos que animan a la república de Colombia. Me convencen las poderosas razones que V. E. tiene a bien manifestarme, para que sacrificando mis deseos de retirarme a España, prefiera los intereses de la religión a cuanto yo pudiera apetecer.

Por estas razones me someto en un todo a la voluntad de V. E., y estoy pronto a permanecer en el territorio de la república, prestándole mi más sumisa obediencia, por tal de cooperar en cuanto mis fuerzas alcancen a que prospere en estos países el tesoro inestimable de la religión de Jesucristo.

Dios Nuestro Señor guarde la importante vida de V. E. muchos y dilatados años.—Pasto y junio 10 de 1822.—Excmo. Sr.—*Salvador, Obispo de Popayán.*—Son copias de sus respectivos originales.—Popayán y junio 3 de 1824.—*Félix Liñán y Haro, Srio.*”

Los comisionados del Hierro y Retamal encontraron a Bolívar en Berruecos, donde se firmó la capitulación que todos deseaban a las seis de la tarde del 6 de junio de 1822. Sin aguardar la ratificación, Bolívar marchó a Pasto a la cabeza de una pequeña columna de Cazadores solamente, porque, en manera alguna podía dudar de la buena fé de los pastusos. El día 8 de junio hizo su entrada en la ciudad. Su mula negra en que cabalgaba fué conducida de la brida por dos miembros del Cabildo hasta la puerta de la Iglesia Matriz, donde se apeó Bolívar y fué recibido por el Obispo, el Clero, el Cabildo, la nobleza y el pueblo, y conducido bajo palio al altar mayor, al solio preparado al efecto. Después del Te Deum fué cumplimentado y obsequiado por las autoridades y el Pueblo.

La capitulación se cumplió en todas sus partes, y con tanto entusiasmo hablaba de ella Bolívar, que en su concepto, valía más que diez victorias.

Con el territorio comprendido entre el Carchi y el Mayo formó la Provincia de Pasto, y le dió por Gobernador al Coronel Ramón Zambrano.

Arreglados ya los asuntos de Pasto, Bolívar marchó a Quito, en donde fué recibido en triunfo el día 16 de junio de 1822.

Todo hacía pensar en la estabilidad de la paz y en la sujeción de los pastusos a la República. Tenían un gobernante pas-

tuso, que había participado de sus triunfos y de sus derrotas, que era moderado en política y que alguna vez tuvo que defenderse de la acusación de patriota que le hicieron los realistas; y más que todo el cambio de modo de pensar del Ilustrísimo señor Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla produjo efecto tranquilizador en las conciencias y deseo de remediar los males de la guerra. Lo mismo aconteció en el valle del Patía, en donde solamente Jerónimo Toro seguía pensando en campamentos y emboscadas. Pero, para desgracia de Pasto, logró fugarse de Quito el Teniente Coronel Benito Boves en compañía de varios Oficiales españoles y se coló en la ciudad gritando: ¡Viva Fernando Séptimo! El Libertador no quiso dejar guarnición en Pasto. Era su pensamiento que los habitantes se manejaran a sí mismos sin intervención de extraños, como si intentara hacerles olvidar que el ejército patriota había pasado por allí vencedor. Pero la presencia del jefe realista despertó en todos los pechos los viejos rencores; el clero renovó los viejos sermones prometiendo el cielo a los matadores de insurgentes, y a la suave atmósfera de paz que respiraba sucedió la tempestuosa de la rebelión. Males sin cuento iban a llover sobre Pasto, y tan terribles llegaron, que la historia los recuerda con horror por la crueldad repugnante de que se hizo gala.

Boves nombró al Teniente Coronel Estanislao Merchancano como Teniente de Gobernador, se dió con actividad a la tarea de reclutar gentes y principalmente de recolectar armas de que carecía casi por completo; de modo que habiendo proclamado la rebelión el 28 de octubre, a principios de noviembre marchó contra el General Antonio Obando y lo derrotó. Luego recorrió la Provincia de los Pastos haciendo que sus soldados cometieran toda clase de depredaciones, y repasó el Guáitara cargado de botín en busca de posiciones que le permitieran sostener la guerra con ventaja. Se fijó en la casi inexpugnable Cuchilla de Taindala y allí estableció sus reales.

Bolívar, que en Bomboná pudo apreciar lo que era tener guerra con los pastusos, se alarmó muchísimo al recibir la noticia de la rebelión, que podía dar al traste con la campaña del Perú que meditaba. Rápidamente organizó una expedición y designó al General Sucre para que la mandara. El paso del Guáitara era un obstáculo casi igual al paso del Juanambú; sin embargo, los soldados patriotas lo franquearon sin mayor dificultad en la mañana del 24 de noviembre y el batallón Rifles subió con arrojo por la cuesta para desalojar a los pastusos de la primera línea de trincheras; pero los realistas estaban mejor preparados de lo que creía el General patriota, y así hubo de ordenar la retirada hasta Túquerres en espera de refuerzos. Boves tuvo la jactancia de haber rechazado al famoso General Sucre, y su envejecimiento fue grande. Por su parte el batallón Rifles que había sufrido tan rudamente en Bomboná y ahora tenía que retirarse ante los pastusos, conservó un resentimiento profundo contra ellos, y sus descos de venganza eran terribles. Después, con tal dureza se tomó el desquite, que

siempre se ha recordado y se recordará en Pasto, el 24 de diciembre de 1822 con el mote de *la entrada de los Rifles*.

Se acercaba la pascua y buena parte de las milicias se retiró a la ciudad a festejarla, con ánimo de regresar inmediatamente a la primera voz de alarma, pues la distancia entre Pasto y Taindala se recorre en breves horas. Súpolo el General Sucre, y como ya había recibido el refuerzo que esperaba, salió de Túquerres el 22 de diciembre, en la madrugada del 23 pasó el río Guáitara y sorprendió a los pocos soldados que estaban detrás de los parapetos. El rencoroso Rifles pidió entonces que se lo dejara lavar su anterior rechazo con el triunfo que se veía próximo, y así subió rápidamente hasta la altura. Cuando Boves se presentó a defender la cuesta con las tropas que pudo reunir, era ya tarde. La temible Cuchilla de Tainda'a estaba en poder de los patriotas y era imposible disputársela. El realista acosado por todas partes, tuvo que retroceder perseguido activamente por Sucre; pero éste tuvo que detenerse delante de Yacuanquer a donde habían acudido ya los de la fiesta. Sin embargo, se renovó el combate, y atacados los pastusos de frente por el Coronel Sanders y de flanco por el General Córdoba, fueron derrotados, y la victoria de Sucre hubiera sido completa si no sobreviene la noche.

El pueblo de Yacuanquer sólo dista 4 leguas de Pasto, y Sucre, antes de marchar contra la ciudad, intimó rendición a Boves, quien cometió el bárbaro desatino de reducir a prisión al oficial que le entregó el pliego.

Esta intimación irritó a los pastusos hasta la locura, y como casi todos estaban borrachos por ser vísperas de Pascua, era seguro que se dejarían matar antes que atender las voces de la razón. Boves puso en movimiento las tropas y las distribuyó en los potreros del Regadío, y él personalmente se situó en la colina de Santiago que era el punto más fuerte. A medio día se dejaron ver los soldados patriotas en la altura de los Voladeros, y otra vez el Batallón Rifles pidió la vanguardia que le fue concedida. El combate principió y continuó con tal ardimiento y coraje, que daba espanto. La derrota de Boves fue terrible y el número de muertos muy crecido, porque ni un solo pastuso quiso rendirse y se defendían hasta la muerte.

Ocupada la ciudad, las tropas se dedicaron al saqueo y especialmente los soldados del Batallón Rifles cometieron todo género de violencias. Los mismos templos fueron campo de muerte. En la iglesia Matriz le aplastaron la cabeza con una piedra al octogenario Galvis, y las de Santiago y San Francisco presenciaron escenas semejantes. Las armas de la República se deslustraron con actos de barbarie, y el 24 de diciembre de 1822 quedó grabado en el corazón del pueblo con la frase conocida: *la entrada de los Rifles*. La proverbial generosidad de Sucre tuvo en Pasto su hora negra.

El Libertador, impaciente por terminar la guerra de Pasto rápidamente y en forma definitiva, dejó el Ecuador y llegó a dicha ciudad el primero de enero de 1823. Prometió el perdón

a todos los que se presentarán con sus armas, pero como no lo hizo ninguno, echó mano de severas medidas. Por el pronto impuso a la ciudad una contribución de treinta mil pesos. Esta decisión se comunicó al Cabildo el 6 de enero, y el mismo día se reunieron para deliberar sus miembros, señores Joaquín de Paz y Burbano, José de Ibarra, Lucas de Soberón, Joaquín Santa Cruz, José Joaquín Eraso, Salvador Ortiz y Crisanto Guerrero. Dudaron de si estarían incluidos en la contribución los eclesiásticos, y decidieron consultarlo. Al día siguiente les contestó el Secretario J. G. Pérez que estaban comprendidos todos los vecinos pudientes. En tal virtud, en la lista de contribuyentes entraron todos los conventos de la ciudad, los curas de las diversas parroquias y los presbíteros Miguel de Rivera, Fernando Zambrano, Juan José Gallardo y Fernando Burbano. Solamente pudieron pagar los siguientes señores:

Coronel Francisco Javier Santa Cruz.....	50,00
Ignacio de Santa Cruz.....	50,00
Juan Ramón Villota.....	200,00
Francisco Delgado.....	50,00
Joaquín Villota.....	50,00
Manuel de la Villota.....	50,00
Manuel Benavides.....	50,00
Ramón Bucheli.....	50,00
Francisco Santa Cruz y Barahona.....	500,00
Mariano Santa Cruz.....	200,00
José Pedro Santa Cruz.....	200,00
Manuel Luna.....	200,00
Mariano Jurado.....	500,00
Agustín Córdoba.....	200,00
Juan Calvache.....	50,00
Matías Calvache.....	50,00
Luisa Muñoz.....	50,00
Francisco Hidalgo.....	100,00
Pedro Cajigas.....	50,00
Manuel Dorado.....	100,00
José Luna.....	10,00
Manuel Juanelo.....	10,00
Ramón Legarda.....	20,00
Miguel Arturo.....	25,00
Presbítero Miguel Rivera.....	200,00
Presbítero Fernando Zambrano.....	100,00
Miguel Ortiz.....	90,00
Presbítero Fernando Burbano.....	800,00
Fermín Montero.....	10,00
Ramón López.....	10,00
Fernando Gálvez.....	10,00
Pedro Aramburu.....	200,00
Francisco Villota y Zambrano.....	25,00
Mauricio Villota.....	10,00
Juan Manuel de la Villota.....	25,00

José María Erazo.....	10,00
Juan Astorquiza.....	40,00
Francisco Cabrera Caicedo.....	25,00
La testamentaria de Magdalena Burbano.....	250,00
Martín Paz.....	10,00
Agustín Villarreal.....	200,00
Miguel Cano.....	50,00
Manuel Burbano Benavides.....	50,00
Mannel Burbano Legarda.....	25,00
Santiago Pérez.....	100,00
Sra. Ignacia Zambrano.....	50,00
Ramón Caicedo.....	50,00
Pascasio Herrera.....	100,00
Sra. Mariana Bucheli.....	50,00
Manuel Obando.....	20,00
Gregorio Jurado.....	10,00
Gabriel Rivera.....	100,00
Coronel Tomás de Santa Cruz.....	2.500,00
José Segura.....	2.500,00
Manuel Guerrero y Delgado.....	50,00
Juan Arguñena.....	3.000,00

De manera especial fueron exceptuados, por ser patriotas, los señores Nicolás de Chaves, Jerónimo Ricaurte y Ramón Albornoz. El Coronel Ramón Zambrano no pudo pagar los cuatro mil pesos que se le asignaron, y por ese motivo se le embargaron todos sus bienes, incluyendo las haciendas de San Antonio y Ventanillas que eran bienes dotales de su mujer, Doña María Zarama, a quien el Libertador se las devolvió el año de 1828 y todo lo demás del embargo. Igualmente se les secuestraron los bienes por la misma causa a Juan Bautista y José Zarama, Estanislao Merchancano, Melchor Guerra, Salvador Torres, Francisco Zambrano y Villota y otros más. Fuera de esto, que trajo la ruina a numerosas familias, se decretaron confiscaciones y reclutamientos, confinamientos y destierros. El quince de enero salió el Libertador de la ciudad con dirección a Quito, dejando a los pastusos llenos de rencor, de desesperación y de deseos de venganza.

El Coronel Juan José Florez quedó de Gobernador, y con el fin de acabar la pacificación, adoptó la política de congraciarse con los habitantes de la ciudad para disponer de tiempo y de soldados en perseguir a los guerrilleros que merodeaban por los campos. Agualongo se hallaba refugiado en su conocido escondite de las minas de oro de la Espada, y Joaquín Enríquez, Manuel Pérez y Manuel Insuasti, encontraron seguro en las montañas de Siquitán y del Caballo Rucio. Contra estos últimos se dirigió Flores y los derrotó completamente, pero por desgracia abusó de su victoria fusilando a muchos sin fórmula de juicio y causando incendios inútiles. Además, sus soldados cometían toda clase de depredaciones entre los campesinos, por lo cual éstos acudían a engrosar las guerrillas. Al



mismo tiempo Agualongo hizo amagos sobre el Juanambú, mas tuvo que regresar prontamente a su refugio.

Mientras tanto, los habitantes de la ciudad de Pasto, observaban una conducta muy cuerda. Se hallaban cansados de la guerra, deseaban sinceramente la paz y procuraban conservarla. Profundo disgusto les causó la rebelión de los guerrilleros, y por esto ofrecieron sus servicios al Coronel Flores para defensa de la República y para su propia defensa personal, porque las tropas de los guerrilleros estaban compuestas de indios y de huaicosos desalmados, faltos de disciplina y que creían que era del servicio del Rey robar y matar. Flores aceptó satisfecho el ofrecimiento y vió con júbilo que la nobleza de la ciudad acudió a sus filas. Así se formó un cuerpo de voluntarios pastusos a cuya cabeza se pusieron Don Nicolás de Chaves, Don Estanislao de la Villota y Don Tomás Miguel de Santacruz.

Agualongo, sintiéndose con fuerzas suficientes, aunque desarmadas, dejó las minas de la Espada y pasando por Tambopintado y Mombuco, escaló el volcán Galeras. El 12 de junio de 1823 apareció dominando la ciudad desde las alturas. Casi todas sus gentes venían armadas de palos que, cortados recientemente en el bosque y despojados de su corteza, se los veía brillar a la distancia como si fuesen fusiles bruñidos. Rápidamente descendió hasta el pueblo de Obonuco. Flores salió a oponérsele con sus bien armadas tropas, pero fue tal la violencia y prontitud de los atacantes, que en breves momentos aplastaron a la infantería patriota a golpes de garrote, y la caballería, apretada en el camino de San Miguel, retrocedió y no se detuvo hasta haber ganado la orilla derecha del Juanambú. Agualongo entró a Pasto, tomó para sí el mando militar y cedió el civil a Merchancano. Ambos jefes dieron en seguida la siguiente proclama que nos ha conservado O'Leary:

"Habitadores de la fidelísima ciudad de Pasto:  
Desapareció pues de nuestra vista el llanto y el dolor. Sí, vosotros habéis visto y palpado con alto dolor y amargura de vuestro corazón, la desolación de vuestro pueblo: habéis sufrido el más duro yugo del más tirano de los intrusos, Bolívar. La espada desoladora ha rodeado vuestros cuellos, la ferocidad y el furor han desolado vuestros campos, y, lo que es peor, el francmasonismo y la irreligión iban sembrando la zizaña. Oh dolor! Testigo es el templo de San Francisco en donde se cometieron las mayores abominaciones indignas de nombrarse; pero si acaso ignoráis, sabed que lo menos que se cometía en el santuario era estar los más irreligiosos e impíos con las más inmundas mujeres. Habéis visto, digo, con el más vivo sentimiento atropellado el sacerdocio, profanados los altares y destruidos con el fraude y el engaño, todos los sentimientos de humanidad; pero entonces es cuando el cielo aparta de nuestra campiña nuestros más crueles enemigos. Ahora es tiempo, fieles pastusos, que uniendo nuestros corazones llenos de valor invicto, defendamos acordes la Religión, el Rey y la Patria,

# AUTOGRAFOS

rcia,  
Amor y fe  
E

Carli Gama  
E

Man. G. G. G.  
E

Amor y fe  
E

pues si no sigue en aumento nuestro furor santo en defender los más sagrados derechos, nos veremos segunda vez en manos de los más tiranos enemigos de la Iglesia y de la humanidad. Ved aquí que os trasunto las órdenes que dió Salom por una carta que se cogió, y es como sigue:

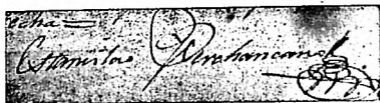
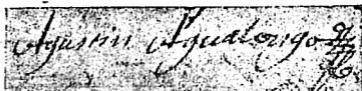
1º Publíquese un bando de expatriación, con pérdida de todos los bienes al que se manifestare sordo a las disposiciones del Gobierno.

2º Este mismo artículo con pérdida de la vida al que se descubriese que coadyuva o se hace con los facciosos de Pasto directa o indirectamente.

3º Enviarme a Quito a todos aquellos sospechosos en donde permanecerán todo el tiempo necesario.

4º No tener indulto con ninguno de los facciosos, y finalmente todo el mundo muere, y las mujeres que se encuentren, remitidas con seguridad; para enviarlas a poblar el camino de Esmeraldas."

En vista de esto, qué esperáis, fieles pastusos? Armaos de una santa intrepidez para defender nuestra santa causa, y consolaos con que el cielo está de nuestra parte; los soldados antes adictos al bárbaro y maldito sistema de Colombia, se hallan dispuestos a defender en vuestra compañía los derechos del Rey con vigor y el más vivo entusiasmo. Así crezca en nosotros el valor, la fuerza y la intrepidez a la defensa, para que de esta suerte, venciendo siempre a los enemigos de nuestra religión y quietud, vivamos felices en nuestro suelo bajo la benigna dominación del más piadoso y religioso Rey Don Fernando Séptimo."

A rectangular stamp containing a handwritten signature in cursive script. The signature appears to be "Simón Bolívar" with a large, stylized initial 'S' and 'B'.A rectangular stamp containing a handwritten signature in cursive script. The signature appears to be "Agustín Agualongo" with a large, stylized initial 'A' and 'A'.

Apenas supo Bolívar la derrota de Flores, se encaminó a Quito, alarmadísimo. Ordenó suspender el embarque de las tropas que se dirigían al Perú y el desembarque de las que ya lo estaban; escribió a Sucre informándole de la rebelión, manifestándole sin rodeos que había que exterminar de una vez a los facciosos; y dió instrucciones al General Juan Paz del Castillo para reclutar soldados. Al mismo tiempo, dió las siguientes órdenes al General Salom:

1° Que US. sin detenerse un momento vaya a ponerse a la cabeza de las tropas destinadas contra Pasto, a las órdenes del Comandante Martínez y el Coronel Calderón;

2° Que todas las tropas se reúnan en una sola masa inmediatamente mandadas por US. mismo;

3° Que los milicianos armados y en marcha se pongan a las órdenes del Comandante de Yaguachi como compañías agregadas al cuerpo;

4° Que se levanten 800 hombres de milicias de Quito y se disciplinen noche y día con los fusiles descompuestos que haya, los que mandará el Comandante Pallares;

5° Que lo mismo se haga con los reclutas del resto de la Provincia;

6° Que ningún hombre desarmado marche de Quito, sino que esperen los fusiles que llegan hoy aquí de Guayaquil;

7° Que se construyan 10.000 cartuchos de instrucción para foguear estos reclutas;

8° Que se espere a los Granaderos a caballo que están en marcha para dar una acción; y 1.500 fusiles lo menos que debemos llevar a Pasto;

9° Que tome US. posiciones muy ventajosas, de modo que no pueda ser sorprendido jamás y mucho menos batido.

10° Que pueda US. retirarse hasta Ibarra, hasta esperar los nuevos refuerzos que están en marcha.

11° Que si el enemigo lo busca a US. replegue aun hasta las inmediaciones de Quito;

12° Que es US. responsable de cualquiera desgracia que suceda a nuestras tropas, no teniendo US. la orden de buscar al enemigo ni esperarlo."

Para fortuna de la causa de la República, Agualongo obró con lentitud, ni podía hacerlo de otra manera con gentes sin disciplina, ávidas de botín. La huella de los realistas era la desolación. Salom alcanzó a hacerse cargo oportunamente de las tropas del Coronel Calderón, y de acuerdo con las instrucciones recibidas, retrocedía siempre esquivando el combate.

El Libertador dirigió a los quiteños una proclama el 28 de junio en que anunciaba la clase de guerra que se iba a ejecutar. Les decía: "La infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre..... Esta vez será la última de la vida de Pasto: desaparecerá del catálogo de los pueblos si sus viles moradores no rinden sus armas a Colombia antes de disparar un tiro." La guerra de la Independencia americana entraba en su fase definitiva: o se afirmaba con la libertad del Perú, o quedaba tambaleante. Pasto era un obstáculo para lo primero, y nadie puede negar que era preciso removerlo.

El día 6 de julio salió Bolívar de Quito con ánimo de terminar la campaña en un solo combate, pues el asunto del Perú lo reclamaba urgentemente. La víspera dió aviso de esto al General Santander, diciéndole: "No tengo tiempo para hablar a usted de las cosas de Lima ni de los pastusos, porque no estoy



para *comentarios*, sino para *acometer*. Mañana me voy a encontrar a los pastusos que tienen tanto orgullo como la Guardia imperial .... Yo pienso defender este país (el Ecuador) hasta con las uñas, para que los pastusos gasten sus municiones y las que nos puedan tomar por hierro de cuentas..... Pero digo por última y milésima vez que si usted no me manda 3.000 colombianos viejos para defender y reconquistar al sur de Colombia, la guerra de América se va a prolongar infinito, aun contra la misma voluntad de los españoles, porque ha de saber usted que los pastusos y Canterac son los demonios más demonios que han salido de los infiernos. Los primeros no tienen paz con nadie y son peores que los españoles, y los españoles del Perú son peores que los pastusos. Esta guerra es como la escultura del diamante, que cuanto más golpe recibe más sólido y más brillante se pone, por una y otra parte. Verdaderamente como espectáculo teatral nada es más espléndido. Estoy por decir que jamás contendientes han aguzado mejor sus armas al fin como en esta vez. Cada uno demuestra descender de más cerca del gran Pelayo. Cada uno se obstina más y más contra el hado inexorable: los españoles es verdaderamente contra el hado que combaten, como nosotros contra los rivales del hado, lo que viene a ser lo mismo."

Agualongo quería obligar a Salom a combatir, pero no lo conseguía. Mas iba a llegar el caso, pues los movimientos del realista eran envolventes. Entonces el Libertador le ordenó que se retire para la villa de Ibarra con la columna de su mando; que si aun allí no se encontraba muy seguro marche hacia el Cuartel General, y por último que tenga siempre diez leguas de distancia entre el enemigo para no comprometer en ningún caso la columna y exponer la suerte del Sur. Además, por oficios dirigidos a muchos subalternos, pedía que le enviaran caballos y de los mejores, pues confiaba despedazar a los realistas en las llanuras con la caballería.

El 12 de julio abandonó Salom la villa de Ibarra, el mismo día llegó allí Agualongo, y el mismo día retrocedió el Libertador hasta Guayllabamba. No había recibido aún los refuerzos y no quería combatir sin tener la seguridad de decidir en un solo combate la guerra con los pastusos. Con el fin de conseguir esto, estaba resuelto a retroceder aun más allá de Quito. Véase este Oficio:

*"República de Colombia—Intendencia del Departamento de Quito—Quito, julio 12 de 1823.—13º,*

A los señores Ministros del Tesoro Público.

Dé orden del Sr. Coronel Tomás Heres, prevengo a VV, pongan listos y acomodados en disposición de transporte, los intereses, papeles interesantes y enseres pertenecientes al Erario, todo bajo la responsabilidad de VV. para el caso en que nuestro ejército sufra algún mal suceso que obligue al Gobierno a determinar una obligación. VV. igualmente que sus dependientes se dispondrán también para marchar con esos inte-

reses, y entiéndanse VV. desde luego facultados para tomar todas las providencias conducentes al mejor cumplimiento de esta orden.

Dios guarde a UU.

SALVADOR ORTEGA."

Mientras tanto Agualongo estaba inactivo en Ibarra, y esto lo perdió.

Por fin recibió el Libertador los refuerzos que necesitaba, e inmediatamente marchó contra el enemigo. Este ni siquiera lo supo, porque más le importaba el saqueo que el combate. El día 15 de julio salió el ejército patriota de Guayllabamba e hizo alto en Tabacundo; al siguiente pernoctó en San Pablo, y en la madrugada del 17 se dirigió a Ibarra en donde infligió a los pastusos la derrota más tremenda de que haya memoria. Los republicanos se distinguieron por una imponderable rapidez en el ataque, y los pastusos, por un valor que espantaba.

He aquí el aviso oficial de la victoria:

"Cuartel General de Ibarra a 18 de julio de 1823—13—Al señor Coronel Tomás de Héres, Jefe de Estado Mayor General del Libertador.—Señor Coronel.—A las seis de la mañana del día de ayer, su Excelencia el Libertador marchó del pueblo de San Pablo con todo el Ejército y por la dirección de Cochicanchi sobre este Cuartel General, con el objeto de sorprender al enemigo que se hallaba en esta plaza en número de 1.500 hombres, lleno de confianza, y tan descuidado que sólo tenía sus avanzadas sobre el camino principal de San Antonio; a las dos de la tarde S. E. en persona, con su Estado Mayor, y algunos guías de *La Guardia* se acercó a las primeras calles de esta Villa con el objeto de reconocer al enemigo; y al momento que se convenció S. E. que efectivamente estaban aun en este pueblo, mandó atacarlo con tal violencia y acierto, que la derrota fue total, la mortandad horrorosa, y el número de fusiles, lanzas y demás elementos de guerra cogidos, en muy grande cantidad.

Todo el Ejército Libertador se ha portado con un valor, y un entusiasmo que no tiene ejemplo; pero la caballería de *La Guardia* sobre todo se ha distinguido, haciendo prodigios como nunca. El señor General Salom se ha batido como el más valiente soldado, y el señor General Barreto con su valor acostumbrado. Este General ha marchado con toda la caballería en persecución de los dispersos, y por todas partes y direcciones se ha mandado partidas con el mismo objeto.

El señor General Salom saldrá hoy con toda la Infantería para acabar de destruir esa facción, y no hay la menor duda que ni un pastuso conseguirá repasar el Guáitara.

Es con una satisfacción muy particular que se ha visto cumplida en el día de ayer la profecía de S. E. el Libertador, en que ofreció que sería por la última vez que los infames pastusos habrían levantado su péfida cabeza de sedición, y ciertamente puedo asegurar a US. que jamás se ha visto un triunfo

más completo y conseguido contra hombres más resueltos que los facciosos de Pasto, pues su resistencia a su salida de esta Villa y en todo el camino hasta el río Chota, aunque infructuosa, fue tan tenaz, que se debería admirar si hubiera sido empleada en la defensa de una justa causa.

El Boletín dará los detalles de esta acción y recomendará a los bravos que más se han distinguido; pero me anticipo a participar a US. que nuestra pérdida ha sido muy corta, aunque sensible, y que todos estos pueblos han dado las más evidentes pruebas de su admirable patriotismo. Todos los paisanos están recogiendo dispersos, armas, etc.

S. E. el Libertador saldrá mañana para la Capital de Quito, después de haber mandado para Pasto un ejército capaz de reducir al orden aquel infame territorio, que por decirlo así, ha sido siempre el refugio de la tiranía.

Todo lo que tengo el honor y la satisfacción de participar a US. de orden de S. E. el Libertador, encareciendo a US. se sirva comunicarlo a quienes corresponda.

Dios guarde a US.

El Secretario General interino,

C. E. DEMARQUET."

Entonces pudo el Libertador escribir a Santander:

"Quito, julio 21 de 1823.

Mi querido amigo General:

Logramos, en fin, destruir a los pastusos. No sé si me equivoco como me he equivocado otras veces con esos malditos hombres, pero me parece que por ahora no levantarán más su cabeza los muertos. Se pueden contar 500 por lo menos; mas como tenían más de 1.500, no se puede saber si todos los pastusos han caído o nó. Muchas medidas habíamos tomado para cogerlos a todos y realmente estaban envueltos y cortados por todas partes. Probablemente debíamos coger el mayor número de estos malvados. U. sabrá por el General Salom los que hayan cooperado, y lo más que haya sucedido después de la victoria. Yo he dictado medidas terribles contra ese infame pueblo, y U. tendrá una copia para el Ministerio, de las instrucciones dadas al General Salom. Pasto es la puerta del Sur, y si no la tenemos expedita, estamos siempre cortados, por consiguiente es de necesidad que no haya un solo enemigo nuestro en esa garganta. Las mujeres mismas son peligrosísimas. Lo peor de todo, es que cinco pueblos de los pastusos son igualmente enemigos, y algunos de los de Patía también lo son. Quiere decir esto, que tenemos un cuerpo de más de 3.000 almas contra nosotros, pero una alma de acero que no plega por nada. Desde la Conquista a acá, ningún pueblo se ha mostrado más tenaz que ése. Acuértese U. de lo que dije sobre la capitulación de Pasto, porque desde entonces conocí la importan-

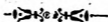
cia de ganar esos malvados. Ya está visto que no se pueden ganar, y por lo mismo es preciso destruirlos hasta en sus elementos.

.....  
Soy de usted de corazón, y déle muchas memorias a Briceño y a los demás amigos.

**Bolívar."**

Ciertamente, ya no levantarían la cabeza los muertos; pero todavía costó esta guerra mucha sangre, y sólo en el año de 1824 se pudo decir con verdad que Pasto había dejado de ser un peligro para la República.

Leopoldo López Alvarez



## Reseña histórica de la vida de Bolívar.

Por Ignacio Rodríguez Guerrero.

### INTRODUCCION

#### LOS ORIGENES DE LA FAMILIA DEL LIBERTADOR

Cuenta el comentarista latino que en la oración fúnebre que César pronunció ante el cadáver de su tía Julia, esposa de Mario, recordaba así los remotos orígenes de su familia: "Mi tía Julia desciende, por su madre, de reyes; por su padre, se remonta a los dioses inmortales, pues de Anco Marcio descienden los reyes Marcios, cuyo nombre fué el de su madre; de Venus descienden los Julios, cuya raza es la nuestra. Así se ven reunidas en nuestra familia la majestad de los reyes, tan poderosos entre los hombres, y la santidad de los dioses, señores de los reyes....."

Sin que sea menester remontarnos a tan fabulosa como legendaria ascendencia, puede afirmarse en abono de su ilustre prosapia, que la estirpe del Libertador arranca de una remota antigüedad, casi perdida en el fondo de la Edad medioeval, y cuyo asiento fué el país cantábrico, "gigante de la montaña", como lo apellida Michelet; pueblo heroico, de gestas épicas, recio y altivo como ningún otro; severo hasta el estoicismo; perseverante y magnánimo hasta el sacrificio. Si hubo en la antigüedad un pueblo verdaderamente celoso de su libertad, ese fué el pueblo vasco. La dominación romana, la conquista latina que subyugó todas las naciones de la tierra, nada pudo ante la indomable fiera vizcaína. Fué Cantabria el único lugar del planeta que no perdió un sólo instante la libertad cuando nada en torno podía resistir el empuje soberbio de los legionarios conquistadores. Caudillos eminentes, como el Emperador César Augusto, militares insignes, como lo eran sus Capi-



tanés, desistieron al cabo en el intento de domeñar el indómito coraje vascongado. Durante doscientos años, a partir del reinado de Octaviano, los cántabros sostuvieron una guerra sin tregua, perpetuamente victoriosos, en defensa de la independencia de la Patria. Ya antes habían resistido heroicamente al esfuerzo combinado de griegos y cartagineses. Por último, viendo Roma lo baldío de todo esfuerzo en sus pretensiones de conquista, ajustó la paz con el pueblo vasco en el año 20 de la Era cristiana, desde cuya fecha hasta nuestros días ningún poder humano ha osado usurpar su libertad, tan gallardamente defendida.

Bolívar pertenece a esta raza singular. Hacia el siglo X habíase ya fundado y prosperaba la puebla de su nombre. En las faldas del monte Oiz, junto a la villa de Marquina, cabe el Ondárron, tributario del Deva, levantábase la casa solariega cuyo escudo señorial ostentaba en campo blanco una piedra de molino. De ahí el nombre "Bolívar", que en éuskaró significa "ribera del molino", no *pradera*, como dicen algunos historiadores apoyándose en la etimología errada de Antonio de Trueba. En esa comarca prodigiosa, rival de aquella otra que nutrió la legendaria figura de Guillermo Tell, tuvo su asiento la preclara estirpe de conquistadores y de guerreros que llenaron el mundo con su fama. Destierros y vicisitudes de toda índole acabaron con la primitiva casa de los Bolívar en Vizcaya, y con el tiempo vino la sustitución con varias ramas principales. De entre éstas salió don Simón de Bolívar, fundador de la familia de ese nombre en Venezuela, quien vino a América hacia la segunda mitad del siglo XVI, con el Gobernador Osorio y Villegas, pariente suyo.

Desde Jules Mancini hasta Jules Humbert, todos los historiadores americanos y europeos que se han interesado en estudiar prolijamente la genealogía del Libertador y el establecimiento de sus progenitores en Venezuela, están contestes en adjudicar las más poderosas capacidades y las más raras energías a este don Simón de Bolívar, quinto abuelo del Padre de la Patria, que primeramente sirvió a Osorio y Villegas como *Escribano de Residencia*, y luego, gracias a su brillante hoja de servicios y a su acendrado talento, fué enviado en calidad de *Procurador y Comisario Regio* ante Felipe II, de quien obtuvo toda clase de concesiones y favores encaminados al mejoramiento de todo orden en las colonias americanas. (1) Al regresar de la Corte de España, don Simón de Bolívar puso en juego toda clase de medios para iniciar la magna obra de la reconstrucción de las colonias. La administración, las finanzas, la instrucción pública, la agricultura, las industrias, encontra-

---

(1)—El doctor Eduardo Posada, en su muy erudito artículo "Cronología de la Vida de Bolívar", señala el 2 de diciembre de 1589 como la fecha en la cual el cabildo de Santiago de León, Provincia de Caracas, nombra a don Simón de Bolívar "Procurador y Comisario Regio" para que represente la Capitanía General de Venezuela ante el monarca español. (Cf. *Boletín de Historia y Antigüedades*. Bogotá. XV—171.)

ron en el colonizador vasco un recio propulsor. Fundó pueblos y ciudades en gran número. Estableció vastísimas haciendas e ingenios en los valles de Aragua y del Tuy. Mandó construir a sus expensas el puerto de la Guaira y abrió una red de caminos que fueron las principales arterias comerciales del país en aquellos tiempos. Pero el pensamiento primordial del "Procurador" iba más lejos: al desarrollo de una exquisita cultura intelectual, que pudiese rivalizar con la que en esa época se adquiría en los centros más adelantados del viejo mundo. Al efecto fundó escuelas primarias, un colegio superior en Caracas, el Seminario Tridentino y la universidad en la misma ciudad, la cual adoptó como suyos el escudo y las armas de su benefactor.

Cuando dos años más tarde, en 1592, regresó don Simón de Bolívar a la Corte de España, el monarca, que era aún ese inquisitorial y sombrío Felipe II, le colmó de honores y distinciones en premio de sus merecimientos. Le fué adjudicado el título de *Contador de la Real Hacienda de Venezuela*, se le nombró *Regidor*, y finalmente, hubo de asignársele una magnífica pensión en sus últimos días.

Con el devenir de los tiempos, los Bolívar descendientes del "Procurador" adquirieron en Venezuela riquezas de todo género. Los dominios de sus haciendas eran casi ilimitados, y muy cuantiosas las rentas de que disfrutaban por concepto de arrendamientos, monopolios, privilegios, etc. Juan de Bolívar y Villegas fundó en 1722 la ciudad de San Luis de Cura, y el Rey de España confirmó posteriormente a sus herederos el dominio y señorío de las extensas comarcas aledañas, proscuas sobre toda ponderación.

El Marqués de Bolívar y Ponte, don Juan Vicente, padre del Libertador, heredó, pues, un patrimonio fabuloso. Habíase casado en 1773 con Doña María de la Concepción Palacios y Blanco, (2) dama de noble abolengo y de belleza singular, en quien tuvo cuatro hijos, el último de los cuales, Simón, José, Antonio de la Santísima Trinidad, había de ser el futuro Libertador de América.

#### LA SOCIEDAD CARAQUEÑA DE FINES DEL SIGLO XVIII.

Los pueblos de las colonias españolas seguían por aquellos tiempos las mismas rancias costumbres de la Metrópoli. Bajo la férrea mano de la Inquisición, que extremaba su vigilancia y severidad por todos los medios imaginables, era imposible pretender innovar en lo más mínimo lo que tres siglos de dura coyunda habían estatuido y sancionado. Una paz inturbable y una austeridad conventual parecían reinar desde Méjico hasta

(2)—A propósito del nombre de la madre del Libertador, hay un embrollo en los historiadores, pues mientras Mancini, Humbert, Larrazábal, Felipe Francia, Sherwell, Fr. Cipriano de Utrera, etc. etc. dicen María Concepción Palacios y Blanco; en la partida de bautismo de Bolívar, fechada en Caracas el 30 de julio de 1783, y autorizada por el Bachiller Manuel Antonio Fajardo, lo mismo que en O'Leary y aún en Perú de Lacroix, se lee *Palacio y Sojo*.

el Potosí. A duras penas y venciendo innumerables dificultades lograban introducirse de vez en cuando ciertos periódicos europeos y algunas obras de los enciclopedistas, que nuestros criollos leían ávidamente y comentaban en el seno de las tertulias íntimas. Los peninsulares solían mirar con altivo desprecio a los americanos y hablaban del monarca como de un ser divino cuya autoridad debía ser acatada sin restricciones. Por doquiera dejábase oír el largo gemido de la esclavitud interrumpido apenas por la piedad de una que otra voz apostólica, cuya influencia se perdía en el desierto.

Jules Mancini, que estudió prolijamente cuanto se refería a las colonias americanas y a los primeros años de la Independencia, para dar cima a sus portentosos trabajos sobre Bolívar, nos da idea cabal de lo que era la sociedad caraqueña de fines del siglo XVIII, con esta descripción que es todo un documento real de valor inapreciable:

“Con sus lindas casas claras, de tejas rojas, rodandas de jardines siempre floridos, sus ruinosas plazas, sus calles estrechas y tranquilas, sus iglesias y sus puentes, muellemente tendida sobre las suavizadas pendientes del Monte Avila, cuyas grisáceas cumbres se pierden en las nubes, Caracas ofrecía seguramente a la vista un panorama lleno de frescura y de gracia. La ciudad parecía formar parte del campo, en donde las límpidas aguas del Guaire corren entre céspedes a los pies de copudos árboles vibrantes de cantos de pájaros. Era entonces, después de Méjico y Lima, la tercera, como importancia, de las capitales de Sudamérica, y su población ascendía a cerca de 45.000 almas.

“No obstante, las familias de alta alcurnia, como la familia Bolívar, cuya fortuna estaba constituida sobre todo por bienes raíces, preferían, a la existencia, a pesar de todo algo monótona y sin vida, de Caracas, la existencia más amplia y señorial de sus dominios.

“Consistía ésta: durante el día, en detenidas visitas por los cultivos, en compañía de los administradores, alternando con las cacerías, los paseos a caballo, o las giras campestres. Al anochecer, después de tocar la campana la oración, comenzaba, bajo la galería de la imponente morada central, el largo desfile de los esclavos que acudían a solicitar del amo que autorizara un casamiento, que aceptara el padrinazgo de un recién nacido, que curara a un enfermo, que zanjara una contienda. Tratados con dulzura, aquellos hombres querían a su señor, a su amo, como decían ellos con intención de afectuoso agradecimiento. En San Mateo, en Cura, haciendas de la familia Bolívar, llevaban filialmente, según la moda de entonces, el nombre patronímico de don Juan Vicente, quien, cual reyezuelo patriarcal, reinaba sobre aquel sumiso pueblecito.

“A veces, después de la cena, la familia se sentaba en un lado del vasto patio, sin más techo que el cielo, atenta a las historias o leyendas que contaba algún viejo negro. Casi siempre trataba de las inagotables hazañas del Tirano Aguirre, fi-

gura legendaria de los primeros tiempos de la Conquista, cuya alma, manchada de horribles maldades, y ahora, lucecita azotada por el viento de la noche, aparece en forma de fuegos fatuos en las llanuras de Barquisimeto y de la costa de Burburata, ó a veces aún, sobre el *Samán*, especie de cedro colosal y centenario, orgullo de la selva vecina, y cuya cumbre, que se veía desde la casa misma de Bolívar, despedía a veces tenues resplandores fosforescentes. Bajo la miradas sonrientes de los padres, a quienes divertían aquellos relatos, la negra Matea, encargada de tener en brazos al *amito Simón*, sentada en la primera fila del auditorio, se extasiaba al oír todo aquello, en tanto que el niño, alelado, fijaba sus grandes ojos negros sobre el narrador.....”

I

DÉSENDE EL NATALICIO DEL LIBERTADOR HASTA EL JURAMENTO  
DEL MONTE SACRO.

(1783—1805)

En el ambiente de esa sociedad patriarcal, apacible y sencilla, nació Simón Bolívar el 24 de julio de 1783.

Seis días más tarde, apadrinado por su tío materno, don Feliciano Palacios y Sojo, fué llevado a la pila bautismal, donde se le impuso el nombre de Simón, a instancias del canónigo Aristeguieta, quien presintió que el niño sería el Simón Macabeo de la América Hispana.

Los primeros años de su infancia transcurrieron al amparo de la sombra paterna, pero a principios de 1786 sobrevino el fallecimiento del Marqués de Bolívar y Ponte, y el pequeño Simón vióse desde entonces al cuidado único de su madre, que tomó por sí sola el ponderoso encargo de su primera educación y los cuidados de la tierna familia.

En la casa solariega de San Jacinto, en Caracas, nada interrumpía el monótono afán cotidiano, y la vida de la familia de doña Concepción se deslizaba en el silencio claustral libre de complicaciones.

A medida que iba creciendo, el niño Simón se hacía en extremo insoportable por sus travesuras de todo género y por su carácter indómito y turbulento. Indócil, voluntarioso, tenaz, inflexible en sus caprichos, nada valía, ni amenazas, ni halagos, ni reprensiones, para hacerle entrar en razón. Desesperada doña Concepción de encontrar entienda en el terrible niño, quien al cumplir siete años había sido confirmado por el Obispo de Caracas, según la costumbre colonial, determinó la buena señora confiarlo a la custodia del licenciado don Miguel Joseph Sanz, que había sido nombrado por la Real Audiencia de Santo Domingo, tutor *ad-litem* de Simoncito, cuando éste recibió de su tío, el canónigo don José Félix de Aristeguieta, el legado de un cuantioso mayorazgo.

Cerca de dos años vivió el niño en casa de su tutor. Don Miguel, que era un hombre grave y bondadoso, veíase continuamente en aprietos ante los repetidos desmanes del pupilo, porque, por una parte, su severidad no le permitía transigir con las monerías de Simoncito, y por otra, a su bondad ingénita repugnaba toda suerte de castigo y reprensión. Llamó a su casa a un sacerdote amigo suyo, de erudición y bondad, el P. Andújar, quien dictó al niño las primeras lecciones de religión, moral e historia sagrada. Por las tardes, acompañado del niño, don Miguel salía a dar su cotidiano paseo a caballo por los alrededores de la ciudad. Simoncito manejaba entonces un tardo borrico negro, al paso que su compañero oprimía los lomos a un brioso corcel.

Un día, cuenta el cronista, en que el niño atosigaba despiadadamente su modesta cabalgadura, con el designio de adelantar a su acompañante, éste, enojado, le reprendió diciendo:

—No hay que agitarse de esa manera, Simón. Usted no será jamás hombre de a caballo.

—¿Qué quiere decir hombre de a caballo?, le pregunta el rapaz.

Y a la explicación del licenciado, replica el niño con su acostumbrada ironía:

—Y, cómo podré yo ser hombre de a caballo, montando en un burro viejo que no sirve para cargar leña?

Otra ocasión, como hubiese invitadas a la mesa del tutor, y el niño intentara tomar parte en la charla de los señores, don Miguel mandóle imperativamente:

—Cállese usted y no abra la boca.

A lo cual, Simón deja el cubierto sobre los manteles y se cruza de brazos, aparentando inmutable seriedad.

—Por qué no sigue comiendo usted?, pregunta don Miguel.

Y el muchacho le replica en el acto:

—Cómo quiere que siga comiendo si usted me manda que cierre la boca?

De estas ocurrencias, el pequeño Bolívar tenía por centenares. El tutor estaba, pues, desesperado de poder corregirlo. En vano apeló a toda la fuerza de su autoridad, a todas las persuasiones de la dulzura. Nada se conseguía. Hasta que al fin determinó entregar el niño a su madre, alegando que "él no podía domar potros".

Vuelto a la casa solariega, Simoncito vivió a sus anchas por mucho tiempo. Doña Concepción acostumbraba pasar los veranos en sus haciendas, especialmente en San Mateo, que era la preferida, y allí principió el niño a robustecer su prodigiosa organización física. Ibase en largas caminatas desde la vieja casona colonial hasta los ranchos lejanos de los esclavos o a las inmensas plantaciones de caña de azúcar donde solía internarse persiguiendo furtivas piezas de caza. En las horas de bochorno, los rudos montañeses enseñábanle a vadear a nado las corrientes impetuosas del río, a domeñar los salvajes potros de la pampa, a resistir las inclemencias de la naturaleza

virgen. El trópico, con la suprema magnificencia de sus paisajes dorados, donde la pampa ilimitada y la enhiesta montaña de nieves perpetuas, y la selva poblada de samanes milenarios, que llevan tras sí la imaginación a lo infinito, alternan con la esmeralda de los prados florecidos, y la lozana placidez del plantío, y el oro rubio de los trigales en sazón, y las enredaderas ondulantes a la caricia de los vientos del llano; el trópico, prodigioso en la multiplicidad de sus cambiantes aspectos, despertó en el alma sensitiva del niño los primeros impulsos de la poesía. Era de vérselo cuando en las pálidas alboradas de la comarca nativa o en los largos crepúsculos de la montaña, se iba por las márgenes del Guaire, hilvanando en su mente precoz quién sabe qué extraños ensueños de futura gloria, tal como el héroe romano, "a las orillas del Rhin, mientras paseaba, fué del campamento, por la campiña glacial y sin hojas, iba evocando las puestas de sol de la tierra prometida, aquella luz cálida que revoloteaba al oscurecer al rededor de las palmeras, las mujeres morenas, de lentos ademanes, que iban a llenar sus ánforas a los pozos antiguos, y la sonrisa con que sus ojos saludaban a los oficiales de las imperiales legiones....."

Como no era posible que el niño se quedase sin instrucción, por consejo del mismo don Miguel Joseph Sanz, doña Concepción llamó a su casa para que le diesen lecciones a Simoncito, a los profesores Andújar, Pelgrón, Vides, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Con el tiempo, éste vino a sustituir a Sanz en el tutelaje y fué quien mayor influjo ejerció con sus enseñanzas en el alma del futuro Libertador de América.

Don Simón Rodríguez era un devoto fanático de las teorías revolucionarias de Rousseau y los Enciclopedistas del siglo de oro de la filosofía francesa. Había nacido en Caracas en 1771, del matrimonio de don Cayetano Carreño y de doña Rosalía Rodríguez, y a causa de un fuerte disgusto con un hermano, resolvió adoptar el apellido de su madre, para no tener nada de común con él. Su vida fué una continua peregrinación a través de todos los países de Europa y del Nuevo Mundo. Vivió perpetuamente pobre, pero su educación estoica y sobre todo el recuerdo de las adversidades y reveses de Juan Jacobo, el ginebrino, a quien adoraba, procurando imitarlo en todo, haciale sobrellevar alegremente todas sus miserias. Cuando volvió a Caracas, la necesidad le obligó a buscar la vida dando lecciones a domicilio a los jóvenes de las familias más distinguidas. De este modo pudo tener entre sus pupilos a Simón Bolívar, a quien inspiró desde el primer momento la más viva simpatía.

Sobre todos los distintivos de don Simón Rodríguez, los historiadores hacen resaltar especialmente su excentricidad y sus rarezas. En efecto, despreciador de la sociedad de Caracas, cuya incultura desdeñaba, vivía allí de cualquiera manera, como si nadie mirase sus extravagancias. Para apartarse de la rutina, y alardeando su indiferentismo religioso, osadamente en esa obscura época en la Colonia, pásoles a sus hijos nom-

bres de legumbres, según el calendario republicano de Fabre de Eglantine, y aún él mismo cambiósese el suyo propio, como un tributo de cariño a la memoria de su maestro y mentor, Juan Jacobo Rousseau, llamándose Robinson, en recuerdo de lo que el filósofo ginebrino había dicho en su *Emile ou l'Education* del famoso Crusoe.

Decidido por la pedagogía y obsesionado por las teorías consignadas en el *Emile*, don Simón Rodríguez quiso ensayar en su alumno los métodos educacionistas preconizados por Rousseau. Sin duda eran excepcionales las circunstancias que favorecían sus propósitos. Comenzó, pues, por no enseñarle nada a su discípulo, para que éste quedase *en estado natural*, según las normas del filósofo. Por ayudar su empeño trató el maestro de infundir en el alma del niño un grande amor al espectáculo del mundo y a la vida libre que lleva el hombre primitivo en plena naturaleza. Para adaptarle en las mejores condiciones a la lucha del medio ambiente, preocupóse don Simón por iniciar al niño en toda clase de atletismos y ejercicios de resistencia que con el tiempo hicieron de él, como de Goethe y Byron, de César y Alejandro, el incansable andador, el diestro jinete, el nadador atrevido, el hombre, en fin, que pudo dominar los salvajes llaneros de la pampa gracias al maravilloso desarrollo de sus dones físicos. (3).

Comprometido en las agitaciones políticas de la época, no pudo don Simón Rodríguez finalizar de acuerdo con sus programas la educación de Bolívar. Fracasado el movimiento revolucionario de don Manuel Gual, en el que Rodríguez tomó parte tan activa, y habiendo estado éste a punto de caer en manos de la justicia, creyó prudente alejarse de la Capitanía General, y a mediados de 1797 se embarcó con rumbo a Europa.

Las milicias de Aragua habían sido organizadas hacia 1759 por don Juan de Bolívar, abuelo del Libertador. Con esos antecedentes, ingresó éste a ellas como cadete el 17 de enero de 1797, y aña y medio más tarde vestía ya el uniforme de subteniente del *Batallón de Voluntarios blancos*, como puede verse en la hoja de servicios que se le expidió entonces.

A raíz de la marcha de don Simón Rodríguez quedaba, pues, Bolívar con la deficientísima ilustración que habían logrado darle sus maestros de Caracas. En este estado de cosas, y habiendo fallecido ya su madre doña Concepción, creyó oportuno su tío y curador, don Carlos Palacios y Blanco, enviarle

---

(3)—El eminente humanista e historiador colombiano, Monseñor Rafael María Carrasquilla, escribe: "Rodríguez fué el inspirador y el único testigo del juramento (de Bolívar) sobre el Monte Aventino, de consagrar la vida a la liberación del continente americano. Y el Libertador, aunque en el ápice de la dominación, jamás dejó de ser el discípulo dócil y cariñoso, y agradecido del anciano pedagogo, a quien debió el despertar de su genio incomparable." (Discurso en Lima en el centenario de Ayacucho).

Y en 1804 escribió el propio Bolívar el elogio de su maestro, llamándole "el hombre más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se pueda encontrar." (Cf. Mancini, Ob. cit. 132, Pasim.)

a Madrid a completar sus estudios, ya jurídicos o militares, que por las dos carreras mostraba grande afición el joven Bolívar.

En efecto, el 19 de enero de 1799 zarpó de la Guaira, con rumbo a España el buque velero *San Ildefonso* a bordo del cual iba Bolívar. El barco hizo escala en el puerto mejicano de Veracruz, y el joven caraqueño aprovechó esta dilación para marchar a la capital de la *Nueva España*, donde gracias a las valiosas recomendaciones de don Esteban Fernández de León, fué acogido con singular deferencia por el Oidor Aguirre, quien lo presentó a la marquesa de Ulapa, dama de nobilísimas prendas, y ésta a su vez al virrey Azanza.

El cual virrey era una especie de José de Ezpeleta, muy instruído y benévolo, que se alegró mucho desde el primer momento con la amistad de Bolívar. Encantado de la agudeza, la inteligencia y el desparpajo del joven caraqueño, no cesaba el virrey de proponerle a la discusión toda clase de cuestiones, admirando el aplomo con que las resolvía. Hasta que una vez le habló de los movimientos revolucionarios de Gual y España, ensalzando la benevolencia del monarca y el afecto de los colonos al régimen peninsular. Bolívar no pudo contenerse y con la efervescencia de su temperamento impulsivo, replicóle a su interlocutor:

—No, señor Virrey, América no ama al monarca, y antes por el contrario, quiere ser independiente.

Alarmado Azanza de que pudiesen propagarse en mengua de su autoridad las ideas liberales del adolescente, urgió al Oidor Aguirre en secreto para que cuanto antes hiciese salir a Bolívar de Méjico. Le despidió cortésmente con cartas de recomendación para el Gobernador de la Habana, en cuyo puerto hizo breve escala el *San Ildefonso*, y tomando la derrota de Santoña, llegó a las costas de Santander, desde donde Bolívar se encaminó a Madrid por la vía de Bilbao.

Don Esteban Palacios, su tío materno, tenía por aquel entonces en la Corte de España un ascendiente singular, gracias a su amistad con el payanés don Manuel Mallo, (4) guardia de corps, favorito de la reina María Luisa de Parma, la más frívola y sensual de las mujeres de su tiempo. Bolívar que era comunicativo por extremo y deseaba abrirse campo en la gran capital, intimó mucho con su compatriota Mallo, quien lo introdujo en la Corte de Carlos IV, cuyos escándalos y liviandades pudo ver muy de cerca el futuro Libertador de América. No tardó la reina en prendarse del joven americano, cuya bizarria había cautivado presto su imaginación de hembra mundana y veleidosa, y así, frecuentemente le admitía en las fiestas íntimas en el palacio de Aranjuez, donde una tarde sucedió el siguiente episodio sugestivo por extremo: Jugaban a la raqueta el joven Bolívar y el príncipe de Asturias, a presencia de la

(4)—O'Leary, equivocadamente, dice que Mallo era natural de Caracas. Está plenamente comprobado que nació en Popayán.



reina, cuando en un momento de descuido desvió aquel el volante con tan mala fortuna que fué a dar derechamente a la cabeza del príncipe, derribándole la gorra. Enojado éste, negóse a continuar el juego, pero María Luisa intervino y todo acabó felizmente.

Años más tarde, Bolívar comentaba con uno de sus confidentes tan sugestivo suceso de la siguiente manera: Quien le hubiere anunciado a Fernando VII que tal accidente era el presagio de que yo le debía arrancar años más tarde la más preciosa joya de su corona!

Pedro de Répide, el incomparable cronista madrileño, ha dejado en una página de impercedero encanto la más bella narración de un romántico incidente ocurrido entre la reina María Luisa y Simón Bolívar. Dice De Répide:

"La reina cuidaba tanto y tan bien a Mallo, que no sólo atendía con harta generosidad a sus gastos, sino que llegaba al extremo de mandarle platos de selección cuando en la real mesa los había que mereciesen el singular agrado del regio paladar. A veces ella, que era tan aficionada a salir de palacio disfrazada para gozar el encanto de sentirse libre de la etiqueta, y ambular a su antojo por las calles y los alrededores de la villa, visitaba a Mallo en su propia vivienda. Allí conoció María Luisa a Simón Bolívar, el gentil subteniente de diecisiete años, y hubo una noche en que la soberana disfrazada requirió la compañía de aquel doncel que había de ser el desmembrador de su corona, y con ese galán, con ese paladín, al amparo de esa espada que había de ser gloriosa, volvió a palacio entre las sombras de las revueltas callejuelas, dispuestas quizá para la traición y para el crimen, pero también propicias a la aventura y al amor."

Hastiado de los placeres y el ocio de la Corte, Bolívar dedicóse luego con verdadero empeño a toda clase de estudios, bajo la dirección del sabio marqués de Ustáritz, pariente suyo. Don Esteban Palacios, compliendo a la sazón en una de tantas intrigas suscitadas por Godoy y sus íntimos, había tenido que salir furtivamente de Madrid, dejando a su sobrino bajo el cuidado de Ustáritz, quien, según los contemporáneos, ejerció sobre el espíritu de Bolívar el más decisivo influjo, llegando a merecer de parte de éste el más profundo respeto y reconocimiento.

En casa de los marqueses del Toro, en Madrid, conoció Bolívar a una joven distinguidísima por sus virtudes y belleza, Doña María Teresa Toro y Alaiza, de quien se enamoró perdidamente. Los familiares de la dama acogieron con agrado el proyecto de un futuro enlace de los jóvenes, pero en atención a la corta edad de éstos, la prudencia paterna impuso para dar el beneplácito una larga tregua.

Contrariado su temperamento apasionado y ardiente, Bolívar se dedicó a los viajes. De Madrid fuése a Barcelona; luego, por Marsella, a París, donde los atractivos de la gran ciudad no lograron hacerle olvidar su pasión frenética. A me-

diados de 1802 tornó a la capital de España, donde, previos todos los requisitos indispensables al efecto, contrajo matrimonio con María Teresa, saliendo inmediatamente con su compañera para la Coruña, y de allí con rumbo a Caracas. (5)

Muy poco duró la felicidad de Bolívar con su esposa, pues a los diez meses de su arribo a Caracas, el 22 de enero de 1803 falleció ella de fiebres perniciosas, y entonces su desesperanza no conoció límites. Hizo juramento de no volver a casarse, y para mitigar su dolor pensó emprender al punto un largo viaje, y, en efecto, dejando a su hermano Juan encargado de la administración de todos sus bienes, embarcóse de nuevo en la Guaira con rumbo a Cádiz, donde arribó hacia los últimos días del año de 1803.

Cuenta el historiador que durante la travesía, que fué muy larga, acudió Bolívar a la lectura para entretener sus largas horas de ocio y para engañar también su desesperanza. Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Plutarco, Lock, Condillac,

(5)—El día 10 de mayo de 1828, Bolívar le decía a un confidente suyo, recordando la época de sus viajes por Europa y de su matrimonio: "Usted, pues, se casó a los cuarenta y cinco años; esta es la verdadera edad en que debe casarse el hombre. Yo no tenía dieciocho cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1801, no teniendo todavía diecinueve años. Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo." (Perú de Lacroix. *Diario de Bucaramanga*, 90.)

Y refiriéndose a la influencia que los viajes ejercieron en su espíritu, decía: ".....Volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y le aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación. Muerta mi mujer, y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia, y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía y yo seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció más grande fué la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que lo libertase; pero cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme de que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que representaría el primer papel en aquel grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer, no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa y es de creerse que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me han servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean, pues, ustedes si ha influido o no sobre mi suerte." (Lacroix. *Ob. cit.* 100—102.)

Buffon, D'Alembert, Helvetius, Mably, Berthel, Lallandes, Filangieri, todos los clásicos antiguos y la mayor parte de los modernos, comenzaron a enseñarle a pensar entonces, como lo confesó el propio Bolívar al General Santander en carta memorable. Sus facultades despertáronse por completo. Hízose reflexivo, meditabundo, y su cerebro adquirió esa maravillosa cualidad de concentración que tanto había de servirle más tarde, con pasmo de sus émulos, en el desarrollo de sus certeros planes de campaña.

La decisiva influencia de Rousseau y los enciclopedistas franceses en las ideas del futuro Libertador de América, que tuvieron parte tan señalada en su obra magna, se advierte claramente en este período de la vida de Bolívar.

Jules Mancini, el más reputado y prolijo de sus biógrafos, escribe a este respecto: "En las obras del ciudadano de Ginebra vió de nuevo las teorías preferidas de su maestro, y hasta pasajes enteros que Rodríguez le recitaba. Animábase en su espíritu el entusiasmo de las virtudes públicas. Este sentimiento se precisaba a veces hasta dejarle entrever, en repentinos fulgores, visiones de porvenir. La Libertad! esta palabra causaba en él hondísimos estremecimientos.

"¿No estaba él destinado a consagrarse a su vez a la religión nueva de la que había hallado más numerosos adeptos en su reciente visita a Caracas? Tal era, sin duda, su pensamiento, y, tan pronto como desembarcó en Cádiz, se puso en relaciones con compatriotas desconocidos acudidos a su encuentro, quienes, pocos días después, le admitían a los misterios de la GRAN LOGIA AMERICANA, en la que le hicieron prestar el solemne juramento: *Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino a aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances, a que los pueblos se decidan por él.....*"

Luégo de enterarse prolijamente de los propósitos de libertad universal sostenidos por la gran asociación masónica, apelada de los *iluminados*, Bolívar partióse para Madrid a comunicar a don Bernardo del Toro la fatal nueva de la muerte de la desgraciada María Teresa. No obstante lo amargo de su dolor, reavivado por los recuerdos y las evocaciones tristes, Bolívar no dejaba de pensar con frecuencia en su juramento masónico y en la futura suerte de la América esclava. La dominación española acentuaba cada día más el oprobio de su tiranía. Sus reyes, cuando no imbéciles, pícaros; cuando no pícaros, débiles, sólo se preocupaban de extorsionar al pueblo y de explotar las riquezas de la Colonia, propendiendo a difundir en sus posesiones de América el atraso y la ignorancia por cuantos medios hallaban a mano, ya que todo rastro de civilización les inspiraba serios temores.

A raíz de la llegada de Bolívar a Madrid, el 25 de marzo de 1804, promulgóse un Decreto Real que ordenaba salir sin

dilación alguna a todos los extranjeros que no hubiesen fijado su domicilio, particularmente a los individuos oriundos de las Filipinas y de las Indias. Bolívar se indignó ante tamaña afrenta, y sin esperar más, trasmontando los Pirineos encaminóse a la gran capital del mundo.

Una existencia de libertinajes y placeres sustituyó bien pronto a su antigua vida de estudio y meditación. Tras los si-baritismos y amores fáciles con que soñaba su incauta juventud, en la locura de los boulevares encantados, en medio de la embriaguez voluptuosa de los burdeles y del sopor dionisiaco de los *cabarets* de la inmensa ciudad, Bolívar derrochó ingentes cantidades de dinero. La pasión del juego había logrado dominarle por completo, y ante el fatídico tapete del garito, en una sola noche perdió cien mil francos. Perseguido sin tregua por las fascinaciones del "vicio errante" de que más tarde nos hablara Jean Lorrain con la magia de su estilo inimitable, el futuro Libertador trataba de aturdirse y olvidar... (6)

La transición romántica, iniciada en Alemania y en Francia por Goethe y por el gran solitario de Charmettes, había obrado poderosamente en su espíritu. Chateaubriand habíale hecho sentir las incurables tristezas de *René*; Eduardo Young, las desolaciones de sus *Noches lúgubres*; Hugo Fóscolo, la trágica desesperanza de *Jacopo Ortis*; Sainte Pierre revivió las hondas laceraciones de su espíritu con la leyenda de su idilio inmortal; Goethe, hízole pensar con *Werther* en la amargura del supremo hastío, y Juan Jacobo con la *Nueva Heloísa* despertóle el recuerdo de la bienamada y las tristes memorias de su infortunio cruel.....

Es indudable que la literatura de la época, romántica y lírica, apasionada y revolucionaria, influyó de modo decisivo en el ánimo tan predispuesto a las impresiones fuertes, del genial caraqueño. Su estilo resintióse de los defectos a que no escaparon ni los más grandes maestros, es claro, y de ello dió múltiples pruebas en cuanto posteriormente salió de su pluma, car-

(6)—A Bolívar gustábale por extremo recordar los episodios de sus viajes a Europa. Según el testimonio de Mosquera, que corrobora O'Leary y Perú de Lacroix, el Libertador solía decir: "Si no me acordara de que hay un París, que debo verlo otra vez, sería capaz de no querer vivir." A veces narraba sus impresiones en forma picaante y lapidaria; otras, empero, haciolo con grandilocuencia afectada. Dice, v. gr., recordando su llegada a París y su visita a Londres: "Que el día de su llegada a París había querido en el mismo momento recorrer toda la ciudad; que había tomado un coche público, en el que, por deseuilo, dejó su cartera, en que se hallaban sus libranzas y cartas de crédito que llevaba, que habiendo advertido aquella pérdida, fué al día siguiente a la Policía muy inquieto a dar aviso de lo sucedido, y que se admiró mucho de que veinticuatro horas después se le llamase a dicha oficina para hacerle la entrega de su cartera, sin que le faltase un solo documento. Nos habló después de Londres y de lo poco que le había gustado aquella gran capital, en comparación con París. Hizo la relación de una aventura singular que le había acontecido en una casa de mujeres públicas con una de ellas, sin duda por una equivocación de la moza acerca de sus intenciones. Dijo que la doncella se puso furiosa, alborotando toda la casa; que él, para calmarla, le dió unos billetes de Banco, y que ella los tiró a la chimenea, y que al fin salió él huyendo de la casa, todo abochornado." (Perú de Lacroix. Ob. cit. 92—93.)

tas, mensajes, proclamas de guerra. El *Delirio sobre el Chimborazo*, su última misiva doliente a una mujer amada y lejana, escrita desde su lecho de agonía, prueban el aserto hasta la evidencia. Pero no es menos cierto también que esas influencias avivaron en el espíritu del viajero atormentado, como más tarde en Byron, el gran libertino, el germen del patriotismo exaltado, el amor a una vida de peligros y aventuras, y la preocupación por solventar en cualquier forma los problemas sociales y la enorme miseria de los desheredados de la fortuna.

Grata a su corazón y fiel hasta la muerte fué la apasionada amistad de Bolívar con su prima y confidente, Fanny du Villars. En el París galante de entonces, que aún parecía mantener un vago perfume de la fastuosa Corte de los Luises de que nos habla Sainte Beuve, Bolívar conoció a Fanny en medio de una deslumbradora pléyade de mujeres ilustres por sus bellezas y talentos. Récamier, la amada imposible de Chateaubriand; madama de Stael, el sueño dorado de Benjamín Constant, sabios celebérrimos, generales gloriosos, insignes letrados y políticos de nota, eran los frequentadores del aristocrático salón que abrió sus puertas ampliamente para recibir al futuro Libertador de América.

“En aquel medio refinado, dice Mancini, Bolívar era una nota de exotismo, exotismo algo brusco, sin duda, pero cuyo ingenioso atrevimiento a todos interesaba, a todos se imponía.”

Allí encontróse Bolívar con Humboldt; allí departió con el primer sabio de Alemania acerca de la suerte futura de la América esclava. Allí escuchó de labios del glorioso explorador que las colonias americanas ya estaban en condiciones de adquirir la independencia, pero que no existía sin duda, ni existiría en mucho tiempo, el hombre llamado a dirigir tan magna empresa. Ironías del Destino! Veinte años más tarde, las dianas inmortales de Carabobo y Boyacá y Junín y Ayacucho proclamaron en todos los ámbitos del Universo la existencia del hombre providencial.

En la primavera de 1805 Bolívar partió para Italia acompañado de su amigo y maestro, don Simón Rodríguez, con quien había vuelto a reunirse en París.

Ofreciase a sus ojos deslumbrados el espectáculo de la antigüedad cesárea con una fascinación irresistible. Italia! era la palabra mágica, el “ábrete sésamo” a cuyo conjuro parecían como despertar de su sueño de siglos esas ruinas ilustres. Bolívar se encaminó hacia allá con religioso respeto, llevando aún grabadas en lo más hondo de su espíritu las emociones de su reciente visita a Chârmettes, donde vivió Rousseau.

Ya en Milán había presenciado la segunda coronación [de Napoleón, de fastuosidad deslumbradora, y había asistido a la gran revista pasada por el Emperador al ejército de Italia en la llanura de Montesquaro, cerca de Castiglione.

Visitando la Lombardía, Boloña, Venecia y Florencia, Bo-

lívar llegó a Roma al terminarse junio, hospedándose en una casa de la *Piazza Spagnu*, cerca a la escalinata que lleva a la *Trinitá dei Monti*, cabe los jardines de Salustio. Era la misma casa que posteriormente habitó el poeta Keats.

Días después de su arribo a la Ciudad Eterna, un acontecimiento singular, que habla elocuentemente de las ideas de Bolívar, dió mucho que decir en la Corte del Papa y fué de ella. Es el caso que el embajador de España ante el Vaticano llevó a Bolívar a una audiencia de Pío VII, y ya cerca de Su Santidad, advirtiéndole que debía arrodillarse y besar la sandalia del pontífice. El joven negóse rotundamente a ello, escandalizando grandemente a los circunstantes, y el Papa hubo de extenderle entonces la mano para que le besase el anillo, sin atender así la etiqueta del rígido ceremonial.

Y oigamos a Jules Mancini la narración incomparable del juramento inmortal:

“Una tarde de mediados de agosto, en momento en que iba ya apagándose el ardor del sol, el azar de un paseo por la Campiña condujo a Bolívar y a Rodríguez a orillas del Anio, al pie del Monte Sagrado. Subieron al cerro al iniciarse el crepúsculo y se sentaron sobre un cuerpo de columna que yacía entre zarzas. No tardó en salir la luna, dejando adivinar en cercana lontananza la inmensa presencia de Roma. Rodríguez recordaba a su compañero los episodios de la retirada al Monte Aventino, ingeniándose en establecer un parangón entre los plebeyos de Menenio, sublevados contra la tiranía de los patricios y del Senado, y la impaciencia desesperada de los pueblos de América, sin tribunos autorizados para defenderlos contra los opresores.

“De repente, Bolívar se pone en pie. Una emoción sobrehumana le anima; sus cabellos levantados por el viento le hacen una aureola. Sus mejillas palidecen y se animan, una llama arde en su mirada. De su boca brotan frases entrecortadas, sonoras: Conque, éste es, dijo, el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano, cien Calígulas; por un Vespasiano, cien Claudios..... Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y



crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada. Y luego, volviéndose hacia Rodríguez: Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor, juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.....”

Y el viejo Rodríguez, refiriéndole lo anterior, le decía a su confidente, don Manuel Uribe Angel:

—Y tú sabes, hijo, que el muchacho cumplió su palabra.....

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFIA

Para escribir el capítulo precedente se han consultado, entre otras, las siguientes obras:

ITURRIZA Y ZABALA. *Historia general de Vizcaya*. 1785. Barcelona, 1884.

LARRAZÁBAL. *Vida del Libertador Simón Bolívar*. Madrid.

PONTE A. F. *Genealogía del Libertador Simón Bolívar*. Caracas, 1911.

FRANCIA F. *Doña María de la Concepción Palacios Blanco*. Caracas, 1910.

HUMBHRT J. *Les origenes et les ancêtres du libérateur Simón Bolívar*. Bordeaux.

ISPIZUA S. *Los Bolívar de Vizcaya*. Madrid, 1918.

MANCINI J. *Bolívar et L' Emancipation des colonies espagnoles*. París, 1912.

O'LEARY D. F. *Memorias*. (Tomo I, de Narraciones.) Caracas, 1883.

HISPANO C. *El libro de Oro de Bolívar*. París, 1925.

PERÚ DE LACROIX. *Diario de Bucaramanga, 1828*. Madrid, 1924.

*Boletín de Historia y Antigüedades, de Bogotá*. Varios volúmenes.

SHERWELL G. A. *Simón Bolívar*. Madrid.

SAÑUDO J. R. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Pasto, 1925.

## La última carta del Libertador.

*San Pedro Alejandrino, 6 de diciembre de 1830.*

Querida prima:

Te extraña que piense en tí al borde del sepulcro?

Ha llegado la última aurora: tengo al frente el mar Caribe, azul y plata, agitado, como mi alma, por grandes tempestades; a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la sierra, con sus viejos picos coronados de nieve impoluta como nuestros

ensueños de 1805; por sobre mí, el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz.....

Y tú estás conmigo porque todos me abandonan; tú estas conmigo en los postreros latidos de la vida, en las últimas fulguraciones de la conciencia.

Adiós, Fanny!

Esta carta, llena de signos vacilantes, la escribe la mano que estrechó la tuya en las horas del amor, de la esperanza, de la fé; esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo; esta es la letra escritora del Decreto de Trujillo y del Mensaje al Congreso de Angostura.

No la reconoces, verdad?

Yo tampoco la reconocería si la muerte no me señalara con su dedo despiadado la realidad de este supremo instante.

Si yo hubiera muerto sobre un campo de batalla, dando frente al enemigo, te daría mi gloria que entreveía a tu lado, a los lampos de un sol de primavera.

Muerto miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores; víctima de inmenso dolor, presa de infinitas amarguras. Te dejo en mi recuerdo mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a verter mis ojos.

No es digna de tu grandeza tal ofrenda?

Estuviste en mi alma en el peligro; conmigo presidiste los consejos de gobierno; tuyos fueron mis triunfos y tuyos mis reveses; tuyos son también mi último pensamiento y mi pena postrimera.

En las noches galantes de la Magdalena, vi desfilas mil veces la góndola de Byron por los canales de Venecia; en ella iban grandes bellezas y grandes hermosuras, pero no ibas tú: porque tú has flotado en mi alma mostrada por niveas castidades.

A la hora de los grandes desengaños; a la hora de las íntimas congojas, apareces ante mis ojos moribundos con los hechizos de la juventud y de la fortuna; me miras, y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas, y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná.

Recibiste los mensajes que te envié desde la cima del Chimborazo?

Adiós Fanny; todo ha terminado!

Juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada, sólo quedas tú como visión seráfica señoreando el infinito, dominando la eternidad.

Me tocó la misión del relámpago, rasgar un instante la tiniebla; fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío.







Retrato tomado de un cuadro al óleo antiguo, de propiedad de la familia Chaves-Rojas y que sus dueños aseguran ser del Libertador SIMÓN BOLÍVAR.



eran sus palabras que c  
de ese documento, dem  
lo el ensayo que hizo en  
del apreciado tubércu  
terior. Pronto se ago  
píen pudo comprobarse  
abía esmero en la selecc  
ldado en presentar el

# DE PASTO

as 41, titulado "EL SALDAN DE BARRUECOS"  
POR V. H. ESCALA.  
RIGUEZ GUERRERO.

Con dedicatoria autógrafa del señor Ignacio Rodríguez Guerrero, acabo de recibir de Pasto—cuna del doctor José Rafael Sañudo—el número 37 del "Boletín de Estudios Históricos", en cuyas páginas, "con la buena intención de hacer un poco de luz en el proceso de Berruecos", el señor Rodríguez Guerrero me dedica unas curiosas apostillas, que me veo en el caso de anotar para que no mediceerto método histórico, unilatera, perfectamente de familia (Camacho Carrizosa, Sánchez Nuñez, Obando Lombana, Saavedra Galindo, etc.) con el que, empeñosamente, quieren los descendientes del general José María Obando, verle exculpado por lo de Berruecos!

## EL METODO DE FAMILIA

Adoptado, en primer término, por los dichos familiares del general Obando y mas tarde por una especie de "conciencia histórica", que parece ellos han lo grado ir estableciendo, el tal método de familia consiste en desechiar como malas, falsas, mercennarias y venales todas las fuentes históricas que admiten la verdad del delito, esto es, su preparación en Bogotá, su inmediata realización en las montañas de Berruecos, por orden del general José María Obando, firmada una semana antes de la ejecución de Sucre por Eraso, Sarria y Morillo, y comprobado el hecho por las declaraciones juradas de estos mismos y de Desideria Meléndez, quien supo guardar, durante trece años, la famosa y decisiva carta de Buesaco, escrita por el general Obando el 25 de mayo de 1830.

Agréguese, como prueba con comitante, que revela la preparación del hecho y la ingerencia de su organizador, la carta del mismo general Obando al general Murgueitio (18 de mayo de 1830) en la que ruega y suplica "que haga que venga Sucre por esta plaza (Popayán) para que impedir que Sucre sustraiga al Sur de la protección del Perú". El nobilísimo y leal cumanés, que la vispera había vencido a los peruanos en Tarqui, salvando precisamente a la Gran Colombia de la traición de Obando, aparece calumniado por este peruanófilo, juzgándolo decidido a desmembrar a Colombia en provecho de Lamar y de Gamarral.

Ademas de estas pruebas contundentes están las dos cartas simultáneas que al día siguiente del crimen escribió Obando para el Prefecto de Popayán y para el general Juan José Flores, Jefe del Sur. En la primera dice Obando "que los agresores han sido desertores del Ejército del Sur". En la segunda, la destinada a Flores, omite por completo esta negra insinuación, semilla de su coartada; pues se contrae a decirle que "todos los indios están contra la eterna facción de la montaña". Indios, indios, siempre indios, comparsas de su comedia. Indios, sin duda amigos de Obando o parientes inmediatos de su aliado, Agualongo! En Lima habría de inventarse más tarde la figura (?) del indio Juan de Dios Nasibar, para ver de escamotearle a la orden de Buesaco, su evidente valor de acusación!

## LAS FUENTES DEL METODO



El señor Rodríguez Guerrero, fiel y fanático por el método de familia, me señala, con ceño didáctico, errorcellos de narración que en nada afectan a la ya bien probada culpabilidad del crimen de Berruecos. Como esos pequeños canalitos domésticos, que convergen hacia la cloaca máxima, todos los autores o fuentes familiares convergen a la obra del señor Nicolás Augusto González, escrita por encargo y con miras políticas, cuales fueron combatir, en el Ecuador, la llamada "argolla progresista". No ignora el señor Rodríguez Guerrero, que don Nicolás Augusto González, desengañado con el "alfarismo" confesó su invención de la carta de Flores a Gamarra, se retractó públicamente de su obra y declaró haberla escrito con el propósito partidarista de abatir a los Flores, los Caamaños, los Jijones y cuantos más integraban la famosa "argolla progresista".

Esta fuente, viciada de por sí, es la fuente matriz al servicio exclusivo de los descendientes del general Obando. El señor Rodríguez Guerrero, con una candorosa digna de loa, encuentra absurdas, ridículas, mendaces y mercenarias las grandes fuentes históricas que son Irisarri, Vicuña Mac Kenna, Sherwell y Pereyra. Asegura mi contrincante que aquel gran señor de las letras y la diplomacia, el insigne guatemalteco Antonio J. de Irisarri, "fue un simple amanuense del general Mosquera"; quien diz que le pagó para que escribiese e inculpase a Obando. Con ayuda de este método familiar, el señor Rodríguez Guerrero deduce que el chileno Vicuña Mac Kenna siguió la ruta del amanuense Irisarri; y, cuanto al norteamericano Sherwell y al mexicano Carlos Pereyra, ambos—por no haber nacido en Suramérica—"carecen de fuentes históricas que en esta clase de estudios son de necesidad ineludible". Pobrecitos Sherwell y Pereyra,

nacidos sin duda mucho antes de que Gutenberg inventase la imprenta, y con ella, la fácil difusión de los libros!

Quedamos, pues, en que la verdadera fuente es la obra, retractada, de don Nicolás Augusto González, de donde convergen—como canalitos de aguas servidas—los trabajos especiosos o las defensas empeñosas del núcleo familiar.

Antes de poner término a esta observación conviene advertir que el señor Rodríguez Guerrero juzga completamente estéril el cuarto de siglo que su paisano, el señor doctor Juan B. Pérez y Soto, dedicó a esclarecer el delito de Obando. También asigura mi contrincante que el doctor Pérez y Soto vendió documentos de gran valía histórica al Gobierno de Venezuela, cosa que, desgraciadamente, no sucedió; pues lo vendido por su viuda fueron cartas y reliquias de Bolívar, que el doctor Pérez y Soto había heredado de la dama guayaquilleña doña Josefina Vivero de González.

## EL GENERAL FLORES

Siempre servido de una hermosa ingenuidad pastusa, el señor Rodríguez Guerrero afirma "que el verdadero instigador y autor intelectual del asesinato del gran Mariscal de Ayacucho fue un general ecuatoriano, de ambición y audacia, que se llamó Juan José Flores."

Es en esta afirmación donde el lobo muestra sus largas orejas! Flores nació en Puerto Cabello, y, como soldado de la Independencia, es realmente de los beneméritos. Las dictaduras militares que siguieron, a la muerte de Bolívar, nos deparó—a los ecuatorianos—la del general Flores. Luchas sin tregua, sangre, mucha sangre, nos costó librarnos definitivamente del general Flores. Para los ecuatorianos el 6 de marzo de 1845 es algo así como el 10 de

agosto de 1809: una fecha de verdadera liberación!

Esto, por lo que respecta al Flores—político. Cuanto al Flores—militar, que supo librar al Sur de las hordas de Agualongo; cuanto a Flores, organizador de la grandiosa victoria de Tarqui y colaborador de Bolívar en la campaña de Bujío (1829); cuanto al Flores—militar, bravo hijo de la brava Venezuela, el Ecuador le debe merecida y franca gratitud.

Como bien lo ve el señor Rodríguez Guerrero, por razones que no escaparían a un demente, yo no soy ni podría ser florecano; pero tampoco podría, por servir a mis ideales políticos, inculpar al general venezolano Juan José Flores de un crimen que no cometió. Si don Pedro Moncayo, periodista de "El Quiñesino Libre", lo hizo para vengar la muerte del coronel Hall; si don Nicolás Augusto González también lo hizo para servir los planes políticos del general Eloy Alfaro, esto no quiere decir que lo hagan quienes amamos la verdad por sobre todos los intereses personales o de partido.

### POR LO DE BERRUECOS

El singular método de familia se sirve de toda circunstancia para procurarles aspectos de verdad a la coartada de Obando. Es muy bien conocido y consta de muchos libros y revistas peruanos, el rechazo irrogado al general Obando, Ministro Plenipotenciario de Colombia en Lima, por don Ramón Castilla, Gran Mariscal y Presidente del Perú. El señor Rodríguez Guerrero, aferrado a su candoridad pastusa, afirma que Obando no fué recibido, ni reconocido en su alta investidura, a causa de un incidente diplomático, de simple protocolo, debido a que Obando — el vehemente partidario de los peruanos que llamaba desde Pasto a las huestes de Lamar—había intervenido en la política de allá .... esto es, del Perú!

Mil gestiones, mil suplicas hizo Obando cerca de Castilla para que éste lo recibiera; y el Gran Mariscal, soldado de Ayaacucho, cuantas veces le preguntaban por qué se negaba a recibir a Obando, contestaba secamente: por lo de Berruecos.

Y que era la causa de tan merecido rechazo el crimen de Berruecos, lo prueba el hecho de que fué precisamente en Lima donde Obando escribió y publicó el amasijo de su defensa, con la burda invención del indio Juan de Dios Nacibar!

### LA CONCIENCIA DE AMÉRICA

Por más que el obandismo viviente haga lo que haga, ya la conciencia de América está perfectamente formada sobre el verdadero culpable del crimen de Berruecos. El odio de Obando para Sucre fué constante y manifiesto desde el día en que el inclito cumanés, brujo de la estrategia, ganó la batalla de Pichincha que permitió estrechar con bayonetas republicanas a Pasto, a los Agualongos, Obandos y Erazos. Por odio a Sucre—más que por servir los planes de Santander—Obando traiciona, se subleva en 1829 y llama al general Lamar para que venga con sus "Invencibles huestes" a ocupar a Pasto; por odio tesonero a Sucre escribe Obando al general Flores, en abril y mayo de 1830, esa serie de cartas en que dice con insistencia: "Pongámonos de acuerdo, don Juan: dígame si quiere que DETENGA en Pasto al general Sucre o lo que deba hacer con él"; por odio innato de Obando al hombre más honrado, más noble y más rutilo de la Gesta Magna, se cargan los fusiles de Berruecos y se disparan contra el Abel Americano, según consta de la orden auténtica de Buesaco!

### OTRAS MINUCIAS

Dije, cuando afirmé el señor Rodríguez Guerrero que el general Flores era ecuatoriano, dije, repito, que el loya había mostrado sus orejas!

Trató, mi contrincante, de negarle al fiel ordenanza, Lorenzo Calcedo, su nacionalidad ecuatoriana, porque Ecuador es sinónimo de lealtad, declarado así por Bolívar y también por un Congreso de la Venezuela contemporánea.

Cuando Sucre realizaba su gran labor diplomática ante los delegados anexionistas del general San Martín; cuando en Guayaquil era el futuro Mariscal de Ayacucho presunto novio de mi linda paisana, Pepita Gáinza; cuando asumió el mando para la campaña de Yaguachi y la rota de Huaqui tomó como ordenanza al soldado Lorenzo Calcedo, natural del caserío Janciro, sitio en la provincia del Guayas. Calcedo no se separó nunca más de Sucre, como el caraqueño José Palacios no se separaría jamás de Bolívar. Ambos, aunque humildes hijos del pueblo, nacieron bajo un signo de lealtad imposible de descubrir y comprender para los astrológos de Pasto!

#### MANUELITA LA QUITENA

Manuelita Sáenz, la "libertadora del Libertador", aquella hermosa dama que agarrotó, con el estupor y el silencio las gargantas de los septembrinos González, Azuero, Ospina, Zulábar y otros fanáticos del "hombre de leyes", no es más nacida en Quito, sino en Paíta, porque contra cien documentos históricos relativos a su origen de familia vida escolar, propiedades y hasta el matrimonio de la quiteña con el médico Thorne, un ánclo no argentino llamado Pedro Agote le dijo al doctor Carranza y éste se lo escribió a don Eduardo Posada, que Manuelita era paíteña!

Además, Rodríguez Guerrero, devoto del método familiar, se agarra incautamente de la referencia italiana de Garibaldi, pues que ignora el escritor pastuso que paese en italiano no es, literalmente, país, esto es, el nación en conjunto, sino el lugar o sitio de actual residencia de la persona a quien se es-

tá uno refiriendo.

¿Y qué decir de la intencionada ignorancia geográfica del señor Rodríguez Guerrero para birlarnos a nuestra ilustré Manuelita?... Cuando los triunfantes septembristas la arrojan de Bogotá y se va Manuelita forzada a partir para las Antillas dice en su enérgica protesta del 20 de junio de 1830: "he nacido bajo la línea del Ecuador", esto es, en Quito, por cuyos alrededores norteros pasa científicamente la dicha línea.

Pues bien, el señor Rodríguez Guerrero, con donosa escolástica pastusa, se pregunta: "¿Y por qué decir que ha nacido no EN LA LINEA del Ecuador sino BAJO la línea del Ecuador?... A todo el que sepa dónde está Paíta no puede quedarle duda al respecto".

Yo he visto muchos casos de audacia desesperada; pero ninguno como éste, tan sofisticado de EN LA LINEA precisamente, o BAJO la línea, para quedarse con Paíta que, geográficamente, se halla a 320 millas meridionales de la tan argumentada línea del Ecuador!

En la solicitud que Manuelita hiciera más tarde al Gobierno del Ecuador, ruega se le permita permanecer en su PATRIA para ver de arreglar, en la provincia de Pichincha, sus propios intereses, abandonados desde 1822 en que siguió con amor y LEALTAD al Libertador Bolívar. El Presidente ecuatoriano, don Vicente Rocafuerte, temeroso de que Manuelita estuviese en connivencia con el revolucionario quiteño, general Sáenz, no sólo le negó el permiso de permanencia, sino que le ordena abandonar el país. Manuelita obedece sin protesta para irse al vecino puerto de Paíta (en esos tiempos, un miserable villorrio de pescadores) y ahí se instala en compañía de sus dos criadas negras; ahí se instala para guardarle luto de silencio, veneración y lealtad al Hombre-Sol de América.

Es en Paíta donde años más tarde la encuentra el gran sol-

dado Garibaldi. Ahí, el romántico caudillo de las camisas rojas, se inclina ante la ilustre quiteña, la piú bella signora, la vera amiga del Libertatore Bolívar!

Cuidado si mi contrincante, en una nueva serie de apostillas, desenvuelve unos cuantos silogismos y trata de probarme que Abdón Calderón no nació en Cuenca, sino en la ciudad colombiana de Túquerres!

No hay cuestión, mi apreciado señor Rodríguez Guerrero: Lorenzo Calcedo y Manuelita Sáenz nacieron en esa tierra que tiene forma de corazón siempre ardida de sus volcanes, y que dió a América el único indio franco, noble, generoso, confiado y valiente: el inca Atahualpa!

Caracas, noviembre 24 de 1930.

Para TIERRA NATIVA

NOTA DE T. N.—¿Quién ideó el asesinato del Mariscal de Ayacucho? De discordia ha servi-

do la discusión del hecho, entre colombianos, ecuatorianos y venezolanos. El resquemor patriótico y el partidarismo han sido tropiezo para entenderse los connacionales de la extinguida Gran Colombia. El agua sucia del crimen, la sangre del Abel Americano, se ha esparcido a diestra y siniestra. Los ROJOS defienden a Obando (como a Santander en lo de septiembre) y los GODOS lo atacan. Creemos que nadie ha pensado tan alto ni tan americanamente como el ilustre don Marco Fidel Suárez, fiel de la balanza: él pedía, en aras de su acendrado americanismo y probidad histórica, la suspensión del juicio sobre determinado instigador intelectual. ¿Podría su cerebro almacenado de conocimientos ni su impetu civil, siempre valiente, ignorar el asesino o flaquear en su condenación? Atentos a las libres discusiones, aceptamos toda exposición culta y reposada.

\*\*\*\*\*

He aquí, la refutación a lo publicado por el célebre pastuso Rodríguez; colombiano, que como todos de esta calaña, son eternos enemigos del Ecuador, e cuyo país, emigran estos desgraciados en busca de alimentación, ocupaciones y estudios de nuestra Universidad, en mangas inmensas que apastan le Capital Ecuatoriana.

F I N